Danielle STEEL

La aventura

PLAZA JANÉS

Danielle Steel

La aventura

PLAZA PJ JANÉS

Danielle STEEL

La aventura

Traducción de
María del Mar López Gil

PLAZA JANÉS

Para mis queridísimos hijos:
Trevor, Todd, Beatie, Nick,
Samantha, Victoria, Vanessa,
Maxx y Zara.

Que tengáis vidas y momentos de gran alegría,
valor en las etapas difíciles,
y que cada uno de vosotros
logréis ese final feliz que deseáis
y que os deseo.

Con todo mi amor y
mis oraciones por vuestra felicidad,

*M*AMÁ/DS

1

La gente siempre giraba la cabeza cuando Rose McCarthy entraba en una sala. Con su casi metro ochenta y tres de altura, sus largas y estilizadas piernas, iba derecha como un palo, perfectamente conjuntada con un estilo impecable y su melena francesa de un blanco níveo redondeada a la altura de la barbilla. A sus penetrantes ojos azules no se les escapaba nada. Podía aterrorizar a cualquiera con unas cuantas palabras elocuentes bien escogidas y pronunciadas en voz queda, o reconfortar y deleitar a un joven empleado con un generoso cumplido. Llevaba veinticinco años siendo la legendaria directora de *Mode Magazine*. Amable, respetuosa y extraordinariamente competente, la dirigía con mano de hierro, suma elegancia y discreción. Era conocida por su excelente criterio, sus sabias decisiones siempre en beneficio de la revista, su dedicación y su pasión por la moda.

Siempre llevaba algún toque de color o un complemento llamativo y original, un anillo que había encontrado en una antigua y polvorienta joyería de Venecia, un brazalete de un bazar marroquí, un pañuelo, un broche o alguna pieza singular. Destilaba elegancia por los poros de la piel. Vestía casi siempre de negro, pero alguna que otra vez sorprendía a todos con un color vivo. Nadie conseguía imitarla jamás, aunque lo intentaran; nadie lucía un aspecto tan pulcro como ella a las nueve de la mañana o a cualquier otra hora del día. Llegaba a la oficina totalmente despejada y espabilada, y no paraba un momento en todo el día. Apretaba las clavijas a sus empleados y esperaba que dieran lo mejor de sí, pero era infinitamente más exigente consigo misma que con los demás.

Su pasado ofrecía un contraste fascinante. Su padre, un historiador británico muy respetado con una trayectoria colmada de publicaciones, había sido profesor en Oxford. Ella, que nació y se crio

en Londres, estudió en Oxford dos años ante la insistencia de su padre, pero nunca le gustó. Su madre, que procedía de una gran familia aristocrática italiana, era una reputada experta en pintura del Renacimiento italiano. Las hijas de Rose la chinchaban diciéndole que era italiana en casa y británica en el trabajo; algo había de cierto en ello. Toda la pasión que derrochaba la madre de Rose le faltaba a su padre. Rose había aprendido de ellos y, con el amor y el cariño de ambos progenitores, floreció como hija única. Le encantaba visitar con frecuencia a su cariñosa familia materna en Roma. Hablaba con fluidez italiano, francés e inglés, y tras dos años en Oxford había estudiado un año en la Sorbona, donde se encontró mucho más en su salsa. A los veinte años, en el transcurso de su estancia en París, afloró su pasión e instinto para la moda. Posteriormente regresó a Londres, trabajó como becaria en una revista británica muy conocida y, en cuestión de meses, se enamoró de Wallace McCarthy, un banquero estadounidense. Movida por un impulso, a los veintiún años se trasladó a Nueva York por él, consiguió un modesto empleo en *Vogue*, fue subiendo en el escalafón con esfuerzo y a los treinta se convirtió en editora asociada. Once años después, a los cuarenta y uno, le ofrecieron el puesto de directora de *Mode Magazine*, y había sido la artífice del inmenso éxito que tenía en la actualidad. Era el alma de la revista y tenía el listón muy alto. Veinticinco años después de que se pusiera al frente de ella, *Mode* era una de las revistas más influyentes del mundo de la moda. Su éxito se debía a Rose sin ninguna duda. Su marido, Wallace, se enorgullecía de ella y siempre la apoyó en su desarrollo profesional. Su matrimonio era importante para ambos; ella lo consideraba sólido como una roca y prioritario. Rose era una pieza clave en la oficina y una amante esposa en casa.

Fiel a su educación británica, en el trabajo jamás decía una palabra acerca de su ámbito personal. En la oficina rara vez mencionaba a Wallace, aunque este ocupara el centro de su vida privada. A lo largo de su progresivo ascenso a la fama como editora de moda, había dado a luz a cuatro hijas, que según reconocía en la intimidad eran la alegría de su vida. En el día a día apenas hablaba de ellas. Era una profesional nata, se había tomado el tiempo justo al dar a luz y había

vuelto a la oficina con ganas de trabajar. Había regresado de sus bajas maternales tan delgada y estilosa como siempre, sin un pelo fuera de su sitio, lista para centrarse de nuevo en la revista.

La estabilidad de su matrimonio de cuarenta años se mantuvo hasta la muerte de su marido hacía cuatro años.

Solo su fiel ayudante, Jen Morgan, que se había marchado con ella de *Vogue* y permanecía a su lado, conocía algún detalle de su vida privada, o lo tremendamente desconsolada que se quedó a raíz de la muerte de Wallace tras una enfermedad fulminante. A partir de entonces, Rose se mantuvo más unida que nunca a sus hijas y hablaba con ellas a menudo, pero en la oficina se centraba en cuerpo y alma en *Mode* y nada más. Aunque su carrera siempre había sido su pasión, también se convirtió en su refugio a raíz del fallecimiento de Wallace. Las dos parcelas de su existencia jamás interferían entre sí; había creado una revista de increíble éxito y una familia con cuatro hijas jóvenes muy distintas, aunque tremendamente unidas entre sí y a ella. Se enorgullecía de ellas y de las vidas que se habían forjado como adultas.

Rose siempre había sacado tiempo para su marido y sus hijas, pero desde que había enviudado y ellas se habían hecho mayores se volcaba aún más en el trabajo. A veces daba la impresión de que nunca se marchaba de la oficina; a menudo estaba allí cuando los demás llegaban. Era madrugadora, le gustaba llevar la delantera, y se marchaba de la redacción bien entrada la noche. Durante años había repartido su tiempo entre su marido, sus hijas y el trabajo, y ahora centraba en este toda su atención y le absorbía la mayor parte de su tiempo. Adoraba a sus hijas, pero ellas tenían sus ocupaciones y sus propias vidas, que en su opinión era como debía ser. No se entrometía ni les reclamaba tiempo. Llenaba sus días y noches con su labor para *Mode.* Vivía por y para la revista, y prestaba toda su atención a cada detalle y a cada edición. No se le escapaba nada.

Aquella mañana de mayo en particular, recorrió con la mirada a los presentes en la mesa con una sonrisa tibia. A la reunión habían

asistido las editoras sénior importantes, así como el equipo de diseño al completo. Rose siempre escuchaba sus opiniones, pero ella tenía la última palabra. De haberles preguntado, todos habrían dicho que era ecuánime. No imponía su criterio, pero, cuando escuchaban sus argumentos, a menudo reconocían que su instinto no fallaba en lo tocante a *Mode.* Amaba la revista casi como a un hijo, pues la consideraba como un ser humano con vida propia. Ella no hacía suposiciones: sabía de buena tinta lo que era adecuado para *Mode* y, en veinticinco años, sus errores se podían contar con los dedos de una mano.

Se trataba de una reunión de planificación preliminar para la macroedición que publicaban anualmente en septiembre. Era algo habitual en las principales revistas de moda, pero el número de septiembre de *Mode* era el más esperado. Tan emblemático como la propia Rose, se convertía en un ejemplar de coleccionista de manera indefectible. Ella era una leyenda en el mundo de la moda y el estilo que *Mode* proponía para la temporada de otoño-invierno generaba expectación. Las mujeres redefinían por entero su look y su vestuario en función de las tendencias que marcaba la revista respecto al maquillaje, la salud, el cabello y cómo debían vestir. *Mode* no imponía nada, eran sus lectoras las que ansiaban cuanto *Mode* ofrecía.

Normalmente se adelantaban y comenzaban a trabajar en cada edición con tres meses de antelación. No obstante, se lanzaron a preparar el número de septiembre incluso antes. Había mucho que pensar y sobre lo que deliberar, empezando por quién ocuparía la portada y, más allá de eso, la temática, los editoriales, los artículos y la colocación de la publicidad de los anunciantes, que pagaban un dineral por un espacio destacado en el número de septiembre.

Ya tenían tres opciones para la portada, pero ninguna de ellas convencía a Rose, pues le parecían trilladas y nada interesantes. Ella quería en portada a alguien que enganchara a las lectoras y que arrasara. Una de las editoras sénior había sugerido a una estrella del rock femenina de primer orden. La habían sacado en varias ocasiones y, aunque era una mujer despampanante, no aportaba nada novedoso o diferente. También habían barajado la posibilidad de mostrar a una

actriz oscarizada, pero Rose se inclinaba por alguien más joven. La editora de belleza apostaba por la primera dama, que había conquistado a los estadounidenses con sus buenas obras y su perspicacia; era abogada y había abanderado causas femeninas desde la llegada de su marido a la Casa Blanca. La idea era digna de elogio, pero si sacaban a la primera dama en portada, con su estilo de señorona, conservador y un tanto recatado, sería difícil dedicar el número a la moda.

—Tiene mi edad —dijo Rose con gesto disconforme—. Podemos sacarla más adelante, no en septiembre.

La estilista con más veteranía y carácter, Charity Bennett, tenía otra propuesta y la presentó poco después del comienzo de la reunión. A pesar de sus frecuentes enfrentamientos con ella, Rose respetaba el estilo e ingenio de Charity, que a menudo se dejaba la piel para conseguir algo verdaderamente rompedor. Rose siempre la ataba corto para que no se pasara de la raya. Joven y atrevida, con el pelo negro azabache, la tez ebúrnea y las facciones muy marcadas, Charity nunca se amilanaba a la hora de plantar cara a la directora, que la admiraba por ello y escuchaba lo que tuviera que decir. A pesar de que a Rose personalmente no le cayera muy en gracia, la sal y pimienta que brindaba a los editoriales constituían un revulsivo que contribuía a mantenerlos a la cabeza de las últimas tendencias.

—¿Qué tal Pascale Solon? —les planteó Charity—. Tiene veintidós años, un look espectacular y acaba de ganar todos los premios habidos y por haber en el Festival de Cannes por su última película. Mantiene una tórrida aventura con Nicolas Bateau, el autor del libro en el que se inspira el filme. Él tiene cuarenta y dos, casi el doble que ella, y han sido la gran atracción en Cannes; dejó muy claro que está teniendo una aventura con ella. Está casado, claro, y es el autor más vendido de Francia. Todo el mundo opina que Solon va a ganar un óscar por esta película y desde luego un globo de oro. —Este premio, concedido por la Asociación de la Prensa Extranjera en Hollywood, a menudo pronosticaba los votos para los Óscar de la Academia—. Es joven, una cara nueva, y de las chicas más despampanantes que he visto en mi vida. Es tan sexy que desprende un aire obsceno rayano en la

inocencia. A su lado, Lolita parece Minnie Mouse. ¿Qué opinas? —Miró directamente a Rose, que permaneció en silencio, inexpresiva, pensativa y sin reaccionar durante unos instantes. A veces, hasta que decidía compartir sus pensamientos, Rose era inescrutable.

—Es una posibilidad —se limitó a decir. Cuando una propuesta no la convencía, parecía una esfinge. Para aquellos que la conocían bien, era obvio que no compraba la proposición. Y, de no contar con su aprobación, todos sabían que quedaba descartada. Rose tenía que creer en las decisiones que tomaba.

—Si no la conseguimos, lo hará *Vogue* —advirtió la estilista, consciente de que eso tal vez la alentaría a fichar a Pascale antes de que les tomaran la delantera. Charity sabía que su jefa bajo ningún concepto permitiría que *Mode* se rebajase a ponerse al nivel de la prensa rosa, si bien no estaban exentos de tocar por encima algún detalle jugoso de la vida personal de alguien, sin hurgar demasiado. Rose esperaba que sus editoras respetasen las reglas y los límites que establecía. Solo daba el visto bueno a lo que redactaban si se trataba de hechos constatados, y no toleraba la falta de ética en los editoriales de la revista. Detestaba la grosería y el cotilleo frívolo. La revista era de moda, estaba fuera de lugar fisgonear en los ocasionales episodios escabrosos de la vida de sus protagonistas. Si eran famosos, por lo general ocultaban secretos. Charity Bennett siempre intentaba presionar a Rose para sobrepasar esos límites, y, cuando a Rose se le agotaba la paciencia, no dudaba en pararle los pies. Esta vez, sin hacer ningún comentario, se limitó a apretar los labios, un gesto que todos los presentes entendieron como una señal de advertencia para recular.

—No podemos basar nuestro interés en ella en su aventura con un escritor famoso —dijo por fin Rose—. De todas formas, para cuando salga la edición especial de septiembre, podrían haber roto. La película acaba de estrenarse. Dentro de cuatro meses a lo mejor se ha liado con otro, la noticia estará desfasada y quedaremos en ridículo.

Como todos sabían, ella odiaba publicar cotilleos y lo evitaba en la medida de lo posible. Publicaban artículos serios y entrevistas sobre el rumbo profesional y el estilo de vida de los protagonistas, y una aventura con un hombre casado, aunque fuera famoso, no bastaba

como argumento para que Rose sacara a Pascale en portada. Pero no cabía duda de que Pascale Solon se había convertido en una estrella fulgurante de la noche a la mañana gracias a un papel difícil que había interpretado magistralmente. Y por lo visto, Nicolas Bateau, el coproductor y director, la había asesorado en sus ratos libres y conseguido que realizara una fabulosa interpretación. Rose desconocía lo de aquella aventura hasta que Charity la sacó a colación; era justo el tipo de información salaz y sugestiva que se le daba bien a Charity. Rose quería un tema de moda para la portada, no un reclamo sensacionalista.

—Puede que la aventura dure más de lo que piensas —insistió Charity—. Hay rumores de que está embarazada, así que igual acertamos de pleno con la historia en septiembre —dijo con presunción, al tiempo que otra editora ponía los ojos en blanco.

—Ay, por favor, no me vengas con otra portada de una estrella desnuda con una barriga prominente. Prefiero ver a la primera dama con uno de sus trajes pantalón azul marino y blusa blanca con lazo. No podemos mostrar a otra actriz embarazada —dijo Rose, con un atisbo de irritación.

—Si la fotografiamos ahora, no se notará. —Charity le lanzó una mirada fulminante, mientras Rose repasaba otra lista de propuestas, ninguna de las cuales la entusiasmaba.

—¿Y Michaela Lim? —dijo Rose, distraída. Era otra actriz joven de nueva cantera que acababa de realizar una brillante interpretación en una película reciente.

—El año que viene —repuso Charity—. Nadie ha oído hablar de ella todavía. No tiene el glamour de Pascale ni por asomo y, en realidad, es demasiado joven. Acaba de cumplir los diecinueve. Necesita curtirse más para que podamos sacarla en septiembre. —Rose asintió con la cabeza. Su argumento tenía fundamento—. Seamos realistas: Nicolas Bateau es un guaperas y, si deja a su mujer por Pascale Solon, la noticia dará la vuelta al mundo y nuestro número de septiembre será el más vendido en los quioscos. No se nos puede escapar —añadió con tenaz determinación. Pascale tenía una belleza apabullante y a todas luces le sentaría de miedo cualquier cosa que le pusieran. Era

evidente, pero a Rose no le gustaba.

—También dará la impresión de que somos partidarios de la infidelidad y de que los hombres engañen a sus mujeres. Esto es Estados Unidos, Charity. A los estadounidenses no les gustan los hombres infieles. Esto no es Francia —dijo Rose con frialdad y gesto impasible mientras clavaba la mirada azul eléctrico en la veterana estilista que tan empeñada estaba en poner a Pascale en la portada. Antes de llegar a *Mode,* Charity había trabajado para una revista de moda francesa que rozaba peligrosamente el sensacionalismo—. Esto no es un tabloide o una revista de cine —le recordó con gesto severo —. Hay muchas otras revistas para cubrir eso. No olvidemos quiénes somos.

Charity parecía frustrada. Siguieron con otros detalles del número que era necesario decidir en las siguientes semanas. La reunión terminó sin cerrar la portada.

—Creo que no es la primera vez que le pone los cuernos —comentó Charity al término de la reunión—. No recuerdo con quién está casado; no es famosa, pero sí atractiva. Me parece que es escritora, periodista o algo por el estilo.

—Es una diseñadora de interiores muy conocida —la corrigió Rose —. Y tienen niñas pequeñas. No me gusta la historia.

Se levantó, la señal para que todos volvieran al trabajo. La reunión había durado dos horas y habían tratado una gran cantidad de cuestiones relativas a otros asuntos. El número especial conllevaba un millón de detalles. Al final, la última palabra la tenía Rose, pero todos sabían que, sin excepción, ella hacía lo más conveniente para *Mode* y que poseía un olfato infalible para desentrañar qué era lo mejor, sin importar su opinión personal. La respetaban por ello, incluida Charity, aunque discrepaba de ella en este momento, pues las restantes opciones le parecían de lo más sosas. La estilista era la más joven de la plantilla sénior y, en la mayoría de las ocasiones, a Rose le gustaba la chispa que aportaba, pero no esta vez.

Rose salió deprisa de la sala al concluir la reunión. Sabía que habría

un montón de correos electrónicos y mensajes impresos sobre su mesa. Aunque Jen Morgan se ocupaba de tantos como podía, para despachar la mayoría era necesario que Rose devolviera llamadas. La pelota estaba en su tejado, de lo cual nunca se quejaba. Hasta la competencia coincidía en que era una de las mejores editoras del gremio y valiente a la hora de tomar posiciones. Era una defensora a ultranza de los derechos de la mujer. Para ella, la integridad y la honestidad eran importantes, en realidad fundamentales, y constituían la base de cada entrevista y artículo.

Pasó como una exhalación junto a la mesa de Jen, prácticamente sin mirarla, sujetando con fuerza contra el pecho un taco de carpetas de la reunión. Tenía citas concertadas a lo largo de toda la jornada e iba apurada.

—¿Tenemos la portada? —Jen le sonrió.

—Todavía no. Tengo que hacer una llamada confidencial. Es probable que esté al teléfono quince o veinte minutos. No me pases llamadas hasta entonces —dijo al detenerse junto a la puerta de su despacho. Jen se sentaba justo fuera.

—La montaña que hay sobre tu mesa ya es considerable —le recordó Jen—. Otros veinte minutos y te sepultará.

—Qué le vamos a hacer, debo llamar. Se avecina una tormenta. —No dio explicación alguna acerca de la naturaleza de la tormenta.

Jen enarcó una ceja, pero no preguntó. Sabía que no tenía que indagar y también que, de todas formas, Rose no soltaría prenda. Ella rara vez hacía confidencias en el trabajo, ni siquiera a su ayudante de confianza.

—Contendré a los ejércitos invasores —prometió Jen. Era buena en su puesto y Rose la valoraba por lo bien que atendía los millones de detalles que su empleo generaba.

Rose entró en su despacho, cerró la puerta y se sentó a su mesa. Comprobó que Jen no exageraba: una pila de mensajes, correos electrónicos impresos y otros documentos se acumulaban sobre su mesa. Procuró no mirar mientras marcaba el número.

Como sabía que sería imposible hablar con Olivia a esa hora, no la llamó. A sus treinta y nueve años, había sido nombrada jueza de un

tribunal superior de justicia recientemente y estaría en el estrado o deliberando con unos abogados en el despacho. Olivia era la tercera hija de Rose, de la cual estaba orgullosa, igual que de las demás. El actual trabajo de Olivia comportaba una enorme responsabilidad. Estaba casada con Harley Foster, un juez de un tribunal federal veintiún años mayor que ella, que había sido profesor suyo en la facultad de Derecho. Tenían un hijo de catorce años, Will, y eran una pareja muy seria y conservadora.

Athena, la hija mayor de Rose, nunca era la primera a quien acudir con un problema. Se tomaba la vida al estilo californiano, con tranquilidad, filosofía y optimismo a ultranza, y siempre le decía a su madre que todo saldría bien, aun cuando fuera obvio que no. Su mentalidad era completamente diferente a la de su progenitora y a la de sus hermanas. Athena había tomado otros derroteros en su vida. A sus cuarenta y tres años, llevaba quince viviendo en Los Ángeles, era una chef televisiva, había escrito las biblias de la cocina vegetariana y vegana, y tenía varios restaurantes veganos. Desde hacía trece años vivía con la misma pareja, Joe Tyler, cinco años menor que ella, también chef y propietario de un restaurante de gran éxito en Los Ángeles. No se habían casado ni tenían intención de hacerlo; vivían juntos y eran felices tal y como estaban. Compartían una jauría de perros a los que Athena llamaba «mis bebés». Decía que eran los únicos que deseaba, que el matrimonio era una invención del hombre que no funcionaba en la mayoría de los casos y que los niños no eran para ella. Aunque hacía muy buenas migas con los críos, se daba por satisfecha con jugar con los de otros cuando se presentaba la ocasión. Ese era el único «momento niño» que deseaba, y Joe coincidía con ella.

Rose llamó a su segunda hija, Venetia, de cuarenta y un años, una diseñadora de moda con un éxito arrollador que había montado su empresa catorce años antes con el sabio asesoramiento financiero de su marido, Ben Wade, inversor de capital riesgo. Venetia era y siempre había sido una mujer imaginativa y extraordinaria. Dirigía su empresa con audacia, y sus creaciones causaban furor. Se le ocurrían diseños tan estrafalarios y estrambóticos como ella; parecían un cóctel

explosivo entre un camping de caravanas, París y Las Vegas. Cuando Rose vio los diseños por primera vez, le pareció impensable que alguien los comprara, a menos que fuera tan peculiar y excéntrico como su hija. Sin embargo, la ropa funcionaba y parecía hacer realidad la fantasía del look que prácticamente toda mujer anhelaba, como costosos tejidos italianos de lentejuelas y estampado de leopardo, y chaquetitas formales de visón blanco y tela vaquera de estilo Chanel para combinar con tejanos. Venetia los marcó a precios elevados para colocarlos en el mercado del lujo y, para gran asombro de Rose, habían triunfado y causado sensación. Un año después de que montara la empresa, *Mode* y *The Wall Street Journal* le dedicaron sendos artículos. Venetia era tan alta como su madre, y su marido, Ben, que poseía el atractivo de un galán de cine con su pelo oscuro y sus ojos verdes, incluso más. Venetia, que iba a diario al gimnasio a las cinco de la mañana, tenía una figura espectacular; conjugaba la disciplina con la creatividad, una combinación que le había granjeado el éxito. Lucía una larga e indómita mata de pelo rojo rizado. La prensa la llamaba la Leona de Oro, porque también convertía en oro todo lo que tocaba y tenía un magnífico olfato para los negocios.

Había estudiado en la escuela de diseño Parsons y en la escuela de negocios de Columbia. Ben y ella eran padres de tres hijos muy monos, aunque algo trastos, dos de ellos niños, Jack y Seth, y la benjamina, India. Venetia decía que quería tener más, pero todavía no había convencido a Ben. De alguna manera se las apañaba para compaginarlo todo —trabajo, matrimonio, hijos—, lo mismo que había hecho su madre. Sin embargo, a diferencia de Rose, Venetia vivía en una casa adosada en Nueva York que por lo general parecía que la habían bombardeado, pese a que ella mostraba un magnífico aspecto, igual que los niños. Todos eran alegres y vivaces; la de cinco años había heredado la vena creativa de su madre y de mayor quería diseñar zapatillas de fantasía.

A pesar del ajetreo, Venetia siempre encontraba un hueco para escuchar los problemas de sus hermanas o su madre, y les daba infalibles consejos.

Cuando su ayudante respondió, Rose pidió hablar con Venetia, que

se puso al teléfono al cabo de unos minutos, contenta de tener noticias de su madre.

—Perdona, mamá, estaba en una reunión de diseño. ¿Qué pasa?

Rose nunca la llamaba a esa hora. Normalmente conversaban cuando Venetia iba de camino a su casa en un Uber a la salida del trabajo, a menudo el único momento del que disponía para sí misma. A su llegada, ayudaba a los niños con sus deberes y la acaparaban durante horas.

—En una reunión, acabo de enterarme de algo que me preocupa, y no sé si estarás al tanto —dijo Rose en tono grave.

—¿Los bajos se van a acortar? Si los míos se acortan un pelín más, detendrán a mis clientas. —Se echó a reír, pero enseguida se dio cuenta de que su madre no estaba para bromas.

—Es sobre Nicolas. —Nicolas era el marido de Nadia, la hija menor de Rose—. Por lo visto tiene una aventura con la chica que protagonizó su última película, Pascale Solon. ¿Te ha contado algo Nadia? Llevo varios días sin hablar con ella; he estado enfrascada en el número de septiembre. Espero que no sea verdad. Al parecer, se dejaron ver en público en el Festival de Cannes la semana pasada. ¿No lo acompaña Nadia?

—Normalmente sí. Como estaba decorando una casa en Madrid, es posible que no lo haya acompañado este año o que se haya quedado solo un par de días. Yo no he hablado con ella; hemos tenido varios intentos de llamadas fallidos. Vi algo sobre eso en la portada de una revista del corazón en el súper.

—¿Te ocupas tú de hacer la compra? —Su madre parecía estupefacta—. ¿Hay algo que no hagas?

—Me tocaba cocinar para los niños y paré a comprar pizza congelada. —Aunque tenían una asistenta y una niñera, Venetia intentaba cocinar para ellos una vez a la semana.

—Menos mal.

Era un secreto a voces que las mujeres de la familia eran malas cocineras, salvo Athena, que lo compensaba por todas ellas y era un genio en la cocina —para quien le gustaran las verduras—.

—Confiaba en que, puesto que ella no estuvo allí, no fuera más que

la típica basura de la prensa del corazón. ¿Qué has oído en la reunión? —Venetia también parecía preocupada.

—Que Nicolas tiene una aventura con Pascale Solon y que podría estar embarazada.

—Dios mío, espero que no sea cierto. Quizá toda esta historia no sea más que bombo publicitario hollywoodense para promocionar la película —dijo Venetia, esperanzada. No quería que a su hermanita le rompieran el corazón. Nicolas había sido un ligón cuando era más joven, pero no en los últimos tiempos. Como era francés, formaba parte de su cultura, pero a Venetia le daba la sensación de que la cosa no pasaba de ahí. Nadia nunca se había quejado de él, ni le había dicho que la engañara.

Mientras reflexionaba acerca de esto, Venetia iba vestida con una de sus creaciones, unos inconfundibles pantalones pirata de leopardo, un suéter de lentejuelas turquesa y unos zapatos de salón de lagarto verde lima de tacón alto de Hermès, combinados con un montón de pulseras de esmeraldas y diamantes en un brazo, un brazalete con una enorme piedra turquesa en el otro, y su melena pelirroja en un recogido alto pillado con un palillo de diamantes. Para Venetia era un atuendo básico de trabajo y, de alguna manera, en ella todo funcionaba; era una mujer preciosa que pisaba fuerte, un icono de la moda con estilo propio. Su atrevimiento a la hora de vestir se remontaba a la adolescencia y con ello se había labrado una profesión de éxito en la madurez.

—Espero que sea mentira —dijo Rose de corazón—. Acabo de descartar a la chica para la portada de septiembre y estoy segura de que el asunto va a traer cola, especialmente si el rumor, lo de la aventura, es verdad. No quiero ni pensar en un posible embarazo.

—Tiene toda la pinta de ser basura sensacionalista, mamá —la tranquilizó Venetia.

—Y ahora, ¿qué hacemos? No quiero tantear a Nadia y que se lleve un disgusto si no ha oído el bulo —dijo Rose pensativa.

—Seguro que sí. Es probable que circule por todo internet. —Venetia lo consultó en su ordenador. Aparecieron media docena de artículos entre los que elegir y algunas imágenes tomadas por

paparazzi—. Podría ser cierto, al menos lo de la aventura —dijo con voz apagada, triste por su hermana pequeña—. Llámala, mamá, y ponme al tanto. Yo la llamaré más tarde. No puedo creer que sea tan estúpido. Tiene una mujer preciosa y dos niñas estupendas, le va de maravilla en su matrimonio, se adoran mutuamente, ¿y se pone a hacer el gilipollas con una actriz en ciernes a la que le dobla la edad? Qué patético. Al más puro estilo francés. Una cosa es flirtear, pero de ser cierto esto, es un palo para Nadia.

—La llamaré. Esta noche te cuento —prometió Rose a Venetia, que siguió trabajando minutos después, preocupada por su hermana pequeña.

Rose, sentada a su mesa, se quedó pensando en su hija menor unos instantes. Nadia, siguiendo los pasos de su madre, había estudiado el penúltimo año de carrera en la Sorbona. Conoció a Nicolas en aquella época, una noche que fue con unos amigos a una discoteca, y se enamoraron locamente. Él le llevaba seis años a Nadia y era estudiante de posgrado en Ciencias Políticas; a finales de su curso en el extranjero, ella dijo que estaba demasiado enamorada de él como para dejarlo y regresar a Nueva York. Sus padres no se lo tomaron muy bien, pero Nadia se empecinó y se quedó con Nicolas en París. A pesar de que Nicolas estaba estudiando Ciencias Políticas, quería ser novelista. Nadia se trasladó a la Universidad Americana de París y descartó la idea de volver a vivir en Estados Unidos. Tras graduarse, se apuntó a clases de decoración en París y consiguió un puesto de becaria en un elegante estudio de interiorismo. Nicolas y ella se habían casado hace once años, cuando ella tenía veinticinco y él treinta y uno, tras vivir juntos durante varios años. Al año siguiente dio a luz a Sylvie, que ahora tenía diez años, y luego a Laure, de siete. A sus treinta y seis años, Nadia era dueña de su propia empresa y había triunfado como decoradora de interiores. Y los sueños de Nicolas se habían hecho realidad: era el novelista superventas en Francia. Encantador y muy inteligente, trabajó en el mundo del periodismo político durante un tiempo, hasta que escribió su primera novela de éxito. Sus padres habían muerto en un accidente poco después de que Nadia y él se casaran y, al ser hijo único, heredó todo,

incluido un castillo en Normandía que Nadia lo ayudó a restaurar al mismo tiempo que inauguraba su propia empresa de interiorismo.

En ciertos aspectos, Nadia era distinta a las otras hijas de Rose. Igual que Venetia, tenía dotes artísticas, aunque en su caso las aplicaba al diseño de interiores en vez de a la moda. Y tenía buen ojo para los negocios. Sin embargo, era más callada que sus hermanas y había heredado algo de la mesura británica de su madre. Todas las demás expresaban sus opiniones abiertamente; Nadia, por lo general, se guardaba para sí sus puntos de vista y planes hasta que los llevaba a cabo. Tímida pero segura de sí misma, sus clientes la adoraban por su delicadeza, discreción y buen gusto. Ella nunca imponía su criterio, pero siempre se las ingeniaba para convencerlos de las opciones que prefería y consideraba más convenientes para ellos, con resultados espectaculares. Las casas de las que se encargaba a menudo salían en las portadas de las mejores revistas de decoración.

A diferencia de sus hermanas, que reñían entre ellas cuando eran más jóvenes, Nadia se forjó recatada y resueltamente el porvenir que consideraba correcto, y a Rose siempre le había impresionado su valentía. Rara vez pedía opinión a alguien antes de tomar decisiones, no le temblaba el pulso y desde muy joven mostró una gran confianza en sí misma, como cuando decidió quedarse en Francia con Nicolas, algo de lo que jamás se había arrepentido.

Él había sido bueno para ella y, cuando se casaron y formaron una familia, Rose respetó la estabilidad de su relación. Su hija gestionaba la fama de Nicolas con soltura, igual que su empresa y su familia. A pesar de su juventud, había transformado el castillo de la familia de su marido en un hogar y lo dirigía con aparente desparpajo. A su madre siempre le recordaba el dicho de «las apariencias engañan»; era una de las hijas más competentes de Rose.

Rose a menudo pensaba que Nadia tenía una vida perfecta: un matrimonio feliz, hijas encantadoras y un marido al que adoraba y que a todas luces la amaba con locura. Cada vez que Rose los veía juntos, él apenas podía apartar las manos de Nadia. A Rose le caía bien su yerno y, sin duda alguna, era un escritor con talento. Había escrito cinco *bestsellers* en Francia hasta la fecha, y sus obras también

se traducían en el extranjero; era muy conocido en su país e incluso en Estados Unidos. Esta era la segunda película basada en uno de sus libros. Era un hombre que tenía todo lo que necesitaba para ser feliz, y ahora mantenía una aventura sin tapujos con una joven estrella de cine.

A Rose se le partía el corazón al pensar en ello y en cómo debía sentirse Nadia. Ciertamente era una manera de destruir un matrimonio que tanta felicidad y satisfacciones les había aportado a lo largo de once años. No tenía la menor idea de qué le había dado a Nicolas. En opinión de Rose, a sus cuarenta y dos años ya era mayorcito para eso, y demasiado joven para sufrir la crisis de los cincuenta. Y Nadia no era de las que se quejaban si tenía un problema.

Tras la conversación telefónica con Venetia, Rose telefoneó a Nadia a París. No tenía claro cómo abordar el tema. Nadia era tan reservada que su madre no estaba segura de si se sinceraría con ella. Tras preguntar por las niñas y una vez que su hija la puso al corriente del nuevo cliente que tenía en el sur de Francia, Rose decidió tirarse a la piscina.

—Hoy me he enterado de algo que me preocupa —empezó a decir con tacto.

Nadia era más baja que Venetia y su madre, y de pelo oscuro. En cambio, Athena y Olivia eran rubias, como Rose de joven. Nadia y Olivia eran mucho más bajas que sus hermanas y su madre. Nadia era un bellezón, la única morena de la familia, pero con los ojos azules y la tez lechosa de su madre. Sus hermanas solían decir que se parecía a Blancanieves.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Nadia, vacilante y desanimada, finalmente soltó un suspiro que sonó como un globo desinflándose despacio. Rose casi pudo sentir cómo se le hundían los hombros a su hija.

—Sé de qué se trata, mamá. Es acerca de Nicolas. Aquí ha salido en toda la prensa sensacionalista. Ha quedado a la altura del betún en el Festival de Cannes, y los medios están haciendo el agosto con eso. No he tenido valor para llamarte. —Tampoco había llamado a sus hermanas. Estaba demasiado hundida.

—¿Habría bebido? —Rose no le encontraba explicación a su conducta.

—A lo mejor. No lo sé. Yo no estaba allí, estaba trabajando en Madrid. Dice que se lio con ella cuando estaba rodando la película. Es una chica preciosa —dijo Nadia con tristeza—. Yo he estado ocupada y él se dejó llevar.

—Tú también eres preciosa —le recordó su madre, enfurecida con su yerno—. ¿Sabías o intuías algo?

—No, jamás pensé que haría eso. Confiaba plenamente en él. Todo salió a la luz en el festival, cuando lo vi en la prensa. Me siento como una idiota. Igual parte de la culpa es mía. He estado trabajando mucho, a destajo.

—¿Ha sido un ligue de esos de una noche? —le preguntó Rose.

No es que lo considerara aceptable tampoco; en cuarenta años de matrimonio y a pesar de su profesión, ella nunca había engañado a su marido, ni él a ella, que supiera. Los ligues de una noche le parecían inaceptables, pero eran preferibles a una aventura en toda regla.

—No. Según él, está enamorado de ella, o encaprichado, o lo que sea. Al mismo tiempo, dice que no es nada serio. Está confundido. Me promete que lo arreglará, dice que me quiere, que quiere a las niñas y que no tiene intención de abandonarme. Espera que me quede sentada esperando.

Rose sabía que, al ser hijo único, se había criado como un niño mimado y consentido. Esto era más de lo mismo llevado a un grado extremo, a costa de su hija. Le dolió en el alma lo que Nadia le contó.

—¿Ha hecho esto anteriormente?

Rose trataba de no parecer demasiado consternada, o demasiado moralista, con el fin de ayudar a su hija. Con la indignación justificada no llegaría a ninguna parte, aunque estuviera colérica con su yerno por haber hecho daño y traicionado a su hija.

—Una vez —confesó Nadia—, cuando estaba embarazada de Laure. No sé qué pasó, debió de entrarle el pánico y la incertidumbre ante el hecho de que su libro no estuviera vendiéndose bien y la responsabilidad de dos hijas. Perdió los papeles durante un mes, más o menos, y luego le puso fin a la aventura. Fue con la editora que tenía

por aquel entonces; a raíz de eso, se buscó a otros editores. Eso pasó hace ocho años y desde entonces todo ha ido estupendamente. Nunca te lo conté porque terminó en cuestión de semanas, fue algo puntual que jamás se repitió. Él prometió no volver a engañarme en la vida, y no lo ha hecho. Hasta ahora. Esta vez supongo que la tentación de trabajar con Pascale Solon ha podido con él. Parece ser que han estado liados durante todo el rodaje de la película. Y, desde luego, todo el mundo estaba al tanto menos yo. Después, como quiera que sea, se le fue de las manos en Cannes. Ahora lo sabe todo el mundo. Ella es una gran estrella, así que es difícil mantenerlo en secreto. ¿Cómo te has enterado? —Sonaba cansada y alicaída mientras hablaba con su madre. A Rose se le cayó el alma a los pies.

—Una de nuestras estilistas la ha propuesto para una portada y ha comentado la historia.

—¿Sabe que estoy casada con él?

—No. Yo no he dicho nada; te he llamado nada más salir de la reunión.

—¿Lo saben mis hermanas? —preguntó compungida. Toda esta situación no solo le dolía y le atravesaba el corazón, sino que, con todo lo publicado en internet, era una tremenda humillación.

—He llamado a Venetia antes que a ti. Temía darte un disgusto. Sé que te desagrada hablar las cosas si estás afligida y no quería entrometerme.

—No pasa nada, mamá. Por estúpida que parezca, lo quiero. Es un buen marido y un padre maravilloso y nos queremos. Por lo menos yo creo que él me quiere, o eso dice. Ahora mismo está hecho un lío. Es como si se hubiera olvidado de que está casado. Anda metido hasta el cuello en esta aventura y la prensa lo persigue por todas partes porque ambos son muy conocidos. Sé que está mal, pero aquí la gente hace eso. Tienen amantes y aventuras, y las mujeres también; por lo general, porque han perdido la ilusión en sus matrimonios. Él dice que no es el caso, que simplemente no pudo resistirse. Nicolas tiene muy claro que no quiere dejarme por ella.

—¿Tú quieres dejarlo? —preguntó Rose, que se planteó si debería. La situación no le hacía ninguna gracia, y el hecho de que estuviera

«confundido» era una pobre excusa para prolongar la aventura. Estaba dándose el gusto y mientras tanto haciendo sufrir a Nadia.

—No lo sé —respondió con cautela—. No quiero perderlo o renunciar a nuestro matrimonio, pero no pienso quedarme de brazos cruzados mientras él mantiene una aventura con otra. Más que consternada, estoy dolida. En un primer momento me puse furiosa con él, pero ahora solo me siento triste. Algunas de mis amigas de aquí han pasado por esto. En la mayoría de los casos, no se divorcian. Algunas también han tenido escarceos; según ellas, le dan «chispa» al matrimonio. Pero bueno, este no es el caso.

La situación no tenía ni chispa de gracia. Nadia, como es lógico, parecía extenuada y deprimida.

—¿Lo saben tus hijas? —le preguntó Rose.

—Todavía no, pero tarde o temprano Sylvie se enterará en el colegio. Seguro que todos los padres están al corriente. Nicolas es famoso en Francia y la noticia circula por internet.

—Razón de más para que sea mucho más prudente. No puede ir por ahí liándose con actrices jóvenes y esperar que apechugues con eso y te quedes de brazos cruzados —dijo Rose enojada.

—Se siente fatal por ello —repuso Nadia con ánimo protector. De no ser por lo abatida que se sentía, casi se compadecería de él. Deseaba odiarlo por ello, pero era incapaz. Lo único que quería era que la aventura acabara y recuperar su feliz vida en común. En ese instante lo veía imposible. Y, a pesar de sus discusiones y lágrimas, él no había renunciado a Pascale.

—¿Tiene intención de ponerle fin? —preguntó Rose, más enfadada cada minuto que pasaba. Nadia no se merecía eso. Era una esposa que se desvivía por él, y él la correspondía también. ¿En qué estaría pensando Nicolas?

—Dice que le pondrá fin, pero que quiere hacerlo con prudencia para no provocar en los medios más revuelo con la ruptura.

A Rose le pareció una excusa, pero no se lo dijo a su hija para evitar agravar su malestar.

—¿Quieres venirte un tiempo a casa con Sylvie y Laure? —sugirió Rose. Le parecía una buena idea que pusiera tierra de por medio. Pero

su casa ya no era el hogar de Nadia; era París.

—No, entonces daría aún más que hablar. La prensa diría que nos estamos divorciando. No empeoremos las cosas. Estoy intentando pasar lo más desapercibida posible y evitar a los fotógrafos cuando salgo. Les he dicho a las niñas que es porque la película de su padre está arrasando.

—¿Y si voy a verte yo? Puedo ir un fin de semana —propuso Rose.

—¿Vas a sacar a Pascale en portada? —preguntó Nadia, pensando en *Mode Magazine*.

—No si puedo evitarlo —respondió Rose. Por primera vez, estaba permitiendo que sus intereses personales se antepusieran a los de la revista—. Si esto se convierte en un tema candente y duradero, no podré contener la marea de modo indefinido, pero haré lo posible por impedirlo. La estilista que ha propuesto la idea se ha mostrado muy vehemente. Esperemos que Nicolas recupere la cordura cuanto antes y a partir de ahí puedes decidir qué quieres hacer al respecto. No puedes seguir casada con un hombre que te engaña cada tantos años. Dos veces en once años son dos veces de más.

Su hija asintió, con lágrimas en los ojos, agradecida por la llamada de su madre. Acababa de enterarse y le había dado vergüenza contárselo. La propia Nadia seguía en estado de *shock*.

—Me siento como una boba. Soy yo a la que no quiere.

Entonces se echó a llorar y, al escucharla, Rose sintió como si le estuvieran arrancando el corazón de cuajo. Tenía ganas de estrangular a Nicolas por su mezquindad, su mala cabeza y su egoísmo. Todo era *vox populi*, en la prensa rosa y en internet.

—Da la impresión de que ha perdido la cabeza —comentó Rose, mientras seguía tratando de encontrarle explicación—, lo cual no es excusa. Conozco a gente que ha superado cosas peores en su matrimonio, pero esto no tiene nombre. Debe ponerle fin ya, librarse de eso, y entonces la gente lo olvidará. Pero si sigue con ella, va a liarla gorda.

—Lo sé. Él también lo sabe. Está obsesionado con ella —dijo Nadia. Era la peor pesadilla de toda mujer: un marido enamorado de una preciosa estrella de cine veinte años más joven que él.

—Exhibirse en el Festival de Cannes delante de los medios fue un desvarío.

—Supongo que en este momento está desvariando —señaló Nadia, que parecía más entera y fuerte conforme conversaba con su madre, como si estuviera recuperando la confianza en sí misma. Había algo en su progenitora que siempre le infundía seguridad. Desde que se enteró de lo de Pascale, se había sentido sola en un barco a la deriva, sin brújula. Su madre era un faro en la oscuridad, y siempre lo había sido, para ella y sus hermanas. Igual que su padre. Él fue el contrapunto masculino perfecto de Rose, sólido en la misma medida que ella, y un padre con el que siempre podían contar. Todas lo añoraban. Era conservador, pero no en exceso.

—Averiguaré cuándo puedo ir —prometió Rose, y acto seguido tuvo que colgar para marcharse a toda prisa a su siguiente reunión. Iba con veinte minutos de retraso, algo inaudito. Pero esto era más importante que su reunión con el departamento de arte para abordar el diseño de la portada de septiembre y a qué fotógrafo se la encargarían.

Se sintió agobiada pensando en su hija, lo cual era impropio de ella. No quería aconsejarla mal o influir en algo tan importante como su matrimonio, pero le daban ganas de estrangular a su yerno por lo que había hecho y seguía haciendo. Y si, como la prensa rumoreaba, Pascale estaba embarazada, la cosa pasaba de castaño oscuro. Se preguntó si Nadia también estaría al tanto de ese rumor, pero en vista de lo abatida que parecía por teléfono, Rose no quiso preguntar, sobre todo por si no era cierto. Los falsos rumores eran el sustento de la prensa rosa. Y era temible la manera en que sacaban a la luz cotilleos picantes, o carecían de escrúpulos a la hora de inventárselos, para dar jugo a sus titulares.

Rose salió como una exhalación de su oficina para reunirse con el equipo de arte y Jen le entregó un taco de mensajes telefónicos.

—Los de jurídico quieren que los llames para el tema de la retirada de un producto de belleza del último número. Necesitan tu visto bueno.

—Los llamaré cuando vuelva —dijo con mesura, tratando de centrarse en el presente y no pensar en la aventura de Nicolas, aunque

no se lo quitaba de la cabeza, y en lo triste y hundida que parecía Nadia durante la llamada.

—¿Todo bien? —preguntó Jen, mirándola fijamente. Rose parecía estresada y agobiada, algo impropio de ella.

—Muy bien. —La directora esbozó su inconfundible sonrisa comedida. El mundo podía estar llegando a su fin y Rose siempre mantenía la calma y la serenidad, al menos en apariencia, pero ahora no se sentía así. Cuando estaba disgustada jamás soltaba prenda, pues consideraba indigno hacerlo. Sin embargo, se sentía como una leona a cuyo cachorro había herido un cazador. Tenía sed de sangre; Jen alcanzaba a verlo en sus ojos—. Vuelvo dentro de un rato.

A la reunión, que duró más de lo previsto, le siguieron un montón de llamadas telefónicas que tuvo que realizar y otras que devolver. Para cuando llegó a casa eran las ocho, y las ocho y media cuando llamó a Athena a Los Ángeles. Al responder al teléfono, esta parecía contenta y relajada, como de costumbre. Allí eran las cinco y media de la tarde, su programa había ido bien, tenía previsto marcharse en breve a uno de sus restaurantes y más tarde salir a cenar con Joe. Llevaban un estilo de vida informal, ella se pasaba la vida en zuecos y ataviada con su chaquetilla de chef, y a veces salía en televisión vestida con ropa de deporte. Jamás había aspirado a tener el estilo de su madre, elegante y a la última. Era más corpulenta que sus hermanas, pero a diferencia de ellas, nunca se había preocupado por su aspecto y su peso. Era casi tan alta como su madre y tenía el típico cuerpo voluptuoso de las modelos de Rubens, que Joe adoraba tal cual era. Ya en el instituto quería ser cocinera; le encantaba la comida y el arte de prepararla. Sus teorías eran poco ortodoxas y sus recetas fáciles de seguir; gracias a ellas, se había vuelto muy popular entre el gran público, primero en California y posteriormente en todo el país.

Athena nunca había sido tan aplicada como sus hermanas; llevaba su propio ritmo y estilo de vida. Había estudiado cocina en París, Barcelona, Roma y Milán, y con el tiempo se despertó su pasión por la cocina vegana y vegetariana. Sus libros de cocina gozaban de un tremendo éxito y su programa de televisión más si cabe. Sus fans, que sentían una gran cercanía con ella debido a su enorme simpatía, le

escribían cartas de devoción.

Cuando Rose la llamó, se oían los ladridos de fondo de media docena de perros. Dos de ellos eran adoptados, otros dos callejeros, y se había comprado dos más en un criadero. Casi todos eran cruzados y uno de ellos, gigantesco.

—¡Stanley, quita las patas de la encimera! —ordenó con voz firme al responder al teléfono, y le agradó oír a su madre al otro lado de la línea. Charlaron durante unos minutos acerca de sus planes inmediatos y dijo que tenía previsto grabar un programa en Japón. Entonces Rose la puso al corriente sobre Nadia y la aventura de Nicolas con Pascale Solon.

—Madre mía, qué horror. ¿Va a dejarlo? —preguntó Athena con inquietud.

—Aún no lo tiene claro. Me parece que está en *shock*, y él sigue liado con Pascale.

—Qué trago para ella… Stanley, ¿qué acabo de decirte? —Hablar con Athena siempre era una conversación a tres o cuatro bandas, que incluía varios perros, trabajadores y repartidores entregando provisiones. Rose jamás entendería cómo cuatro mujeres podían ser tan distintas. El mundo de Athena no tenía nada que ver con el de sus hermanas; a ellas ni siquiera les gustaban los perros y las tres tenían hijos, mientras que Athena no quería ninguno. A sus cuarenta y tres años, estaba más que satisfecha con su vida con Joe tal y como era. Él también era un chef respetado, aunque no tan conocido como Athena, que poseía una personalidad carismática y vivía en un agradable caos —. A lo mejor debería venir a verme con las niñas. Se lo propondré. ¿Qué va a suceder este verano? ¿Él lo pasará con la novia o con ella?

El mero hecho de plantear la pregunta le revolvió el estómago. La situación tampoco le gustaba un pelo a Athena.

—Ni siquiera se me ocurrió preguntárselo —reconoció Rose—. Toda esta historia es de lo más desconcertante y lo siento muchísimo por ella.

—Igual deberían probar la terapia de pareja. Nosotros lo hicimos hace unos cuantos años, cuando empezamos a pelearnos por nuestros respectivos restaurantes. Fue de gran ayuda.

Su madre sonrió ante la idea.

—Nicolas es francés. ¿De verdad te lo imaginas yendo a terapia? En Francia los hombres son reacios a eso, a veces aquí también.

—Ya, pero me lo imagino si tiene intención de salvar su matrimonio.

—A lo mejor no —dijo Rose—. No le ha prometido que vaya a romper a corto plazo. Pretende que Nadia le dé tiempo.

—¿Para qué? ¿Para poder seguir acostándose con la chica? Ni pensarlo. Ella lo debería poner en su sitio ya, y a ver qué hace.

Era un planteamiento simple y directo. Rose no discrepaba de ella, pero no confiaba en que Nadia estuviera dispuesta a hacerlo. De momento, con Nadia todavía consternada, él tenía la sartén por el mango. Confiaba en que eso cambiase pronto.

—Le enviaré un mensaje luego. Ahora no tengo tiempo. Le diré que se venga este verano. Sería divertido, para mí también. —A Rose le conmovió que Athena y Venetia reaccionaran prestando su apoyo incondicional a su hermana, especialmente Athena, a quien sus hermanas apodaban Madre Tierra.

Olivia se mostró más tajante cuando Rose consiguió hablar con ella a las nueve, después de conversar con Athena. Harley y ella acababan de terminar de cenar. Ambos tenían largas jornadas de trabajo en el juzgado.

—Debería divorciarse de él. Inmediatamente —aseveró Olivia rotunda. Era la más dura y reaccionaria de las cuatro hermanas. Todo lo veía blanco o negro, de acuerdo con la ley escrita. Tenían un hijo de catorce años, Will, que era un estudiante brillante; Olivia lo trataba como a un adulto, y siempre lo había hecho. Eso le chocaba a Rose cuando era más pequeño—. Debe ponerse en manos de un abogado ya. No sé si en Francia existirá el divorcio sin culpa, pero ha de tomar cartas en el asunto, velar por sus bienes privativos y sacarle todo lo que pueda. ¿Cuenta él con alguna otra propiedad en Francia? ¿El castillo es propiedad de los dos?

—Lo dudo. Él lo heredó cuando sus padres murieron. —Como hijo

único, había sido el heredero universal—. Me parece que el patrimonio heredado es privativo —respondió Rose.

—Bueno, pues tiene que divorciarse de él cuanto antes. Ella cuenta con sus propios ingresos y es necesario que él asuma las consecuencias de sus actos.

Todo lo que decía era sensato. Por su conversación con Nadia, Rose deducía que estaba demasiado consternada para dar el paso, aunque sabía que llegado el momento lo haría. La situación era insostenible. Nicolas pretendía estar en misa y repicando, mientras que a Nadia se le estaba rompiendo el corazón.

Después de colgar, Olivia puso al corriente de la conversación a su marido, Harley, y este coincidió con ella. Él era de firmes principios, como Olivia. Con profesiones similares, se complementaban el uno al otro y estaban de acuerdo en la mayoría de las cosas, incluso en lo concerniente a su hijo. Congeniaban y formaban un matrimonio muy bien avenido, de ahí que Olivia tuviera una visión del mundo un tanto sesgada. Ella asumía que la gente «normal» era tan conservadora como ellos, o debería serlo. Rara vez mostraba una actitud tolerante hacia personas con puntos de vista diferentes. A veces a su madre le preocupaba que fuera tan estrecha de miras.

Estar casada con un hombre mucho mayor que ella le había convenido desde el momento en que Harley y ella se enamoraron mientras esta estudiaba Derecho. Él, viudo desde hacía años, no se casó en segundas nupcias hasta que conoció a Olivia. Harley se sentía tremendamente orgulloso de Will, su único hijo, que era un estudiante fuera de serie. Ambos compartían sus opiniones con él abiertamente y, aunque este no siempre estuviera de acuerdo con ellos, rara vez se pronunciaba. Sabía a qué había que atenerse en casa y qué actitud mostrar para no meterse en líos. Como sus padres no toleraban que les llevara la contraria bajo ningún concepto, no lo hacía. A Rose la inquietaba; a su modo de ver, era casi demasiado obediente y complaciente, y a veces no podía evitar preguntarse si en realidad era así o si se trataba de una fachada tras la que se ocultaba con el fin de complacer a sus padres. Le dejaban muy claro que no permitirían que se desviara del camino marcado por ellos. A pesar de su diferencia de

edad, Olivia era de mentalidad más rígida incluso que su marido.

En junio, Rose perdió la batalla de la portada, y con mucho pesar cedió. Telefoneó a Nadia en cuanto se tomó la decisión, para advertirla. La enojaba la idea de sacar a Pascale Solon en la portada del número de septiembre: de manera tácita se aprobaba un comportamiento que ella consideraba abominable. Los demás se dejaron atrapar por el idilio, cautivados por lo enamorados que parecían y lo atractivos que eran tanto Pascale como Nicolas. Rose casi se preguntaba si, de haber sido menos atractivos, ¿habría visto la gente con tan buenos ojos el hecho de que él continuara casado, conviviendo con su esposa, que la hubiera engañado y que se hubiera «enamorado locamente» de otra?

A Charity Bennett le faltó cacarear su victoria cuando Rose reculó y claudicó en el tema de la portada. Pascale era la chica del momento y ambos eran la pareja de moda. A esas alturas, su historia de amor era un secreto a voces y Nicolas ni siquiera mostraba arrepentimiento en público. Lo hacía más bien en privado, ante su esposa, e insistía en que no quería perderla, algo que enervaba a su suegra, dado su comportamiento impúdico y el sufrimiento que le estaba causando a Nadia. Era como si él y sus fans hubieran olvidado que estaba casado, que Nadia existía, que tenía hijos y que su pasión por Pascale era fruta prohibida. Estaba viviendo la fantasía de todo hombre: tener una mujer joven y guapa a sus pies y una esposa para satisfacer necesidades más prácticas en casa.

Unos días después de decidir sacar a Pascale en la portada del número de septiembre, esta admitió públicamente que estaba embarazada. Que Nadia tuviera que afrontar también eso enardeció aún más a Rose. Nadia no ofreció declaraciones a la prensa, se recluyó en el hermetismo. En cuanto la noticia salió a la luz, Rose reservó un vuelo a París para pasar el fin de semana con su hija; no sabía que más podía hacer aparte de acompañarla. Y consideraba que la reputación de la revista quedaba muy en entredicho al dar cobertura a la aventura sacándolos en portada.

Rose, que no había tenido contacto con Nicolas desde que el idilio se aireó en el Festival de Cannes, confiaba en no tropezarse con él en París, aunque Nadia le había comentado que todavía pasaba ratos en la casa, que dormía allí con frecuencia y que no se había mudado. Iba a ver a sus hijas todos los días. Ellas no sabían nada de Pascale ni del bebé, lo cual a Rose le parecía un milagro teniendo en cuenta el bombo que le estaban dando en la prensa, pero con siete y diez años, respectivamente, las niñas estaban protegidas y vivían ajenas del todo al comportamiento de su padre; su madre no las había puesto al corriente y las mantenía alejadas de internet.

Rose tenía previsto instar a su hija a que se pusiera en manos de un abogado lo antes posible. Hasta ahora, jamás había tenido tantos sentimientos encontrados en su función como directora de *Mode Magazine* publicando lo que las lectoras deseaban, satisfaciendo su curiosidad acerca de dos personas cuyo romance se exhibía tan abiertamente. Le constaba que contribuir a alimentar el sensacionalismo le dolería en el alma a su hija y la haría sentirse aún más traicionada.

Abrumada por el dolor, embarcó en el vuelo de Air France el viernes por la noche al salir de la oficina. Todas las hermanas de Nadia estaban indignadas por la situación. No criticaron a su madre por la inminente portada y entrevista a Pascale que saldría en *Mode*, pero odiaban a Nicolas por lo que le estaba haciendo a su hermana, y cerraron filas en torno a ella.

Rose no había dicho nada en la revista acerca de su vínculo personal con Nicolas, y ninguna persona, excepto su ayudante, Jen Morgan, estaba al corriente de ello. Los demás recordaban vagamente que tenía una hija casada que vivía en Francia, pero ni por un instante sospecharon la terrible situación por la que estaba pasando Rose.

Instalada en un silencio taciturno y sumida en sus pensamientos, llegaba a primera hora de la mañana del día siguiente al aeropuerto Charles de Gaulle. Tenía muchísimas ganas de ver a su hija y consolarla. Había dejado atrás, en Nueva York, su cometido como

directora de la revista de moda más influyente del mundo; en París era únicamente la madre de Nadia, y abrigaba la esperanza de que su presencia infundiese fuerzas a su hija para afrontar la pesadilla que estaba viviendo y el sufrimiento que la esperaba.

2

Nicolas fue a casa a cenar el viernes por la noche, como solía hacer varias veces a la semana, para estar con sus hijas y ver a su esposa. No siempre se quedaba a dormir; se marchaba con sigilo cuando las niñas se iban a la cama para que no repararan en su ausencia y a la mañana siguiente pensaran que se había ido a trabajar temprano. Todavía pasaba allí algunas noches, aunque no muchas, porque quería mantener las apariencias ante sus hijas en la medida de lo posible. Y también le apetecía ver a Nadia. Por absurdo que pareciera, pese a lo que estaba haciendo y a su comportamiento, no quería perderla. Cuando iba a verlas, mostraba una actitud cariñosa y amable con su mujer y las niñas, lo cual en cierto modo hacía que la situación resultase aún más dolorosa para Nadia.

Ella estaba dispuesta a poner de su parte, al menos durante un tiempo, por el bien de las niñas. Él siempre había sido un padre entregado y adoraba a sus hijas. También había sido un buen marido, salvo por un desliz pasajero hacía ocho años, sin nada que reprocharle desde entonces. Nadia y él tenían una relación sólida y amorosa, o al menos eso pensaba ella hasta muy recientemente, cuando descubrió su aventura con Pascale Solon.

Dado que su marido se había desplazado al estudio de grabación durante parte del rodaje de la fatídica película que había destruido su matrimonio, ella ignoraba el hecho de que él pasara sus horas libres, o sus noches, con Pascale. A su regreso a París, él mantuvo la relación con discreción; Nadia no sospechó nada. Todo saltó por los aires en el Festival de Cannes, cuando mostró sin tapujos su pasión por Pascale. Según el propio Nicolas, en esos pocos días fue como si hubiese olvidado quién era, y la prensa se le echó encima enseguida. Le confesó todo a Nadia cuando Pascale le dio la noticia del embarazo, mientras estaban allí, y perdió la cabeza durante unos días. Los meses

anteriores se había sentido pletórico y aterrorizado ante la idea de que lo descubrieran. Según él, estaba enamorado de ella y lo halagaba que una chica tan joven y guapa bebiera los vientos por él. En un principio, pensó que se trataba de un idilio apasionado que se prolongaría solo lo que durase el rodaje de la película y que Nadia jamás se enteraría. Por nada del mundo quería hacerle daño y le aseguró que no tenía intención de volver a hacer algo así, ni con Pascale ni con otra, en su vida, y que no quería poner en peligro su matrimonio. Su intención era poner fin a la aventura cuando terminase el rodaje de la película.

Él sabía que Pascale tenía por costumbre liarse con quienquiera que trabajase, algo que no era inusual entre los intérpretes y productores o directores, y daba por sentado que ella también querría romper; en los platós de cine se respiraba un ambiente algo quimérico, y luego uno volvía a la realidad y retomaba su vida. Nicolas había intentado hacer eso con Pascale, dejar atrás la aventura en el plató de cine y que Nadia jamás se enterase. Pero después, cuando regresaron a París, la actriz le había suplicado que volvieran a verse. Él accedió y descubrió que su apasionada relación íntima se había vuelto adictiva. Era consciente de que tenía que parar, y deseaba hacerlo, pero se dio cuenta de que era incapaz. Ella no se lo permitía. Pascale parecía tan perdida y vulnerable, sometida a la presión y a las exigencias de un meteórico ascenso al estrellato, que quiso protegerla y cuidar de ella, solo hasta que remontara.

La actriz, desbordada y muerta de miedo en el Festival de Cannes, se había hecho querer, y él creía estar enamorado de ella. Más tarde, cuando le anunció lo de su embarazo, el escritor fue consciente de que habían creado una nueva vida juntos, lo cual lo conmovió profundamente, igual que cuando Nadia concibió a su primer bebé. De pronto, su vínculo con Pascale se volvió real y prácticamente olvidó que tenía otra vida, una mujer y familia. Su único pensamiento era esa joven frágil y dulce, y la criatura que sería suya para siempre. No era su belleza lo que le atraía; Nadia le parecía igual de hermosa, y así se lo dijo, aunque ella no lo creyó. Sin embargo, la nueva criatura que Pascale llevaba en su vientre de repente lo había empujado a estar

dispuesto a jugárselo todo con tal de permanecer a su lado y protegerla, al menos hasta que diera a luz.

Y luego, a su llegada a casa después del festival, despertó. En cuestión de días, cayó en la cuenta del terrible error que había cometido al tener una aventura, airearla en Cannes, reconocerla públicamente y decirle a Pascale que la amaba cuando le dio la noticia del embarazo. Fue casi como vivir una película, solo que era verdad. Ahora todo aquello que amaba estaba en la cuerda floja; tenía que asumir las consecuencias de sus actos. Le confesó a Nadia todo lo ocurrido, incluso que la aventura había durado meses, desde el principio del rodaje de la película. Nadia, al enterarse, sintió como si le asestaran una puñalada en el corazón, en especial por ser una mujer tan honesta, pura y fiel. Su actitud digna mientras lo escuchaba en silencio puso las cosas aún más difíciles.

Al principio, él no fue consciente del precio que tendría que pagar por dar rienda suelta a su pasión y euforia, y ahora intentaba recomponer su matrimonio, hecho añicos, no perder a Nadia y, al mismo tiempo, encontrar una solución medianamente razonable con Pascale. Ahora también tenía una responsabilidad para con ella que no quería eludir. Jamás había intentado librarse de sus obligaciones ni fallar a las personas que quería y que contaban con él. Incluso ahora, su deseo era continuar casado con Nadia, pero a ella, después de la humillación pública que había sufrido a lo largo del mes anterior y sobre todo ahora que él iba a tener un hijo con otra mujer, sencillamente le resultaba imposible. Hicieran lo que hicieran, su desliz clandestino durante el rodaje de la película tendría repercusiones el resto de sus vidas. Nadia le había dicho que el embarazo de Pascale había sido el golpe de gracia de su matrimonio. El oírlo, y saber que era cierto, lo destrozó; iba a perder todo lo que más amaba, y sabía que le estaba bien empleado.

Le había dicho a su mujer que Pascale no pretendía que se casara con ella. Ella se consideraba demasiado joven para casarse, pero, por extraño que pareciera, no para tener un hijo. Según ella, llevaba dos años queriendo ser madre, Nicolas le parecía un padre idóneo y estaba totalmente convencida de que, tarde o temprano, su relación se

enfriaría. No vislumbraba, ni siquiera deseaba, un futuro a largo plazo con él, mientras que él había puesto en juego su familia y su matrimonio por ella y por un arrebato de pasión. Se había dejado convencer para no preocuparse por si ella se quedara embarazada y se había descuidado. Ahora, hasta que naciera el bebé y la aventura tocara a su fin de manera natural, Pascale pretendía que dejara a Nadia y se fueran a vivir juntos. Con veintidós años y, dada su moderna, relajada y poco ortodoxa visión de la vida, ella no entraba en las perspectivas a largo plazo de Nicolas, que se preguntaba si entendía la responsabilidad de por vida que conllevaba tener un hijo. No se trataba de un bebé al que pudiera hacer arrumacos como a una muñeca, sino de una criatura, una persona con enfermedades y problemas, con necesidades. Sería necesario darle una educación, y algún día se convertiría en un adolescente problemático. La actriz únicamente se planteaba el momento presente, y a él le había resultado imposible hacerle ver lo que el futuro le deparaba. No estaba preparada ni remotamente para lo que había acometido y daba por sentado que él aceptaría el rol de la responsabilidad mientras que ella se limitaría a disfrutar del bebé, algo que a él le constaba que no funcionaría así.

Ella misma había tenido una infancia inestable. No llegó a conocer a su padre, ni siquiera su identidad, su madre la tuvo a los dieciséis y, entre idas y venidas, la crio su abuela hasta que murió, cuando Pascale tenía diecisiete años, y desde entonces había estado sola. Asumía que cualquier niño saldría adelante, ya que ella lo había hecho.

Nicolas estaba dispuesto a hacerse cargo de sus obligaciones en lo concerniente al bebé, puesto que era el padre, quería a la futura madre en cierto modo, y ella insistió en tenerlo. Pero sabía que nunca amaría a Pascale como a Nadia. Pascale era un amor pasajero; casi todo su encanto y atractivo residía en lo misteriosa e infantil que era, pero le resultaba imposible imaginarla en el rol de progenitora. Pascale no fingía que querría al niño y se desviviría por él siempre. Había acordado con su madre que esta se hiciera cargo de la criatura, pues ya estaba entrada en años, y de esa forma Pascale tendría

libertad para seguir con su carrera y su vida, conocer a otros hombres, tener otros hijos y hacer lo que se le antojara. Pascale era un alma libre.

Así pues, él había tirado por la borda su futuro y una vida y matrimonio estables por un fuego fatuo que lo deslumbró fugazmente, y ahora tenía que recomponer día a día la vida que había destrozado. Ahora mismo no podía plantearse la idea de escribir, era incapaz de concentrarse y, aunque tenía presente que su angustia podría plasmarse en un buen libro algún día, no quería que fuese una tragedia contemporánea. No estaba preparado para poner fin a la aventura con Pascale, no sería justo con ella embarazada, pero, por encima de todo, no quería perder a Nadia ni destruir su matrimonio. De forma que nadaba entre dos aguas, intentando apaciguar a las dos, suplicando a Nadia que lo perdonase, que no renunciara a él hasta darle tiempo a arreglar las cosas. Se creía capaz de poner fin en buenos términos a su relación con Pascale una vez que el bebé naciera, si es que Nadia no se divorciaba de él antes. Y al margen de lo que esta decidiera, él sabía que la aventura con Pascale sería pasajera, pero no el bebé.

Pascale quería tenerlo cerca para pasarlo bien y acostarse con él, hasta que se cansaran el uno del otro, cosa que tenía claro que sucedería tarde o temprano. Según ella, a los veintidós no se elegía una pareja de por vida. Sin embargo, él lo había hecho a los veintiséis, al conocer a Nadia, y les había ido de maravilla durante dieciséis años, once de ellos casados, hasta que todo se fue al garete por su aventura con Pascale. Él era una historia puntual para la actriz, un capítulo de su vida. Para él, Nadia era su vida; le aseguró que lo tenía más claro que nunca. Pero desvincularse de la joven no le iba a resultar fácil. Ella reclamaba constantemente su presencia, al menos hasta que el bebé viniera al mundo.

Nadia y él sacaron el tema de nuevo el viernes por la noche, después de que su mujer acostara a las niñas. La cena resultó tensa, aunque Nadia estaba decidida a poner buena cara delante de sus hijas mientras le resultara soportable, pero, sabiendo que Nicolas seguía con Pascale —al menos parte del tiempo—, cada día le costaba más.

Había heredado los genes de su madre, mantenía la compostura y jamás aireaba sus problemas en presencia de los demás. Hacía poco que Sylvie le había preguntado por qué lloraba tanto y estaba de tan mal humor, y ella le había respondido que algunos de sus clientes le estaban echando la bronca. A continuación, Sylvie le había preguntado si su papá y ella habían discutido. Nadia, entre lágrimas, lo había negado con una sonrisa y, cuando Nicolas fue a casa a cenar esa noche, hizo de tripas corazón para mostrar una actitud alegre y simpática.

Su marido valoraba lo que ella estaba haciendo y sabía perfectamente que otra mujer lo habría echado con cajas destempladas, aunque ambos tenían presente que muchas mujeres francesas consentían los escarceos y amantes de sus maridos; formaba parte de su cultura, incluso entre algunas personas de su edad. Y en Francia muchas mujeres también cometían infidelidades. Después de once años de matrimonio, un buen número de sus conocidos, entre ellos algunas mujeres, engañaban a sus parejas cada dos por tres. Ese no era el planteamiento de vida de Nadia o de Nicolas, ni su concepto del matrimonio. Tras el primer desliz de este, Nadia pensó que no se repetiría, de ahí que se lo hubiera tomado mucho peor; la había sorprendido por completo. Ella pensaba que tenían una vida en común feliz y estable para siempre, y ahora todo su mundo se había ido al traste.

A Nadia se le estaba haciendo muy cuesta arriba sobrellevarlo, y él también se sentía fatal. Ella, cansada y tensa, tenía bolsas oscuras bajo los ojos y había perdido como mínimo cuatro kilos, algo que no podía permitirse. Tenía un aspecto enfermizo. A pesar de ello, trabajaba al mismo ritmo que siempre y cuidaba de sus hijas de una manera ejemplar.

—Pasaré este fin de semana en casa. Haremos algo juntos —prometió él con gesto contrito. La culpa se había convertido en su compañera inseparable, fuera cual fuera la mujer con la que estaba.

—No puedes —dijo ella con voz triste y apagada. Le constaba que debía indignarse con su esposo, y en ocasiones lo hacía, pero la mayoría de las veces se sentía tremendamente dolida. No había dado

tiempo a que la ira se gestase en ella. Al principio se sentía consternada y paralizada, y ahora, destrozada, viviendo con ello cada día, mientras él iba de acá para allá entre las dos mujeres como un metrónomo.

—¿Por qué no?

Él entró en pánico. De momento Nadia, a pesar de sus amenazas, no le había prohibido la entrada o pasar la noche en casa, pero ahora sí lo obligaba a dormir en el cuarto de invitados y le advertía que las niñas no debían verlo. No habían tenido contacto físico desde la noticia de la aventura destapada en Cannes y se negaba a compartir cama con él. Y Nicolas, con buen criterio, no intentaba acercarse a ella.

—Mi madre viene a pasar el fin de semana. Llegará por la mañana temprano —respondió ella escuetamente.

Nicolas gruñó.

—Oh, Dios. ¿Por qué ahora?

—¿A ti qué te parece?

Nadia lo fulminó con la mirada y él asintió con la cabeza.

—Ella lo sabe, claro —advirtió con gesto apesadumbrado, al tiempo que se sentaban a la mesa de la cocina.

—Obviamente. Lo sabe el hemisferio occidental entero. Ha salido en toda la prensa sensacionalista del mundo y en internet; hay decenas de fotos tuyas con Pascale. Que las niñas no se hayan enterado todavía es pura suerte.

Sin embargo, tarde o temprano ocurriría. Sus libros tenían éxito, se traducían a multitud de idiomas y se vendían en muchos países del mundo. Y Pascale ya había saltado a la fama con su anterior película, razón por la cual la habían contratado para la última de Nicolas. De modo que se hallaban en el punto de mira en el mundo entero.

—¿Se lo contaste tú? —le preguntó.

—No tuve necesidad de hacerlo. Se enteró en una reunión en la redacción, cuando propusieron sacar a Pascale en la portada del número de septiembre, junto con una entrevista tuya.

—Nadia, ya te dije que no concederé ninguna entrevista. Sé que fui yo el causante de este terrible embrollo, pero no quiero echar más

leña al fuego.

Era demasiado tarde para aplacar la marea mediática, pero él no iba a hacer ninguna contribución. Todavía abrigaba la esperanza de que ella lo perdonara algún día. Sin embargo, también tenía presente que, aunque Nadia llevara la mitad de su vida viviendo en Francia y en muchos aspectos se hubiera afrancesado en gran medida, en el fondo era estadounidense, igual que sus hermanas, y las cuatro eran uña y carne. Estaba convencido de que lo más seguro era que estuvieran insistiéndole en que se divorciara de él. En realidad, dadas las circunstancias, no podía reprochárselo, pero aún confiaba en contener la desastrosa marea, aunque de momento pareciera imposible.

Nadia se había encerrado en su cascarón desde el anuncio del embarazo de Pascale y apenas le hacía partícipe de sus planes. De momento vivían en un precario *statu quo.* Él dudaba que se prolongase mucho tiempo; con suerte, el suficiente para que Pascale diera a luz y, tras llegar a algún tipo de arreglo o acuerdo con ella, volver al redil con su esposa y sus hijas antes de que su vida en común se redujera a cenizas. Sabía que, en lo tocante a cuánto tiempo aguantaría Nadia el sufrimiento que le estaba causando, se trataba de una carrera contrarreloj. A pesar de que tenía la firme determinación de compensárselo durante el resto de su vida, ignoraba si ella le daría esa oportunidad, o si el daño causado ya era irreparable. No le permitía acercarse a ella, y lo evitaba cuando él iba a la casa, salvo en presencia de sus hijas; en esos ratos adoptaba una actitud amable impostada, aunque sin dar muestras del afecto que siempre había caracterizado su relación. Nadia era una mujer cariñosa, amable y dulce, y habían mantenido una relación muy estrecha. Ahora se preguntaba si, al margen de lo que hiciera para resarcirla, recuperarían esa cercanía algún día. A pesar de que ella era una persona indulgente, sabía que le estaba pidiendo lo imposible. Nadia estaba sufriendo el dolor y la humillación pública de la peor clase para cualquier mujer: la de un marido liado descaradamente con otra a la que había dejado embarazada. Al recuperar la cordura, él también se avergonzaba de ello.

Hasta ahora, su vida en común parecía perfecta en todos los

aspectos. Su esposa siempre comentaba lo afortunados que eran de la buena vida que tenían. Vivían en un bonito piso del distrito VII en el Quai Voltaire, en la margen izquierda del río, con vistas al Sena y a los espectaculares monumentos de París desplegados ante ellos como en un escenario cinematográfico, y la torre Eiffel visible desde la terraza e iluminada cada hora. Nadia había decorado el piso con el gusto exquisito que la caracterizaba, combinando originales objetos modernos y reliquias familiares que Nicolas había heredado. Era un hogar donde se respiraba calidez y confort, y al mismo tiempo un espacio de lucimiento cuando recibían invitados. Las niñas y ellos habían sido felices allí.

Su mujer se había aislado de todo el mundo en cuanto la aventura con Pascale salió en prensa. No quería verse en el compromiso de dar la cara por él ni de airear sus penas. Él también mantenía un perfil bajo. De buenas a primeras, con la vida plena que habían tenido hasta entonces, estaban viviendo en el aislamiento, con la única compañía de los *paparazzi.* La de cosas que habían perdido por culpa de Nicolas. Sabiendo lo unidas que estaban las hermanas, el escritor estaba seguro de que Nadia buscaba apoyo en ellas. La visita de su suegra era la primera señal de ello, y lo atemorizaba verla. Cuando se sentía traicionada, Rose podía ser fría como un témpano o elocuente de una manera despiadada, y una leona protegiendo a sus cachorros. Era una excepcional mujer de negocios y una excepcional adversaria, pero, en su vida privada, defendía a sus hijas con uñas y dientes y mostraba lealtad hacia todos aquellos a quienes amaba. Estaba chapada a la antigua y era de principios conservadores. A él, que había rebasado todos los límites posibles, no le agradaba verla; como es lógico, intuía cuál sería su reacción. Pascale se encontraba pasando el fin de semana en el sur de Francia con unos amigos y él se había desmarcado para poder ver a sus hijas. Todavía estaba a tiempo de llamarla por teléfono, decirle que se había producido un cambio de planes y tomar un vuelo regional a Niza desde Orly esa noche, pues Nadia no quería que coincidiera con su madre, y él mismo lo agradecía.

A pesar de su calvario, Nadia y Nicolas seguían haciendo una bonita pareja. Ella era menuda, de pelo oscuro, con la tez pálida y los ojos

azules que había heredado de su madre inglesa, aunque de una tonalidad más oscura, como los zafiros. Siempre vestía con una discreta elegancia de la que él se enorgullecía. Ahora despedía un aire más francés que estadounidense, y siempre se había sentido en su salsa en Francia. Se había integrado enseguida, desde el instante en que llegó a la Sorbona. Sus hermanas tenían un estilo y una mentalidad más norteamericanos; Nadia siempre había sido más europea y, en cierto modo, más parecida a su abuela italiana, cariñosa y divertida. No tenía la frialdad y contención inglesas de su madre, o el estilo estadounidense, más abierto y sin filtros, de sus hermanas. Tras dieciséis años viviendo allí, era muy francesa en sus modales y su forma de ver las cosas. También era una mujer digna que se guardaba las penas para sus adentros, y él la había expuesto al escrutinio público en las peores circunstancias posibles.

A diferencia de ella, Nicolas era rubio, de cabello espeso y facciones marcadas. A ella siempre le había atraído muchísimo físicamente, pero ahora no soportaba verlo. Superaba la altura media de los hombres franceses, era de hombros anchos y complexión atlética y parecía una estrella de cine. Formaban una pareja espectacular y, en los once años que llevaban casados, habían ganado en atractivo si cabe. Nadia, con su talante discreto, prudente y distinguido, no era tan llamativa como Pascale, que lo había encandilado al principio y cautivado con su patente belleza y sensualidad. Su mujer, además de ser guapa también, era infinitamente más lista.

El éxito de Nicolas como novelista había cautivado a Nadia y era motivo de orgullo para esta. Su marido le daba todos sus manuscritos para que los leyera; ella le hacía interesantes sugerencias que él tenía en cuenta en la mayoría de las ocasiones. Y ahora, inmerso en su caos personal, era incapaz de escribir una sola frase. La gran desazón por ambas mujeres le impedía plantearse eso o cualquier otra cosa.

La empresa de interiorismo de Nadia, con proyectos por toda Europa, había prosperado. En este momento intentaba mantenerla a pleno rendimiento y evitaba comentar con sus clientes el escándalo de la aventura de Nicolas.

La situación le resultaba más dolorosa todavía por el hecho de que

llevaban uno o dos años sopesando la idea de tener un tercer hijo, pero habían decidido esperar cerca de un año con la esperanza de estar menos ocupados, y ahora Nicolas iba a tener su tercer hijo con otra. Era otra puñalada asestada en el corazón de Nadia.

Siempre habían compartido los mismos valores, o eso pensaba ella, aunque él se mostrara más indulgente que ella en lo tocante a las aventuras de sus amigos. La interiorista siempre decía que la infidelidad le parecía repugnante y destruía un matrimonio; lo mismo que les decía a sus amigas cuando le confesaban sus devaneos. Era lo único que no le gustaba de la sociedad francesa, y lo decía sin tapujos. Ahora lo estaba sufriendo en sus propias carnes, y no le quedaba otra que tragarse sus palabras y apechugar con ello, o bien abandonarlo y divorciarse, al estilo norteamericano. Se debatía en un conflicto interno entre dos culturas, y, por encima de todo, lo más desolador era lo mucho que lo amaba y que deseaba retroceder en el tiempo hasta antes de que ocurriera. No concebía cómo su matrimonio se recuperaría algún día después de esto.

—¿Lo sabe todo el mundo? —le preguntó Nicolas, acongojado, antes de marcharse del piso. Siempre hacía hincapié en que no leía la prensa rosa.

—Mi clienta de Madrid me llamó la semana pasada para decirme lo mucho que lo lamentó al leerlo en internet, y luego me preguntó si nos vamos a divorciar. Lo da por hecho —dijo Nadia en voz queda, y el asintió con la cabeza—. Todos mis clientes de Londres ya estaban enterados y los inquieta la posibilidad de que regrese a Estados Unidos.

—¿Lo harías? —preguntó él, aterrorizado.

—No lo sé, Nicolas. El Titanic ha golpeado el iceberg y no he decidido qué voy a hacer al respecto.

Hacía años que no se sentía en casa en Estados Unidos. Era mucho más feliz y se encontraba más a gusto en Francia, por lo menos hasta la fecha. Le resultaba impensable volver a afincarse allí, y tenía una empresa en plena expansión, pero París se había transformado súbitamente en un infierno para ella. La aventura de Nicolas era la comidilla de todo el mundo, hasta del dueño del colmado y el de la

tintorería, debido a la fama de Pascale. Le costaba sobrellevarlo. Y, al igual que a su madre, le daba pavor airear sus problemas personales en el terreno laboral. Ahora se sentía desnuda ante el mundo por culpa de él. No quería huir, pero el mal comportamiento de su marido se cernía sobre ambos como una nube tóxica. Él había contaminado su matrimonio y su vida en común.

Nicolas no fue tan tonto como para intentar darle un beso de despedida al marcharse; se limitó a darle las buenas noches. Las niñas ya estaban durmiendo. Salió sin hacer ruido del piso y se dirigió al de Pascale a meter algo de ropa en una bolsa de viaje para irse a Saint-Tropez. Vivía con la maleta en la mano, a salto de mata, lo cual detestaba.

Pensó en Nadia y, como se había hecho ilusiones con pasar el fin de semana con ella y las niñas, le dio pena dejarla, pero se sintió aliviado de no tener que ver a su suegra. Ese encuentro no era plato de buen gusto. Y sabía que, por duro que fuera lo que esta le dijera cuando finalmente volvieran a verse, se lo merecía.

Contaba con recibir su castigo en el futuro por lo que le había hecho y a lo que había expuesto a Nadia. Su único deseo era no perderla, si es que no la había perdido ya, aunque en este momento no fuera digno de ella, dado su comportamiento.

Lo que necesitaba era tiempo, lo justo para dejar que las cosas se enfriaran de manera natural con Pascale, tras la llegada del bebé. Pero no tenía la menor idea de si Nadia le proporcionaría ese margen, o de sus sentimientos hacia él. Y el hecho de que Rose viajara a París lo atemorizaba. Ella era como un ángel de las tinieblas que volaba en auxilio de su hija, y seguro que instaría a Nadia para que lo abandonara y se divorciara de él. Se planteó si Nadia haría caso a su madre y sus hermanas. Todo cuanto podía hacer en ese instante era rezar para que lo que habían tenido hasta la fecha los ayudase a superar este bache.

Su familia política ahora era su enemiga, no su aliada; había perdido su lealtad. Mientras cogía un taxi para ir a Orly, pensando en ambas mujeres, se sintió más solo que nunca. Procuró centrarse en Pascale y en el encuentro con ella en Saint-Tropez para pasar el fin de

semana, pero no se quitaba de la cabeza el dolor que se reflejaba en los ojos de Nadia cada vez que la veía últimamente; tenía presente que Rose también repararía en ello y que lo odiaría por eso. Confiaba en que Nadia no renunciara a él y que no cediera ante las súplicas de su madre, pero, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas, era consciente de que había pocas esperanzas. Y, de pronto, sintió pavor ante el fin de semana con Pascale en Saint-Tropez. Su matrimonio era un alto precio que pagar por su aventura pasajera y el bebé. ¿Y qué posibilidad de ser feliz tenía ese niño con un comienzo tan tortuoso? Se sintió culpable por eso también.

3

El avión de Rose aterrizó en el aeropuerto Charles de Gaulle a las ocho de la mañana. Tras unos minutos en el baño del avión, salió tan impecablemente peinada como siempre, con apenas una pizca de maquillaje, vestida con una pulcra camisa blanca, un pantalón de vestir negro y un *blazer* de lino negro. Iba de punta en blanco, como recién salida de las páginas de una revista en vez de haber pasado toda la noche en un avión. Llevaba un voluminoso bolso Haut à courrois de Hermès de cocodrilo negro bien curtido con el que siempre viajaba. Ya incluso en el aeropuerto, la gente volvía la cabeza a su paso. Entre su altura, su pelo completamente blanco, su porte y su elegancia innata, acompañada por un representante VIP de la compañía aérea que apretaba el paso para acompasarlo al suyo, era evidente que no se trataba de una viajera cualquiera. Rose estaba ansiosa por llegar al piso de Nadia y ver a su hija.

Cuando recogió su equipaje, tenía un coche esperándola; le dio al conductor la dirección del Quai Voltaire en su perfecto francés. Como Nadia hablaba con soltura en francés a sus hijas, ella siempre les hablaba en ese idioma también. Sylvie y Laure hablaban el inglés con acento francés y se defendían cuando era necesario.

Durante el trayecto desde el aeropuerto, que duraba menos de una hora los sábados por la mañana temprano, Rose contempló el paisaje familiar por la ventanilla con aire pensativo. Viajaba con frecuencia a París por motivos de trabajo, y siempre se alegraba de ver a Nadia, Nicolas y las niñas. Esta vez era diferente, había ido con el único objetivo de apoyar a su hija. Que Pascale hubiera anunciado públicamente su embarazo había empeorado con creces su actual drama. Pascale y Nicolas estaban en el candelero, y Rose no alcanzaba a imaginar lo hundida que Nadia se sentía: quería verlo en primera persona. Le preocupaba la nobleza y decencia de la que Nadia estaba

haciendo gala, y opinaba que su hija debía tomar represalias. Y, desde luego, el divorcio era una opción, tal vez incluso la decisión más sabia, por mucho que Rose no se lo tomara a la ligera.

Cuando Rose llegó y llamó al portero automático, Sylvie y Laure estaban desayunando en camisón. Nadia le abrió y, cuando Rose subió, Nadia se quedó mirando a su madre durante unos instantes con una sonrisa y lágrimas en los ojos.

—Gracias por venir, mamá —dijo en inglés. Su madre, como siempre, iba de punta en blanco. Nadia, con su larga melena oscura suelta y enmarañada, llevaba puesto un camisón de algodón rosa que la hacía parecer prácticamente de la misma edad que sus hijas. Rose dejó en el suelo su pequeña maleta y el bolso de cocodrilo, abrazó a Nadia y la siguió hasta la cocina, donde las niñas estaban comiendo y riendo. Levantaron la vista con gesto sorprendido al ver a su abuela. Como su madre no las había avisado de su llegada, para así darles una sorpresa, se levantaron de un salto y se abalanzaron a los brazos de su abuela. Pasaron la siguiente media hora charlando atropelladamente con ella, hasta que su madre las mandó a sus habitaciones a vestirse y le recordó a Sylvie que ayudara a Laure a abrocharse los botones y a atarse los cordones de los zapatos.

—Parecen estar estupendamente —comentó Rose, mientras observaba detenidamente el rostro de su hija. Parecía cansada y demacrada, y tenía ojeras, como era de esperar.

—No saben lo que está pasando —le respondió en voz baja, y le tendió a su madre otra taza de café. Rose parecía ir vestida para una reunión. Nadia estaba contenta de verla.

—¿Y tú qué tal? ¿Alguna novedad?

Rose la observó atentamente.

—Estuvo aquí anoche. Quería pasar el fin de semana con nosotras.

—Eso debe de generar malentendidos —comentó Rose, con el ceño fruncido, mientras se preguntaba si Nadia seguiría acostándose con él. Confiaba en que no, pero prefirió no indagar. Era respetuosa con el carácter íntimo y sagrado de los matrimonios de sus hijas, los cuales

no le concernían en absoluto, aunque Nicolas estuviera demostrando ser la excepción de la regla, pues su vida se había convertido en un asunto de interés mundial.

—No dejé que se quedara, como es lógico —dijo Nadia con un suspiro—. No para de repetir lo mucho que me quiere, y que pondrá fin a la relación una vez que la otra dé a luz. Al parecer, ella se considera demasiado joven para casarse.

—O demasiado francesa —señaló Rose con una mirada reprobatoria. A Nadia le hizo gracia. A pesar de que su madre continuaba albergando ciertos viejos prejuicios británicos hacia los franceses, hasta hacía poco quería a su yerno y confiaba en él—. Entonces ¿qué es lo que quiere? También es demasiado joven para ser madre.

—Quiere vivir con él mientras dure la relación. No pienso quedarme plantada de brazos cruzados, durante los próximos años, mientras él está con un pie aquí y otro allí; no se puede estar a la vez en el horno y en el molino, como dicen los franceses.

—Ya ni siquiera los hombres franceses de hoy en día hacen eso. Tienen hijos y no se casan, pero jugar a dos bandas no es forma de vivir, especialmente en tu caso. Tú te mereces algo mejor.

—Lo sé —dijo ella con tristeza—. Yo creía que rompería con ella antes de llegar a este punto, pero el embarazo lo ha cambiado todo y creo que en el fondo se alegra. Le encantan los niños.

Su madre puso los ojos en blanco.

—Por favor, esto no tiene nada que ver con que le encanten los niños. La cuestión es que está teniendo una aventura empalagosa, montando un escándalo y dejando que se le vaya de las manos. La cuestión es el hecho de que le apetece pasarlo bien con una chica joven y despampanante, no que le encantan los niños. Está alimentando su ego, y poco más. —Nadia no replicó—. Y, entretanto, ¿qué se supone que vas a hacer tú? —Desaprobaba rotundamente lo débil y egoísta que estaba siendo su yerno, como un niñato con la mitad de sus años.

—No tengo ni idea. No paro de darle vueltas a la cabeza. Ojalá no hubiera sucedido, pero es lo que hay.

—¿Has llamado ya a un abogado?

Nadia negó con la cabeza y no le apetecía que su madre la agobiara. Su hermana Olivia le había insistido por teléfono en que presentara la demanda de divorcio inmediatamente, pero Nadia todavía no se sentía preparada para hacerlo, y no estaba segura de cuándo lo estaría. Tenía que ser cuando ella lo estuviera, no el resto.

—No he tenido tiempo. —O el valor para hacerlo—. Viene a ver a las niñas cada dos por tres, lo cual es bueno para ellas.

—¿Dónde está viviendo? —A Rose le parecía confuso.

—Aquí, parte del tiempo, en el cuarto de invitados, y el resto del tiempo con Pascale. Aún no se ha llevado sus cosas. No creo que ninguno de los dos estemos listos para eso. Hay ratos en los que quiero que lo haga; el resto del tiempo, no. Lo estamos haciendo de esta manera por las niñas, de momento.

—¿O porque los dos tenéis demasiado miedo de dar el paso? Estás permitiendo que juegue a dos bandas —señaló Rose con énfasis.

—La verdad es que sí. Es que todavía no estoy preparada para tomar una decisión drástica. Todo esto me ha cogido de nuevas.

—Yo diría que tener un bebé de una relación extramatrimonial con una actriz de veintidós años y salir en primera plana en la prensa rosa es bastante drástico, ¿no?

Nadia sonrió y asintió con la cabeza. Su madre siempre iba directa al grano, sin rodeos.

—Sí. Solo quiero estar segura, antes de que se vaya de casa y les digamos a las niñas que vamos a divorciarnos.

—¿Y te ves dándole una segunda oportunidad después de esto? —le preguntó su madre, estupefacta. Ni ella misma podía imaginárselo. Nadia negó con la cabeza.

—No, qué va. Nunca volveré a sentir lo mismo por él, pero lo del divorcio son palabras mayores, y es para siempre.

—Yo pensaba que, en teoría, el matrimonio es para siempre —dijo Rose con más afectación de la que habría hecho gala en la revista, donde era necesario que mostrara una actitud más moderna y mayor amplitud de miras, pero esto incumbía a su familia y esperaba que tuviera los mismos valores que ella.

—Yo también lo pensaba —dijo Nadia, justo cuando las niñas aparecieron vestidas con pantalones cortos vaqueros, camisetas y zapatillas de deporte rosas. Sylvie le había recogido el pelo a Laure en dos trenzas que se le habían quedado de punta y se había olvidado de cepillarse el suyo, una mata enmarañada de rizos rubios. Laure era de pelo oscuro como Nadia y el vivo retrato de su madre. Sylvie, que se parecía más a Nicolas, se daba cierto aire a su tía Olivia, en lo cual Nadia reparaba en ocasiones, pero era de carácter más alegre que su tía, un tanto intimidatoria.

Nadia fue a vestirse y peinarse mientras Rose se instalaba en la habitación de invitados con vistas al río y, al cabo de unos minutos, entró a preguntarle si le apetecía ir al parque con ellas.

—Para eso he venido —respondió.

Acto seguido se puso unas bailarinas y unos vaqueros, e instantes después se fueron a dar un largo paseo. A la vuelta, pararon a comer en la terraza de un café en el bulevar Saint-Germain, donde Nadia pidió una ensalada, y Rose y las niñas unos sándwiches. Más tarde, volvieron al piso paseando tranquilamente. Fue un alivio que Nicolas no saliera a colación mientras estuvieron fuera; su nombre no se mencionó hasta justo antes de la hora de la cena, cuando llamó para hablar con las niñas y Nadia les pasó su móvil. Era evidente que se alegraban de oírle; les dijo que estaba promocionando su último libro en el sur de Francia.

—Traducción: está en Saint-Tropez con ella —explicó Nadia a su madre en cuanto se quedaron a solas. Pero también sabía que él quería estar con ella, a lo que ella se había negado por la visita de su madre. Ahora, los minutos que no pasaba con una, los pasaba con la otra. Estaba empezando a plantearse la posibilidad de que se buscara un piso, pero temía que, si se lo sugería, él se mudaría con Pascale. Aunque, con un bebé en camino, tal vez lo hiciera de todas formas. Nadia se sentía incapaz de contener la marea de acontecimientos. Él había provocado una vorágine de reacciones y consecuencias con su estúpido comportamiento.

Rose las llevó a cenar a una pizzería cercana que a las niñas les encantaba. Normalmente invitaba a Nadia y Nicolas al Voltaire, en la

misma calle donde vivían, pero la interiorista no tenía ganas de encontrarse con nadie en ese restaurante de moda frecuentado por diseñadores, fotógrafos del mundo de la moda, personajes de sociedad, decoradores y sus clientes; por lo general, veía alguna cara conocida prácticamente en cada mesa. Y, además, todo el mundo conocía a Rose. Su hija no se veía con fuerzas para encararlo, así que en este momento prefirió pasar desapercibida en la pizzería; no tenía ánimo para nada más.

Rose les contó a sus nietas anécdotas graciosas que le habían ocurrido a las modelos en sesiones fotográficas, y ambas se rieron de lo lindo con episodios de tops que se soltaban, faldas que caían al suelo, un cachorro de león que se escapó, y sobre cómo en una sesión reciente soltaron una bandada de palomas que pusieron perdidos de caca al fotógrafo y a la modelo, vestida con un traje de novia. A las niñas les chiflaban las historias que su abuela les contaba y, aunque no sabían nada acerca del mundo de la moda, intuían que su abuela era especial.

—Siempre va muy guapa —dijo Sylvie adormilada, cuando Nadia le dio un beso de buenas noches y la arropó tras llegar a casa. Rose fue a servirse una copa de vino—. Me encantan sus pulseras. —A menudo llevaba interesantes pulseras de aro y originales brazaletes étnicos que encontraba en sitios exóticos en sus viajes de trabajo.

—Me gusta su pelo —dijo Laure en voz baja—. Parece nieve. —Les fascinaba su cabello, el más blanco que jamás habían visto—. Qué guapa es.

Nadia sonrió con sus comentarios, apagó la luz y fue al encuentro de su madre. Estaba sentada en el sofá, contemplando la vista de París a la luz de la luna, mientras pensaba que ojalá no le hubiera ocurrido nada de esto a su hija.

—Tu club de fans se lo ha pasado bien contigo hoy —comentó Nadia, agradecida, al tiempo que su madre le tendía la copa de vino blanco que le había servido. Nadia se dio cuenta, a su pesar, de que se trataba de Chassagne-Montrachet, el favorito de Nicolas.

—Están muy bien educadas y son muy dulces. Los niños de Venetia me agotan, pero he de reconocer que India siempre me hace reír. Es

una cría la mar de graciosa. Cuando vino de visita a mi oficina, me dijo que debería pintarla de rojo, que así, al sentarme delante de una pared roja, mi pelo llamaría más la atención y estaría más guapa.

Ambas sonrieron. Nadia tomó un sorbo de vino y se relajó. Era agradable tener a su madre allí para conversar. No se había mostrado tan tajante acerca de Nicolas como ella se figuraba. La sorprendía su actitud tolerante con respecto a la incertidumbre de ambos, y reconoció para sus adentros que la situación era desastrosa.

—Me encanta cuando consigues pasar tiempo con ellas. Ojalá viviésemos en la misma ciudad.

Nadia echaba de menos ver a su madre y a sus hermanas con asiduidad. Venetia iba a París varias veces al año para comprar telas o asistir a desfiles de alta costura. Athena, aunque viajaba a Italia con más frecuencia, iba a París una vez al año más o menos. Olivia nunca aparecía por Europa; cuando disponía de tiempo libre, se marchaba con su familia a su casa de Maine, donde salían a navegar en un pequeño velero con el que estaban encaprichados. A su marido no le gustaba visitar Europa y Olivia nunca iba sola. Nadia estaba demasiado atareada como para recalar en Nueva York a menudo, excepto por compras para sus clientes.

—No te reprocho que vivas aquí. Si me jubilo algún día, a lo mejor paso uno o dos años en París —comentó Rose con aire soñador—. Cuando vengo, normalmente tengo la agenda saturada.

A sus sesenta y seis años, nada apuntaba a que tuviese la menor intención de jubilarse. Seguía manteniendo el ritmo a toda máquina, a tope, dedicándose en cuerpo y alma a *Mode Magazine*. Era temida y reverenciada por todo el mundo en la industria de la moda, podía forjar o hundir a un diseñador a su antojo y disfrutaba ayudando a dar un empujoncito a jóvenes talentos con sus comentarios.

—Siempre quise que mi matrimonio fuese idéntico al tuyo con papá. Estabais tan bien juntos y os apoyabais tanto el uno al otro… Y daba la impresión de que lo pasabais estupendamente —dijo Nadia con melancolía—. A mí me parecía que nosotros íbamos en la dirección correcta, pero luego pasó lo que pasó. Me gustaría pensar que podemos superarlo, pero no estoy segura. No sé si podré perdonar a

Nicolas algún día. Eso es lo que estoy tratando de averiguar.

—Algunos matrimonios superan cosas peores —dijo Rose con delicadeza—. No sé si será vuestro caso, el tiempo lo dirá. Y, en efecto, tu padre y yo lo pasamos estupendamente. Supe que era mi media naranja en el instante en que nos conocimos. Estuvimos enamorados hasta el final. —Sonrió pensando en su difunto esposo. A su entender, gran parte de la vida de Nadia dependería de lo que Nicolas hiciera ahora y de si se quedaba con Pascale después de que esta diera a luz o si pondría fin a la relación de una manera airosa y con la rapidez con la que dijo que lo haría—. No es plato de buen gusto, pero las personas a veces perdonan cosas bastante terribles. O no. Siento que tengas que pasar por eso.

Nadia asintió con la cabeza a modo de reconocimiento.

—Yo también. El verte me hace sentir persona de nuevo. El mero hecho de salir a cenar contigo y con las niñas ya es algo, y me infunde una sensación de normalidad. Estoy harta de hablar con Nicolas acerca de ello. Ha pasado a ser nuestro único tema de conversación. A veces me da la sensación de estar en una isla desierta sin escapatoria posible.

—¿Qué vas a hacer este verano? —le preguntó su madre.

—No sé, todo está en el aire. Siempre pasamos julio y agosto en el castillo. Dice que puedo ir sin él si me apetece. Me figuro que él lo pasará con ella en algún sitio si no lo pasa con nosotras. Las niñas se disgustarán si no nos acompaña. Siempre puedo ausentarme un tiempo y dejar que se quede allí con las niñas. No me apetece estar ahí con él fingiendo que no ha pasado nada. Todo es muy incómodo. —Rose asintió. Más que incómodo, era espantoso.

Rose tenía una casita en Southampton en la que pasaba los fines de semana en verano, una época de ajetreo para ella. A veces, si podía escaparse, iba al castillo a pasar unos cuantos días.

—Ojalá vinieran mis hermanas —dijo Nadia con aire pensativo.

—¿Por qué no se lo preguntas? —sugirió Rose, y a Nadia le pareció una buena idea.

—Creo que a lo mejor lo hago.

Nadia le sonrió. Conversaron hasta pasada la medianoche y evitaron

el espinoso tema. Nadia durmió plácidamente esa noche. Por raro que pareciera a su edad, el mero hecho de tener a su madre allí le transmitía seguridad.

Por la mañana, cuando Nadia se despertó, se encontró a su madre en la cocina, desayunando con las niñas. Les había hecho tostadas francesas, que le recordaron a Nadia su infancia; su madre solía prepararles tostadas francesas o tortitas los domingos por la mañana.

Después de desayunar, fueron a dar un largo paseo por la ribera del Sena. A Rose le chiflaba hurgar en los puestos de libros y encontrar viejos títulos en francés. Luego regresaron al piso. Rose se marchaba esa noche para regresar a Nueva York. La visita había sido corta pero fructífera, había reconfortado a Nadia y le había servido para tomar perspectiva; ya no se sentía tan sola. Le constaba que su madre no tenía más remedio que volver al trabajo y agradecía que hubiera hecho el esfuerzo de ir a verla el fin de semana.

Tras despedirse de ellas y prometer que se reencontrarían pronto, a Sylvie y Laure les entristeció que se fuera. Justo cuando Rose estaba abrazando a Nadia, oyeron una llave en la cerradura, y Nicolas abrió la puerta. Se quedó de piedra al verlas ahí de pie, como si quisiera retroceder. Ella lo miró fijamente con sus penetrantes ojos azules como si fuese un intruso en casa ajena.

—Oh… Pensaba que ya te habrías ido —dijo, lo cual no hizo más que empeorar las cosas. Había dado por sentado que se marcharía por la mañana para llegar a una hora decente a Nueva York, pero ella tenía previsto tomar el último vuelo disponible con el fin de aprovechar hasta el último minuto con su hija.

—Voy a coger un vuelo tarde —dijo ella con frialdad—. ¿Estabas tratando de evitarme? —preguntó. Él se sintió como un colegial novillero dando la cara ante la directora; era la primera vez que se reconocía intimidado por ella. Habían pasado buenos ratos juntos, pero sabía que eso ya era imposible teniendo en cuenta las circunstancias. Ahora él era El Enemigo.

—No quería molestaros. Nadia dijo que te marchabas hoy. Solo he pasado para dar las buenas noches a las niñas.

A juzgar por su intenso bronceado, era evidente que había estado al

sol todo el fin de semana.

—¿Cómo es que te presentas en esta casa sin llamar al timbre? —dijo Rose con frialdad, dando a entender que ya no vivía allí. Las niñas se habían abalanzado a sus brazos nada más verlo, y Nadia parecía violenta ante la tesitura. Le daba miedo lo que su madre pudiese decir.

—Vivo aquí —dijo él en voz baja.

—Ah, ¿sí? —inquirió Rose, como sorprendida por la respuesta—. Me parece muy generoso por parte de tu mujer.

Él apretó los dientes, pero no replicó a su suegra. Sylvie y Laure dieron a su abuela un último abrazo y se fueron correteando a su cuarto.

—Volveré más tarde —dijo Nicolas directamente a su mujer para evitar un enfrentamiento y sobreentendiendo que sería bienvenido.

—No creo que sea una buena idea —repuso Nadia, aprovechando que las niñas no estaban presentes.

Tras unos instantes de vacilación, él miró a ambas mujeres y acto seguido asintió con la cabeza.

—¿Nuevas normas ahora que tu madre ha estado aquí? —preguntó, irritado.

—Es lo que hay —respondió Nadia.

—Entonces, te llamaré —dijo él en tono cortante.

Cuando se disponía a marcharse, Rose lo detuvo con sus cortantes palabras en inglés:

—Me has decepcionado, Nicolas. Te hacía por un hombre que estaba por encima de todo ese sensacionalismo barato, la prensa rosa, una joven actriz en ciernes… Parece una novela de tres al cuarto, mientras tú pisoteas a todo el mundo a tu paso.

Entonces él se volvió para encararla. Era imposible ignorar lo que le había dicho o su mirada al hacerlo.

—No fue mi intención que ocurriera así, ni de hecho que ocurriera —afirmó mirándola a la cara. Su tono fue sincero, no agresivo.

—No «ocurrió». Fuiste tú el que lo hizo. Tú y esa chica armasteis este lío, y ahora todo el mundo va a salir malparado, hasta tus hijas. —Él carecía de argumentos para refutarlo y, por si fuera poco, le

constaba que ella tenía razón—. Traerá consecuencias. Es inevitable. Ya las hay —añadió, dirigiendo fugazmente la vista a su hija, que estaba aguantando la respiración mientras presenciaba el tira y afloja con la esperanza de que no se caldearan más los ánimos. Sin embargo, no intentó zanjar la conversación; su madre no había dicho nada que no fuera cierto. Seguidamente, Rose se volvió hacia su Nadia, le dio otro abrazo e ignoró a su yerno como si ya no fuera digno de su atención. Le habría gustado decirle cosas mucho más duras, pero prefirió no hacerlo delante de su hija—. Hablamos mañana —le dijo a esta.

—Gracias de nuevo por venir, mamá. Ha sido maravilloso.

Rose cogió su equipaje, pasó por delante de Nicolas clavándole una última mirada de desdén, abrió la puerta y se fue. Él, turbado por sus palabras, permaneció inmóvil durante unos instantes. La mirada de desdén de Rose le había provocado un nudo en el estómago.

—Lo siento. No caí en que ella aún estaría aquí. Quiero hablar contigo del verano.

—¿Por qué no me has llamado? Lleva razón. No deberías presentarte aquí por las buenas. ¿Tenías pensado quedarte a pasar la noche? —Él negó con la cabeza. Había barajado la idea, pero ya no le apetecía. Y Nadia lo miraba de una manera diferente a antes de la visita de su madre—. Igual ya es hora de que te busques un piso —dijo en voz baja para que las niñas no la oyeran. Los dos seguían de pie en la entrada y daba la impresión de que ella no quería que pasara.

—Tú estarás fuera de la ciudad. Yo puedo quedarme aquí si es necesario mientras estés en el castillo. Y confío en haber solucionado las cosas o, al menos, contar con algún plan para finales del verano. —Nadia no hizo ningún comentario. No tenía ganas de discutir con él. Pascale salía de cuentas en octubre. Y Rose prácticamente la había convencido de que se pusiera en manos de un abogado, solo para asesorarse—. No voy a pasar en el castillo las dos primeras semanas de julio, me voy al sur de Francia a casa de unos amigos. Así tendrás tiempo para estar sola con las niñas. —Lo dijo como si estuviera haciéndole un favor, pero ella intuía dónde iría y con quién. De todas formas, los *paparazzi* de toda la Costa Azul los pillarían enseguida. No

había secretos en esa parte del mundo para personas tan populares y conocidas como Pascale y él. Ahora se hallaban en el punto de mira y en boca de todos.

—¿Por qué no nos turnamos en el castillo este verano? Es más lógico que estar allí juntos —dijo Nadia en tono frío. Ahora, tras la visita de su madre, se sentía con más arrestos. La fortaleza de Rose, justo lo que Nadia necesitaba, era contagiosa. Hasta la visita de su madre se sentía derrotada, pero ya no. Su madre era su aliada más fuerte.

—¿Y cómo piensas explicarles eso a Sylvie y Laure? —repuso su marido.

—¿Que nos vamos a dar un tiempo? ¿O preferirías contarles lo de Pascale y el bebé y decir la verdad de una vez por todas? —replicó Nadia con aspereza.

—Igualita que tu madre —dijo él con gesto contrariado—. Podemos pensar qué decirles. No es preciso que conozcan los detalles todavía.

—No tendrás más remedio que decírselo antes de que nazca el bebé —susurró ella— o la prensa se te adelantará.

—No si estamos juntos —dijo Nicolas con una mirada suplicante que ella ignoró. Hablar con él la descolocaba, pero ahora, tras la visita de su madre, se sentía cabal y no quería perder los papeles.

—Gracias por comentarme lo de julio. Creo que será mejor que te vayas ya.

Él avanzó despacio en dirección a la puerta y entonces se dio la vuelta para mirarla. Ella seguía inmóvil ahí, observando para asegurarse de que se marchara.

—No creas todo lo que lees en los periódicos, Nadia. Gran parte no es más que basura.

—Da la impresión de que últimamente están escribiendo acerca de ti con bastante tino. Y mi madre tiene razón: es pura bazofia. No estás redactando una de tus novelas. Esto es la vida real. Nuestra vida.

Como a él no se le ocurrió ninguna réplica, salió y cerró la puerta sin hacer ruido. Mientras bajaba en el ascensor, se sintió ligeramente descolocado, pero al menos le había dicho que no estaría en el castillo en julio. Se lo había prometido a Pascale. Acababa de alquilar una

casa para el verano en Ramatuelle con el fin de que Pascale pudiera pasar allí el tiempo que le apeteciera, y él iría de vez en cuando. Se hallaba cerca de Saint-Tropez; a los *paparazzi* les costaría más dar con ellos allí. Habían alquilado una villa apartada para el fin de semana, y Pascale estaba eufórica. Era lo que deseaba y él había cedido con tal de apaciguarla, pues aún no había dejado a Nadia. Aunque se sintió aliviado cuando se alejó en el coche, todavía le escocían las palabras de Rose, que no había errado el tiro: había puesto el dedo en la llaga con todas y cada una de ellas. Y encima, con razón. Era lista, ecuánime y honesta en todo momento, igual que su hija. Se dio cuenta de que Nadia estaba mostrando una actitud muy íntegra, más de lo que él se merecía teniendo en cuenta la situación.

Rose llamó a Nadia desde el aeropuerto antes de embarcar rumbo a Nueva York.

—¿A qué ha venido eso? No debería entrar y salir así, tan campante, como si siguiera viviendo allí, aunque pase la noche ahí de vez en cuando. ¿Es que ni siquiera te avisa antes? —Rose estaba indignada por el comportamiento de Nicolas, su descaro y arrogancia, y por lo egoísta que estaba siendo.

—Me ha dicho que no va a venir al castillo las dos primeras semanas de julio, que se queda en casa de unos amigos en el sur; doy por hecho que se refiere a Pascale, pero me dará tiempo para reflexionar.

—¿Acaso no te lo podía haber dicho por correo electrónico o en un mensaje? ¿Tenía que darte la noticia en persona? —dijo Rose, irritada.

—Es posible que le apeteciera dormir aquí. Pero, después de marcharte, le he dicho que se fuera. Así lo tiene la mar de fácil. Seguramente se habrá ido derecho con Pascale nada más salir por la puerta. Cuando no dejo que se quede, le falta tiempo para volver con ella.

—Dile que se comporte como un hombre y que se busque un piso —dijo Rose con firmeza.

—Acabo de hacerlo. Todo esto es un terreno desconocido para mí,

mamá. Aquí no hay reglas establecidas.

—Quizá debería haberlas. Por eso es necesario que consultes a un abogado.

—Lo haré —dijo Nadia con un suspiro.

Le gustara o no, sabía que había llegado la hora. Su madre tenía razón. A lo mejor invitaba a sus hermanas a que la visitaran en julio. Le deseó buen viaje a su madre y fue a echarles un ojo a las niñas. Estas estaban jugando tranquilamente en su cuarto, por lo que se dirigió a la terraza y bajó la vista hacia el lento curso del río, con barcazas y barcos llenos de turistas. La torre Eiffel resplandecía iluminada. Le resultaba extraño que todo pareciera igual mientras su vida había dado un vuelco en el último mes, y sabía que ya nada volvería a ser lo mismo. Dudaba que su corazón y sus sentimientos por Nicolas llegaran a superar el golpe algún día.

4

Paradójicamente, la primera reunión de la jornada del lunes era sobre la portada de septiembre con Pascale Solon. Rose se había presentado puntual a su oficina, a pesar de su llegada a casa a altas horas de la madrugada y de que apenas había dormido unas cuantas horas, preocupada como estaba por Nadia. Urgía aclarar quién se ocuparía del estilismo, lo cual significaba trabajar con el fotógrafo y con la modelo, intervenir en la elección del vestuario, además de todo lo que conllevaba, incluido el peinado y el maquillaje. La editora de belleza también participaría. Estaban intentando decidir si optar por algo «delicado y romántico» o algo más cañero y sexy. El look sensual y algo chulesco de Pascale encajaba mejor con lo segundo.

—Nada de desnudos, por favor —dijo Rose categórica—. Conociendo el percal, me resisto a caer en la vulgaridad, y ella tampoco. Somos *Mode.* No hay necesidad de ver aros en los pezones o su depilación brasileña. La quiero vestida y que nos ciñamos estrictamente a la moda, no a su vida sexual. —O sea, a su yerno, aunque se lo callara.

Al final, se pusieron de acuerdo sobre la ropa de firma que llevaría y se decantaron por un look contemporáneo, juvenil, atrevido y audaz, nada ofensivo o demasiado explícito. Rose dejó claro que también pretendía mantener el buen tono de la entrevista: su reciente éxito, su gran película, el siguiente papel que iba a interpretar y sus objetivos profesionales.

—Adoptemos un enfoque lo más profesional posible —apostilló en tono resolutivo.

—Como es lógico, en la entrevista sacaremos a colación su aventura con Nicolas Bateau. ¿Y el embarazo? —le preguntó Charity.

—Dejemos al margen el tema del embarazo. Pasan cosas y no vaya a ser que tengamos que retirar la entrevista si el embarazo no llega a

buen término. Tampoco somos una revista de maternidad. Y fotografiémosla ahora, antes de que se le note mucho. —En su quinto mes de gestación, estaba esbelta y en estupenda forma. Aún disponían de unas cuantas semanas más antes de que el embarazo fuera evidente —. En la entrevista se puede mencionar a Nicolas, pero quiero que sea estrictamente de pasada, nada de detalles escabrosos: no abras esa puerta —advirtió Rose seriamente a la redactora a la que se le había asignado el encargo, que apenas le sacaba unos años a Pascale; les parecía que congeniaría muy bien con ella. No se trataba de un artículo serio o en profundidad.

—Lo vamos a entrevistar con ella, ¿verdad? —Charity, haciéndose la inocente, insistió en el tema, y Rose la fulminó con sus ojos azules.

—No. Ya veté eso, como bien sabes. Él no va a salir en la portada con ella ni en parte de la entrevista, salvo de pasada, como he dicho. Si quiere una entrevista sobre su aventura, que se la haga otra revista. A nosotros no nos interesa en lo más mínimo. Permíteme que te recuerde una vez más, Charity, que es un hombre casado que continúa viviendo con su esposa y sus hijas pequeñas. No pienso dar bombo y platillo a la aventura y convertirla en una historia de amor. Engañó a su esposa y dejó embarazada a una joven. Bastante saturados estamos ya con la publicidad que le han dado en la prensa sensacionalista. Para nuestro propósito, no vamos a ir más allá. De ninguna manera voy a entrevistarlo para *Mode.* No lo permitiré. ¿Queda claro? —dijo, alzando el tono de voz.

Todos los presentes guardaron silencio, excepto Charity, que echaba humo. Había ganado la batalla de poner a Pascale en la portada y ahora quería llevarse la palma entrevistando también a Nicolas, lo cual sería mucho más interesante. Él era brillante y sus novelas gozaban de un tremendo éxito. Sería un personaje idóneo para una entrevista y juntos serían la bomba. Sin embargo, Rose no dio el brazo a torcer. Dejó claro que no toleraría un motín. Se mantuvo firme sin que le temblara el pulso. Tenían que ceñirse a unos estándares en lo tocante a lo que respaldaban y lo que no. En su opinión, la relación ilícita de Pascale y Nicolas había rebasado esos límites con creces, incluso en el caso de que Nadia no fuese su hija.

—Las historias acerca de hombres mujeriegos no me parecen románticas y espero que a vosotros tampoco. Siempre tenéis la posibilidad de escribirlas por vuestra cuenta y enviarlas a otro sitio por si cuela, pero aquí no. Quiero que esta entrevista sea limpia, de gran interés y sobre dos temas: su carrera y su opinión de la moda. El resto queda descartado.

Charity sabía cuándo había perdido la batalla; finalmente claudicó y se hundió en la silla como una colegiala enfadada a quien la maestra había regañado. Y Rose, a la que ya se le había agotado la paciencia, se había plantado. La estilista seguía rumiando acerca de este tema cuando volvió a su despacho y pidió a su nueva ayudante un ibuprofeno y una taza de té.

—¿Una reunión dura? —le preguntó su ayudante.

Charity puso los ojos en blanco.

—La jefa quiere que no toquemos temas escabrosos con Pascale Solon cuando hagamos las tomas. Y no la voy a entrevistar yo, solo a encargarme de su estilismo. Rose quiere mantener pura su flor de lis, pero tiene a la chica equivocada, y las lectoras no esperan que sea virgen o que se comporte como tal. ¡Por el amor de Dios, va a tener un hijo con un hombre casado y hace desnudos frontales integrales en todas sus películas! Rose la ha confundido con la Virgen María.

Betty, la ayudante de Charity, titubeó unos instantes antes de ir a por el ibuprofeno y el té. Daba la impresión de que quería decir algo y no estaba segura de si debía.

—¿Pasa algo? —le preguntó Charity, intuyendo que Betty tenía algo que decir.

—Yo… En realidad no… Es probable que esto esté totalmente fuera de lugar y no debería decir nada. —Parecía aturullada y nerviosa, temerosa de meterse en líos. No llevaba mucho tiempo trabajando con Charity e ignoraba cómo reaccionaría o qué haría con la información —. Mi madre es decoradora, realiza muchos trabajos para clientes estadounidenses en Europa. Conoce a la hija de Rose, que vive allí y también es diseñadora de interiores, Nadia McCarthy.

—Sí, creo que está casada con un tío francés —dijo Charity, mientras la cabeza le martilleaba.

—Está casada con Nicolas Bateau —dijo Betty en voz baja.

Betty tenía veinticinco años y estaba muerta de miedo. Charity tenía genio y descargaba su ira de manera imprevisible e indiscriminada. Miró desde su mesa a su ayudante con incredulidad.

—Hostia…, ¿estás de coña? No me extraña que Rose quiera que no nos pasemos con el artículo, que él no quede como un héroe y los dos como Romeo y Julieta. ¡Dios, qué desastre! —A pesar de su sorpresa inicial y su tremendo dolor de cabeza, no podía criticar a Rose por las decisiones finales que había tomado. Había accedido a que Pascale ocupara la portada y a que la entrevista fuese el artículo más destacado, pero no a la participación de Nicolas ni a que *Mode* los envolviera en un halo de glamour. En ese momento, Charity cayó en la cuenta de lo arriesgado que había sido para Rose tomar las decisiones que había tomado y lo incómodo que posiblemente había debido de ser para ella, siendo su hija la esposa ultrajada de la historia. Entonces recordó que ella acababa de pasar el fin de semana en París. Se había figurado que el motivo de su viaje era algo relacionado con el trabajo, pues qué otra cosa iba a ser, ¡su vida entera giraba en torno a la revista! Charity jamás había conocido a una directora que trabajase tanto—. Guau, me quito el sombrero por su mutismo. Cuando el artículo se publique, su hija lo va a pasar mal. Me pregunto si él se divorciará para casarse con Pascale.

—Por lo que he leído en la prensa rosa, no tiene pinta —señaló Betty, ruborizándose. A ella le fascinaba la pareja, le conmovía lo enamorados que estaban, y ahora el bebé. Era su madre la que le había contado lo de Nadia y la que se compadecía de ella. Decía que era una mujer lista, guapa y con talento con dos niñas pequeñas. Esto, pensó Betty, le daba un nuevo cariz a la historia, incluso para Charity.

—Entonces quizá la hija de Rose se divorcie de él. Rose nunca habla de su vida personal, es famosa por eso. Y se lleva la palma por esto. De momento, que quede entre nosotras —dijo, mostrando más respeto hacia la directora de lo que Betty se esperaba. Charity era de armas tomar, luchaba por lo que creía y era una bocazas, pero admiraba a su jefa y sus decisiones, ahora más que nunca—. Debe de haber sido un trago para ella acceder a sacar a Pascale en portada de protagonista.

—Le inspiraba un nuevo respeto—. Que sean dos ibuprofenos. Y un martini… Lo del martini es broma —añadió para que su ayudante no pensara que era una borracha. La chica se tomaba todo al pie de la letra—. Me alegro de no ser la encargada de la entrevista. —La redactora elegida para realizarla era conocida por sus artículos insulsos y cándidos. No iba a hacer nada del otro mundo. Se había ofrecido voluntaria y Rose había accedido a que la realizara ella. Ahora Charity estaba segura de que eso había sido un alivio para Rose —. Madre mía, qué complicada es la vida a veces, ¿verdad?

Charity tenía cuarenta años, era divorciada y sentía como que tenía que ir a por todas cada día. Le encantaba la jungla del mundo de la moda, pero en el fondo no pretendía hacer daño a nadie, únicamente conseguir las mejores fotos para la revista y forjarse su reputación. Se moría de ganas de trabajar con Pascale; iba a ser mucho más interesante y emocionante que ocuparse del estilismo para la primera dama, que iba camino de los setenta.

Betty le llevó el ibuprofeno y Charity dejó el frasco encima de su mesa. Tenía mucho en lo que pensar. Le inquietaba darse cuenta de que, hasta en algo tan inocuo como la moda, la gente podía salir malparada. Súbitamente se alegró de que la decisión final de sacar a Pascale en la portada y entrevistarla no hubiera recaído en ella.

Había infinidad de muestras de tejidos de colores vivos y bocetos sobre la mesa de Venetia, que hurgaba frenéticamente entre los montones buscando algo. Llevaba su mata de pelo rojo en un improvisado recogido alto con pasadores atravesado por tres lápices. Dio un grito victorioso cuando encontró lo que andaba buscando: un boceto de un sensual vestido transparente negro para el avance de temporada de la colección de primavera. Cruzó corriendo el pasillo para enseñárselo a la jefa de diseño y, al mostrarle dónde se había desviado del diseño original, la diseñadora le explicó que el tejido no había respondido como esperaban, pues no se drapeaba como pensaban. Toda la originalidad del vestido residía en su caída, de modo que se sentaron y, codo con codo, pasaron casi media hora

manipulando el tejido y modificando sutilmente el diseño de Venetia hasta dar en el clavo.

—Eres un genio —dijo la joven diseñadora con admiración.

—No, créeme, he cometido muchos errores, pero siempre y cuando los cometamos en la preproducción, no pasa nada.

A continuación, entrecerró los ojos y sugirió adornarlo con una estela de diminutas cuentas y lentejuelas, lo justo para que el vestido reluciera, que era el toque maestro de Venetia. Ella sabía exactamente qué añadir y dónde para crear un efecto sorprendente. Conseguía que todos y cada uno de sus vestidos de noche imbuyeran de ánimo festivo a las mujeres que se los ponían, y su ropa de diario era pura diversión. Cruzó corriendo la sala en dirección a su despacho. Llevaba unos vaqueros con un sexy suéter rojo y unos zapatos de plataforma de leopardo. Se ponía tacones altos para trabajar todos los días, tal y como siempre había hecho. No había cambiado nada en lo tocante a su manera de vestir al cumplir los cuarenta —o ahora con cuarenta y uno—. Vestía como una veinteañera y tenía la energía y el tipo para ello. Insistía en que sus diseños no eran para jóvenes, sino para mujeres de cualquier edad; sabía que había abuelas que se los ponían —y jovencitas, si podían permitírselo—.

Se soltó el pelo, que le cayó en cascada por la espalda. No iba maquillada, ni falta que le hacía, pero sí perfumada con una cálida y misteriosa fragancia elaborada exclusivamente para ella por Serge Lutens en París. Venetia derrochaba originalidad, atractivo y sensualidad, y era la más trabajadora de su empresa. Sus amigos y compañeros sabían lo mucho que quería a sus tres hijos y a su marido. Anhelaba poder pasar más tiempo con ellos, cada dos por tres se iba con la lengua fuera a algún evento escolar y luego volvía a la oficina a trabajar hasta medianoche o la una de la madrugada. Su marido, Ben, se había acostumbrado a eso. A él le apetecía compartir más ratos con su mujer, pero era consciente de lo mucho que para ella significaba su trabajo y respetaba su inmenso talento. El modelo de empresa que él le había diseñado funcionaba de maravilla. Su marca, Venetia Wade, era un éxito rotundo y sólida como una roca, como decía su madre.

El móvil de Venetia sonó nada más volver a su mesa y, al echar un

vistazo, vio que era su hermana desde París. Se preguntó por qué la llamaría Nadia, y abrigaba la esperanza de que no hubiera salido a la luz alguna otra espantosa noticia acerca de Nicolas. Venetia sabía la dolorosa experiencia por la que Nadia había pasado el mes anterior y era incapaz de ponerse en su piel. A Ben y ella nunca se les habían presentado esos problemas, aunque tenía presente que eran muy afortunados y una excepción. Ella juraba que el secreto de su éxito era el sexo tres veces a la semana; sus hermanas no se explicaban cómo se las ingeniaba, dirigiendo una empresa, creando seis colecciones al año, criando a tres hijos —uno de ellos a punto de entrar en la adolescencia— y cuidando a un marido que también reclamaba su atención.

«Apenas tengo tiempo de cepillarme los dientes e ir a clase de yoga una vez al mes», había comentado Olivia. Según Athena, Joe y ella con suerte disfrutaban del sexo una vez al mes. Nadia se mantuvo discreta a la hora de airear su vida sexual cuando las hermanas se tomaron un par de vinos y charlaron sin tapujos en Navidad. Nadia tenía el carácter reservado de su madre y, a pesar de que sus hermanas a veces se metían con ella por ser tan remilgada, no les contaba lo que entre ellas compartían y tenían ganas de saber. Ahora Nicolas estaba liado con otra. Todas lo lamentaban por ella.

—Hola, renacuaja, ¿qué pasa? —dijo Venetia, y Nadia se echó a reír. Nadia, la más baja de sus hermanas, las tachaba de gigantas. También consideraban a Olivia demasiado baja, y eso que le sacaba varios centímetros y unos cuantos kilos a Nadia, la «peque».

«Creo que a mamá y a papá se les agotaron los genes altos cuando os tuvieron a las dos», comentaba Athena a Nadia y Olivia cuando se juntaban. Athena y Venetia eran incluso más altas que su madre, que medía un metro ochenta.

—Estoy intentando organizar un encuentro de hermanas el fin de semana del Cuatro de Julio —explicó Nadia con vacilación. Había sido idea de su madre y Nadia estaba segura de que todas estarían demasiado ocupadas con sus respectivas parejas y niños, y Athena con sus perros y Joe—. ¿Qué vas a hacer para la fiesta? —le preguntó.

Venetia se quedó pensativa, con la mirada perdida durante unos

instantes.

—Vamos a ir a los Hamptons. Supongo que Ben podrá arreglárselas sin mí. Nuestro vecino nos invita a una gran barbacoa en su casa todos los años.

—Seguro que no quieres perdértela —dijo Nadia tímidamente.

A Venetia le hizo gracia.

—Pues mira, sí. Los niños se pelearán por qué camiseta ponerse con la bandera roja, blanca y azul; India siempre rezonga por el vestido que elijo para ella; y Ben, después de pasarse la noche entera comiendo costillas y bebiendo cerveza, se queda frito en cuanto volvemos a casa. Yo engordo dos kilos comiendo tarta de manzana con helado. Me parece que este año prefiero ir a Francia y perdérmelo. ¿Por qué? ¿Qué tienes en mente?

—Mamá sugirió que organizase un fin de semana de hermanas, aunque si puede escaparse igual viene los dos últimos días. Puedes quedarte el tiempo que te apetezca —dijo Nadia con generosidad.

—Tengo que terminar la línea de primavera, pero vamos bien. Tampoco se acaba el mundo por pasar un fin de semana largo en París —dijo Venetia, sopesándolo.

—Estaba pensando en organizarlo en el castillo, para que podamos relajarnos de verdad.

—Estupenda idea —comentó Venetia con entusiasmo. Siempre tenía ganas de aventura, especialmente con sus hermanas. Quería apoyar a Nadia en la crisis—. Me apunto. Le diré a Ben que este año no tendrá más remedio que apañárselas sin mí.

—¿Se mosqueará?

—No, se toma con deportividad esas cosas, y te quiere. Le diré que me has llamado llorando y suplicando.

—¡No me hagas parecer patética! —le imploró Nadia.

—Tiene debilidad por ti. —Venetia sonrió con picardía—. ¿Y las demás? ¿Pueden ir?

—Te he llamado a ti primero. No estoy segura de que podamos apartar a Olivia de su velero durante cuatro días enteros, pero lo intentaré. Y no sé cuándo deja de emitirse el programa de Athena en verano.

—Llámalas y diles que no pueden faltar.

—Lo haré —prometió Nadia, entusiasmada por contar con Venetia.

Las dos siempre habían estado unidas. Venetia se llevaba bien con todas y congeniaban las unas con las otras. Aunque no lo dijo, se trataba de una crisis de hermanas y todas deseaban prestar su apoyo a Nadia. Además, el plan le pareció superdivertido. Se lo comentó a Ben esa noche y él accedió a hacer de padre a jornada completa durante todo el fin de semana del Cuatro de Julio para que ella pudiera viajar a Francia a ver a Nadia y a sus otras hermanas.

—Sabía que había una razón por la que te quiero —dijo ella, mientras él deslizaba la mano bajo su suéter. Ella cerró la puerta del dormitorio antes de que los niños los interrumpieran. Echaría de menos a su marido durante cuatro días, pero a su regreso todo sería una delicia. Sentían la misma atracción mutua que cuando se casaron hacía once años.

Cuando Nadia llamó a Olivia para invitarla a Normandía el fin de semana del Cuatro de Julio, la pilló en un breve receso en un proceso judicial. Se hallaba en su despacho, leyendo un documento que el abogado defensor acababa de presentar. Estaba concentrada cuando oyó que el teléfono vibraba encima de su mesa, echó un vistazo y, al ver que se trataba de Nadia, se apresuró en responder. No quería que saltara el buzón de voz por si había alguna novedad en lo referente a Nadia.

—¿Qué ha hecho ahora el cabrón? —espetó de entrada.

—Nada. ¿Te he pillado en mal momento? —preguntó Nadia, intimidada por el tono de su hermana.

—Estoy en un juicio, pero no pasa nada, tengo unos minutos. Estoy sola en el despacho. Acabamos de hacer un receso para que yo pudiera leer una cosa.

En comparación con lo que Olivia hacía, la decoración y el diseño de interiores le parecían muy poca cosa a Nadia. Siempre se sentía ligeramente intimidada por la hermana que la precedía, que tenía la profesión más importante de todas ellas, o por lo menos la más seria.

—Seguro que tienes a todo el mundo temblando en la sala de audiencias —comentó Nadia, y Olivia se echó a reír—. Me has dado un susto de muerte.

—Eso espero. Para eso me paga el Estado.

Y valoraba la oportunidad de sacar partido a su formación en la Facultad de Derecho de Yale. A Olivia le encantaba la judicatura, mucho más que la abogacía. Había ejercido de abogada de familia, trabajado para la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles durante su etapa liberal en la juventud, y realizado una gran cantidad de servicios *pro bono* para los tribunales. Con el paso del tiempo, se había vuelto paulatinamente más conservadora. Su trayectoria le había permitido avanzar muy deprisa y había asumido el cargo de jueza de un tribunal de instancia superior hacía ocho meses. Por fin sentía que estaba en el lugar adecuado haciendo lo que debía: tratando con mano dura a los delincuentes.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó Olivia.

Todavía no había leído el documento que tenía delante, pero se sintió aliviada al saber que no había sucedido nada más en el culebrón de la vida sentimental de su hermana. Olivia le había dicho a su madre lo que opinaba al respecto: quería que Nadia se divorciara inmediatamente para darle una lección al marido. No obstante, si lo hacía, iba a ser una lección a muy largo plazo para ellos dos y sus hijas, por tiempo indefinido. Olivia abrigaba la esperanza de que su hermana tuviese la suficiente fortaleza como para atreverse y no ponérselo fácil a Nicolas.

Olivia se había convertido en una firme partidaria de la rendición de cuentas y las sentencias duras. Desde que ocupaba el estrado, instruía a los miembros del jurado en consonancia con ello. A su modo de ver, la sociedad y el individuo solo podían beneficiarse de consecuencias más duras por sus actos, y eso era lo que las víctimas merecían. También sentía eso en lo tocante a su hermana pequeña: quería que su cuñado se llevara un buen escarmiento por lo que le estaba haciendo. Así se lo había transmitido abiertamente a Nadia, su madre y sus otras dos hermanas. Olivia era un hueso duro de roer; no tenía nada de pusilánime. Su gran temor era el hecho de que Nadia

fuera demasiado indulgente por naturaleza y que siguiera demasiado enamorada de Nicolas como para ver las cosas con claridad y hacerle pagar un alto precio por sus fechorías.

—Intentaré ser rápida —dijo Nadia, nerviosa. No tenía ganas de aguantar otro sermón de su hermana sobre la urgencia con la que debía divorciarse. Aún no había llegado a ese punto, pues continuaba lidiando con la situación día a día—. Sé lo ocupada que estás. Estoy tratando de que nos juntemos aquí el fin de semana del Cuatro de Julio, solo nosotras, si puedes escaparte. No sé si Harley y Will podrán pasar esos días festivos sin ti, pero quería preguntártelo. Venetia ha dicho que se las apañará para quedarse aquí los cuatro días enteros y mamá va a intentar venir para el fin de semana, pero ya sabes lo que hay: si surge algún marrón con una fecha límite, le resultará imposible. A Athena aún no la he llamado. —No obstante, su hermana mayor era más relajada que las otras. Siempre y cuando no tuviera que grabar su programa, era la que más probabilidades tenía de ir, y Olivia la que menos, pues planificaba todo, se ceñía a su agenda a rajatabla y jamás dejaba a su marido y a su hijo solos para escaparse un fin de semana o hacer un viaje. El silencio al otro lado de la línea se alargó tanto que Nadia pensó que se había cortado la llamada—. ¿Hola…? ¿Hola…? ¿Ollie? —Todavía la llamaba así, con la de años que habían pasado desde su infancia.

—Sigo aquí. Estoy pensando. Tenemos previsto ir a Maine, y Will va a invitar a un amigo. No estoy segura de que Harley quiera lidiar con dos adolescentes de catorce años durante todo el fin de semana.

Sin embargo, su hijo era un muchacho muy bien educado y tan formal como sus padres —en su casa no había cabida para la rebeldía de la adolescencia; ninguno de sus progenitores lo habría tolerado—. A pesar de que a Nadia le caía bien su cuñado, era ultraconservador y demasiado serio para tener sesenta años, pero también lo era su hermana, que todavía no había cumplido los cuarenta. Olivia aparentaba mucha más edad por su comportamiento, no por su aspecto. Rubia, esbelta y guapa, se parecía mucho a su madre, aunque en versión más menuda. Nadia y ella eran como la noche y el día; la una de pelo oscuro, la otra rubia, pero de edad y estatura tan similares

que la gente siempre las había tomado por mellizas.

—Me encantaría que vinieras —dijo Nadia con delicadeza—, pero entiendo que no puedas. Es muy precipitado, pero como pasaré las dos primeras semanas de julio sola con las niñas en el castillo, sería mucho más divertido que nos juntásemos las cuatro para el fin de semana del Cuatro de Julio, sobre todo ahora.

—¿Dónde estará el mierda de tu marido entonces? —preguntó Olivia con aspereza.

—En el sur, con unos amigos un par de semanas.

—¿Se ha mudado ya? —Olivia siempre iba directa al grano, como su madre, pero con muchos menos miramientos.

—A medias —respondió Nadia—. Estamos en ello. Le dije que tiene que buscarse un piso, que no puede seguir jugando a dos bandas. Creo que lo que teme es que, si se marcha, jamás le permitiré que vuelva, y será el fin definitivo.

—Desde luego, eso espero —señaló Olivia en tono tajante—. Ya es definitivo, Nadia, lo que pasa es que tienes que hacerte a la idea. Igual que él. En mi opinión, el embarazo ha dado la puntilla.

Su hermana sabía que eso no era necesariamente cierto, pero, consciente de que tenía las de perder, no lo rebatió. Olivia era tan estadounidense como su bandera, y con ella no había concesiones ni vuelta de hoja. A su modo de ver, la relación estaba rota, pero Nadia no lo tenía tan claro. En teoría habían terminado, pero ¿y si cabía la posibilidad de salvar su matrimonio? Para ella era una entidad viva, latente, y no estaba preparada para sacrificarla todavía; a pesar de que estuviera a medias de acuerdo con su hermana y considerara que era lo conveniente, otra parte de ella discrepaba. Su esperanza respecto a su matrimonio menguaba día a día, pero aún quedaba un rescoldo entre las cenizas.

—Hablaré con Harley y Will a ver qué les parece. ¿Te puedo llamar esta noche?

—Claro. Me encantaría que vinieras —repitió.

—Será mejor que vuelva al tajo —dijo Olivia—. Me encantaría verte —añadió, en un tono más suave—. Harley participa en una regata ese fin de semana, no sé si querrá prescindir de mí, pero al menos estará

entretenido.

Colgaron un minuto después y Olivia centró su atención en el documento que había dejado sobre la mesa, mientras pensaba en su hermana en París y en lo agradable que sería pasar cuatro días con sus hermanas. No lo hacían muy a menudo, y el desastre conyugal de Nadia les servía de excusa. A Olivia la idea le resultaba tentadora, siempre que su marido no pusiera impedimentos.

Nadia llamó a Athena justo después de hablar con Olivia. Era temprano en California y acababa de emitirse su programa. La mayoría de las veces cocinaba en directo, normalmente con resultados óptimos, pero de vez en cuando era un fiasco. En esos casos, mostraba a los espectadores cómo arreglar un plato que había salido mal. Era creativa y graciosa; a los espectadores les encantaba su programa. Desde su aparición en pantalla, las ventas de sus libros de cocina vegetariana y vegana se habían disparado. Actualmente, la consideraban la gurú de la cocina vegetariana. En alguna que otra ocasión grababa el programa, pero rara vez, pues a la gente le encantaba el hecho de que se emitiera en directo. Su gran personalidad y carácter jovial eran como un cálido abrazo. Nada más oír la voz de su hermana, respondió con entusiasmo.

—¿Cómo está mi hermanita? —preguntó. Parecía que se preocupaba de verdad y que aparcaba todo para escuchar los triunfos y penas de Nadia—. ¿Han mejorado en algo las cosas? —A juzgar por lo que había visto en la prensa, todo apuntaba a que no. Por lo general, la prensa rosa estadounidense no tenía mucho interés en las estrellas extranjeras, pero la película había sido un tremendo éxito de taquilla en los Estados Unidos y el romance entre Nicolas y Pascale había despertado tanto interés que el público estadounidense lo estaba devorando. Athena siempre tenía la precaución de cuestionar qué había de cierto en lo que leía—. ¿Están volviendo las aguas a su cauce? ¿Cómo estás, cielo?

—Estoy bien. Aguantando el chaparrón, intentando mantener el tipo. Las niñas todavía no están al tanto y estoy procurando guardar el

secreto mientras pueda. Nicolas viene a casa a cenar un par de veces a la semana y ha dormido una o dos noches aquí, para que no reparen en su ausencia. Si no está cuando se levantan, les digo que se ha ido a trabajar temprano.

—Eso no puede ser fácil para ti —dijo Athena con delicadeza.

—Pues no.

—¿Has pedido el divorcio?

—Aún no. Es probable que al final lleguemos a ese punto. Lo que pasa es que no quiero precipitarme y lamentarlo después.

Era una actitud sensata; así hacía Nadia las cosas, ordenadamente, con cuidado, prudencia y atención al detalle. No era dada a tomar decisiones impulsivas y al tuntún, cosa que Athena hacía a veces, aunque esta de algún modo siempre acertara con sus corazonadas. Nadia prefería actuar con más calma.

—Seguro que ya sabes la opinión de Olivia al respecto —comentó Athena.

—Sí, la silla eléctrica o la cámara de gas. O el ahorcamiento público —dijo Nadia, y su hermana se echó a reír.

—Bueno, yo coincidí bastante con ella al enterarme. Pero la vida real no es así. A veces las personas hacen cosas muy jodidas, aunque se quieran. La verdadera cuestión es qué queréis y cómo os sentís respecto a ello. Yo, personalmente, lo más probable es que le cortara los dedos u otras partes del cuerpo a Joe. Pero ¿quién sabe? No lo descubres hasta que no te encuentras en esa situación. Has hecho bien en tomarte tu tiempo para reflexionar. Mamá siempre decía que las buenas decisiones nunca se toman con prisas. Me parece que tiene razón. Probablemente por eso Joe y yo no nos hemos casado después de trece años juntos. Me da muchísimo miedo.

Dado que Athena siempre había tenido claro que no deseaba traer hijos al mundo, nunca se había sentido presionada para casarse, y ahora tampoco. A sus cuarenta y tres años, estaba la mar de contenta con la vida que llevaba, igual que él. Decía que le gustaban los niños de otros, pero que no quería ser madre, e insistía en que le venían mucho mejor sus perros. Tenía seis, y en su casa reinaba el caos. Stanley, el más grande, era un enorme perro de montaña blanco que

parecía cruzado con un caballo, pues a dos patas alcanzaba la altura de un hombre y superaba los noventa kilos. Además, tenía un labrador negro, un *bulldog* inglés, un perro mestizo que más bien era como un oso de peluche —según ella una variedad de *goldendoodle*, con parte de caniche y parte de *golden retriever*, que intentaba sentarse en el regazo de todo el mundo— y dos chihuahuas enanas que dormían acurrucadas junto al perro de montaña y a las que les gustaba ir subidas al lomo del *goldendoodle.* Su pareja, Joe, un exitoso restaurador y chef profesional, tenía mucho aguante y todo cuanto ella hacía le parecía encantador. Athena, rubia y de tez clara como Olivia, y como su madre antes de que el pelo se le pusiera blanco, era de complexión corpulenta y generosas proporciones femeninas.

—Creo que eres valiente por haberte casado —dijo Athena con un suspiro—. Más valiente que yo. Joe y yo pensamos que casarnos estropearía todo. Yo considero que no hacerlo oficial mantiene la frescura. Nunca mezclamos nuestro dinero y lo único por lo que tendríamos que pelear si nos separáramos sería por la custodia de los perros.

Nadia sabía que Joe aún tenía una pequeña casa en West Hollywood, en la que vivía antes de conocer a Athena, pero nunca la utilizaba, solo ahora como almacén. Athena era la propietaria de la casa en la que vivían, en Hollywood Hills, con un inmenso jardín para los perros y una enorme piscina; ella la llamaba la Choza de los Paletos de Beverly Hills. Estaba repleta de muebles *vintage* de los cincuenta, lo cual le imprimía un aire informal y coqueto, y costó una fortuna. Su pieza favorita era un sofá de la muñeca Barbie de terciopelo rosa que hasta a Nadia le parecía gracioso y perfecto para Athena; Venetia juró que un día se lo robaría, y Ben esperaba que no. Cada una tenía su propio estilo.

—¿Qué vas a hacer con las niñas este verano, con toda la movida que se ha montado? —le preguntó Athena—. Si quieres desaparecer y un lugar donde esconderte, puedes venir y quedarte con nosotros. Me encantaría.

—De hecho, por eso te llamo. Estoy intentando organizar un fin de semana de chicas para celebrar el Cuatro de Julio en el castillo.

Venetia se apunta, Olivia se lo está pensando, y mamá dice que, si puede, intentará venir dos días. Me encantaría que vinieras a pasar todo el puente. Puedes quedarte el tiempo que quieras. Estaría bien que nos reuniésemos. —Nadia ansiaba pasar un tiempo con su familia, a la que necesitaba más que nunca; estaba atravesando el mayor trance de su vida y estar con sus hermanas era la mejor medicina que existía—. Fue mamá a quien se le ocurrió que todas nos juntásemos en el castillo, y me parece una idea estupenda. ¿Seguirá emitiéndose tu programa para entonces?

—Mira por dónde, suspendemos la emisión de forma temporal unos días antes. No sé qué planes tiene Joe. Está metido de lleno en buscar un local en Malibú porque quiere abrir algo allí. Me parece genial la idea de ir a verte a Francia. Deja que se lo comente y te llamo mañana. —Después de trece años de relación, funcionaban como un equipo y tenían consideración el uno con el otro—. Últimamente está tan liado que ni siquiera reparará en mi ausencia —añadió Athena. Disponían de un montón de canguros, paseadores de perros y una asistenta para hacerse cargo de los animales en su ausencia; Joe se empeñó en ello con el fin de no tener que estar constantemente yendo a casa con la lengua fuera para echarles de comer y sacarlos a pasear.

A pesar del carácter despreocupado y anárquico de Athena y su falta de organización, era más eficiente de lo que aparentaba y su vida en común marchaba asombrosamente bien. Bajo ningún concepto deseaba acabar como su madre, dedicada en cuerpo y alma al trabajo. Las cuatro hermanas coincidían en que Rose pagaba un precio muy alto por esto y en que trabajaba demasiado, especialmente desde la pérdida de su marido. No obstante, era lo que Rose quería, y su marido había respetado su ética del trabajo y su dedicación. Fue una vez que sus hijas se hicieron mayores, y a raíz de la muerte de su marido, cuando su vida se centró casi exclusivamente en la revista. Como llenaba el vacío que él había dejado, era feliz.

Nadia y Athena conversaron durante unos minutos; Athena le prometió darle una respuesta respecto al Cuatro de Julio al día siguiente. Nadia se animó ante la perspectiva de pasar cuatro días con ellas, y abrigaba la esperanza de que todas o casi todas pudieran ir. No

se lo comentó a Sylvie y Laure en la cena para no desilusionarlas por si el plan se torcía. Ellas adoraban a sus tías y a sus primos, aunque Nadia no había invitado a sus sobrinos. Sería más fácil sin ellos, deseaba que fuera un fin de semana exclusivamente de hermanas. Así podrían centrarse en ellas y expresarse con más libertad, mientras las hijas de Nadia estaban ocupadas o en la piscina del castillo. Allí había muchas cosas para entretenerse, y las dos niñas jugaban bien la una con la otra. Notar el buen humor de su madre durante la cena fue un alivio para ellas; últimamente parecía estar muy taciturna y triste, lo cual preocupaba especialmente a Sylvie. A Nadia le costaba disimular su aflicción, aunque lo intentaba.

Para gran sorpresa de Nadia, la primera de la que tuvo noticias fue de Olivia. Harley y ella lo habían hablado durante la cena, después de la llamada de Nadia, y habían hecho partícipes de la conversación a Will, como hacían con todo. Debido a las exigencias de sus respectivas profesiones, para ellos era más cómodo tener un solo hijo, y lo habían tratado como a un adulto e incluido en todo desde que aprendió a hablar. A los catorce, estaba acostumbrado a participar en la toma de decisiones. Tanto Will como Harley coincidieron en que podían arreglárselas sin ella ese puente. A Harley le constaba lo preocupada que estaba por su hermana y estaba dispuesto a hacer un sacrificio de buen grado. A Will, que había invitado a un amigo a su casa de Maine, le pareció fenomenal. A pesar de querer a sus padres, últimamente intentaba desmarcarse un poco de ellos. Su padre era mayor que los padres de sus amigos y su madre estaba aún más ocupada desde que ejercía de jueza. A él le apetecía pasar el rato con sus amigos en vez de estar a todas horas con sus padres.

Esa noche, Olivia le envió un mensaje a Nadia que esta vio al despertarse por la mañana: «Me apunto. Llego el jueves por la mañana y me voy el domingo por la noche. ¡Hermanas al poder! Besos, O».

Athena llamó a Nadia a medianoche en California, que para esta era por la mañana. Se lo había comentado a Joe cuando él llegó a casa a la salida del restaurante, y tardó exactamente cuatro segundos en dar

su beneplácito: «Claro que sí. Ya sabes que adoro a tu hermana. Ahora mismo os necesita y deberías ir. De todas formas, ese fin de semana trabajaré, porque andamos cortos de personal en la cocina del restaurante». Era un jefe de los que se arremangaban en la cocina, que se ofrecía a echar una mano de buena gana siempre que hacía falta.

—Así que me apunto —dijo Athena con entusiasmo. Al otro lado de la línea, Nadia sonrió de oreja a oreja.

—Estoy deseando veros a todas —dijo Nadia, aliviada—. ¡Ya verás cuando se lo diga a las niñas!

Era lo mejor que le había pasado desde la bomba que había dinamitado su vida en el Festival de Cannes. No se le ocurría nada mejor que pasar cuatro días con sus hermanas. Por primera vez desde hacía un mes, se fue a trabajar con una sonrisa en la cara y brío en el porte. Se moría de ganas de que llegara el fin de semana del Cuatro de Julio y se sentía agradecida por la buena disposición de sus hermanas para dejar solas a sus respectivas parejas e hijos. Se rio a carcajadas de camino en el coche pensando en que a Nicolas le daría un síncope si se enterara, porque Nadia junto con sus hermanas eran temibles, y, si su madre se presentara ese fin de semana, más si cabe. ¡Cuidadito, Nicolas Bateau! ¡Que vienen las McCarthy! Y a partir de ahí, cualquier cosa podía suceder.

5

Venetia le dio un beso a Ben y a sus hijos antes de irse a trabajar el miércoles. Ben iba a llevárselos a Southampton antes de comer. Venetia tenía previsto irse directamente desde la oficina al aeropuerto. Confiaba en adelantarse al tráfico que circulaba en dirección a Long Island para el puente y tomar el vuelo que aterrizaría en París a las seis de la mañana del jueves. Había dispuesto que la fuera a buscar un coche con chófer en París para realizar el trayecto de dos horas hasta el castillo. Se figuraba que, entre la recogida del equipaje y el trayecto a Normandía, llegaría a tiempo para desayunar. Había intentado cuadrarlo con Olivia, que también viajaba ese día, pero esta había cancelado su agenda de señalamientos judiciales para esa tarde y tomaba un vuelo anterior. Nadia había llegado al castillo dos días antes con el fin de prepararlo todo para sus hermanas y, la víspera de la llegada de estas, Sylvie y Laure la habían ayudado a coger flores del jardín y ponerlas en las habitaciones. Athena llegaría a mediodía, ya que el vuelo de Los Ángeles tardaba más que los de Nueva York; desde Los Ángeles el trayecto duraba diez horas, mientras que desde el JFK, seis.

—No vayas a enamorarte de uno de esos franceses guaperas durante el vuelo —susurró Ben a Venetia al besarla para despedirse.

Se siguieron haciendo arrumacos un momento, aprovechando que los niños se dirigían a la planta de arriba a guardar en las mochilas sus juguetes y tesoros favoritos para llevárselos a los Hamptons el fin de semana. Lamentaban que su madre no los acompañara, pero Venetia había comentado que a lo mejor podían ir todos juntos a visitar a Nadia y a las niñas una semana en agosto.

—Tú eres el hombre más guapo y sexy que conozco —contestó Venetia mientras él la abrazaba, y lo decía en serio. Estaba más enamorada de él si cabe que cuando se casaron. Era una relación que

funcionaba bien: disfrutaban haciendo las mismas cosas, congeniaban con gente afín y querían con locura a sus hijos.

—Gracias por dejarme ir.

Él sabía lo preocupada que había estado por su hermana y había planeado varias actividades y pícnics con amigos para divertirse con los niños a lo largo del puente. Él también quería a Nadia y le apenaba que lo estuviera pasando tan mal. No le encontraba explicación al comportamiento de Nicolas. A Ben le caía bien su cuñado, siempre pasaban buenos ratos juntos. Creía que Nicolas amaba de verdad a su mujer y bajo ningún concepto lo había imaginado capaz de jugarle esa mala pasada. Había visto las fotos de Pascale en la prensa, que indudablemente era espectacular y jovencísima, pero, más allá del físico, no entendía su atracción por ella. ¿Qué iba a hacer con una actriz de veintidós años y un bebé, aparte de destrozar su matrimonio?

—Te llamaré cuando llegue al castillo —prometió Venetia, y acto seguido salió como una exhalación de la casa con su maleta, un gigantesco bolso Birkin blanco de cocodrilo con ropa para cambiarse en el avión, documentos que necesitaba leer y todos los pequeños chismes que no había metido en la maleta. Iba vestida con unos vaqueros blancos y una camiseta combinados con una chaqueta de mezclilla y bailarinas blancas.

Trabajó a un ritmo frenético hasta la hora de comer y a las dos, después de firmar un puñado de pedidos y cheques a toda prisa, salió de la oficina en dirección al aeropuerto con tiempo de sobra para la coger su vuelo. Tras embarcar, tomó asiento y, cuando se acomodó y por fin se relajó, le mandó un mensaje a Nadia: «Estoy en el avión. Tengo muchas ganas de verte. Un beso, V». Sabía que para entonces Olivia ya iba de camino y que Athena embarcaría en breve desde Los Ángeles, después de dejar a Joe y a los paseadores de perros un centenar de instrucciones para las necesidades especiales de sus mascotas.

Venetia también envió un mensaje a su madre; Rose aún mantenía la promesa de intentar salir el viernes por la noche para llegar el sábado.

Todo estaba listo para pasar un fin de semana solo para las mujeres

de la familia, sin ningún plan especial previsto. En Francia era un fin de semana como otro cualquiera; Nicolas había llamado a las niñas y les había dicho que iba a pasarlo en Saint-Tropez. Nadia procuró no pensar en ello. No quería que nada estropease el encuentro con sus hermanas. Hacía años que no pasaban un fin de semana así, ellas solas, y había hecho falta una crisis para animarla a organizarlo.

Tras un vuelo sin contratiempos, Venetia vio un mensaje de Olivia al aterrizar en el que le decía que acababa de llegar al castillo, que hacía un tiempo magnífico y que estaban desayunando en la terraza. El coche la esperaba a la hora prevista. Como recogió el equipaje enseguida, emprendió puntualmente el trayecto por carretera.

Cuando Venetia llegó, Olivia estaba tendida en una tumbona, tomando el sol, y Nadia en la cocina, organizando el almuerzo con la asistenta. Venetia vio a lo lejos a sus sobrinas jugando a la pelota en el césped. Era una preciosa finca antigua que llenó de orgullo a Nicolas al heredarla de sus padres, pues había pertenecido a su familia durante generaciones. La había restaurado y remodelado con Nadia; a ella también le encantaba y a menudo pasaban allí fines de semana y veranos. En el recinto había primorosos jardines y huertos de árboles frutales bien cuidados. Nicolas y Nadia pusieron la piscina, de la que todos disfrutaban. Era un lugar maravilloso, y Nadia procuraba no pensar en la posibilidad de que pudiera ser su último verano allí si se divorciaban. Ya tenía una sensación diferente, como si fuera una invitada, pero agradecía que Nicolas aún le permitiera ir, puesto que oficialmente todavía no se habían separado. Su marido le había prometido que Pascale nunca había estado allí, de modo que todavía no lo había contaminado. Como era una propiedad familiar que él había heredado, Nadia no compartía la titularidad; le pertenecía única y exclusivamente a él, y algún día pasaría a manos de sus hijas.

Cuando regresó a la terraza, Nadia vio a Venetia conversando con Olivia. Venetia, sentada en el borde de la tumbona, se levantó de un brinco para abrazar a su hermana.

—Siempre olvido lo bonito que es este sitio hasta que vuelvo a verlo.

Nadia asintió y abrazó a su hermana.

—¿Qué tal el vuelo? —le preguntó, mientras las niñas subían correteando a la terraza a ver a su tía.

Tenían un aspecto adorable con sus pantalones cortos y camisetas rosas a juego. Tras dar un beso a Venetia, echaron a correr de nuevo en dirección al jardín. Laure tiró a su hermana de la camiseta y le preguntó por lo bajini con gesto desconcertado:

—¿Por qué han venido todas las titas y no han traído a los primos?

Era la primera vez que sucedía, pero Laure intuía que no debía preguntar a su madre. Últimamente daba la impresión de que se ocultaban muchos secretos. Ahora su madre dejaba de hablar por teléfono cuando ellas entraban a la habitación.

Sylvie midió sus palabras con cuidado antes de contestar.

—Creo que mamá y papá están un pelín enfadados y las titas han venido a decirle cómo hacer las paces con él.

Ella era más consciente de la tensión existente entre sus padres que su hermana pequeña.

—¿Por qué se ha enfadado con él? ¿Lo sabes?

Sylvie negó con la cabeza. Ella misma había estado intentando averiguarlo.

—Mi amiga Marie-Claire me preguntó si se van a divorciar y le dije que no. Las personas solo se divorcian si se odian, y ellos no están tan enfadados, siguen hablando mucho. Pero mamá está enfadada con él por algo. Me parece que es porque él va mucho a Saint-Tropez.

—Yo pensaba que iba allí para escribir —dijo Laure con aire pensativo, mientras se sentaban en un tocón. Se hallaban al fondo del jardín, donde los mayores no podían oírlas.

—Creo que se ha ido allí a ver a unos amigos hasta que a mamá se le pase el enfado. Espero que sea pronto. Lo echo de menos. Lleva mucho tiempo fuera y dijo que pasará dos semanas fuera del castillo.

Laure reflexionó sobre la respuesta y asintió con la cabeza. Le parecía complicado.

—Estoy contenta de que hayan venido las titas, pero ojalá hubieran traído a los primos. Sería más divertido —dijo con melancolía.

—Mamá dijo que a lo mejor vuelven en agosto con los niños.

—¿Y papá también? —preguntó Laure, con los ojos muy abiertos.

—No sé —respondió Sylvie. La mayor parte de lo que sabía lo había oído por casualidad. Su madre le contaba muy pocas cosas últimamente. No obstante, sabía de buena tinta que su madre estaba enfadada con su padre. La había oído decírselo a sus tías y a su abuela en varias ocasiones—. Puede que también venga la abuelita este fin de semana —añadió, y Laure puso los ojos como platos.

—Entonces, si hace falta tanta gente para que a mamá se le pase el enfado, seguro que está enfadadísima con papá. —Sylvie asintió con la cabeza, sin más que añadir.

Sin embargo, ambas notaron lo contenta que se puso su madre cuando su tía Athena llegó antes de comer. Todas se sentaron en la terraza del castillo a charlar y reír. Nadia sirvió vino a sus hermanas y se puso otra copa para ella. Iban en pantalón corto, excepto Athena, que llevaba un holgado vestido blanco que ocultaba sus generosas proporciones. A Laure le parecía igualmente guapa, tenía una cara bonita y era de risa fácil, aunque su sobrina se llevó un chasco al ver que no había traído a ninguno de sus perros, ni siquiera a los dos pequeños, los cuales a veces viajaban con ella. Dijo que esta vez, como no iba a quedarse mucho tiempo y era un viaje demasiado largo, los había dejado en casa.

Almorzaron en un comedor al aire libre que usaban en verano, junto a la piscina, y después de comer todas se dieron un chapuzón. Luego las hermanas se fueron a pasear mientras la asistenta les echaba un ojo a Sylvie y Laure en una mesa cerca de la piscina.

—¿Crees que estarán hablando de lo enfadada que está con papá? —susurró Laure a Sylvie, mientras pintarrajeaba en un cuaderno para colorear, y esta se encogió de hombros.

—No le digas a mamá que te lo he contado o se enfadará conmigo —le dijo Sylvie, arrepentida de haberlo hecho, pero sabía que su hermana también estaba preocupada. Daba la impresión de que su padre se ausentaba mucho últimamente, algo que jamás hacía salvo cuando colaboraba en el rodaje de una película basada en uno de sus libros, y en este momento no era el caso. Según les había dicho, iba a empezar a escribir otro libro, pero sabían que no estaba en ello porque una vez que comenzaba nunca iba a ninguna parte y apenas salía de la

casa.

—Las niñas parecen estar bien —comentó Venetia mientras las cuatro hermanas paseaban por uno de los caminos de la finca, a la sombra de los árboles que lo flanqueaban. Estaban relajadas después de comer y darse un chapuzón.

—Creo que notan que algo no marcha bien, lo que pasa es que no saben qué es —dijo Nadia en voz baja—. Ahora Nicolas pasa fuera la mayor parte del tiempo. Me parece que Sylvie se huele algo.

—Debería estar fuera todo el tiempo —sentenció Olivia con los labios apretados—. Debería irse de casa.

—Eso son palabras mayores para las crías —dijo Venetia con tacto —. A mi modo de ver, haces bien en ir paso a paso —añadió con prudencia.

—¿Por qué? ¿Por qué postergarlo? —repuso Olivia, y acto seguido se volvió hacia Nadia—. Se ha liado con otra mujer, van a tener un hijo. Está de más en tu casa.

—Puede que en lo que a mí respecta sí, pero sigue siendo su padre. Cuando se vaya de casa, las niñas van a sufrir un tremendo cambio. Laure solo tiene siete años, y lo adoran. Y con independencia de lo que haya hecho, sigue siendo un padre maravilloso.

—No tendrán más remedio que acostumbrarse. —Olivia no transigía en su postura—. Ya son lo bastante mayores como para comprenderlo. Seguro que tienen amigos con padres divorciados, incluso en Francia.

—Quiero hacer esto lo más llevadero posible para ellas —afirmó Nadia, y Olivia la miró con acritud.

—¿Para ellas o para ti? ¿Acaso estás tratando de dejarle la puerta abierta para que pueda volver si rompe con la chica?

—Ni siquiera se ha ido de casa aún —dijo Nadia en voz baja.

—A eso me refiero. Deberías haberlo echado con cajas destempladas después de lo de Cannes. ¿A qué esperas, Nadia? La otra está embarazada, y por lo visto prácticamente está viviendo con ella.

—Es que no estoy preparada para tomar una decisión tan drástica. Yo también necesito tiempo para asimilar esto.

—¿Quieres que vuelva? —terció Athena. Probablemente fuera la pregunta más importante de todas.

—No lo tengo claro. Cometió una estupidez hace once años, no fue más que un rollo de una noche. Yo estaba embarazada; no quería poner fin a nuestro matrimonio, y él se sintió fatal. No lo abandoné y nunca volvió a las andadas. Esto es diferente, se ha metido hasta el cuello. Al principio pensé que no era más que un terrible desliz, una locura pasajera, y que podríamos superarlo, pero ahora no lo tengo tan claro. De hecho, estoy segura de que no es posible. Se ha enterado el mundo entero. El bebé lo atará a Pascale para siempre, aunque no sigan juntos. Y a pesar de haber pasado la mitad de mi vida aquí, no me siento tan francesa como para apechugar con esto y retomarlo donde lo dejamos. Sencillamente, es imposible. Lo he querido muchísimo; ahora no estoy segura de qué pensar o qué sentir. Es como si hubiera demasiado ruido en mi cabeza para dilucidarlo.

—No puedes querer a un hombre que te ha convertido en un hazmerreír —dijo Olivia con frialdad—. Eso es patético. A estas alturas deberías odiarlo.

—No lo odio —repuso Nadia con sinceridad. Tenía muy buen corazón y no era dada a reacciones extremas como su hermana.

—Pues yo abandonaría a Harley en un santiamén si me pusiera los cuernos.

Sabían de buena tinta que no bromeaba. Olivia no aguantaba que nadie le faltase. Se trataba de una persona estricta e intransigente, incluso en asuntos del corazón. Era más fría que su hermana pequeña.

—Yo no estoy segura de lo que haría —terció Venetia con aire pensativo, mientras daban la vuelta y se encaminaban hacia el castillo. De todas ellas, era la que parecía estar más felizmente casada, aunque a Nicolas y Nadia aparentemente no les hubiera ido nada mal—. Yo quiero tanto a Ben que me partiría el corazón. No estoy segura de si llegaría tan lejos como para divorciarme, tal vez sí por el bien de los niños; en todo caso, no creo que volviera a sentir lo mismo por él jamás.

Lo estaba pasando mal tratando de ponerse en la piel de Nadia. Al planteárselo, un escalofrío le recorrió la espalda. Abrigaba la esperanza de que Ben jamás la engañara, y, pese a su gran entusiasmo y alegría de vivir, pensaba que eso la destrozaría y que se sentiría

muerta por dentro. La idea de perder la vida y al hombre al que amaba le resultaba insoportable, igual que a Nadia ahora, quien todavía se sentía aturdida y paralizada, como si hubiese estado bajo el agua desde el Festival de Cannes.

—¿Tú qué harías? —preguntó Nadia a Athena, que acababa de coger una flor silvestre de la margen del camino y estaba haciéndola girar entre los dedos.

—Para eso son mis cuchillos de trinchar. Por eso siempre los tengo a mano. —Disponía de un juego profesional en un elegante maletín que era su bien más preciado. A sus hermanas les hizo gracia su respuesta, y acto seguido se puso seria—. Con sinceridad, no sé qué haría si Joe me pusiera los cuernos y le hiciera un bombo a otra. No estamos casados, pero es como si lo estuviéramos. Él no es mi amante, es mi mejor amigo. Hacemos todo en pareja, nos damos consejos mutuamente. Insistimos en que somos personas independientes porque no estamos casados, pero no sé hasta qué punto es cierto. Tenemos tanta afinidad el uno con el otro que a veces nos pisamos las frases, o llegamos a la misma conclusión respecto a un proyecto. A veces hasta nos presentamos vestidos con el mismo estilo, lo cual es francamente raro. Nos gusta la misma comida, la misma gente; todo encaja. Creo que, si descubriera que está engañándome, me destrozaría. Y lo que me jode es que yo quiero a Nicolas, él ahora forma parte de nuestra familia. Me encantaría sentarme con él y preguntarle qué coño está haciendo. Da la impresión de que de buenas a primeras se le fue la olla y ahora tiene que apechugar con lo que se le viene encima.

—Él se siente fatal con todo esto —señaló Nadia, agradecida por el punto de vista más moderado de Athena.

—Debería haber pensado en las consecuencias antes de acostarse con ella —terció Olivia con aspereza.

Su breve trayectoria ejerciendo de jueza no la había ablandado en absoluto. De hecho, se había endurecido visiblemente desde que ocupaba el estrado. Harley también era un tipo duro de pelar, entrado en años y de ideología conservadora. Nadia ignoraba cuál era la justificación de Olivia. Definitivamente, hacía que su hermana pequeña se sintiera como una completa fracasada por ser tan blanda

con Nicolas y no encontrarse preparada para divorciarse cuanto antes. La menor de las McCarthy nunca había sido una persona indecisa, pero esta era la decisión más importante a la que había tenido que hacer frente en su vida, y quería hacer lo correcto por su bien y por el de sus hijas. Su madre se inclinaba más por la postura de Olivia, cosa que Nadia sabía, aunque mostraba más compasión hacia todos los implicados.

Las tres invitadas se fueron a sus habitaciones a descansar antes de cenar, pues habían llegado esa misma mañana y viajado desde zonas con diferentes husos horarios. Nadia fue a darse un último chapuzón con las niñas, y se divirtió jugando con ellas en la piscina. Justo estaban saliendo del agua cuando sonó su móvil. Era Nicolas, que quería hablar con Sylvie y Laure. Intentó hablar con ella un momento, pero Nadia le pasó el teléfono a Sylvie rápidamente y se alejó mientras sus hijas conversaban con su padre. Se puso a pensar en todo lo que sus hermanas habían comentado durante el paseo de esa tarde.

Esa noche cenaron en el castillo; cocinó Athena, que preparó platos deliciosos con verduras. Incluso hizo una pizza para las niñas con una capa crujiente de coliflor. Nadia preparó dos pollos asados para completar la comida. Puso la mesa con mimo y la decoró con unos jarrones con las flores que Sylvie y Laure habían cogido para ella. Antes de cenar, contemplaron la puesta de sol desde la terraza y compartieron una excelente botella de Château Margaux de la bodega de Nicolas.

—Mañana iremos a la playa —prometió Nadia, mirando a sus hermanas. Estar juntas la hacía sentirse muy bien. Por diferentes que fueran sus respectivos estilos de vida y opiniones, existía un vínculo que las mantenía unidas. Compartían lazos de sangre y un pasado, el amor entre ellas y hacia sus padres. En ese momento cayó en la cuenta de la importancia de todo eso. La estabilidad y el amor del matrimonio de sus padres, formado por dos personas amables, inteligentes e íntegras, había sido un ejemplo para ellas. Cada una de las hermanas disfrutaba de relaciones conyugales y sentimentales estrechas y felices, incluso Athena sin necesidad de papeles, algo que para ella era irrelevante. El matrimonio de los padres de Nicolas había

sido duradero, pero le había confesado a Nadia que las decepciones y desavenencias conyugales desde los primeros tiempos habían empujado a su padre a tener varias amantes y muchas aventuras. Su madre, como las mujeres francesas de su generación, hacía la vista gorda, pero jamás lo perdonó por ello. Se impuso un distanciamiento amable y educado con un poso de amargura. Nicolas decía que siempre lo notaba cuando estaba con ellos, y su madre no había sido una mujer feliz. Ahora él había creado el mismo escenario al poner un obstáculo insalvable en su relación que Nadia se sentía incapaz de superar.

—Papá ha dicho que nos echa de menos —dijo Laure a su madre cuando le dio el teléfono después de hablar con su padre.

—Qué detalle —dijo Nadia, haciendo un esfuerzo para no pensar en él ni en con quién estaba. No quería estropear los cuatro días con sus hermanas calentándose la cabeza.

Su primera cena juntas resultó ser un encuentro festivo, pues Venetia les recordó algunas de las anécdotas más temerarias de cuando eran jovencitas: Athena y sus escapadas a hurtadillas de la casa cuando sus padres no le daban permiso para ir a fiestas, de modo que ya se encargaba ella de solventar a su favor ese asunto; Venetia y su borrachera en el baile de graduación, cuando las demás la ayudaron a entrar en casa y se toparon con su padre en la cocina a las tres de la mañana… Él se ocupó de llevarla a la planta de arriba y de meterla en la cama. En una ocasión, Olivia prendió fuego a su dormitorio sin querer al olvidarse de que había escondido un cenicero con un cigarro encendido bajo las sábanas. Nadia se tiñó el pelo de azul. Conversaron acerca de sus buenas y malas experiencias con sus novios, sus mejores amigas en el colegio, las fiestas a las que habían asistido y las que habían organizado cuando sus padres se iban de fin de semana y las dejaban a cargo de su leal asistenta, que les permitía irse de rositas y que, de cualquier manera, estaba sorda. No es que hubieran hecho nada verdaderamente censurable, pero sí muchas trastadas —y con complicidad—.

Las cosas empezaron a cambiar cuando Nadia decidió afincarse en París tras el penúltimo año de carrera. Por aquel entonces Olivia

cursaba Derecho; Venetia, que se había matriculado en Parsons para estudiar diseño, se casó y se quedó embarazada casi enseguida; y Athena se mudó a Los Ángeles después de dejar sus estudios en Connecticut College. Ahí comenzó a disgregarse lentamente la fuerte piña que formaban. En todo el colegio y entre sus amigos eran conocidas como las McCarthy, un frente único, las cuatro mosqueteras. Donde encontraras a una, enseguida veías a las otras. La unión hacía la fuerza, les proporcionaba alegría y diversión, además de aventuras inolvidables. E incluso ahora, siempre que se juntaban, experimentaban ese mismo sentimiento de lealtad y unidad, de ser aliadas y de saber que las unas siempre podían contar con las otras. Su madre las tildaba de «monstruo de cuatro cabezas» cada vez que cerraban filas en su contra. Con el tiempo, reconoció que eran temibles. Siempre habían existido códigos de honor entre ellas: jamás habían salido con los mismos chicos ni se los habían birlado entre ellas; jamás se habían traicionado revelando secretos de las otras; jamás se habían chivado a sus padres, o metido en líos a las demás en el colegio o en casa. En multitud de ocasiones, una hacía los trabajos del colegio para las demás. Olivia era la que mejores notas sacaba en lengua e historia en el instituto y, junto con Nadia, las mejores calificaciones finales; Athena bordaba los exámenes de matemáticas y ciencias; y Venetia era la más creativa. Si había un perro extraviado en el barrio, Athena se lo llevaba a casa. Aún lo hacía. En el transcurso de la cena, les habló a Sylvie y Laure con lujo de detalles acerca de sus últimos perros rescatados, y les enseñó fotos de las dos chihuahuas enanas, Chiquita y Juanita, subidas a lomos de Stanley, el perro de montaña. Las chihuahuas iban vestidas con diminutos tutús de brillo y parecían bailarinas circenses a caballo, lo cual embelesó a las niñas.

A las crías les dio pena que su tía Venetia no hubiera traído a sus hijos. Siempre se lo pasaban bomba con ellos, jugando al pillapilla y al escondite y retozando al aire libre. El hijo de Olivia, muy circunspecto, ejercía de figura responsable en el grupo. Will era de la misma edad que el primogénito de Venetia, Jack, que trepaba a los árboles y llevaba a los pequeños a caballito. En cambio, él se quedaba

sentado tranquilamente leyendo un libro. A veces jugaba al ajedrez con Seth, el segundo hijo de Venetia, pero los hijos de esta preferían las actividades más atléticas y los deportes de contacto, en los cuales Will no participaba. Igual que las hermanas eran diferentes entre sí, las personalidades de la siguiente generación diferían en la misma medida, se reflejaba en sus hijos. India, la benjamina de Venetia, tenía un rostro angelical, llevaba la voz cantante y los dejaba exhaustos dondequiera que estuviera. Tenía el carácter de su madre y el irresistible encanto de su padre. Todos coincidían en que algún día sería una rompecorazones. Sophie y Laure eran niñas adorables que se portaban bien. Y ahora, pensó Nadia, habría otro niño ajeno al grupo, el hijo de Nicolas y Pascale. Se figuraba que, más adelante, Sylvie y Laure pasarían tiempo con él o con ella, serían medio hermanas de una criatura con la que ninguno de sus primos tendría parentesco ni guardaría parecido. De momento, todos ellos se daban un aire, hasta cierto punto parecían hermanos y se apreciaba una semejanza entre todos ellos, por leve que fuera.

Nadia se dirigió en silencio a la planta de arriba a acostar a las niñas mientras las demás tomaban café. Cuando regresó, se sirvieron más vino. Compartieron más recuerdos y luego Athena le preguntó a Olivia si le gustaba ocupar el estrado.

—¡Me chifla! —exclamó, al tiempo que se iluminaba la cara—. Llevo años envidiando a Harley. Me gusta mucho más que el mero ejercicio de la abogacía. Es de lo más emocionante.

Sabían que a Venetia le apasionaba trabajar en el mundo de la moda, que Athena disfrutaba de lo lindo con su programa de televisión y que le encantaba cocinar, y que a Nadia siempre le había entusiasmado su trabajo de diseñadora de interiores. Tenía clientes importantes por toda Europa, y había decorado dos grandes pisos en Nueva York y una espectacular casa de veraneo en la República Dominicana para uno de sus clientes franceses recientemente, antes de que se desatara la tormenta.

Todas habían tenido la suerte de encontrar el camino elegido a una temprana edad, igual que su madre. Su padre se había forjado una reputada carrera en inversiones y fue muy respetado en los círculos

financieros; todo el mundo conocía y apreciaba a Wallace McCarthy. Sin embargo, a ninguna de sus hijas le atraía el mundillo de las finanzas. Él, serio y con los pies en la tierra, fue el contrapunto perfecto de Rose, de talante creativo. Había sido un padre entregado, que se interesó por cada una de ellas y las animó al principio de sus respectivas carreras. Había fallecido joven, hacía cuatro años, a los setenta y dos. Se quedó huérfano mientras estudiaba en la universidad y, cuando se casó con Rose y nacieron las niñas, su familia se convirtió en su prioridad. Le sacaba diez años a su mujer y, a pesar de su carácter conservador y chapado a la antigua, no era estirado. Había hecho muy buenas migas con Ben y Nicolas, y con el tiempo llegó a acostumbrarse a Joe y a apreciar sus méritos, a pesar de que para su mentalidad le pareciera un tanto informal y poco ortodoxo. Siempre le había preocupado que Harley fuera demasiado mayor para Olivia, en particular el hecho de que se casaran cuando Olivia aún estudiaba Derecho y Harley ya había cumplido los cuarenta. A pesar de que la edad de Harley era más cercana a la de sus padres que a la de ellas, la solidez del matrimonio quedó demostrada, y Wallace finalmente dejó a un lado su recelo y mantuvo una buena relación con Harley. Como Rose señaló a su marido, por mucho que le preocuparan las decisiones que sus hijas tomaran con respecto a los hombres, no cambiaría nada. Olivia siempre había sido obstinada y resuelta para hacer lo que le viniera en gana. En lo tocante a Harley, había acertado al guiarse por su instinto: quince años después, seguía siendo feliz con él, más que nunca.

Las chicas se habían criado y vivido bien en el Upper East Side de Nueva York, en una casa de piedra rojiza que sus padres habían comprado antes de que los precios se pusieran por las nubes. No vivían a todo tren, pero sí con mucho desahogo y sin faltarles nada de lo que querían, estudiando en escuelas privadas y en las mejores universidades. Todas habían ido a Spence, un respetado y exclusivo colegio privado para niñas. Venetia había tenido su puesta de largo —con anterioridad, Athena se había negado—, pero solo lo hizo por ponerse un fabuloso vestido blanco y disfrutar de una noche de cotillón como Cenicienta. Olivia, totalmente en contra de esa tradición

por ideología política, se negó también a los dieciocho. Nadia había accedido a hacer su presentación en sociedad por complacer a sus padres; sabía lo mucho que significaba para ellos, algo que no les había importado a Athena y Olivia.

Nadia, que por nada del mundo deseaba decepcionar a sus progenitores, ponía empeño en complacerlos. Era la más tradicional de todas. Olivia, de ideología política ultraliberal desde la adolescencia e influyente en causas en favor de las mujeres, con el paso de los años y bajo la influencia de Harley se volvió cada vez más conservadora. A Athena no le interesaba la política, excepto cuando afectaba a los perros y a las pruebas de cualquier índole con animales, y estaba en contra de la pena capital, algo que Olivia ahora defendía. Venetia se informaba de la actualidad internacional a través del prisma de *Women's Wear Daily*, la influyente revista comercial online del mundo de la moda, y el resto lo leía en *Vogue* y *The Business of Fashion*, también online. A Nadia le gustaba leer *The New York Times, Le Figaro* y *The Wall Street Journal* cuando tenía tiempo para mantenerse al día de las noticias en Estados Unidos; así podía estar informada y mantener conversaciones interesantes con sus clientes. Athena escribía artículos para revistas gastronómicas que a los lectores les encantaban. Después de años con una sección de entrevistas en la revista *Gourmet*, ahora se dedicaba a escribir un blog en su página web, y publicaba bonitas fotografías de comida en Instagram a diario. Eran mujeres felices, equilibradas y seguras de sí mismas, cada una de las cuales había elegido el camino que consideraba correcto, y habían tomado buenas decisiones como adultas en los terrenos sentimental, profesional y personal.

—No sé cómo tienes tiempo para eso —le había comentado Olivia a Athena mientras esta cortaba y picaba cosas para la cena de esa noche. Estaba preparando para el postre pequeñas y delicadas *fraises des bois* con *crème fraîche* que tenían una pinta irresistible, y haciéndoles fotos para Instagram.

—Las redes sociales consumen mucho tiempo —rezongó Nadia.

—Hoy en día es una herramienta esencial de comunicación —señaló Athena, y Venetia asintió con la cabeza. Athena y ella se seguían en

Instagram. Nadia no lo usaba tanto. En Francia no estaba tan extendido, aunque ella había conseguido clientes gracias a que sus trabajos aparecían fotografiados con frecuencia en revistas de decoración y a su página web, con mucho estilo y bien diseñada. Nicolas le había echado una mano en eso, pues estaba mucho más familiarizado con las redes sociales e internet que ella.

Todas se fueron a la cama temprano esa noche, ilusionadas por pasar el día siguiente en la playa. Se levantaron radiantes de buena mañana y llegaron a la cocina a la misma hora para preparar el desayuno. Nadia ya les había dado el desayuno a las niñas, que subieron a vestirse mientras sus tías se quedaban comiéndose tranquilamente los cruasanes que Athena había horneado, tomando café y riendo. Y a continuación se prepararon para irse a la playa.

Las hermanas se sintieron como niñas nadando y jugando con sus sobrinas todo el día. Esa noche, antes de regresar al castillo, cenaron en una marisquería en Trouville. Tomaron bullabesa, erizos de mar y otras exquisiteces locales, y realizaron el trayecto de vuelta contentas y relajadas.

Al llegar al castillo, Nadia miró su reloj y vio que eran las once en punto. Sylvie y Laure se fueron derechas a la cama.

—Mamá ya debe de estar en el avión —dijo Nadia mientras seguía a sus hermanas escaleras arriba. El día había sido perfecto, y odiaba pensar que ya estaban en mitad del puente. El mero hecho de encontrarse con ellas le aliviaba el alma y la hacía sentirse joven y despreocupada de nuevo. Todas habían hablado con sus respectivas parejas a lo largo del día. Ben había llevado a los niños a dos barbacoas y a un pícnic para celebrar el Cuatro de Julio; Harley y Will habían quedado en tercer puesto en la regata, lo cual era digno de alabar; y Joe había dado el parte correspondiente de que todo estaba en orden con los perros.

Nadia era consciente de que la dinámica cambiaría ligeramente al día siguiente, con la llegada de su madre. Rose tenía una personalidad arrolladora. Aunque no dijera una palabra, cada una de ellas se sentiría un pelín más cohibida. Ella no pretendía llevar la voz cantante y sabía cómo evitar agobiarlas, pero influía en cada una de ellas, que

aún querían complacerla. Les importaba su opinión y deseaban su aprobación, lo cual puede que pareciese una actitud pueril, pero ella había asumido el rol de matriarca con una gracia natural, sin que nadie reparara en ello, antes incluso de perder a su marido. Era el mismo rol que desempeñaba en la revista: era la matriarca de su familia y del equipo, la persona en la que recaían todas las responsabilidades y tomas de decisiones. En cierto modo, portaba una corona que nadie veía, pero que todos sabían que estaba ahí. Junto con ello iba la carga. Rose jamás se quejaba acerca de lo que conllevaba ese rol ni eludía sus responsabilidades. Era una leyenda viva y había sido un ejemplo para cada una de sus hijas en un sentido diferente, según sus necesidades y su percepción de ella. Habían emulado su ética del trabajo sin dudarlo un instante y, para cada una en su propio campo profesional, el éxito era un hecho, aunque ganado a pulso y merecido con creces.

El sábado por la mañana temprano, Nadia oyó que el coche aparcaba en el camino de entrada a la casa y bajó a darle la bienvenida. Rose lucía un aspecto tan impecable como siempre, vestida con un pantalón blanco, una pulcra camisa blanca, una chaqueta de lino azul marino ribeteada y un sombrero de rafia, con su habitual bolso de viaje de cocodrilo negro. Conversaron en voz baja para no despertar a las demás. Sylvie y Laure aparecieron en camisón y se lanzaron a sus brazos. La condujeron al dormitorio más grande, que Nadia había reservado para ella, con su propio vestidor y un cuarto de baño revestido de mármol rosa. A Rose le encantaba ir al castillo, y apreciaba la sencillez y elegancia con la que Nadia había ayudado a Nicolas a remodelarlo y decorarlo cuando este lo heredó. Conservaba la autenticidad de su aspecto original, con bonitos suelos de parqué antiguos, revestimientos de madera y molduras por doquier; ella le había conferido un ligero toque moderno en aras del confort, pero sin que resultara chocante. Constituía un perfecto ejemplo de una residencia de trescientos años trasladada con armonía al presente. Era el escaparate ideal del talento de Nadia para la decoración.

—Voy a darme una ducha rápida y a ponerme unos vaqueros —dijo Rose, y la dejaron sola después de que Nadia y ella se dieran otro abrazo.

Cuando apareció en la cocina con vaqueros blancos, una camiseta y unas sandalias blancas de Hermès, las demás estaban desayunando y charlando animadamente. Se sentó y, tras abrazar a sus hijas, encantada de verlas a todas reunidas para variar, se unió a la conversación. El largo fin de semana juntas había sido una magnífica idea e iba sobre ruedas. Desde las conversaciones iniciales acerca de Nicolas, no lo habían vuelto a mencionar y Nadia se sentía aliviada. No tenía intención de tomar ninguna decisión importante en el transcurso del fin de semana; se trataba de un encuentro familiar, una escapada, para todas ellas, incluida Rose, que ni siquiera mencionó la edición de septiembre, que era un tema delicado. Se trataba de un tiempo en familia, un tiempo sagrado para todas ellas.

El día transcurrió en la piscina, leyendo revistas y dormitando, compartiendo cremas y pantallas solares, mientras Rose pasaba el rato sentada en una butaca bajo una sombrilla. Athena preparó una gran ensalada para comer, lo cual resultó perfecto, y, al final del día, todas compararon sus respectivos bronceados menos Venetia, que, por su tez pálida, se había quedado de buen grado a la sombra de la enorme sombrilla con su madre.

La cena de aquella noche sería la única que su madre disfrutaría con ellas y la última gran comida que compartirían juntas. Rose tenía prevista una jornada de reuniones de trabajo en París antes de marcharse el lunes por la noche, y las demás volvían a casa al día siguiente. Ella aprovechaba el tiempo durante sus estancias allí. Nadia había echado la casa por la ventana pidiendo bogavantes y cangrejos de río para todas. Sobre la mesa también había una lata de caviar. Había puesto, además, a enfriar champán y algunos de sus mejores vinos blancos y Athena había preparado otra ensalada muy original. Después de cenar, llevaron a la mesa helados de tres sabores: melocotón, limón y chocolate. Tras la opípara comida, la combinación de sabores supo exquisita. Contentas y con el estómago lleno, se recostaron en sus asientos mientras Athena servía otra ronda de

champán.

—Ay, Dios, voy a emborracharme delante de mamá —comentó Olivia, y todas se echaron a reír, incluida Rose.

—Me quedaré frita encima de la mesa antes de que hagas alguna barbaridad —le aseguró Rose, que también aceptó otra copa de Cristal.

La cena había sido perfecta en todos los sentidos. Las niñas se fueron solas a la cama, cansadas de la jornada de sol y piscina. A medida que las hermanas se relajaban, la conversación derivó hacia sus hijos, hacia cuáles serían sus talentos y las esperanzas que abrigaban para ellos.

—Will va a ser clavado a Harley y a ti —dijo Venetia, sonriendo a su hermana—: serio, trabajador, recto y competente.

Olivia se quedó mirándola unos instantes con aire pensativo debido al efecto del champán.

—No será como Harley —repuso con convicción.

—¿Por qué no? Los dos tenéis los mismos valores —prosiguió Venetia con inocencia y bebió un sorbo de champán.

—No es de Harley.

Las palabras cayeron como una bomba de relojería que permaneció sin explotar sobre la mesa, produciendo un fuerte tictac.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Athena, confundida por lo que acababa de decir su hermana.

—Que Will no es de Harley —repitió Olivia, mientras sus hermanas y su madre la miraban fijamente—. Cometí un terrible error justo después de casarnos. Fue en mi primer trabajo después de colegiarme. Yo era el último mono en un gran caso. Nos habíamos asociado con un bufete de San Francisco. Se llegó a un acuerdo y todos nos emborrachamos para celebrarlo. El socio que me habían asignado para trabajar parecía un adonis. Lo pasábamos bien trabajando juntos, y no sé cómo ocurrió o cómo pude ser tan estúpida, pero el caso es que la última noche acabamos en la cama. Después intenté olvidarlo, borrarlo totalmente de mi mente, me remordía la conciencia por Harley. Yo no estaba enamorada de ese tío, simplemente me emborraché y perdí la cabeza aquella noche. Luego averigüé que

estaba embarazada y no sabía si era de Harley o del socio. Bernie, se llamaba Bernie. No quise abortar por si era de Harley. Le dije que algo iba mal y que era necesario que me hicieran una amniocentesis, y encargué una prueba de ADN. Para cuando conseguí los resultados y supe que no era de Harley, me encontraba en el quinto mes de embarazo. A esas alturas tenía muy claro que no iba a abortar. Nunca se lo conté a Harley. Sí a Bernie, que para entonces había abandonado el bufete. Renunció por escrito a todos sus derechos de paternidad y, en cualquier caso, se desentendió del todo. Jamás he vuelto a tener noticias de él. No se lo confesé a Harley en su momento y nunca lo haré. Le rompería el corazón enterarse de que su único hijo, al que adora, en realidad no es suyo. Tengo guardado el documento de renuncia en una caja fuerte; seguramente lo destruya cuando Will cumpla los dieciocho. Y ese, mis queridas hermanas, es mi único secreto oscuro. De manera que ahora lo sabéis: Will no es hijo de mi marido.

En la mesa se hizo un silencio sepulcral durante varios minutos mientras la madre y las hermanas de Olivia la observaban atónitas. Ella era la última persona de la tierra de la que habrían esperado escuchar eso.

—¿Crees que algún día se lo dirás a Harley? —Venetia intentó disimular lo impactada que estaba.

—Jamás. Como acabo de decir, eso lo destrozaría. Él me considera una especie de santa de la era moderna, una mujer de moral intachable. Siempre me dice que lo que más le gusta de mí es mi integridad. ¿Cómo voy a decirle que he estado mintiéndole acerca de algo tan importante como eso durante quince años? No volvería a confiar en mí en la vida. Jamás le he puesto los cuernos excepto aquella noche. Me sentí tan culpable por haberle arrebatado la oportunidad de ser padre que, a pesar de que solo queríamos tener un hijo, lo convencí para tener otro. Lo intentamos, pero fue en vano. Él se figuró que era demasiado mayor, o que tal vez no podía tener hijos. Yo no quise que se sometiera a la prueba para averiguarlo, pues descubriría que le había mentido, de modo que aduje que con Will me daba por satisfecha. Y es cierto. Es una maravilla de niño.

Las repercusiones de lo que había hecho eran de tal alcance y les parecían de tal magnitud a todas ellas que ninguna supo qué decir durante unos minutos. A Nadia no se le pasó por alto que Olivia fue la primera en condenar alto y claro a Nicolas por lo que había hecho con Pascale y, sin embargo, ella había hecho algo igual de reprochable, quizá incluso peor, al mentir a su marido respecto a la paternidad de su hijo. Nicolas no lo había ocultado, Olivia sí, y estaba presionando a su hermana para que se divorciara de él. La hipocresía de su postura dejó a Nadia perpleja.

—Bueno, será mejor que todas olvidemos este asunto inmediatamente y que hagamos un pacto para enterrarlo y no volver a sacarlo a relucir nunca más —dijo Rose en voz baja—. Si algún día se descubriera, podría causar un daño irreparable a demasiadas personas. Olivia, gracias por confiar en nosotras para hacernos una confesión como esa. No podemos volver a sacarlo a colación jamás en la vida. —Recorrió con la mirada a sus cuatro hijas. No juzgó a Olivia, sino que se compadeció de ella por el peso con el que había cargado durante tanto tiempo, sola. A esta el vino le había aflojado la lengua, y parecía asustada y a la vez aliviada mientras asentía con la cabeza a su madre —. Considero que Will no debería enterarse jamás, ni siquiera cuando su padre fallezca. Se quieren y sería injusto interferir en eso a estas alturas. Harley es un padre maravilloso y siempre lo ha sido. Eso es lo único que Will necesita saber.

—Gracias, mamá —dijo Olivia, agradecida de que ninguna hubiera saltado de pronto para acusarla de zorra embustera. Durante años, había albergado el temor de que un día se fuera de la lengua. Por miedo a que se le escapara, no la habían anestesiado para el parto. La agonía que había sufrido al traer al mundo a su hijo, de cuatro kilos y medio, se le había antojado un castigo natural y justo, un precio que estaba dispuesta a pagar.

—Supongo que todas tenemos nuestros secretos —dijo Rose con serenidad. Las demás todavía no se habían recuperado del todo.

—Yo no. —Nadia alzó la voz—. No puedo creer que hayas sido tan dura con Nicolas, cuando precisamente tú hiciste algo peor todavía —le dijo a Olivia, con un dejo de irritación.

—Yo no dejé a Harley como el culo, ni me exhibí con otro tío delante de todos los medios. Yo cometí un terrible error, pero me revienta por lo que te ha hecho pasar, Naddie. Debería rendir cuentas por ello —sostuvo Olivia en tono emotivo.

—¿Has rendido cuentas tú por lo que hiciste? —le preguntó su hermana pequeña, mirándola de frente. Fue un momento de sinceridad entre ellas como ningún otro que hubieran vivido, o que probablemente jamás volverían a vivir. Olivia les había abierto su corazón y el de Nadia estaba en carne viva. A Olivia le sentó bien quitarse ese peso de encima y desahogarse con ellas. Llevaba quince años arrepentida.

—No hay un solo día que no me arrepienta de ello —respondió—. Cada vez que miro a Will, me acuerdo de lo que hice.

—Yo me acosté con un profesor casado en la universidad —anunció Athena para proporcionar alguna distracción—. La verdad es que no me sentí tan culpable. Él era un poco gilipollas y se estaba tirando a la mitad de las chicas de la clase. —Las demás se echaron a reír.

—Yo tengo algo que confesar —terció su madre, lo cual sorprendió a todas. Era tan honesta e íntegra que ninguna de ellas podía imaginarla capaz de hacer algo demasiado escandaloso—. Siempre fui de la opinión de que debíais saberlo. Vuestro padre estaba en desacuerdo conmigo, no quería que os lo contara, de modo que nunca lo hice por respeto a él. Estuve casada antes de conocer a vuestro padre, cuando estudiaba en Oxford. Él era un chico inglés muy dulce. Nos fugamos para casarnos y muy pronto lo lamentamos. No estábamos preparados para el matrimonio ni mucho menos. Más que adultos, éramos dos críos de diecinueve años. Nos divorciamos al cabo de un año, razón por la que me fui de Oxford después de tan solo dos cursos y pedí el traslado a la Sorbona. Luego conocí a vuestro padre, poco después de llegar allí, y el hecho de estar divorciada realmente carecía de importancia. Mi vida comenzó con Wallace. A partir de ahí, nada de lo sucedido antes me importó. Empezamos de cero, hice borrón y cuenta nueva, y me mudé a Nueva York por él cuando regresó. Y nos casamos enseguida sin fanfarria, ya que eran mis segundas nupcias. Pensé que debíais saberlo. Mi padre conocía a la

familia de mi primer marido, que se casó con una chica irlandesa después de divorciarnos; si no recuerdo mal, una prima suya, y tuvieron seis hijos. Me crucé con él en una ocasión al cabo de unos años por una calle de Dublín en un viaje de trabajo. Se había puesto gordo y se había quedado calvo. No me reconoció y yo apenas lo reconocí. No nos saludamos.

Lo que les reveló en realidad no les impactó realmente; el hecho de pensar que su madre tenía un pasado, en cierto modo, las conmovió. Rose se había sincerado para rebajar la pesadumbre de Olivia, aunque también se había excedido con el champán.

—¿Dónde viviste con él, mamá? —preguntó Athena, curiosa.

—En Oxford, donde ambos estudiábamos. La verdad es que éramos dos críos. Él estaba estudiando para ser arquitecto.

La historia no tenía nada de desenfreno. Parecía un inofensivo romance sin más entre veinteañeros.

—Creo que Olivia se lleva la palma —comentó Venetia haciendo una mueca, y las demás se rieron—. Menudo bombazo, Ollie. Ahora vas a hacer que me preocupe por irme de la lengua si me emborracho en Nochebuena. Pobre Harley.

—No tiene que enterarse nunca —dijo Rose, mirándolas a los ojos, y ellas asintieron con la cabeza. La revelación que Olivia les había hecho era de una gran trascendencia y, de descubrirse el pastel, podría causar un daño irreparable a su matrimonio y un disgusto tremendo a su hijo. El hecho de habérselo contado era una señal de su confianza en ellas.

—Me da la sensación de que debería salir por ahí a liarme con alguien, o robar un coche o algo para estar a la altura —comentó Athena, y las demás se echaron a reír—. De hecho, me detuvieron en la universidad por ebriedad y alteración del orden público después de una manifestación en contra de los experimentos con animales. Me puse tan ciega de vino con mis colegas que ni siquiera recordaba por qué protestábamos. Dentro de lo que cabe, me parece que todas hemos sido bastante formales. Y Olivia también. Aprendiste una lección como la copa de un pino —añadió con empatía.

—Desde entonces jamás he vuelto a fijarme en otro hombre más que

en Harley. —Parecía avergonzada por su confesión, no tan osada.

—Seguro que no —comentó Venetia.

—Igual ahora paras de darme la monserga acerca de qué voy a hacer con mi matrimonio y dejas que lo averigüe por mí misma —señaló Nadia, todavía algo molesta ya que su hermana había sido muy severa con sus consejos hasta la fecha.

—Lo siento, Naddie —dijo Olivia con delicadeza, realmente arrepentida—. Siempre he sido muy tajante con respecto a las infidelidades por lo que yo misma hice.

—A mí tampoco me gustan que digamos. —Nadia le sonrió—. Pero te quiero de todas formas. Sucedió hace mucho tiempo. A lo mejor ha llegado la hora de que te perdones a ti misma.

Olivia negó con la cabeza a modo de respuesta.

—No creo que llegue a perdonarme a mí misma jamás.

—Estoy segura de que, si lo supiera, Harley te habría perdonado, pero no hay necesidad de que se entere —dijo Venetia con buen criterio.

—No lo tengo tan claro —repuso Olivia—. Es la persona más recta que conozco. No creo que lo hubiera podido comprender, y jamás me perdonaría por haberle mentido. A veces pienso que debería decírselo algún día, solo para hacer borrón y cuenta nueva, pero no quiero hacerle daño, o privarlos a él y a Will de la relación que tienen.

—Más vale no levantar la liebre —dijo Rose—. Me decepciona que a ninguna de vosotras os haya impresionado mi desenfrenada juventud.

Les sonrió y Venetia se echó a reír.

—Te casaste con ese tío, mamá. Eso no tiene nada de desenfreno. Y casarte a una edad temprana no te hace merecedora de la letra escarlata precisamente.

—Supongo que no. Nos sentíamos como Romeo y Julieta porque nuestros padres se oponían a ello, pero no nos lo impidieron, y enseguida nos dimos cuenta de que habíamos cometido una terrible equivocación. Cuando nos separamos, sentí un tremendo alivio. Me marché a París a estudiar a la Sorbona y conseguí pasar página. Y más adelante, después de conocer a vuestro padre, me trasladé a Estados Unidos.

—Se me ocurren varias personas entradas en años que se casaron a una temprana edad sin que nadie llegara a enterarse. Y jamás han dicho ni pío. En aquellos tiempos prácticamente tenías que casarte para tener sexo, y el divorcio se consideraba una deshonra —dijo Venetia.

Rose asintió con la cabeza.

—De hecho, yo era virgen cuando lo conocí. Me da la impresión de que hace una eternidad, como si le hubiera sucedido a otra persona. Vuestro padre solía burlarse de mí alguna que otra vez diciendo que me quería más porque era una mujer con pasado. Yo era una cría en aquel entonces, incluso cuando nos casamos. Siempre me asombra la rapidez con la que pasa el tiempo. Cuando eres joven, no eres consciente de eso —dijo con nostalgia—. Piensas que vas a ser joven eternamente, de repente dejas de serlo, y la mejor etapa pasa. —Empezaba a ponerse melancólica a causa del vino, y todas se dieron cuenta de lo mucho que añoraba a su marido. Se había quedado viuda muy pronto y, con suerte, todavía tenía por delante muchos años de plenitud y creatividad. Sin embargo, no se había fijado en ningún hombre desde que él falleció. El trabajo y el tiempo que pasaba con sus hijas llenaban el vacío de su ausencia.

Se quedaron charlando otra hora, y no hubo más revelaciones explosivas. Todas le dieron a Olivia un cariñoso abrazo de buenas noches, y ella se aferró a cada una de ellas durante unos instantes, agradecida de que con independencia de lo que cualquiera de ellas hiciera, las otras lo aceptarían. Todas tenían claro que nunca volverían a mencionar el asunto de la paternidad de Will; sencillamente, no importaba. Y Nadia abrigó la esperanza de que la hermana que la precedía, algo severa y moralista, en lo sucesivo se mostrara más comprensiva acerca de su situación. Si alguien iba a ponerse firme con Nicolas, tenía que ser la propia Nadia, y no porque Olivia estuviera metiendo cizaña: ahora estaba más indignada con él de lo que estaba dispuesta a reconocer ante su madre o sus hermanas. Le daban ganas de gritar cada vez que pensaba en él con Pascale. Se había comportado como un maldito imbécil y lo había echado todo a perder. Se sentía furiosa con él, pero no hasta el punto de odiarlo todavía.

Estaba descubriendo que se tardaba más de lo que pensaba en que el amor se transformara en odio. Y más aún en que el amor muriera. Pero sabía que al final llegaría a ese punto.

Cuando se fue a la cama esa noche, se compadeció de Olivia. A continuación, el vino también se le subió a la cabeza, se quedó dormida y soñó con Nicolas con un bebé en brazos. No distinguía si el bebé era de ella o no, pero sí a una mujer apostada cerca, observándola y riendo. Vio con toda nitidez que se trataba de Pascale. Y entonces, Nicolas y Pascale echaron a andar y se quedó sola. Se despertó hecha un mar de lágrimas. Procuró no pensar en el simbolismo del sueño y borrarlo de su mente. Pero, en cualquier caso, lo tenía claro: Pascale y Nicolas estaban juntos, con su bebé, y ella acabaría sola.

6

A la mañana siguiente, ninguna de ellas mencionó a Harley o a Will en el desayuno. De buenas a primeras, Venetia comentó que quería tener otro hijo. Le había encantado criarse con tres hermanas. A Rose le agradó oír eso.

—De hecho, me encantaría tener cinco o seis —señaló Venetia con una sonrisa pícara—, pero seguramente Ben me mataría. Nuestra vida ya es caótica tal como está. Las familias numerosas siempre me parecen entrañables.

—Yo también quería tener otro. Queríamos esperar hasta el año que viene —señaló Nadia con melancolía—. Ahora eso queda descartado. Me conformo con mis niñas.

Con su actual coyuntura matrimonial, pasara lo que pasara, no se veía con otro hijo a no ser que se divorciara de Nicolas y se casara con otro. Jamás volvería a confiar en su actual marido como para tener otro hijo con él.

—Yo con mis perros tengo de sobra —terció Athena, tan contenta como de costumbre.

—A vuestro padre le encantó tener cuatro hijas. —Rose les sonrió—. Se sentía muy orgulloso de todas vosotras.

Fueron a tumbarse a la piscina, para disfrutar de sus últimas horas juntas antes de marcharse. El puente se les había pasado volando, pero les daba la sensación de llevar allí más de cuatro días.

—¿Por qué no te vienes con Sylvie y Laure a California este verano? —propuso Athena a Nadia mientras seguían tumbadas—. Yo todavía estaré en el parón temporal y ellas lo pasarían de fábula. Podemos llevarlas a los estudios Universal y a Disneyland.

A Nadia le sedujo la idea, pero Nicolas todavía no la había puesto al corriente de sus planes.

—No tengo claro cuándo quiere verlas. Pero me gustaría ir.

Supongo que en algún momento le apetecerá venir al castillo. —Seguramente con Pascale. Pensar en ello le provocó la sensación de una herida abierta y casi una mueca de dolor. California, ir a casa de su hermana, sería una agradable escapada—. Lo averiguaré y te llamaré.

—También podéis veniros a Southampton. En agosto me tomo tres fines de semana libres y paso fuera un par de semanas, igual que Ben. Nos encantaría que vinierais a casa —terció Venetia. Y su madre pasaría allí los fines de semana, en su casita.

—¿Irás a los Hamptons este verano, mamá? —le preguntó Venetia. La casa de Rose era como una casa de muñecas, pero disfrutaba allí.

—Si no estoy demasiado liada con los números de octubre y noviembre, sí.

Rose nunca paraba, en todo el año. Su día a día era una constante vorágine de preparativos para ultimar el número siguiente. Venetia sabía que Olivia se iría a Maine con Will y Harley, a pasar el mayor tiempo posible en su velero. Athena se quedaría tan ricamente en su casa en California, probando nuevas recetas para la emisión del programa después del parón estival. Nadia normalmente veraneaba en el castillo, pero este año agradecía sus invitaciones, pues sería estupendo pasar un tiempo fuera de Francia y alejarse del revuelo causado por Nicolas y Pascale. Seguro que a Nicolas le apetecería pasar parte del tiempo en el castillo. Y ella no tenía ningún otro sitio donde ir con las niñas.

Tras un almuerzo ligero junto a la piscina, Rose y las hermanas de Nadia se dirigieron a sus habitaciones a hacer las maletas. Olivia y Venetia tenían previsto tomar el mismo vuelo a Nueva York esa noche. Athena, que se iría al aeropuerto con ellas, pondría rumbo a Los Ángeles.

Cuando el monovolumen que Nadia había alquilado para ellas fue a recogerlas, las cinco mujeres se abrazaron, y casi se les saltaron las lágrimas al despedirse, mientras Laure y Sylvie las observaban. Había sido un fin de semana perfecto, lleno de buenos ratos, de momentos felices y de revelaciones sorprendentes. Venetia le había confesado a Nadia en privado que le estaba costando quitarse de la cabeza lo que

Olivia les había revelado.

—Cada vez que vea a Will o a Harley, lo tendré presente. Casi pienso que ojalá no nos lo hubiera contado.

Nadia reconoció que opinaba lo mismo al respecto.

—No me explico cómo ha vivido guardándose un secreto semejante durante todos estos años.

—Tal vez por eso es tan dura con todo el mundo —aventuró Venetia.

—En teoría eso debería hacerla más indulgente y compasiva —señaló Nadia.

—Tal vez lo sea de ahora en adelante.

Nadia y las niñas les dijeron adiós con la mano mientras el monovolumen se alejaba. Rose se marchó con ellas, pues tenía reuniones al día siguiente y su vuelo a Nueva York salía el lunes por la noche. Iba a alojarse en el Ritz; el conductor la llevaría allí después de dejar a las demás en el aeropuerto.

Nadia sabía que el tiempo que acababan de pasar juntas proporcionaría entrañables recuerdos durante mucho tiempo.

—Espero que algún día os queráis la una a la otra de la misma manera que yo quiero a mis hermanas. Una hermana es algo muy especial —les recordó, mientras Sylvie ponía los ojos en blanco a Laure y esta le sacaba la lengua a su hermana.

Esa noche cenaron en la cocina y Nadia echó en falta a su madre y sus hermanas.

—¿Cuándo va a venir a casa papá? —preguntó Sylvie. Tenía muchas ganas de verlo. Últimamente se ausentaba mucho. Lo añoraba.

—No lo sé. ¿No hablaste con él? ¿Qué te dijo? —respondió Nadia con evasivas.

—Que volvería mañana.

—Como yo tengo que ir a Londres el martes, se puede quedar con vosotras.

A las niñas les gustó la idea, aunque Sylvie se olía algo y ya había comentado que iban a ser como sus amiguitos con padres divorciados

que se turnaban para estar con ellos y que nunca coincidían al mismo tiempo. Nadia no respondió. Le constaba que, tarde o temprano, las niñas se darían cuenta. No podían ocultárselo durante mucho más tiempo. Ella trabajaba menos en verano, pero intentaba cumplir con sus clientes, a pesar de su convulsa vida privada.

Nicolas las llamó aquella noche antes de la hora de dormir. Nadia, sabiendo que sus hermanas ya estarían en sus respectivos aviones, estaba pensando en ellas justo en el momento en que Sylvie le tendió el teléfono. A pesar de que Nadia no quería hablar con él, cedió con el fin de no levantar más sospechas delante de sus hijas. No tenía más remedio que fingir por ellas, como si continuaran felizmente casados.

—¿Cómo ha ido el fin de semana? —le preguntó él.

—Fenomenal. Ha sido una gozada estar juntas. ¿Y el tuyo? —inquirió con cierto retintín.

—Caluroso. En el sur hay una ola de calor, y estaba de bote en bote.

Ella no preguntó dónde se había alojado ni quiso saber cuáles de sus amigos en común habían recibido a la famosa estrella de cine con los brazos abiertos. Sabía que era el caso de muchos de ellos, a los cuales ella ya no consideraba sus amigos. Le informó de su viaje a Londres para ver a un nuevo cliente y él pareció encantado de tener la excusa para quedarse con las niñas. Seguidamente, Nadia zanjó la conversación; no quería disgustarse con él y que estropeara el buen sabor de boca que le había dejado el fin de semana.

Nadia y las niñas regresaron a París a la mañana siguiente y, al ver los periódicos, se enojó de nuevo. Se mencionaba brevemente que Pascale y él habían alquilado una casa en Ramatuelle, cerca de Saint-Tropez, para el verano, y se acompañaba con una foto de los *paparazzi* en la que Pascale aparecía despampanante en bikini, mostrando su oronda tripa de seis meses, junto a Nicolas con aire feliz.

Dejó a las niñas para que pasaran el día con unos amigos, se fue a la oficina y, minutos después de que las crías llegaran a casa por la noche, apareció Nicolas. Lucía un intenso bronceado que acentuaba aún más el tono rubio de su pelo y el verde de sus ojos. Cuando las niñas los dejaron a solas unos minutos, Nadia le advirtió en tono irritado por lo bajini:

—Tenemos que decirles algo a las niñas pronto, pues de lo contrario se enterarán por otro lado. Por el amor de Dios, vas a ser padre dentro de tres meses y has vuelto a salir en la prensa.

—Es niño —anunció él, procurando disimular su euforia, pero también se alegraba de ver a Nadia y a sus hijas. Le daba la sensación de que su corazón se había expandido para abarcarlos a todos, algo imposible de explicarle a Nadia—. Estoy de acuerdo, hay que decirles algo. Pero, cuando nazca el bebé, quiero volver a casa y tratar de salvar nuestro matrimonio. Te quiero, Nadia. Eso no ha cambiado, por muchas estupideces que haya cometido en los últimos meses. —Lo dijo con gesto serio, y a ella le dieron ganas de golpearle. Desde hacía tiempo, él sacaba lo peor de ella. Se le ponían los nervios de punta siempre que lo veía, incluso al pensar en él. Lo que su marido pretendía era absolutamente surrealista.

—¿Cómo puedes decir eso? Vives con otra mujer la mitad del tiempo. Usas nuestra casa como un hotel, ¿y pretendes que haga de gobernanta y que me quede tan pancha esperándote? ¿Por qué no cortas por lo sano y al menos intentas hacerlo bien con ella?

Estaba cansada de que jugara a dos bandas.

—Tiene veintidós años. Sabe que es demasiado joven e inmadura para casarse, y no se equivoca. Quiere que esté con ella, al menos hasta que nazca el bebé, pero no con miras al futuro. No se plantea nada más. Yo tampoco me lo he planteado. Nadia, somos adultos. Tenemos una vida, un pasado, un futuro. Sé que suena fatal, pero ¿no puedes darme tiempo para que solucione esto de la forma más decente posible y luego vuelva contigo?

La miró con ojos suplicantes, y a ella se le hizo un nudo en el estómago mientras lo observaba. No un nudo de añoranza, sino de pura impotencia y furia. Lo que él deseaba, a Nadia se le antojaba imposible y era injusto para ella.

—¿Y luego qué? ¿Espero hasta que vuelvas a las andadas? La vida no funciona así, Nicolas. No voy a olvidar el infierno por el que me has hecho pasar estos meses.

Él tenía lágrimas en los ojos mientras la escuchaba. Pero, esta vez, ella no.

—Te juro que te lo compensaré de todas las maneras posibles durante el resto de mi vida. Dame solo estos meses.

Ella negó con la cabeza, sin palabras ante sus súplicas y decidida a no claudicar.

—Eres tan crío como ella si piensas que puedes entrar y salir del matrimonio, tomarte un tiempo, tener un hijo con otra, volver y retomarlo donde lo dejaste. Estás chiflado.

Nadia echaba chispas por los ojos.

—Es probable que esté chiflado, pero también muy enamorado de ti.

Quería que ella lo supiera.

—Entonces, por encima de todo, eres un gilipollas egoísta y un puñetero imbécil —espetó ella, al tiempo que Sylvie entraba en la cocina. Se dio cuenta de que su madre estaba enfadada, y, aunque había oído el tono suplicante de su padre, no entendió lo que decía porque estaban cuchicheando. Deseaba que dejasen de reñir. La asustaba que en los últimos dos meses prácticamente no hubieran hecho otra cosa que discutir. Laure no era consciente de ello, pero también estaba inquieta y disgustada.

En ese momento, Nicolas se volvió hacia Sylvie, la abrazó con fuerza y le prometió que al día siguiente verían juntos una película cuando su madre se fuera a Londres.

—Nos quedaremos levantados hasta tarde, pero no se lo digas —le dijo con un susurro teatral que Nadia pudo oír, y Sylvie sonrió con picardía.

Seguidamente apareció Laure dando brincos y le suplicó a su padre que se sentara a cenar con ellas. Nadia no puso pegas; él tomó asiento con aire cohibido, pero ella fue incapaz de probar bocado. Aunque el fin de semana con sus hermanas le había hecho mucho bien para recuperar las fuerzas y la confianza en sí misma, él lo estaba desbaratando con rapidez.

—¿Piensas ir al castillo en algún momento este verano? —le preguntó después de cenar, una vez que las niñas se habían ido a sus habitaciones. No había dicho ni una palabra durante la cena; no tenía nada que decirle.

—Me gustaría pasar allí agosto contigo y con las niñas —respondió él con cautela, temeroso de desatar su ira.

Todavía no se lo había dicho a Pascale, pero le apetecía pasar un tiempo de vacaciones con sus hijas y con Nadia, siempre que esta estuviera conforme. Pascale tenía un montón de amigos con los que entretenerse en Saint-Tropez, algunos de los cuales eran dueños de barcos o los alquilaban. Ella se movía en el círculo de la *jet set*, algo de lo que él disfrutaba, pero también le gustaba pasar tiempo en su antigua finca. Y, puesto que ella solo estaría de siete meses en agosto, él no se sentía en la obligación de estar con ella. Para esas fechas, aún quedaría margen hasta que ella saliera de cuentas, y seguiría ocupada yendo a fiestas y con ganas de divertirse con sus amigos.

—Me voy a llevar a las niñas de visita a casa de Athena y de Venetia, a Los Ángeles y los Hamptons, seguramente unas cuantas semanas —dijo Nadia con frialdad. Él, que no se sentía con derecho a poner objeciones o a imponer sus exigencias en vista de lo que le estaba haciendo pasar a ella, y de su propio comportamiento, asintió con la cabeza.

—Me había hecho a la idea de que pasaría el día de la Fiesta Nacional con vosotras, si te parece bien —dijo con cautela—. Podemos ir a ver los fuegos artificiales a Deauville.

Nicolas sabía lo mucho que a sus hijas les gustaban los fuegos artificiales, y Nadia no quería desilusionarlas ni discutir con él. Deseaba pasar esa festividad con las niñas, no con él, pero sabía que las niñas preferirían estar con los dos. Se preguntó qué tendría previsto hacer con Pascale en esas fechas —al parecer, dejarla en la casa de alquiler en Ramatuelle—. Se preguntó por qué Pascale estaría dispuesta a aguantar eso y qué explicaciones le daría él. Nadia no entendía su relación, aparentemente abierta. Pero claro, Pascale, catorce años más joven que Nadia, era una cría en muchos aspectos y quería disfrutar de una cantidad considerable de libertad para ella misma. Nadia no quería pasar parte del verano con su marido mientras estuviera liado con Pascale, pero tampoco quería disgustar a sus hijas.

Nicolas salió de la cocina para ir a ver a las niñas mientras ella

metía los platos en el lavavajillas. Nadia se dio cuenta de que, si claudicaba, no le quedaría otra que pasar en familia el fin de semana del Día de la Bastilla con tal de satisfacerlos a él y a sus hijas. Era insostenible, y se debatió en un conflicto interno entre procurar contentar a sus hijas y su propia necesidad de espacio para darse un respiro con respecto a Nicolas. Sentía que había llegado la hora de buscar a un abogado para establecer un régimen de visitas, junto con un plan para sobrellevar este difícil periodo. Después se fue derecha a su habitación y cerró la puerta. Sabía que Nicolas no se atrevería a entrar. Él se quedaría con las niñas hasta la hora de dormir y luego se refugiaría en el cuarto de invitados, donde ellas ignoraban que pasaba las noches, y por la mañana se marcharía sin dejar ni rastro. Para Nadia fue un alivio el hecho de no volver a verlo esa noche. No tenía ninguna gana.

Su madre la llamó desde el aeropuerto antes de la salida de su vuelo a Nueva York. Se dirigía a toda prisa al avión, pero le apetecía mandarle un beso antes de marcharse.

—¿Estás bien? —le preguntó Rose—. Pareces disgustada.

—Está aquí, sacándome de quicio —respondió Nadia.

—He visto los periódicos de hoy —dijo Rose en tono serio.

—Yo también. Y la foto con Pascale en Saint-Tropez.

—Te llamaré desde Nueva York. Te quiero —dijo Rose, y colgaron.

Tras la llamada de su madre, Nadia se tumbó en la cama y reflexionó acerca de algo que Venetia le había dicho ese fin de semana: que debería quedarse embarazada también, pues entonces él le profesaría lealtad a ella, no a Pascale. Nadia contaba con la baza del pasado. Sin embargo, le resultaba inconcebible hacer algo así. La guerra de los bebés. Y él le había anunciado muy ilusionado que el bebé era un varón. Se mirase por donde se mirase, la situación la asqueaba. La aliviaba que él se fuera a la mañana siguiente, antes de que las niñas se levantaran y ella se marchara a Londres. Su presencia en el piso le resultaba tóxica.

—¿Por qué papá se va ahora tan temprano a trabajar? —le preguntó

Laure en el desayuno. Nadia se puso nerviosa buscando una respuesta y quemó la tostada.

—Está muy liado —fue lo único que se ocurrió decir. En cuanto se fueron con la canguro de siempre, Nadia hizo dos llamadas telefónicas, una a la compañía aérea para realizar la reserva de los vuelos para ir a ver a Athena a Los Ángeles y a Venetia a los Hamptons, y la segunda al abogado que le había recomendado su madre. Rose había conseguido el contacto a través de alguien de su oficina de París en cuya discreción confiaba. Como el abogado se encontraba fuera del bufete, Nadia dejó un recado. Reservó los billetes para justo después del fin de semana del Día de la Bastilla. Estaba dispuesta a sacrificarse para pasar un fin de semana con él y las niñas. Después, él podría disfrutar del castillo a sus anchas, o con quien le apeteciera invitar, pero no con ella. Tenía que poner el límite en alguna parte.

Sería un alivio pasar el día y la noche en Londres con un cliente y dejar de calentarse la cabeza. Y le hacía mucha ilusión ir a Estados Unidos a ver a sus hermanas y a su madre.

—¿Por qué tienes que pasar ese día festivo con ellas? —le preguntó Pascale a Nicolas, con gesto malhumorado, cuando la puso al corriente de sus planes de estar el fin de semana del Día de la Bastilla con Nadia y las niñas en el castillo—. Es absurdo. Y nos han invitado a una boda en el Hotel du Cap. He reservado habitación para el fin de semana.

—Puedes ir sin mí —dijo él con tacto. Pascale no tenía nada de tímida ni de huraña. Estaba convencido de que deslumbraría en la boda, y de que probablemente eclipsaría a la novia—. Necesito pasar tiempo con mis hijas.

—Estupendo. Pues tráelas a Ramatuelle otro fin de semana. O podemos ir al castillo con ellas.

—Ellas aún no saben nada de ti —le recordó él.

—¿Cuándo piensas contárselo? ¿Cuando nuestro hijo vaya a la universidad, para que puedan asistir a su graduación? Deberías decírselo. Les hará mucha ilusión saber que van a tener un hermanito

—dijo ella ingenuamente.

—No es tan sencillo, y lo sabes. —Se lo había explicado en otras ocasiones. Tenía una paciencia infinita con ella, prácticamente como si ella también fuera una cría, al menos para él, o esa era la impresión que daba a veces. Él le sacaba veinte años. Esa faceta infantil le resultaba encantadora la mayor parte del tiempo, pero no siempre—. Nos precipitamos con el embarazo, sin que te conocieran siquiera. Y yo continúo casado con su madre. Ahora es complicado presentártelas; necesitan tiempo para asimilarlo. —De la noche a la mañana, en las dos últimas semanas su embarazo se había vuelto muy visible—. No es este el ejemplo que quiero darles. Y les costará comprenderlo. Todo ha sido muy precipitado.

No tenían planes de boda. Pascale, como gran parte de la gente de su generación, no creía en el matrimonio, y sus padres tampoco habían pasado por la vicaría. Ella no consideraba el matrimonio como una necesidad, ni siquiera como algo apetecible. Y no veía nada de malo en tener un bebé fuera del matrimonio, algo que él no deseaba inculcar a sus hijas. Pero ahora era una realidad en su vida y sería difícil explicárselo a las niñas.

—Para la edad que tienes, da la impresión de que vives en la Edad Media. A estas alturas, la gente no se casa para tener hijos. No conozco a nadie que lo haga —dijo ella alegremente.

—Algunas personas todavía lo hacen. Su madre y yo lo hicimos. A las edades que tienen ahora, no soy partidario de mostrarles estilos de vida alternativos. No quiero que hagan esto algún día. Y se entristecerán por su madre.

—No seas tan mojigato —dijo ella, al tiempo que le sonreía y le desabrochaba lentamente los pantalones. La sensualidad lánguida con la que lo hizo y deslizó la mano dentro lo desató, que fue como todo había comenzado. La actriz lo había seducido mientras trabajaban juntos en la película, pero él era un caballero y no se lo habría echado en cara. Había coqueteado con él descaradamente hasta que no pudo resistirse más, aunque al principio lo intentara. Pascale lo deseaba, y una noche él se la encontró desnuda en su cama, esperándolo. Le resultó imposible rechazarla y pensó que no sería más que un rollo

mientras estuvieran de rodaje. La pasión los cegó y, en unas cuantas ocasiones, se dejaron llevar sin protección. Y la historia adquirió un cariz serio cuando ella se quedó embarazada. Luego él perdió la cabeza en Cannes, y por un momento olvidó que estaba casado. Pero el bebé los habría delatado de todas formas. A Pascale le traía sin cuidado tener un hijo sin casarse; lo que le molestaba era que él continuara medio viviendo con Nadia y manteniendo un vínculo con ella a nivel emocional, según él mismo le había dicho. Nicolas no tenía intención de dejarlo todo por una chica que se tomaba las relaciones tan a la ligera como ella, aunque estuvieran esperando un hijo. Ya había arriesgado demasiado. Y estaba convencido de que ella no tenía la menor idea de dónde se estaba metiendo o de las repercusiones de ello. La vida de Pascale estaba a punto de cambiar para siempre, aun cuando su madre se hiciera cargo del bebé y este se quedara en Bretaña con ella. Pascale disfrutaría de la misma libertad que antes, pero a pesar de eso tendría que asumir su responsabilidad como madre, no podría desentenderse totalmente. Tenía previsto seguir los mismos pasos que su madre.

La vida de Nicolas ya había cambiado mucho más que la de Pascale. Y también se jugaba mucho más. La joven seguía quedando con sus amigos, yendo a fiestas, sonriendo para la prensa, luciendo su prominente tripa. Su madre había sido una actriz de poca relevancia y a su padre no llegó a conocerlo porque se esfumó cuando ella nació. Se había criado en un entorno muy laxo entre los novios de su madre y, la mayor parte del tiempo, al cuidado de su abuela. Había perdido la virginidad a los catorce. Y a Nicolas no se le pasaba por alto que para ella su relación significaba estar liada con uno de los productores de la película, lo cual constituía un buen impulso para su carrera. Pascale estaba volcada en su carrera, y sabía cómo llegar adonde quería. Hasta ahora le había ido bien y, por suerte para ella, tenía talento y se había convertido en una estrella de primer orden a los veintidós. Para el escritor era inimaginable que sentara la cabeza hasta dentro de muchísimos años. Entre los planes de Pascale no entraba cambiar su vida de manera significativa al dar a luz. Pero quería a Nicolas a su lado, tanto como fuera posible, durante el tiempo que

durara la relación, por larga o corta que fuera. Quería a Nicolas con ella, no para cuidarla durante el embarazo, sino para pasarlo bien. Y de momento había tenido un embarazo fácil.

Durante las tres primeras semanas de su aventura, él se lo planteó como un rollo sin más, y después, cuando ella le dio la noticia del embarazo, creyó estar enamorado. Estaba ligado a ella, pero no tanto como a su esposa y a sus hijas. El sexo con Pascale le resultaba adictivo, ahora era consciente de ello. Se había dado tres meses para desengancharse de ella una vez que el bebé naciera, pero todavía no estaba preparado para dejarla. Era incómodo que su aventura hubiera tenido tanta repercusión. No tenía ni idea de si Nadia estaría dispuesta a darle una segunda oportunidad para salvar su matrimonio algún día. De momento, todo apuntaba a lo contrario, y cada día que pasaba parecía menos probable, algo que empezaba a darle pánico. La prensa continuaba echando leña al fuego. No quería permitir que Pascale empeorara las cosas. Dudaba que lo amase realmente; él era el padre de su hijo, y su amante, pero nada más. Como la mayoría de las actrices que Nicolas conocía, ella solo se interesaba por sí misma y era ajena al impacto y a las consecuencias de su aventura para él. Nadia era una mujer íntegra y valiente, mientras que Pascale era de una casta completamente diferente. Era narcisista y de moral laxa, e incluso a estas alturas, su atracción hacia él era más que nada física. Él jamás había conocido a una mujer tan sexy. Había perdido la cabeza por un tiempo, pero ahora tenía la certeza de que no quería que su matrimonio se fuera al traste a causa de su aventura.

—Me apetece estar contigo en Saint-Tropez en agosto, cuando hay ambiente. Podemos ir a tu castillo en septiembre —insistió Pascale, pues la idea del castillo le parecía aburrida, sin vida social y nada que hacer en la zona. No le hacía gracia prescindir de tiempo en Saint-Tropez para pasarlo allí. Además, en septiembre, un mes antes de la fecha prevista del parto, no tendría posibilidad de irse lejos de todas formas. Estar con los conocidos de Nicolas que vivían cerca del castillo, cuyas vidas familiares eran similares a la de él, le parecía un aburrimiento mortal. Le apetecía ir a todo trapo, tal y como vivía ahora en Saint-Tropez y llevaba haciéndolo los últimos años. Para ella,

eso era lo emocionante de la fama y una de sus ventajas.

—Nadia va a llevarse a las niñas a Estados Unidos unas cuantas semanas entre julio y principios de agosto. Podemos ir al castillo en esas fechas. Aquello está precioso en verano —comentó Nicolas, mientras ella le quitaba los calzoncillos y lo envolvía en su boca. Al hacerlo, él se olvidó de todo lo demás. Ahí se zanjó la discusión acerca de dónde iban a pasar julio o agosto, los fines de semana, o sus planes de estar con Nadia el Día de la Bastilla. Ya pensaría en eso más tarde. Igual que en todo lo demás que no quería afrontar ahora. Hasta el bebé se borró de su mente cuando Pascale obró su magia con él.

Cuando Rose volvió a su oficina después de pasar el fin de semana del Cuatro de Julio en el castillo con sus hijas, dos de las editoras sénior la estaban esperando al acecho. Habían tratado el tema el viernes anterior, después de que Rose se marchara, y sostenían sin ningún género de dudas que era necesario que Nicolas Bateau participara en la entrevista que sería el artículo estrella de septiembre.

—Ahora mismo él es una pieza clave del éxito de ella, por la película. Si se tratara de un tío normal y corriente, o de su novio sin más, podríamos dejarlo fuera. En vista de cómo están las cosas, la entrevista sin él será humo. Y seamos realistas, él es el más interesante. Ella no tiene nada que aportar. Es una actriz decente y una chica preciosa, pero no vamos a sacarle mucho jugo a la entrevista. Lo necesitamos.

Rose discutió la cuestión con ellas de la forma más inteligente que pudo, aunque desde el punto de vista editorial le constaba que tenían razón y, con el corazón en un puño, sintió la tentación de ceder por el bien de la revista. Detestaba la idea de que Nicolas participara en la entrevista y posara en las fotografías que les harían juntos como pareja, y cómo afectaría a Nadia cuando la revista saliese. Prometió a las editoras que reflexionaría acerca de ello y llamó por teléfono a su hija en cuanto salieron de su despacho. Se había comprometido a darles una respuesta definitiva al día siguiente. Pilló a Nadia en Heathrow, esperando la salida de su vuelo de regreso a París.

—Realmente quiero dejarlo al margen de esto —dijo Rose tras explicarle la situación a Nadia, ajena a las lágrimas que su madre tenía en los ojos—. Estoy sometida a mucha presión por este tema. Pero no quiero que sufras.

Nadia se lo tomó con su característica elegancia, y valoró que su madre deseara protegerla. Su tenue suspiro reflejaba su tristeza y derrota. Había tenido un buen día con su cliente, y la ponía enferma hacer frente a la pesadilla de nuevo.

—Tampoco es para tanto. De todas formas, todo el mundo está al corriente de la aventura y del embarazo —dijo Nadia con hastío.

—Ha quedado a la altura del betún, desde Cannes —dijo Rose con indignación—, y ella no vale un pimiento, con o sin bebé. Pienso que el bebé no es más que un juguete para ella. Me siento fatal permitiendo que él salga en la entrevista. Las editoras opinan que su participación es necesaria, pues ella sola no interesa a nadie. Pero lo que más me importa a mí eres tú. —Rose parecía emocionada.

—No te preocupes por eso, mamá. Puedo vivir con ello —dijo Nadia con dignidad. Estaba decidida a no rebajarse ni permitir que Pascale y Nicolas le arruinaran la vida. Era un gran reto.

—Al menos tenemos a una redactora que no va a sacar los trapos sucios —dijo Rose en voz baja—. Si les doy el visto bueno, haré todo lo posible por mantener tu nombre al margen de esto y por cerciorarme de que la entrevista no sea escandalosa y no los idealice.

—No puedes mantenerme al margen, mamá —repuso Nadia, siendo realista—. Soy su esposa, la mujer a la que dejó por ella. —Pero el problema era que no la había dejado. Él quería a las dos y, a su debido tiempo, volver a casa con ella tras poner fin a la aventura, cuando Pascale diera a luz o cuando pasara a su siguiente película y a su siguiente hombre. Hasta la fecha, Pascale se había liado con todos los protagonistas masculinos con los que había trabajado y, esta vez, con el productor y director—. No te preocupes por mí, mamá. Estaré bien, aun cuando participe en la entrevista. Gracias por consultármelo. Tú debes hacer tu trabajo y yo estoy segura de que será un artículo respetuoso. Te quiero, no pasa nada.

Rose le dio las gracias a Nadia por ser tan comprensiva, pero, a

pesar de ello, le fastidiaba permitir que las editoras se salieran con la suya. Después de colgar, pasó el resto del día de mal humor, algo impropio de ella. Estaba hasta la coronilla de la historia de Nicolas Bateau-Pascale Solon. Se moría de ganas de que acabara y tenía miedo de las declaraciones que pudiesen hacer en la entrevista. Nicolas los había puesto a todos en una terrible tesitura, incluida a ella.

Para Nadia no era más que otra forma de tortura a la que estaba siendo sometida. Tenía muchísimas ganas de ir a Estados Unidos. Iban a comenzar el viaje en Los Ángeles, en casa de Athena. Y el único trago que debía superar antes de eso era pasar el fin de semana de la fiesta de la Bastilla con Nicolas en el castillo. Últimamente vivía como en una carrera de obstáculos sin tregua, pero tenía el firme propósito de salvarlos con la mayor gracia posible y de salir airosa. Lo estaba afrontando con valentía y dignidad. Hiciera lo que hiciera él, nadie podía arrebatarle eso.

Rose envió un correo electrónico a sus editoras sénior al final de la jornada en el que les daba permiso para incluir a Nicolas en la entrevista, pero puntualizando, en términos que no dejaban lugar a dudas, que se encargaría personalmente de realizar la edición final del artículo, lo cual era innegociable si querían contar con el escritor. Conociéndola como la conocían, no pusieron objeciones. Rose tenía la última palabra en *Mode*, y nadie iba a llevarle la contraria. Se conformaban con sacar a Nicolas en la entrevista.

7

El fin de semana del Día de la Bastilla en el castillo fue algo surrealista. Nicolas hizo un enorme esfuerzo por comportarse como si nada hubiera cambiado y disimular delante de las niñas. Se mostró atento con Nadia y muy cariñoso con las crías. Su mujer trató de mantenerse en un segundo plano y dejar a las niñas a solas con él, pero Nicolas insistió en hacerla partícipe de todo. Se llevaron a sus hijas a la playa y buscaron conchas, curiosearon en las pequeñas tiendas de Deauville, fueron a su restaurante favorito y pasaron el resto del tiempo en la piscina del castillo. Nicolas enseñó a Laure a lanzarse al agua desde el trampolín y tuvo una paciencia infinita con ellas. A diferencia de Nadia, daba la impresión de estar disfrutando de lo lindo. En mitad del fin de semana, ella estaba con los nervios de punta. Era como si lo de Pascale jamás hubiera sucedido, como si no llevara en su vientre a su hijo y él no estuviera colado por ella. A ojos de cualquiera que no los conociera, aparentaban ser una familia normal pasando un fin de semana estupendo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó con aspereza en voz baja cuando las niñas finalmente se fueron de la zona de la piscina a cambiarse para cenar. Ella estuvo a punto de seguirlas, para vigilarlas mientras se bañaban y lavarles el pelo, pero se quedó para hablar con él—. ¿Se te ha ido la olla? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y qué estoy haciendo yo? ¿Cómo crees que se sentirán las niñas después de un fin de semana como este cuando les digamos que nos hemos separado? Llevamos dos meses mintiéndoles. Y tú vas a tener un hijo con otra mujer.

—Se merecen disfrutar de ratos felices con los dos. Y lo nuestro no ha terminado, Nadia. Todavía te quiero.

—¡Deja de decir eso, por el amor de Dios! —Nadia, furiosa, tenía en los ojos lágrimas de rabia y pena—. Tienes una amante, vas a tener un

hijo con ella. ¿Por qué quieres enredarlo todo? Las niñas no volverán a confiar en nosotros en la vida.

Le estaba partiendo el corazón. Ella estaba intentando borrarlo de su corazón y de su mente, y un fin de semana como ese no hacía sino recordarle lo que había existido entre ellos y jamás volvería a existir.

—¿Por qué no dejas que las cosas fluyan durante un tiempo? —Parecía un colegial al que habían echado un rapapolvo y que realmente no entendía el castigo severo que le estaba imponiendo.

—No soy ningún coche que puedas dejar aparcado por ahí, ni nuestras hijas juguetes para que te entretengas con ellas cuando te plazca. Mi madre me ha dicho que vas a hacer una entrevista para *Mode* con Pascale. No creo que quede ni una sola persona que no sepa de tu aventura, y si la hay, se enterará en breve. Mientras tanto, mientes a nuestras hijas y me tienes hecha un puñetero lío. Esto no es un pasatiempo, Nicolas, es nuestra vida. O lo era. Ahora no es más que un juego de pesadilla que te traes entre manos con nosotras.

—Hablo en serio. Te quiero, Nadia —dijo él con lágrimas en los ojos también. La tensión se palpaba en el ambiente—. No me explico cómo ocurrió. Perdí la cabeza, aún estoy trastornado. Pascale me importa, pero te quiero. Lo mío con ella es como los fuegos artificiales del Cuatro de Julio, mientras que lo nuestro es real. Es para siempre.

—¡Ni hablar! —gritó ella, pues las niñas no estaban delante—. Nada es para siempre, y ni mucho menos nuestro matrimonio; ya no. La semana pasada hablé con un abogado —añadió, rebajando el tono de voz.

—Yo también —señaló él.

Ella se quedó en *shock*. Hasta ese momento él no lo había mencionado. Tampoco ella.

—¿Vas a iniciar los trámites de divorcio? —le preguntó Nadia.

—No. Lo que no quiero es cometer una estupidez mayor de la que ya he cometido —respondió—. Me comentó que siempre y cuando no abandone el domicilio conyugal, no estamos separados y no tienes argumentos para pedir el divorcio. —Entonces ella se dio cuenta de que él no se encontraba tan trastornado como aparentaba—. Yo no me he ido de casa. No tengo intención de hacerlo. Quiero apoyar a

Pascale hasta octubre, y luego volver contigo. Haré cualquier cosa que me pidas. Me quedaré con ella hasta que nazca el bebé y luego te juro que jamás volveré a hacer nada parecido.

—No te creo —repuso Nadia, indignada—. ¿Y se supone que voy a quedarme plantada de brazos cruzados durante los próximos meses mientras los dos lucís palmito y concedéis entrevistas? Se te ha ido totalmente la olla. —Por un momento, daba la impresión de que lo odiaba—. ¿Por qué todo gira siempre alrededor de ti? Y nosotras somos los despojos que dejas a tu paso. Basta, Nicolas. Esto no es un juego. Es mi vida.

Acto seguido se levantó y enfiló al interior de la casa. Él se quedó sentado un buen rato en la butaca con la mirada perdida. Lo aterraba perder a Nadia y a las niñas, pero consideraba que debía permanecer junto a Pascale hasta que diera a luz. No podía abandonarla durante el embarazo, el bebé también era hijo suyo. Pascale lo llamó en ese preciso instante, como si tuviera telepatía y hubiera percibido sus vibraciones. A pesar de que no le apetecía hablar con ella, respondió a la llamada. Se sentía entre la espada y la pared.

—¿Qué tal? —preguntó ella en tono jovial.

—Bien, la mayor parte del tiempo. Es un poco tenso —dijo con un suspiro. No quería darle explicaciones. La actriz opinaba que él debía cortar por lo sano sin mirar atrás, tal y como ella habría hecho.

—Deberías haberte venido conmigo a Ramatuelle. La casa está llena de gente, hace un tiempo fabuloso, y esta noche el espectáculo de fuegos artificiales será una pasada. —Ya saltaban chispas de sobra entre Nadia y él en ese momento. Él entendía su enojo y se sentía contra las cuerdas—. Te echo de menos —dijo Pascale en tono sensual, y él hizo un gran esfuerzo para no pensar en ello. No allí—. Que estéis enzarzados a todas horas es la razón por la que no quiero casarme en la vida. Yo no le veo la gracia por ningún sitio. —Se rio al decirlo, pero Nicolas no estaba para bromas después de pasar todo el fin de semana con su familia y ser testigo de primera mano del sufrimiento de Nadia. Y también de su ira.

—Esto le está resultando sumamente difícil —dijo él en tono compasivo, plenamente consciente del trance que estaba obligándola a

vivir y que lamentaba en lo más profundo. Pascale no mostraba la menor empatía hacia ella, ni siquiera hacia él y al remordimiento que le producía su culpa.

—No olvides que tenemos la entrevista con *Mode* la semana que viene —le recordó, y cambió de tema para centrarse en ella—: Me acabo de comprar un vestido para la ocasión, de encaje blanco con transparencias, me lo puedo poner encima del bikini. Parezco una madona con él.

Ella era consciente de su belleza deslumbrante y sensual, y le sacaba partido siempre que era posible. Era su arma secreta y hasta ahora siempre le había funcionado con él. Pero esa noche no. Él estaba apenado por Nadia y por lo que le estaba haciendo.

—Eres demasiado sexy para ser una madona. —A él le sorprendía que fueran a incluirlo en la entrevista, teniendo en cuenta que su suegra era la directora, pero era famoso. Habían asignado la sesión a uno de sus fotógrafos más importantes y le habían rogado a Nicolas que participase. Pretendían hacerlo en la casa de alquiler en Ramatuelle, y Pascale se había comprometido sin consultarle. Querían fotografiarlos juntos—. Bajaré el lunes, el día antes de la entrevista. Les concederé unos minutos, pero no haré toda la entrevista contigo. —No podía, ni quería, hacerle eso a Nadia—. Necesito trabajar un poco esta semana —añadió, algo agobiado. Apenas había escrito una palabra en los dos últimos meses. Había dejado a medias su nueva novela, aparcada en una estantería. Últimamente era incapaz de concentrarse en nada que no fuesen Pascale y Nadia—. Como Nadia y las niñas se van a Los Ángeles dentro de unos días, puedo quedarme contigo en el sur durante las próximas semanas. —Se sentía rebotando como una pelota.

Ella, con la esperanza de darle celos, le recordó que iría a la boda al Hotel du Cap al día siguiente, pero fue en vano.

Cuando colgaron, entró en la casa deprimido por la situación. Habían comprado salchichas, fruta y ensalada para una cena campestre sencilla. Nadia y las niñas estaban en sus habitaciones. Él se alojaba en un pequeño estudio junto al dormitorio principal, pero las niñas, totalmente ajenas a ello, se figuraban que dormía en este. Se

preguntó si Nadia tenía razón, si sería injusto ocultarles las cosas. No perdía la esperanza de encontrar alguna solución, pero no la había. Lo decepcionaba que Nadia hubiera consultado a un abogado; era la primera noticia acerca de eso. Él se había puesto en manos de un abogado para asegurarse de no cometer ningún error legal flagrante que asestara un golpe mortal irreversible a su matrimonio. Nadia había buscado asesoramiento legal para averiguar cuáles eran esos errores y de qué argumentos disponía para disolver el matrimonio. Sus objetivos ya no eran los mismos. Se hallaban en plena confrontación, como todos los aspectos de su vida en común.

Nadia y Nicolas permanecieron en silencio durante la cena mientras las niñas parloteaban. Laure quería decorar una caja de zapatos con las conchas que había cogido, para que su madre la usara como joyero, y Sylvie quería saber cuándo irían a Disneyland una vez que llegaran a Los Ángeles. Proporcionaron algo de distracción en el transcurso de la velada. Después su padre se las llevó fuera para jugar con ellas a la pelota. Nadia se dirigió a su habitación y llamó a Venetia, que le comentó que en Southampton hacía un calor abrasador, le deseó a Nadia un feliz Día de la Bastilla, y le preguntó qué tal estaban yendo las cosas con Nicolas allí durante ese fin de semana.

—Me está volviendo loca. Continúa comportándose como si fuéramos una familia feliz y me dice que me quiere cada cinco minutos. No soporto oírlo y no creo que esto sea bueno para las niñas. —Ni para ella. Y Nicolas también parecía nervioso. Aquel escenario resultaba agobiante para ambos, y la tensión se palpaba en el ambiente. A Nadia le preocupaba que las niñas también lo estuvieran notando.

—Es probable que te quiera —dijo Venetia sin más—, lo que pasa es que de momento desea teneros a las dos. No puede seguir así eternamente y, tarde o temprano, la situación le va a explotar en la cara. Puede que ella lo deje plantado antes que tú. Por cierto, Ben y yo hablamos acerca de tu invitación anoche. Si tantas ganas tienes, podemos ir una semana en agosto. Tres torbellinos de niños no son lo ideal para una semana de descanso —le advirtió a su hermana, y

Nadia sonrió.

—Me encantaría. Y a las niñas también.

Los primos adoraban estar juntos. Venetia y Olivia procuraban que sus respectivos hijos se juntaran con la mayor asiduidad posible, y Nadia se aseguraba de que sus hijas vieran a sus primos todos los veranos. Las cuatro hermanas deseaban que la siguiente generación estuviera tan unida como ellas.

—¿Cuándo vuelves a París? —le preguntó Venetia.

—Mañana por la noche, al final de la semana. Me muero de ganas. Estoy harta de jugar a la familia feliz mientras nuestra vida está patas arriba. Nos vamos a Los Ángeles el martes. Lo estoy deseando.

Tenían previsto pasar una semana en los Hamptons después. Y también visitar a Rose en la revista. Como Olivia y los suyos estaban pasando dos meses en Maine, no coincidirían con ellos. El trayecto de seis horas en coche desde Nueva York era demasiado largo para Nadia y las niñas.

Después de la llamada a Venetia, las niñas entraron en casa y Nadia las metió en la cama. Estaban contentas tras pasar el día con sus padres y les chiflaba encontrarse en el castillo. Allí gozaban de libertad para campar a sus anchas y estaban disfrutando de la compañía de su padre.

Tras acostarlas, Nadia se fue a dar un paseo sola y a la vuelta se topó con Nicolas. Parecía triste, como si hubiera estado llorando.

—Siento haber provocado este caos —dijo en voz baja y ronca. Ella no lo ponía en duda, pero no quería dejarse engatusar por su encanto. Él era el único hombre al que había amado en su vida y deseaba olvidarse de eso—. Quiero arreglarlo, pero en estos momentos es como intentar salir de un laberinto.

Ella asintió con la cabeza sin saber qué decir.

—Creo que necesitamos tomar distancia el uno del otro, hasta que nos aclaremos las ideas y decidamos qué hacer —dijo con delicadeza.

—No quiero perderte, Nadia. Cueste lo que cueste, deseo volver. —En realidad, no había llegado a irse del todo, pero temía haberla perdido de todas formas. Algo se había apagado para siempre en sus ojos cuando lo miraba, y él, después de lo que había hecho, no podía

reprochárselo. A pesar de que se arrepentía en el alma, no estaba seguro de que con eso bastara—. Por favor, no tomes ninguna decisión importante mientras estés de viaje. Dame un poco más de tiempo.

Ella no contestó, e instantes después subió a su habitación y cerró la puerta. No deseaba hacerle ninguna promesa que no fuera capaz de cumplir.

Cuando regresaron a París, Nicolas pasó la noche del domingo con ellas en el piso. Ambos estaban desanimados después del fin de semana. A él le había recordado todo lo que había puesto en juego y estaba a punto de perder. Y Nadia no quiso volver a sacar el tema.

El lunes a primera hora de la mañana, él cogió un vuelo de cercanías al sur de Francia desde Orly. Su destino no era un secreto para ninguno de los dos: Pascale lo esperaba en Ramatuelle, y la entrevista para *Mode* era al día siguiente.

Nadia, que tenía que ir a la oficina, dejó a las niñas con la canguro y esa noche le enseñaron todas las cosas que querían llevarse a Los Ángeles: sus camisetas y pantalones cortos favoritos, las zapatillas con luces de Laure, y las de Sylvie, que según ella eran «chulísimas». Nadia hizo las maletas de las tres; las niñas estaban eufóricas ante el inminente viaje.

Nicolas las llamó por teléfono a la mañana siguiente. Nadia estaba demasiado apurada como para hablar con él. Les deseó a las niñas que lo pasaran de maravilla en Estados Unidos, y ellas prometieron que mientras estuvieran de viaje hablarían con él por FaceTime, un milagro de la tecnología moderna que les permitía enseñarle todo y verse las caras mientras conversaban. A él lo decepcionó no poder hablar con Nadia antes de su partida. El fin de semana que habían pasado juntos había acrecentado su añoranza por ella y a su regreso se había mostrado irritable con Pascale, aunque en realidad solo estaba enfadado consigo mismo. Era el único causante del infierno en el que vivían su mujer y él.

Nadia y las niñas pusieron rumbo al aeropuerto en una vorágine, y llegaron justo a tiempo. Esta se recostó en el monovolumen y se paró a pensar si se habría olvidado de meter algo en la maleta, aunque ya era demasiado tarde. No obstante, había hecho listas pormenorizadas

y todo estaba en orden. Rodeó con los brazos a sus hijas con gesto risueño.

—Allá vamos, a nuestra gran aventura. La tía Athena dice que tiene muchísimas ganas de vernos —comentó Nadia, sintiéndose por fin liberada de tener a Nicolas al acecho como un fantasma. El día anterior se había marchado muy alicaído, pero a Nadia no le apetecía pensar en eso. Era su tiempo con las niñas y no deseaba que nada lo echara a perder.

—Qué ganas tengo de ver a los perros de la tita Athena —dijo Laure, risueña—. Me encanta Hugo…, y Juanita y Chiquita, y Stanley. —Mientras enumeraba la lista de perros, Sylvie envió otro mensaje a su padre para decirle la ilusión que le haría que las acompañara. Él le respondió enseguida: «A mí también».

Nicolas le había dicho que tenía que retomar su nuevo libro. Sylvie se llevó un chasco porque no pudiera irse de vacaciones con ellas, pero al menos habían pasado el fin de semana del Día de la Bastilla con él. Desde su punto de vista, había sido perfecto por el hecho de tener a su madre y a su padre juntos. Últimamente ambos estaban crispados y de mal humor, pero a buen seguro las cosas mejorarían a la vuelta de las vacaciones. Bueno, esa era su esperanza. Le había preguntado a su padre acerca de ello, y este le había prometido que nunca se divorciarían. Y ella sabía de buena tinta que él jamás les mentía.

—Estás increíble —dijo Nicolas, desde la puerta del dormitorio de la casa de alquiler en Ramatuelle.

Era lujosa y de estilo tropical, con bonitos jardines y una enorme piscina. Pascale llevaba puesto el vestido de encaje blanco que se había comprado para la entrevista. La barriga se le notaba claramente. Debajo llevaba la braguita del bikini, pero no la parte de arriba. Tenía los pechos enormes y turgentes debido al embarazo, en contraste con sus delgados brazos y piernas. Estaba más guapa que nunca, con el rostro enmarcado por sus largos rizos rubio platino como un halo, y el resto del pelo recogido en la coronilla. La tripa del embarazo le

confería un aire más femenino, menos juvenil y, al extender sus largas piernas en un diván bajo una gran sombrilla junto a la piscina, estaba tan sexy como él decía; definitivamente nada que ver con una madona. Un camarero ataviado con una almidonada chaqueta blanca, incluido en el servicio de la casa, le sirvió un vaso de tubo de limonada. Lo que Nicolas ignoraba era que llevaba un chorrito de ginebra.

Él iba en pantalón corto, con sandalias de Hermès y una camisa de lino blanca. Parecían un anuncio de esos de propietarios de barcos o de gente con muchísimo dinero. A simple vista lo tenían todo. Nicolas se encontraba menos nervioso que a su llegada el día anterior; se había tranquilizado. Pascale había notado su malhumor nada más verlo, lo había seducido para llevárselo a la cama y lo había animado considerablemente. Nicolas comentó que ella tenía poderes mágicos sobre él; lo hechizaba.

Minutos después de que Pascale se acomodara en el diván, el encargado de la casa hizo su entrada acompañado de dos personas, una mujer menuda en vaqueros y camiseta, con el pelo oscuro recogido en una trenza que le caía por la espalda y una libreta grande en la mano, junto a un hombre que también iba en vaqueros, pero con una camisa bordada mexicana. Eran la redactora y el fotógrafo encargados del artículo. Eran jóvenes y parecían algo deslumbrados ante el derroche de lujo y belleza, y dos personas tan famosas. El escritor se levantó y les estrechó la mano, pero Pascale permaneció recostada con tal de no estropear su look. Llevaba puestas unas sandalias blancas de tacón alto, atadas hasta las rodillas que también eran muy sexis. Era tan atractiva y sensual que a uno casi se le pasaba por alto su embarazo. Aún no estaba preparada para ser el paradigma de la maternidad. A su lado, en el suelo, había un bolso Birkin de Hermès que le había comprado Nicolas.

En cuanto llegaron, Nicolas les preguntó si habían almorzado y les transmitió su ofrecimiento. Habían comido en el Gorilla Bar de Saint-Tropez y no tenían apetito, pero ambos aceptaron un vino. El fotógrafo se puso a colocar sus cámaras. Entretanto, Barbara Jaffe, la redactora enviada desde Nueva York, tomó asiento y comenzó a

conversar con ellos distendidamente. Pascale se metió en su papel de estrella, cosa que a Nicolas no le importó, pues estaba en su salsa y así acaparaba la atención. Él no deseaba protagonismo y no pensaba quedarse demasiado tiempo.

El fotógrafo sugirió hacer unas cuantas fotografías desenfadadas antes de empezar; Nicolas se sentó en el brazo del diván, al principio algo cohibido, y fue relajándose poco a poco cuando Pascale se inclinó hacia él. A continuación, mientras posaban de pie junto a la piscina, el fotógrafo la colocó de manera que consiguiera un buen plano de su perfil para lucir el embarazo. Seguidamente, en un intervalo más relajado entre toma y toma, ella se sentó en el regazo de Nicolas y, mientras ambos reían, lo besó. Fue un momento perfecto de ternura y risas que el fotógrafo, sabiendo que la foto era un filón, captó al instante. Luego se pasó a la entrevista.

Barbara llevaba una lista completa de cuestiones anotadas en su libreta: cómo y dónde se habían conocido, qué pensaron la primera vez que se fijaron el uno en el otro, si fue un flechazo, cómo les había ido trabajando juntos en la película, cómo había surgido su relación, a qué les gustaba dedicar su tiempo, dónde vivían, cómo vislumbraban su vida juntos ahora que iban a ser padres… Les preguntó acerca de sus planes de futuro y cómo les afectaría su relación en el terreno laboral. Le interesaba saber si tenían previsto trabajar juntos de nuevo y en qué medida pensaban que el bebé repercutiría en sus respectivas carreras y en su vida en común. Fue un interrogatorio en toda regla acerca de todo lo que generaba interés, tanto a sus fans como a sus detractores. Y las respuestas que la redactora les sonsacó eran precisamente lo que Nicolas no deseaba revelarles, como se había prometido a sí mismo, pero era astuta y hábil para conseguir su propósito, aunque la mayor parte no fuera verdad. Pascale, mucho más relajada que él, se mostró deseosa de explayarse con Barbara. Nicolas estaba mucho menos acostumbrado a conceder entrevistas, pues rara vez lo hacía. Aunque Barbara no le preguntó directamente por Nadia y su matrimonio en ningún momento, su existencia quedó implícita en varias de las preguntas.

Él se las ingenió para sortear el tema en la medida de lo posible y,

cada vez que lo hacía, Pascale intervenía y contaba con pelos y señales lo que deseaban saber. Nicolas se encogió de vergüenza en unas cuantas ocasiones mientras la escuchaba y trató de atemperar sus salidas de tono, pero Pascale era indomable. No tuvo reparos en opinar que el matrimonio era una tradición anticuada y absurda, que había dejado de tener sentido en el mundo acelerado y en incesante cambio de hoy en día. Según ella, la gente necesitaba ser libre para crecer, y ninguna relación estaba destinada a durar eternamente. Que eso era un cuento de hadas, no la realidad. A su modo de ver, tener hijos era algo inherente a la vida y no hacía falta casarse, ni siquiera estar con la misma pareja, para proporcionar una vida feliz a un niño. Puso como ejemplo tribus aborígenes de diferentes culturas en las que la comunidad se ocupa de la crianza del niño, en vez de la madre o del padre. Comentó que a ella la había criado su abuela mientras su madre trabajaba, que había sido positivo para ella. Y que su madre se haría cargo de su hijo cuando ella estuviera ocupada. Su respuesta dio pie a Barbara a preguntarle si se había planteado criar y cuidar a su bebé personalmente.

—Espero que no —respondió ella, y explicó que iba a dejarlo con su madre la mayor parte del tiempo para dedicarse a su carrera. Según ella, era demasiado joven para quedarse estancada cambiando pañales.

Barbara preguntó a Nicolas qué opinaba al respecto. Él respondió, con su encantador acento francés, que el punto de vista de Pascale difería mucho del suyo. Explicó que él se había criado en el seno de una familia tradicional y en un entorno estable. También mencionó que tenía dos hijas, a las cuales se les estaba inculcando esa educación de estilo más tradicional.

—¿Y qué opinan acerca del bebé? —le preguntó Barbara, que estaba adentrándose con disimulo en el tema de su matrimonio, aunque él la vio venir y la sorteó. Sin embargo, había caído de lleno en una encerrona con el tema de sus hijas.

—Estoy seguro de que estarán encantadas —respondió con desenvoltura, sin revelar que no sabían nada al respecto.

—¿Y su esposa?

Barbara le lanzó una posible bomba de relojería y él se la devolvió con una sonrisa.

—Ella está al margen de esta entrevista, señorita Jaffe. No está presente para hablar por sí misma.

—Gracias a Dios —terció Pascale, y se rio. Nicolas le lanzó una mirada de advertencia y, acto seguido, al caer en la cuenta de que llevaba allí un buen rato, esperó el momento oportuno para irse.

—¿Ha sido difícil para usted la transición de la relación con una mujer a la siguiente? —le preguntó la entrevistadora.

Él sonrió sin decir una palabra. Le habían advertido que no tocase ese tema, pero ella no pudo evitar intentarlo, aunque no le sonsacó nada. Sin más, él le dio las gracias por su tiempo, besó a Pascale en la frente y se marchó discretamente. Pero a pesar de haber escurrido el bulto, lo cual pilló a la redactora desprevenida, él sabía que se había ido de la lengua y le preocupaba el efecto que causarían sus declaraciones impresas, en especial si Nadia las leía, cosa que se temía.

A continuación, fotografiaron a Pascale, prácticamente desnuda con la parte de abajo del bikini, sin el vestido de encaje, metiéndose en la piscina. Embarazada o no, tenía un cuerpo por el que cualquier mujer habría dado lo que fuera. Querían retratarla en la piscina con Nicolas, pero él, con la excusa de que estaba ocupado, no volvió a salir.

Cuando Pascale fue a avisarlo de que la entrevista había terminado, Nicolas salió a darles las gracias y despedirse de ellos. Al cabo de unos minutos, cuando los dos emisarios de *Mode* se marcharon, Pascale se tendió empapada en una tumbona y le sonrió.

—Creo que ha salido fenomenal, ¿verdad?

Él no lo tenía tan claro.

—Nos han hecho un montón de preguntas que tenían vetadas.

Le inquietaban algunas de las respuestas que había dado Pascale, y él mismo, con demasiada información que podría ser utilizada y que él no habría querido revelar. Pascale era ingenua y daba por sentado que serían considerados, y comentó que le daba igual lo que dijeran sobre ella. Pero a él no; no quería que emponzoñaran aún más su situación con Nadia, o que le causaran aún más daño del que ya había sufrido.

El hecho de que Pascale formara parte de su vida era suficiente; sus declaraciones eran peligrosas, pues les habían suministrado toda la munición que buscaban, envuelta en papel de regalo y entregada en mano. Y, para colmo de males, él temía haber hecho lo mismo.

Cuando Rose vio el borrador preliminar de la entrevista, se sentó a su mesa y soltó un fuerte gemido. Barbara Jaffe había reproducido literalmente las declaraciones de Pascale respecto a todos los temas, y las respuestas la hacían parecer estúpida, narcisista, amoral, irresponsable y dura, todo lo cual es probable que fuera cierto. Nicolas parecía un bobo enamorado que había tirado su vida por la borda por una chica despampanante, ligera de cascos y sin corazón.

—Me gustaría acortar el texto —señaló Rose con los labios apretados cuando Barbara entró en su despacho al cabo de unos días—. Considero que es largo de más. No tenemos por qué remachar el tema.

—Todas son citas textuales de ella y de él —explicó la redactora en tono inocente, en desacuerdo con que Rose quisiera cercenarlo—. No es demasiado largo. He contado las palabras.

Pero Rose era quien decidía.

—Cierto, pero ella se repite una barbaridad. Es obvio que es una joven de moral laxa, que no contempla un futuro con él, y que tiene muy poco interés en su hijo. Siempre es necesario mantener una visión periférica. ¿Quién hay justo ahí que saldría perjudicado con esto? Su esposa, sus dos hijas. Me gustaría que el reportaje fuese lo más inocuo posible. Sus declaraciones rayan en el mal gusto. Es evidente que se trata de una historia de lujuria, no de amor, y que el embarazo fue un desafortunado accidente. Quiero ceñirme a la simplicidad. Ella es una estrella de cine, la gente le perdonará ciertas cosas. Pero no nos pasemos de la raya.

Había señalado con un bolígrafo rojo dónde quería que lo cortaran. La redactora parecía contrariada, pero no tenía intención de discutir con ella, ya que no habría sido una decisión inteligente, y Barbara Jaffe era ambiciosa. Se trataba de una gran oportunidad para ella. Y,

llevada por su entusiasmo, había rebasado ciertos límites que normalmente respetaba. Se había enterado por radio macuto de que Nicolas era el yerno de Rose y, por tanto, no le extrañaba que estuviera protegiendo a ambos y deseara editar el artículo.

A continuación, al examinar las fotografías juntas, Rose no pudo evitar reparar en el cuerpo escultural de Pascale. Rodeó con un círculo las instantáneas más simpáticas e informales para incluirlas en el reportaje, tachó los desnudos con una «X» en rojo, y procuró no fijarse demasiado en su tripa. Nicolas aparecía sentado junto a ella en varias fotografías. Eligieron una donde ella salía vestida y no se le notaba nada la tripa. Eran las más discretas, las menos sugerentes de la sesión, todas de buen gusto.

Las fotos que Rose eligió ilustrarían bien la entrevista sin el tufillo sensacionalista que deseaba evitar. Tuvo presente tanto a su hija como los intereses de la revista. Dio su aprobación con sus iniciales y lamentó por su hija que la aventura de su marido quedara expuesta de forma tan impúdica. Rose abrigaba la esperanza de que se librase de él pronto. Bastante tiempo llevaba padeciendo la humillación y el sufrimiento, e iban a salir perjudicadas demasiadas personas. Se había mencionado en la entrevista, sin embargo, que Nicolas seguía muy unido a su esposa y a sus hijas, y que tenía intención de continuar así. De modo que no la había traicionado del todo. Para Rose, todo cuanto cabía esperar ahora era que Nadia se divorciase de él en un futuro a corto plazo. Puede que no fuera un hombre malvado que estuviera maquinando destruirla con una crueldad inhumana y premeditación, pero en el mejor de los casos, era ciertamente un necio.

8

Joe fue con Athena en su SUV a recoger a Nadia y a las niñas al aeropuerto de Los Ángeles. Era un hombre grande y corpulento, como un oso de peluche, que adoraba a los niños; el compañero perfecto para Athena. Parecían hechos el uno para el otro: los dos eran altos y fornidos, personas cariñosas y joviales que siempre tenían una sonrisa dibujada en los labios y la mirada risueña. Él sabía algo de lo que le había sucedido a Nadia, pero no todo. A pesar de que Athena no quiso revelarle todos los secretos y confidencias de su hermana, sabía lo suficiente como para ver con muy malos ojos el lío en el que se había metido Nicolas. Joe había entrado a formar parte de la familia cuando Nadia ya conocía a Nicolas y salía con él. Por aquel entonces ella llevaba tres años viviendo en Francia. Joe había sido uno de los testigos en su boda, y siempre había congeniado con ellos. Aunque Athena y él no estaban legalmente casados, ni lo deseaban, se comportaban como si lo estuvieran y, después de tantos años, Joe ocupaba una posición respetada en la familia como su compañero. Tenía treinta y ocho años, cinco menos que Athena y cuatro menos que Nicolas, pero era más sensato que este. Nunca había estado casado y no tenía hijos, algo que le habría gustado, pero Athena dejó claro desde el principio que eso no entraba en sus planes, y él lo aceptó. A él le bastaba con sus sobrinos y los hijos de sus amigos, y tenían sus perros.

Nicolas pertenecía a una familia aristocrática y era hijo único. Había ido a los mejores colegios de París, había estudiado Ciencias Políticas en una prestigiosa universidad, tenía un posgrado, y contó con los medios y el apoyo para labrarse un porvenir como escritor desde una temprana edad. Jamás tuvo necesidad de preocuparse por cómo ganarse la vida.

Los orígenes de Joe habían sido más modestos y duros, más acordes

con la realidad. Tenía tres hermanos y su padre había muerto cuando él era joven. Criado en Míchigan, se había costeado la universidad trabajando desde la adolescencia en empleos duros, pues era grande y fuerte. Había sido leñador, estibador, camionero durante su etapa universitaria, y había descubierto su pasión por la cocina. Tras conseguir un empleo de bombero, le asignaron preparar las comidas en el parque de bomberos durante las guardias, de modo que tuvo la oportunidad de curtirse. Dio varias clases de cocina, ahorró, dejó su trabajo y puso rumbo a Europa para trabajar en restaurantes en Italia y Francia, hasta que finalmente se convirtió en chef profesional. Con posterioridad, se mudó a Los Ángeles y abrió su propio restaurante. Conoció a Athena en un programa de cocina y congeniaron divinamente. Ambos sintieron que habían conocido a su media naranja. Athena había pasado a tener su propio programa de televisión, de gran éxito; Joe, en cambio, prefería dirigir su restaurante y mantener un contacto de primera mano con los clientes. También la ayudaba a dirigir sus restaurantes vegetarianos y veganos, muy frecuentados a mediodía, y mucho más fáciles de gestionar que el suyo. Era un empresario hábil, muy trabajador, cariñoso y con los pies en la tierra. Poseía un instinto protector innato hacia las personas que le importaban, por lo que se indignó al enterarse de la mala pasada que Nicolas le estaba jugando a Nadia. Le parecía un niño consentido, aunque nunca antes había tenido ese concepto de él. Quería hacer todo cuanto estuviera en su mano para hacerles la estancia en los Ángeles lo más divertida posible a Nadia y sus hijas.

Había comprado entradas para llevarlas a un partido de los Dodgers, y confiaba en disponer de tiempo para acompañarlas a los estudios Universal. Sabía que Athena iba a llevarlas a Disneyland. No es que fuera a compensar el estrés al que estaban sometidas en el ámbito doméstico actualmente, pero abrigaba la esperanza de aliviar en alguna medida el agobio de Nadia, la cual le caía fenomenal, y brindarles la oportunidad de divertirse un poco después de dos meses tan duros. Tenía presente que las niñas ignoraban que el matrimonio de sus padres estaba haciendo aguas. Athena se lo había advertido, pero él estaba convencido de que se olían algo, lo cual también los

intimidaba. Lo lamentaba por Nadia y por sus hijas.

Athena y él estaban esperando a que Nadia y las niñas pasaran los controles de aduanas en el aeropuerto de Los Ángeles. Joe buscó un mozo de equipaje y las envolvió a las tres en un gran abrazo. Le pareció que Nadia acusaba el cansancio y el estrés del largo trayecto desde París, pero las niñas estaban contentas y emocionadas de estar allí. Nadia sonrió con gratitud a su hermana y a él.

Esa noche, Joe se las llevó a cenar a un restaurante con estupendas hamburguesas para niños y muy buena comida para adultos. Pidieron varios platos vegetarianos para Athena y un bistec para Joe.

—Bueno, ¿cómo están mis chicas francesas favoritas? —les preguntó a las tres. Nadia llevaba tanto tiempo viviendo en Francia que a esas alturas toda la familia la consideraba más francesa que estadounidense, hasta ella misma.

—Estamos muy bien y muy contentas de estar aquí —dijo Sylvie, pronunciando las palabras cuidadosamente con su acento francés.

—Y hablas mejor nuestro idioma. —Ella sonrió por el cumplido—. ¿Y qué me dices de ti?

Se volvió hacia Laure, que estaba bregando con una enorme hamburguesa con todas las guarniciones. Tenía la cara embadurnada de kétchup.

—Tengo ganas de ver a tus perros —enunció escrupulosamente con una sonrisa. Hacía poco que se le habían caído los dos incisivos.

—Ellos también tienen muchas ganas de verte, sobre todo Juanita y Chiquita. Tu tía Athena acaba de comprarles unos tutús de ballet. —Le hizo una mueca a Athena y esta se rio—. Hugo y Stanley son mis chicos. —Se refería al labrador y al perro de montaña—. Salimos juntos a cazar.

Hacía un tiempo tan agradable que después de cenar se dieron un chapuzón en la piscina de la inmensa casa estilo rancho de Athena, en las colinas que miraban a Los Ángeles.

Joe tenía una pequeña casa, a la que llamaba su «choza», en West Hollywood, pero llevaba años sin darle uso. Según él, era su «póliza de seguros» por si Athena lo ponía de patitas en la calle algún día. Sin embargo, Athena comentaba que se llevaban mejor que cualquiera de

las parejas casadas que conocía. «¿Por qué estropear algo bueno?», le decía siempre a su madre cuando Rose le sugería que pasaran por la vicaría. Al final dejó de sacar el tema. A sus cuarenta y tres años, Athena tenía claro lo que quería y cómo deseaba vivir. Los niños no figuraban en su lista de deseos y, por tanto, casarse no entraba en sus planes.

Esta había organizado un programa completo para ellas en Los Ángeles. Como todavía no tenía que volver a su programa y seguía de vacaciones, disponía de tiempo para estar con ellas y lo disfrutó plenamente. Las llevó a museos, a los estudios Universal, y Joe las acompañó tal y como había prometido. Disneyland fue el plato fuerte. Nadia y Athena se lo patearon entero con Sylvie y Laure, vieron todo lo que querían. Las niñas se quedaron dormidas, agotadas después de la cabalgata, en el trayecto de vuelta a la casa de Athena. Habían hecho acopio de pijamas, camisetas, disfraces y varitas mágicas de Disney, además de orejas de Minnie Mouse.

—Me lo he pasado pipa —le comentó Nadia a su hermana—. Me ha encantado.

—A mí también. —Athena le sonrió.

Daba la impresión de que Nadia empezaba a ser persona de nuevo y que se había relajado en los pocos días que llevaban allí. Cuando acostaron a las niñas y fueron a sentarse en la moderna cocina profesional de Athena, Nadia le contó a su hermana su plan.

—Voy a iniciar los trámites de divorcio cuando vuelva a casa. Ya no estoy dispuesta a quedarme de brazos cruzados esperando a verlas venir, a que él decida qué quiere hacer. Veo la que se avecina. Pascale no es una apuesta segura para el futuro, y él es un necio si piensa lo contrario. Según él, pondrá fin a la relación en octubre, cuando ella dé a luz, pero lo dudo. Seguramente ella se quedará con él un año o dos, hasta que se le pase la novedad del bebé. No quiero desperdiciar mi vida esperándolo. Cuando vuelva a Francia voy a decirle que voy a poner la demanda de divorcio.

—¿Seguro que es eso lo que quieres y no lo que alguien opina que deberías hacer, como mamá u Olivia? Ya sé que las dos han adoptado una postura muy vehemente al respecto, pero es tu vida, tu

matrimonio y, aunque sea un gilipollas, es tu gilipollas y, si lo quieres, lo que hagas es cosa tuya.

—Gracias —dijo Nadia con dulzura y una sonrisa—. Eres una hermana mayor estupenda. Deberías haber sido madre. Se te daría bien.

—Qué va. Los niños me estresan. Demasiada responsabilidad, y me daría pavor meter la pata y joderles la vida para siempre. No me explico cómo te las apañas, o Venetia y Olivia.

—Le coges el tranquillo. El matrimonio es algo parecido. O eso creía yo. Ahora no sé qué pensar.

—¿Crees que en un futuro te plantearías regresar a Estados Unidos definitivamente?

Nadia se quedó pensativa y, tras unos instantes, negó con la cabeza.

—Tengo una empresa en París, me encanta mi casa. Mis hijas son francesas y deberían estar cerca de su padre, en la misma ciudad. Ya sé que parece raro dado que me crie en Nueva York, pero allí ya no me encuentro a gusto. Llevo tanto tiempo viviendo en París que aquí me siento como una extranjera. En Francia la vida simplemente me resulta más fácil. A veces me siento más francesa que estadounidense.

—Puede que ese sea el motivo por el que no te divorciaste de inmediato. Muchas mujeres estadounidenses lo habrían hecho —señaló Athena.

—Divorciarse es más fácil aquí. Ni siquiera me siento preparada a estas alturas. Pero poner los cuernos está mal, y como no haga algo al respecto voy a perder todo el respeto por mí misma.

—Pues asegúrate de que eso es lo que quieres, no lo que alguien te diga que deberías querer o hacer.

—No sé si en algún momento una está segura al dar el paso de dejar a alguien. Siempre hay cosas que te encantan de esa persona. Yo todavía lo quiero, y es probable que lo siga queriendo durante mucho tiempo. Pero no deja a Pascale, y el bebé lo complica todo. Seguro que él también me quiere, solo que no lo suficiente como para hacer lo correcto.

—Eres joven, Nadia, y guapa. Encontrarás a un buen tío —dijo Athena con ternura.

—Tal vez. —Nadia no lo tenía tan claro—. Me parece que me va a costar confiar en alguien de nuevo. Pensaba que teníamos todo bien atado para siempre, que éramos una apuesta segura. Me equivoqué.

Joe llegó a casa en ese momento. Se pasaba las noches en su restaurante, y a mediodía echaba un ojo a los de Athena en Santa Mónica. Aunque ella era la dueña, rara vez iba personalmente, pues los gerentes se ocupaban de dirigirlo, bajo la supervisión de Joe. Joe era más proactivo en su restaurante, frecuentado por una clientela de élite que contaba con su presencia allí. El éxito de su restaurante se debía a que él estaba allí, pendiente de cada detalle.

La semana con Joe y Athena pasó volando, y les dio pena marcharse. Las dos niñas salieron de la casa ataviadas con sus orejas de Minnie Mouse de Disneyland. Laure llevaba una maletita con ruedas rosa con una estampación de Minnie que Athena le había regalado; iba tirando de ella con todos sus tesoros dentro. Al abrazar a su hermana y darle las gracias, a Nadia se le humedecieron los ojos. Seguidamente pasaron el control de seguridad, dijeron adiós con la mano, y pusieron rumbo a Nueva York. Tenían previsto quedarse en la ciudad con Rose tres días, y luego dirigirse a Southampton para pasar una semana con Venetia, Ben y sus hijos.

Rose las estaba esperando a su llegada; Sylvie y Laure le contaron con pelos y señales sus aventuras con Athena. Rose se las llevó a la oficina con ella al día siguiente, les enseñó todo, les mostró los pliegos de diseño y las fotografías, y cómo elegían las que ilustraban un artículo.

Al término de la visita, Sylvie anunció que de mayor quería trabajar en una revista y Laure comentó que quería ser médica de perros, lo cual les hizo gracia. Se lo había pasado pipa con la jauría de Athena.

Rose se tomó la tarde libre y fueron a ver la estatua de la Libertad y subieron a lo alto del Empire State Building. Estaba resultando ser un verano divertido para ellas. La guinda del pastel fue la semana en los Hamptons con los hijos de Venetia, correteando por la playa, construyendo castillos de arena, caminando por la orilla, nadando en la playa privada. Fueron unas auténticas vacaciones. Sylvie y Laure fueron incapaces de seguir el ritmo a los hijos de Venetia, demasiado

grandes y brutos, pero disfrutaron de lo lindo jugando con India, que las adoraba.

Nadia y Venetia dieron largos paseos por la playa mientras hablaban de la vida, de sus negocios, hijos y matrimonios. Venetia siempre era muy fácil de trato, competente en muchas cosas, y mostraba una actitud protectora hacia su hermana pequeña. Tenía una buena cabeza para los negocios. Pero lo que más le llamaba la atención a Nadia era lo felices que ella y Ben estaban juntos. Parecían hallarse en armonía la mayor parte del tiempo y se desvivían el uno por el otro. Ben también salió a caminar por la playa con Nadia, y le dijo lo mucho que sentía que Nicolas hubiera caído tan bajo y cometido semejante despropósito.

—Le queda mucho para madurar —comentó. Pero dudaba que Nicolas lo consiguiese a tiempo para conservar a Nadia. A su modo de ver, ella necesitaba a alguien con quien compartir su vida, no a alguien que se lo jugase todo, que arriesgase todo y que montara un escándalo público. Su cuñada no se mostró en desacuerdo.

Acordaron ir al castillo para pasar la última semana de las vacaciones de verano. Olivia dijo que a lo mejor se apuntaba también. Hacía mucho tiempo que Nadia no veía tanto a sus hermanas como ese verano, y se sentía agradecida por ello. Y coincidió con su madre en los Hamptons el fin de semana, cuando esta fue a cenar a casa de Venetia.

Regresaron a París con sus *souvenirs* y recuerdos. Nadia sabía que jamás olvidaría ese verano, y su familia la estaba ayudando a sobreponerse. Se moría de ganas de volver al trabajo a su llegada. Tenía una cita con el abogado; iba a intentar cortar por lo sano con Nicolas. Había tardado dos meses y medio en tomar la decisión, pero ahora estaba preparada. Al menos eso esperaba.

Cuando Nicolas fue a ver a las niñas la noche de su llegada, Nadia lo dejó a solas con ellas. Llevaba casi tres semanas sin verlas y ella no quiso inmiscuirse. Como estaban cansadas del viaje, se fueron a la cama pronto. Luego, Nicolas fue a ver a su mujer a su pequeño

despacho, donde estaba revisando toda la correspondencia acumulada en su ausencia. Toda Francia se tomaba vacaciones en verano, de modo que ella sabía que en su ausencia no sucedería nada importante. Además, sus empleados le daban los recados siempre que sus clientes llamaban.

—Por lo visto habéis tenido un buen viaje.

Él le sonrió y tomó asiento al otro lado de la mesa. Había pasado en el sur todo el tiempo que ellas habían estado fuera y lucía un intenso bronceado dorado.

—Sí. Mañana he quedado con mi abogado —dijo ella con serenidad, para sorpresa de Nicolas.

—¿Por qué ahora?

—Me parece que ya es hora. Tú estás en lo que estás y yo quiero seguir con mi vida. Me siento como una idiota mientras tú llevas una doble vida con Pascale.

—Quiero intentar arreglar las cosas contigo después de que nazca el bebé —dijo él, que parecía angustiado por la noticia.

—Eso es de aquí a dos meses, y a saber lo que sentirás para entonces. Esto no funciona para mí. Estamos mintiendo a las niñas. No es sano para ninguna, ni para ti tampoco. Dices que quieres volver «más adelante», de modo que no te comprometes del todo con Pascale, a pesar de que vas a ser padre. Pretendes ir sobre seguro, por si acaso no te sale bien la jugada con ella. No es esa quien quiero ser en tu vida, en la mía, ni en la de nadie.

—¿Vas a iniciar los trámites de divorcio?

Daba la impresión de que iba a echarse a llorar, y a ella también le entraron ganas, aunque estaba procurando mantener la conversación en un tono lo más sereno y menos emotivo posible.

—Quiero que te vayas de casa y que te busques un piso donde vivir. —No es que realmente quisiera, pero sí pensaba que era lo mejor. Deseaba que lo de Pascale hubiera sido un mal sueño, pero era imposible retroceder en el tiempo; ella era real y su bebé también—. Quiero separarme legalmente de ti. Es necesario que las niñas sepan la verdad. Tú finges que vives aquí, pero no es así. Eso nos confunde a todos. —Él asintió con la cabeza. Entendía su postura. Su vida en

común era un desastre desde hacía tres meses por culpa de él. Quedaban casi otros tres hasta que naciera el bebé—. Podemos resolver lo del divorcio más adelante, pero de momento tenemos que afrontar la realidad. De hecho, ya no formo parte de tu vida. —Al llenársele los ojos de lágrimas, él se inclinó hacia delante y alargó el brazo sobre la mesa en dirección a ella, pero Nadia se echó hacia atrás —. No. Procuremos no hacer esto más difícil de lo que ya es.

—¿Qué vamos a decirles a las niñas? —preguntó él, también al borde de las lágrimas.

—Eso es cosa tuya. ¿Qué vas a decirles sobre Pascale y el bebé?

Nicolas todavía no lo había afrontado, como si jamás fuera a llegar el día ni sus hijas fueran a enterarse.

—No lo sé. Ojalá no tuviera que decírselo tan pronto. Ni siquiera conocen a Pascale.

Había gestionado la situación de una manera lamentable y Nadia no tenía intención de sacarle las castañas del fuego.

—Me figuro que te irás a vivir con ella —le dijo con voz forzada, tratando de mantener una actitud digna.

—No nos lo hemos planteado todavía. —Disponían de la casa de Ramatuelle hasta septiembre. Ella salía de cuentas al mes siguiente; se quedaría con su madre en Bretaña el último mes de embarazo, pues quería dar a luz allí, tenerla cerca para que se ocupara del bebé. Nicolas había prometido estar allí para el parto. Pero en cuanto a dónde vivirían a partir de entonces, no lo habían decidido. La vida de Nicolas estaba en el aire. La única estabilidad que tenía era con Nadia, y ahora ella quería que se fuera de casa—. Deja que me lo piense durante unos cuantos días y ya te diré algo —dijo con voz grave, y ella asintió con la cabeza.

—No has estado mucho por aquí. Creo que, aunque finjas dormir aquí de vez en cuando, las niñas se huelen algo. Quizá Laure no, pero Sylvie desde luego que sí. Espero que les des tú la noticia del bebé antes de que lo haga alguien más.

Por suerte, ella no lo había hecho, pues lo estaba dejando en sus manos. Era un milagro que nadie se hubiera ido de la lengua. Y Nadia no les daba acceso a internet. Siendo tan pequeñas, la aventura de su

padre con Pascale era el tipo de cotilleo de mal gusto que los padres no contaban a los críos de su edad, aunque tarde o temprano alguien lo haría.

—¿Por qué iban a hacer algo semejante? —Parecía consternado—. Me refiero a decírselo. Son niñas.

—Esas cosas pasan. A la gente le gusta airear las miserias de los demás.

Él se levantó y cuando se marchó, al cabo de unos minutos, Nadia se quedó de pie en la terraza, reflexionando sobre lo que acababa de suceder. Había pasado página. Le había costado tres meses llegar a ese punto. Le había pedido que se fuera de casa. Deseaba sentirse orgullosa de sí misma, y pensó que así sería, pero se equivocó. Lo único que sentía era tristeza.

Nadia tenía que ir a la oficina al día siguiente, y la canguro llamó mientras estaban desayunando. Por lo visto había comido *sushi* la noche anterior y estaba vomitando. Como la asistenta estaba de vacaciones, Nadia contempló la posibilidad de llevarse a las niñas a la oficina, pero la distraerían, y necesitaba ponerse al día en el trabajo. Tenía que concertar una reunión con su cliente en Londres. Llamó a la mujer del portero para preguntarle si podía cuidar a las niñas, al menos hasta la hora de comer. Se llevaría el trabajo a casa a mediodía; no le quedaba otra. Cuando la mujer del portero subió, Nadia se marchó a toda prisa, con cinco minutos de retraso, y prometió que llegaría a casa para la una. Iban a ir a dar un paseo por el jardín de las Tullerías mientras ella estuviera en el trabajo.

Nadia regresó puntualmente y, al entrar en el piso, reinaba un extraño silencio. Pensó que seguirían fuera, y le sorprendió ver a las dos niñas sentadas en el sofá de la sala de estar con gesto sombrío. Dio las gracias a la mujer del portero, que comentó que las crías estaban cansadas por el paseo. Dijo que les había preguntado si querían comer, pero que no tenían apetito. Nadia le pagó y, al cabo de unos minutos, la mujer se marchó. Era la típica vieja urraca que siempre metía las narices en los asuntos de los demás, pero de vez en cuando le

resultaba útil.

—¿Os encontráis bien? —se preocupó, y ellas asintieron con la cabeza. Pensó que tal vez seguían cansadas por la excursión. Estaban sentadas como dos estatuas, y Sylvie la miró con los ojos muy abiertos y rompió a llorar. Su madre fue a su encuentro como una exhalación y la cogió en brazos—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha sido madame Martin mala con vosotras? ¿Os ha contado historias de miedo?

A veces la gente cometía estupideces. Laure se puso a llorar también.

—Madame Martin ha dicho que papá va a tener un bebé con otra señora…, una actriz…, y que seguramente os vais a divorciar. ¿Es verdad? —preguntó en tono lastimero.

Laure también soltó un sollozo, y acto seguido se aferró a su madre y su hermana como si se hallaran en un bote salvavidas y temiera caerse al agua.

—¿Có…? —Nadia se quedó callada unos instantes, mientras pensaba qué hacer. Nicolas había dejado que pagara ella los platos rotos y ahora se encontraba en primera línea de fuego. Se hacía cargo de que recordarían para siempre lo que les dijese—. Antes de nada, vamos a respirar hondo las tres para tranquilizarnos. Ya sabéis que papá os quiere, igual que yo. Lo sabéis, ¿verdad? —Ambas asintieron con la cabeza y Nadia les enjugó las lágrimas—. Y a veces hasta los mayores hacen tonterías. Ahora mismo papá tiene una amiga que le gusta mucho. Es muy joven, muy guapa y, es cierto, va a tener un bebé con ella. Pero eso no cambia lo que siente por vosotras —explicó con gesto serio.

—¿Van a venirse a vivir con nosotras? —inquirió Laure.

—No.

—¿El bebé es niño o niña? —Laure de nuevo.

—Niño.

—¿Cómo se llama?

—Me parece que todavía no le han puesto nombre.

—A mí no me gustan los niños —afirmó Laure categóricamente mientras Sylvie miraba fijamente a su madre con expresión devastada, como si el mundo que conocía hubiera llegado a su fin. No se

equivocaba.

—¿Vais a divorciaros papá y tú? —le preguntó Sylvie.

Ella titubeó durante unos instantes, no quería mentirles.

—Ahora mismo no. Ha habido mucha confusión con lo de su amiga y el bebé. Creo que papá va a buscarse un piso mientras lo resuelve todo. —O a vivir con Pascale, lo cual se calló.

—¿Quiere casarse con ella?

—No lo sé —respondió Nadia con sinceridad.

—¿Tú lo odias ahora? —le preguntó Sylvie.

—No, no. Me entristece que las cosas sean tan confusas y difíciles, pero no odio a vuestro padre.

—¿Odias a su amiga?

Nadia negó con la cabeza a modo de respuesta.

—¿Por qué no dan el niño en adopción? —sugirió Sylvie. Era una idea un tanto rebuscada para una niña de diez años.

—Estoy segura de que quieren al bebé —dijo Nadia, procurando no parecer moralista.

—¿Por qué ha hecho eso papá, si nos tiene a nosotras? No necesita ningún bebé. —Parecía desolada.

—Eso tendrás que preguntárselo a papá.

No iba a meterse en terreno pantanoso. Que les diera explicaciones él, si es que podía.

—¿Lo veremos si se muda a su piso? —Laure estaba preocupada.

—Claro que sí. Podéis ir a visitarlo allí y él podrá seguir viniendo a veros. —A las dos crías las alivió saber que no se trataba de una guerra a muerte, pero todo lo que habían escuchado las desconcertaba. Ahora necesitaban que su padre se lo explicase.

Les preparó unos finos minisándwiches de pollo; se los comieron sentadas a la mesa de la cocina y luego se fueron a sus habitaciones. Tenía que llamar a su abogado y cancelar la cita de inmediato. Sin canguro, y con sus hijas presas del pánico, le sería imposible acudir a la cita; tendría que posponerla. Luego telefoneó a Nicolas al móvil.

—¿Dónde estás? —le preguntó cuando atendió la llamada.

—¿Por qué? ¿Pasa algo? Voy de camino a ver a mi editor.

—Sí, sí que pasa. La mujer del portero les ha contado a las niñas lo

de Pascale y el bebé. Se han pasado dos horas llorando. Es necesario que hables con ellas. Ha llegado el momento de que des la cara.

El gimió al otro lado de la línea.

—Por Dios, ¿por qué ha tenido que pasar eso ahora? ¿Cómo se las ha apañado?

—Yo necesitaba que hiciera de canguro esta mañana. Cuando volví a casa, daba la impresión de que las habían vapuleado. He hecho cuanto he podido por quitarle hierro a la situación. Ahora te toca a ti. Mueve el culo y ven para acá a apechugar con esto.

—Vale. Estaré allí en quince minutos. Nadia, lo siento.

—Yo también. —Por una vez, lo dijo con aspereza.

Él llegó, tal y como había dicho, al cuarto de hora. Nadia lo dejó a solas con las niñas y se dirigió a su despacho. Se puso a responder correos electrónicos para distraerse. Nicolas y Pascale habían rebasado otra línea, y ahora eran las niñas, no solo Nadia o Nicolas, quienes estaban pagando las consecuencias. No se quitaba de la cabeza sus caritas de angustia en la sala de estar a su llegada a casa. Sentía náuseas. Y esta vez, sí que lo odiaba por lo que había hecho.

Las crías estaban muy afligidas cuando su padre se marchó. Les había explicado la situación de manera muy similar a como lo había hecho su madre. Y, después de hablar con ellas, decidió pasar dos semanas con ellas en el castillo. Necesitaba poner en orden su casa. Invitó a Nadia, pero ella dijo que prefería quedarse en la ciudad. En esas circunstancias era lógico que estuvieran con él. Por fin tomó conciencia de lo grave que era el asunto para ellas. Se mostró escueto y serio cuando llamó a Nadia para ponerla al corriente de sus planes y de que pasaría a recogerlas a la mañana siguiente.

—¿Estará allí Pascale? —preguntó ella con voz tensa.

—No. Quiero estar con las niñas en este momento, sin ella. —Al menos había llegado a ese punto. Como sabía que la familia de Nadia se presentaría allí a mediados de agosto, dijo que devolvería a las niñas entonces, y le dio permiso para pasar el resto de las vacaciones en el castillo, hasta finales de agosto—. Probablemente lo suyo sería

que conocieran a Pascale, pero se va a Bretaña en septiembre para quedarse con su madre hasta que nazca el bebé. Va a dar a luz allí.

—A lo mejor puede conocerlas después del parto —sugirió Nadia.

Les preparó las maletas esa noche. Nicolas pasó a recogerlas por la mañana. A sus hijas les hizo ilusión verlo y la perspectiva de pasar dos semanas con él en el castillo. Él le dio las gracias a Nadia en voz baja antes de marcharse:

—Gracias por no complicar más las cosas.

—Lo hago por las niñas —replicó ella en un susurro. Él asintió con la cabeza y, cuando Nadia les dio un beso de despedida, se fueron corriendo con su padre.

Una vez a solas, ella telefoneó a su abogado de nuevo para concertar otra cita, y la secretaria le dijo que se había ido de vacaciones esa mañana y que estaría fuera hasta el uno de septiembre. Los trámites legales tendrían que esperar, ya que no quería iniciar los procedimientos desde el principio con otro abogado y le gustaba el que tenía. Como de todas formas de momento estaban separados, la reunión con su abogado no era urgente y podía demorarse un mes.

A continuación, llamó a sus hermanas para contarles lo ocurrido.

—Ay, mierda. Mira que temías que se enteraran por otro lado…

—En Francia están en boca de todos. No es de extrañar. —Las fotos de Pascale ocupaban todas las portadas de la prensa rosa, además de varias junto a Nicolas en Saint-Tropez.

—¿Están bien las niñas? —le preguntó Venetia.

—Regular. Esto ha sido un golpe tremendo para ellas y se han llevado un pasmo de muerte. Ni siquiera la conocen. Espero que él maneje esto con mano izquierda mientras están con él.

—Lo siento, Nadia. Estarán bien. Los niños superan cosas peores. Son resilientes.

Nadia abrigaba la esperanza de que su hermana tuviera razón. Athena le dijo más o menos lo mismo. A Nadia le alegraba que hubieran disfrutado de unas agradables vacaciones antes de que se precipitaran los acontecimientos.

Sylvie y Laure la llamaron esa noche. Parecían más animadas que al marcharse, tras pasar un bonito día con su padre. Después de dar un

largo paseo en bicicleta, se habían bañado en la piscina y luego habían preparado la cena juntos.

—Papá dice que nos quiere y que a ti también te quiere —dijo Laure en cuanto Nadia se puso al teléfono.

—Por supuesto que te quiere, tontita.

Trató de quitarle hierro, pero Sylvie parecía más seria y súbitamente muy mayor. De la noche a la mañana, las revelaciones de las últimas veinticuatro horas la habían catapultado a la edad adulta.

—Papá dice que no quiere el divorcio.

Daba la impresión de que Sylvie era su mensajera. En efecto, no quería el divorcio, sino una amante, un bebé y una esposa.

—Anda, olvídate de todo eso ahora mismo y pásalo bien con papá.

—¿Vas a divorciarte de él?

La estaba presionando en busca de respuestas. Todo su mundo se había hecho añicos, y deseaba recomponer las piezas lo antes posible.

—Todavía no hemos decidido nada. Por ahora no va a pasar nada. —No mientras su abogado estuviera de vacaciones durante todo el mes de agosto. Nadia se sentía impotente a causa de ello. Había perdido la cita concertada con él el día antes de que se fuera de vacaciones, pues las niñas estaban histéricas y no tenía canguro. Ahora Nicolas les estaba diciendo que no quería el divorcio por nada del mundo y, por lo tanto, a ojos de ellas, Nadia quedaría como la mala y él como la víctima—. Quiero que lo pases bien con papá las dos próximas semanas. Intenta olvidar todo lo demás. —Pero Sylvie no podía, tampoco ella.

Cuando Sylvie terminó de hablar con su madre, Nicolas se puso al teléfono y Nadia le gruñó por lo bajo:

—Como intentes endosarme el muerto y hacerme parecer la mala en esto, juro que no te volveré a dirigir la palabra en mi vida. Todo esto es cosa tuya, incluso lo de ayer, porque en ningún momento has sido honesto con ellas. Más te vale arreglarlo ahora mismo, y no se te ocurra culparme. ¿Queda claro?

—Sí, por supuesto, lo siento, es que pensé…

—Bien. Me alegro de que nos entendamos —dijo, y colgó. Se le había agotado la paciencia. Estaba harta de su autocomplacencia, su

cobardía y sus artimañas.

9

Mientras Nicolas se encontraba en el castillo con las niñas, París estaba tranquilo y casi desierto en agosto. Todo el mundo se había ido. Los comercios, los restaurantes y las empresas estaban cerrados; era una ciudad fantasma. Hacía mucho tiempo que Nadia no estaba allí en pleno verano, y le gustó. Iba caminando a todas partes. Puso al día sus archivos en la oficina. Aunque las fábricas estaban cerradas y era imposible realizar pedidos, le daba la sensación de estar saneando su vida y recuperando el control de ella antes del otoño, después de tres meses de locura desde mayo.

Por encima de todo, estaba tratando de dilucidar qué quería hacer. Hablaba con sus hermanas a menudo. Olivia seguía en sus trece respecto a que se divorciase de Nicolas. Venetia la animaba a luchar por él si aún lo amaba. Athena le aseguraba que estaría bien, aunque acabase sola. Con la que no había hablado tanto últimamente era con su madre. Rose estaba hasta el cuello con la edición de octubre. La salida del número de septiembre estaba prevista para finales de mes, y Rose seguía contrariada por ello, ya que por primera vez no le hacía ilusión. No se quitaba de la cabeza la portada, la entrevista doble y las fotografías de su yerno y su amante embarazada. Pensó que ojalá no hubiera aceptado lo del artículo, pero fue algo irremediable y, a pesar de la generosidad de Nadia al acceder y señalar que no le importaba, temía cómo reaccionaría.

Nadia echó de menos a sus hijas durante las dos semanas que pasaron en el castillo con Nicolas, pero también fue un alivio liberarse de responsabilidades, de horarios fijos para las comidas, de carreras de la oficina a casa y de estar pendiente de que estuvieran contentas, a salvo, con el estómago lleno y entretenidas. Se había mentalizado para cuando su padre les diera la noticia, pero se había descubierto el pastel sin que ella pudiera hacer nada al respecto. Ahora le tocaba dar

la cara a él; no le quedaba otra que arreglar su propio entuerto.

A mediados de mes hubo un cambio de turno en el castillo. Nicolas se marchó la víspera de la llegada de las hermanas de Nadia y sus respectivas familias. Nadia lo había cuadrado con el fin de no coincidir con él. Su marido se fue a Saint-Tropez por la mañana y la asistenta pasó la tarde con las niñas. Nadia llegó a la hora de cenar. Sylvie y Laure se pusieron muy contentas al verla, igual que ella. No mencionaron a Pascale y al bebé hasta después de la cena, cuando Sylvie sacó el tema a colación con cautela.

—Papá dice que su amiga va a dejar al bebé en Bretaña con su madre. Como su abuela va a cuidar de él, no tendremos que verlo —explicó con aparente alivio—. Papá irá de visita y le enviará regalos, pero no lo traerá a París hasta que sea más mayor. —A Nadia le pareció interesante que Nicolas tuviera intención de ser un padre ausente con este bebé. Por lo visto, Pascale también iba a desentenderse de él. La madre de esta iba a redimirse cuidando de su nieto, a expiar sus culpas por no haber criado a su hija. El hecho de no tener al bebé con ellos proporcionaría a Nicolas y Pascale más tiempo para dedicarse el uno al otro, sin las ataduras de una criatura. Estaba claro que Pascale no tenía intención de pasar tiempo con su bebé, o de cumplir con sus obligaciones como madre—. Papá dice que ella dará a luz dentro de siete semanas —informó Sylvie a su madre; por tanto, era obvio que había estado hablando con ellas del tema.

Nadia, para evitar hablar con él en esas dos semanas, se había comunicado por medio de mensajes de texto y correos electrónicos cuando no había tenido más remedio. Fue un alivio no escuchar su voz o ver su gesto suplicante intentando convencerla de que no renunciara a él. Durante dos semanas enteras, por primera vez en meses, procuró centrarse en sí misma.

Cuando Venetia llegó con su tropa al castillo, fue como un ejército invasor. Sus hijos, Jack y Seth, se pusieron a trepar a los árboles y a perseguirse por los huertos, mientras India intentaba seguir el ritmo a Sylvie y Laure con su cuerpecito rechoncho. El primer día, después de comer, se cayó a la piscina y salió a la superficie farfullando al tiempo que su padre se apresuraba a lanzarse al agua para rescatarla, pero no

derramó una sola lágrima. Y después, queriendo demostrar lo valiente y mayor que era, cometió la temeridad de tirarse al agua sola.

—Cuando sea mayor va a ser paracaidista de caída libre, piloto acrobático o algo por el estilo. Me echo a temblar, es una temeraria —comentó Venetia, sonriendo a su hija.

Al cabo de unas horas llegaron Olivia y Harley, con aire muy circunspecto y acusando el cansancio del vuelo. A Will le hacía ilusión estar allí. Poco después, Harley fue a echar una cabezada y Will retó a su tío Ben a una partida de ajedrez. Era un jugador consumado y se había traído su juego de viaje. Will se encontraba más a gusto con los adultos que con los hijos de Venetia. Jack, el primogénito de Venetia, de la misma edad que él, por lo general se las ingeniaba para que al final participase en las trastadas, y Seth, su hermano menor, iba a la zaga. A Sylvie le encantaba chinchar a Seth porque era de su misma edad y le caía muy bien. Eran una piña. Se pasaron el rato gritando y salpicándose en la piscina, mientras sus padres los observaban y charlaban animadamente.

A las tres hermanas les hizo ilusión verse, y ninguna mencionó a Nicolas. Ben y Venetia confesaron a Olivia que lo echaban en falta; siempre les agradaba que se sumara al grupo. Llamaron a Athena por FaceTime a la hora de cenar para que no se sintiera excluida. Como en Los Ángeles era por la mañana, iba de camino al estudio para grabar su programa, tras concluir el parón estival, razón por la que le había sido imposible viajar a Francia.

—Deberíamos alquilar una casa juntos en algún sitio el verano que viene, por ejemplo, en Italia —propuso Venetia, dado que el castillo pertenecía a Nicolas e ignoraba si Nadia podría disponer de él si se divorciaban. Y todo apuntaba a ello. Nadia estaba esperando a que regresara su abogado para iniciar los trámites.

Olivia fue a despertar a Harley de su siesta para evitar que durmiera demasiado y no se adaptara al cambio horario. Venetia y Nadia se quedaron mirando a Will mientras leía junto a la piscina; a las dos hermanas les vino el mismo pensamiento a la cabeza y se pusieron a cuchichear.

—Ahora, cada vez que lo veo, pienso en lo que Olivia nos dijo el fin

de semana del Cuatro de Julio.

Se refería a que Harley no era su verdadero padre. Venetia lo comentó en un tono muy bajo para que solo pudiera oírlo Nadia.

—Ya. Yo me siento culpable, pero tampoco me lo quito de la cabeza. Ojalá no nos lo hubiera contado.

Poco después se unieron al resto en la terraza y, tras tomarse una copa de champán, todos fueron a cambiarse para cenar, y aparecieron con pantalones blancos bien planchados o pulcros vaqueros blancos. Venetia bajó de su habitación vestida con una llamativa camisola de seda turquesa, pantalones de satén naranja y sandalias doradas, un conjunto que le sentaba de miedo en contraste con su bronceado y su melena roja. Formaban un atractivo grupo, y Harley se animó a unirse a ellos. Venetia sonrió al ver cómo iba vestida Olivia, con un pantalón de seda blanco y una blusa de seda azul marino y blanca, un collar de perlas y el pelo anudado atrás. Parecía mayor de lo que era. A pesar de que Harley era un hombre de porte muy distinguido, también parecía avejentado. Solo tenía sesenta, pero su manera de moverse y de hablar y su talante serio le hacían parecer más mayor.

Cenaron bullabesa suministrada por un restaurante local, lenguado a la *meunière* preparado por la asistenta, pan y queso, y, de postre, un gran bol de frutas del bosque procedentes de la finca servidas con exquisitas galletas de chocolate que se derretían en la boca.

Finalmente, todos los niños se fueron a la cama para estar descansados al día siguiente. Los adultos trasnocharon de tertulia bebiendo vino después de la cena. Eran más de las dos de la mañana cuando los mayores subieron las escaleras, rodeados por multitud de antiguos retratos de la familia de Nicolas, en dirección a sus habitaciones. Nadia, que se sentía rara por el hecho de estar allí sin él, tenía a Nicolas en mente al dejar a los demás y dirigirse al enorme dormitorio principal. Se sentía agradecida de poder pasar allí una semana con sus hermanas, gracias a él. Le vinieron a la memoria tiempos más felices, cuando organizaban fiestas en el castillo con los amigos los fines de semana, y cuando le estuvo ayudando a restaurarlo. La mayor parte de sus once años de matrimonio habían sido felices, era triste pensar que ahora todo se truncara. Le parecía

una manera terrible de poner fin a su matrimonio. Un año antes, por nada del mundo habría imaginado que se separarían. Procuró no pensar en ello mientras se metía en la cama, entre las bonitas sábanas Porthault que había comprado para todas las camas.

Al día siguiente fueron en coche a varios pueblos de las inmediaciones y luego a pasear por el paseo marítimo de tablones de madera de Deauville. Los niños disfrutaron de lo lindo. Comieron tarde en un pequeño y bullicioso restaurante local. Había subido la temperatura y se morían de ganas de volver a la piscina después del almuerzo.

Nadia había alquilado un gran monovolumen para la semana con el fin de llevarlos de excursión. Cuando llegaron al castillo, todos los niños se pusieron el bañador y se zambulleron en la piscina, mientras sus madres se metían despacio desde el lado menos profundo. Ben y Harley se enfrascaron en un serio diálogo político, con opiniones similares a pesar de sus diferencias de ideología y edad. Existía afinidad entre los dos cuñados y aportaban equilibrio a sus respectivas esposas, las cuales tampoco podían ser más diferentes.

Ben y Will finalmente comenzaron una partida de ajedrez al cabo de un rato, mientras Nadia y sus hermanas charlaban en las tumbonas, y de nuevo con Athena por FaceTime. Para ella solo eran las ocho de la mañana, pero era madrugadora. Se oían los ladridos de los perros de fondo.

Un día alquilaron un velero para todo el grupo. Ben, Olivia y Harley eran unos marineros consumados, igual que Will después de años en campamentos náuticos. Los días fueron pasando mientras hacían cosas divertidas y mantenían animadas conversaciones. Disfrutaban realmente de la compañía de los demás y se notaba. Los niños también se contagiaron del cálido ambiente familiar.

Siempre que Nicolas llamaba a las niñas, les decía que les dieran recuerdos a todos de su parte. Se acordaba mucho de ellas, y las añoraba. Empezaba a cansarse de la vida de Pascale con su séquito de parásitos entre la *jet set* de Saint-Tropez: todos querían vivir del cuento, y no había mantenido una conversación seria con ella en todo el verano. Estaba deseando retomar el trabajo en París, aunque ahora

no tenía dónde alojarse, o dónde escribir, si Nadia se mantenía en sus trece respecto a que se buscara un piso. Pascale iba a quedarse en Bretaña con su madre para dar a luz allí, y uno o dos meses más, hasta que se recuperara. Como ella había dejado su apartamento en París, él se alojaba en el de un amigo. Empezaba a pensar que al final no iba a tener más remedio que buscarse uno; no tenía un techo a largo plazo, y que Nadia le permitiera quedarse en el piso ya estaba descartado.

El último día de las vacaciones, mientras Olivia observaba a Will jugando una reñida partida de ajedrez con su padre, se inclinó hacia sus hermanas para susurrarles con aire reflexivo:

—Chicas, desde que os lo conté, siento que debería contárselo a Harley. Odio ser tan deshonesta con él. Tarde o temprano, la mentira corroerá nuestra relación.

Sus dos hermanas se quedaron horrorizadas.

—Ni se te ocurra —dijo Venetia por lo bajini—. Harley es demasiado conservador y chapado a la antigua para entenderlo. Le partirás el corazón.

—Y si te deja, ¿qué? —terció Nadia, temerosa por su hermana.

—No lo haría. Tiene un corazón que no le cabe en el pecho y quiere a Will demasiado como para hacerlo.

—No creo que abandonara a Will, pero podría dejarte por mentirle. Harley es bastante rígido —susurró Venetia a Olivia—. No puedes decírselo después de todo este tiempo. Además, ¿qué ganarías con ello? A estas alturas, ¿qué más da?

—Es una cuestión de integridad —insistió Olivia.

—Haberlo pensado hace quince años —señaló Venetia, en tono muy categórico—. ¿A qué viene decírselo ahora?

—Después de contároslo, caí en la cuenta de lo mal que hice al no confesárselo antes.

—Pero como no lo hiciste, olvídalo y punto —insistió Nadia.

—¿Y si lo descubre algún día, después de mi muerte? Me odiaría para siempre.

—Te lleva veintiún años. Eso no va a pasar —dijo Venetia con pragmatismo.

—Podría —repuso Olivia. Llevaba ese gran peso sobre los hombros

desde el Cuatro de Julio, y ahora lo tenía entre ceja y ceja. Venetia y Nadia hicieron todo lo posible por convencerla para que pasase página y lo enterrase en el olvido. Hacía mucho tiempo que había perdido su oportunidad.

Cuando la semana tocó a su fin, se despidieron con verdadero pesar. Venetia y Olivia volaron juntas a Nueva York con sus respectivas familias. Y a primera hora de la tarde del domingo, Nadia llevó a Sylvie y Laure de vuelta a París en el monovolumen de alquiler que ahora parecía tan vacío, sin la charla y las risas de los seis primos, la cháchara de las tres hermanas, y las conversaciones serias acerca de diversos temas de los dos cuñados. Ben había congeniado más que nunca con Harley, pues había contado con más tiempo para conocer sus diferentes facetas. Entendía por qué Olivia lo amaba. Era un hombre sumamente inteligente, muy equilibrado y muy versado en multitud de temas de interés.

Sylvie y Laure se quedaron dormidas en el trayecto de vuelta a la ciudad. Mientras conducía en silencio, Nadia pensaba en lo mucho que quería a sus hermanas y lo afortunada que era de tenerlas. Y también apreciaba a sus dos cuñados y al eterno compañero de Athena, Joe. Los tres hombres no podían ser más distintos, igual que ella, sus hermanas y sus respectivos hijos. Todos tenían personalidades e intereses diferentes. Al llegar despertó a las niñas, que la ayudaron a meter las maletas en el portal y subirlas en el ascensor. La asistenta había dejado comida en la nevera, pero solo les apetecía picar algo para cenar. Tomaron queso, embutidos y fruta que se habían traído a casa del castillo.

A lo largo de los siguientes días, Nadia estuvo muy atareada con los preparativos del colegio de las niñas. Nicolas le envió un mensaje en el que decía que tenía ganas de verlas y le preguntaba cuándo podía ir al piso. Ella agradecía el respiro que se habían tomado lejos el uno del otro. El dolor de su corazón se había mitigado ligeramente; a raíz de su viaje a Estados Unidos y la visita de su familia al castillo, empezaba a disfrutar de la vida de nuevo.

Fiel a su palabra, Nicolas se presentó allí el día después por la tarde. Nadia se había pasado el día entero de aquí para allá con las niñas, haciendo recados, comprando libretas y material escolar, además de mochilas nuevas; encontraron unas de color rosa que a las niñas les chiflaron. Se las enseñaron a su padre en cuanto entró, quien les aseguró que eran muy chulas. Nadia sonrió al verlo con ellas. A veces, por un momento, olvidaba el abismo que se había abierto entre ellos.

—¿Lo pasaste bien con tus hermanas? —le preguntó Nicolas al verla.

—Fenomenal. Gracias por prestarnos el castillo. Les encanta aquello. —Nadia trató de mantener las distancias.

—¿Lo de que me buscara un piso iba en serio? —le preguntó cuando las crías no los oían. Con la lata que le había dado Pascale para irse a vivir con él, al final iba a quedarse con su madre en Bretaña unos cuantos meses. Ella tenía en París un apartamento de alquiler amueblado que no le gustaba y, como sería demasiado pequeño para ella y el bebé, lo había dejado.

—Sí, va en serio —le respondió Nadia—. No creo que sea sano que convivamos o que pases aquí unas cuantas noches a la semana. Si tienes tu propia vida, deberías tener tu propia casa. Si te quedaras aquí, sería engañoso y confuso para ellas y para nosotros. —Ahora que estaban al corriente de lo de Pascale y el bebé, ella se sentía con más argumentos para pedirle que se fuera de casa.

Él asintió con la cabeza a regañadientes. No estaba en posición de discutir.

—Mañana llamaré a una inmobiliaria. ¿Sigues con la idea de ver al abogado? —le preguntó con cautela.

—Sí. Me parece que vuelve de vacaciones la semana que viene. Solo quiero establecer unas reglas básicas a las que ceñirnos.

La verdad es que lo habían gestionado bien sin ellas, pero él se presentaba allí cada vez que se le antojaba, sin avisar. Últimamente, llamaba de antemano, pero no siempre. Todavía sentía que vivía con ellas.

—En octubre pasaré un par de semanas en Bretaña —anunció él y, a pesar de no dar explicaciones, los dos sabían por qué. Iba a estar allí

para el nacimiento de su hijo. No obstante, si Pascale tenía pensado dejárselo a su madre, lo más seguro es que no lo vería con frecuencia. Así ella no tendría que contratar a una niñera o preocuparse por él. La actriz bromeaba con esto y decía que en su adolescencia nunca le gustó hacer de canguro, algo que dejó atónito a Nicolas. Y, sin embargo, su deseo había sido tener el bebé, como un muñeco con el que jugar cuando se le antojase.

Pensar en ello hizo que Nadia tomara conciencia de lo difícil que habría sido volver con él, de haberlo deseado. El crío siempre les recordaría su aventura con Pascale, aun cuando ya no estuvieran juntos. Sería un recordatorio vivo de los estragos que había causado su llegada al mundo. Le daba lástima el bebé, con una madre ausente y un padre que tenía otra familia a la que se sentía más apegado. Se preguntaba si Nicolas se quedaría prendado de él, igual que le sucedió con sus hijas; cuando nacieron, se puso loco de contento con ellas. A lo mejor también le pasaría con este, puesto que era un varón.

—¿Dónde te alojas ahora? —le preguntó a Nicolas antes de que se marchara, pues sabía que Pascale seguía en Ramatuelle.

—En casa de un amigo, pero me voy a trasladar a un hotel. Parece menos complicado. —Ella asintió con la cabeza. No se sentía culpable. Era una necesidad y una consecuencia natural de sus actos. La conversación parecía fluir sin complicaciones hasta que él se dio la vuelta y la miró justo antes de irse—. Que sepas que te sigo queriendo —dijo con suavidad.

Ella no supo qué decir de primeras.

—Pues qué pena por los dos. —Sabía que él echaba de menos el piso, su vida en común y a sus hijas. De lo que no estaba tan convencida era de que la echase de menos a ella—. Te acostumbrarás. Los dos lo haremos. Es un gran cambio para todos —añadió con serenidad.

—No estoy seguro de que llegue a acostumbrarme. He cometido terribles errores en los últimos meses.

—No hablemos de eso ahora —repuso ella. Estaba cansada y no tenía ganas de sacar todos los trapos sucios de nuevo—. Pasó y ahora nos toca vivir con ello. —«Para siempre», pensó—. Buenas noches. —

Se dirigió a su habitación y, un minuto después, oyó cerrarse la puerta.

El número de septiembre de *Mode* salió, como siempre, la última semana de agosto. Yacía en una esquina de la mesa de Rose, y esta vez no lo contempló con orgullo. Siempre apreciaba el diseño de la gruesa revista, con todas sus maravillas. Normalmente se enorgullecía de que representara el fruto de tan inmensa colaboración y tantísimo trabajo e inspiración. Esta vez, hacía una mueca de dolor cada vez que la veía. Le dolía casi físicamente ver a Pascale Solon en la portada. Llevaba puesto un vestido de noche rojo rubí, iba magníficamente maquillada, y la fotografía en sí era una obra de arte. La chica de la portada era un bellezón, casi una joya por sí misma. Y las fotografías tomadas en Ramatuelle aparecían en el interior, ilustrando la entrevista.

Olivia, Athena y Venetia, como estaban suscritas, habían recibido sus ejemplares. Nadia siempre se la compraba en un quiosco de prensa. La vio al salir del trabajo, de camino a casa, el día en que las niñas comenzaron las clases. Le llamó la atención el vestido rojo y se quedó mirando la revista durante unos instantes, renuente a comprarla, pero sintiéndose obligada a ello. Era como un imán. Se había prometido a sí misma que en esta ocasión no la compraría, pero después de pasar cinco minutos enteros como un pasmarote delante del quiosco, finalmente metió la mano en el bolso para sacar su cartera, le dio el dinero al vendedor y empuñó un ejemplar. Lo sujetó contra su pecho como si se tratase de algo vivo que estaba protegiendo, como si pudiera escurrírsele de entre los brazos. Después se dirigió a su casa a toda prisa, resistiéndose con todas sus fuerzas a leerla, pero sabía que no le quedaba otra. Ahora ya no tenía escapatoria, como si sus tentáculos la sujetasen con fuerza.

Cuando entró en el piso, la tiró encima de la cama, se sentó y se quedó mirando la portada durante largos instantes, escudriñando cada milímetro del rostro de Pascale como si estuviera viva; después, buscó el número de la página en el índice y abrió la revista por la entrevista. Había una imagen a toda página de Nicolas y Pascale sentados en una

butaca juntos, él con el brazo alrededor de ella con aire relajado, la actriz con un vestido de encaje blanco que dejaba entrever sus pechos y la prominente tripa del bebé que llevaba en su vientre. A Nadia casi se le cortó la respiración al verla; tras examinar detenidamente cada fotografía, leyó la entrevista. Las preguntas le resultaron dolorosas, y las respuestas de Pascale inocuas; las respuestas de Nicolas, más habilidosas, le dolieron más si cabe. Había tratado de sortear cada pregunta, y en todas las imágenes de ambos parecía feliz. Mientras lo veía, se preguntó por qué había vacilado en divorciarse de él. Daba la impresión de que estaba muy enamorado de Pascale y que había caído rendido a sus pies. Al terminar de leer el artículo, tuvo que reconocer que de hecho no había nada fuera de tono. Se percató de que en un momento dado lo habían sonsacado acerca de su matrimonio, habían citado su respuesta —«Quiero mucho a mi familia»—, y acto seguido él se había ido por la tangente. Se había limitado a comentar que estaba muy ilusionado con el bebé; el resto del tiempo, había hablado de su trabajo juntos en la película, de lo intensa que había sido la experiencia para todos los miembros del reparto y del gran talento de ella como actriz. La elogió con multitud de cumplidos por su interpretación y se mostró parco en palabras respecto a su relación. Había respondido con desenvoltura y desarmado la mayoría de las preguntas capciosas. Pascale prácticamente se había limitado a hablar de sí misma. Con ella, todos los caminos conducían a Roma. Era la típica actriz joven narcisista, y Nicolas aparecía casi como un florero, una pieza del decorado colocada allí para realzarla. Parecía, más que un estúpido, un iluso, y Nadia no encontró nada conmovedor, inocente o simpático en las respuestas de ella. Eran propias de una chica de su edad, que había saltado al estrellato recientemente y que estaba muy pagada de sí misma. Y las poses que adoptaba eran indefectiblemente sexis. Nadia echó un vistazo de nuevo a las fotografías hasta que se dio por satisfecha, y luego llamó a su madre a Nueva York. Allí era la hora de comer y la localizó en el móvil.

—Sé lo mal que te sientes por la entrevista, mamá —dijo sin rodeos. Rose emitió un sonido lastimero, casi como si le faltara el aire o la entrevista se le hubiera atragantado—. Solo quería decirte que en mi

opinión se hizo con muy buen gusto, mejor de lo que esperaba. Me duele verlo con ella, pero no hay nada que no sepa, y él se mostró prudente y respetuoso en sus respuestas.

Quería que su madre supiera que había sobrevivido y que había sufrido menos de lo que Rose se temía.

—¿De veras piensas eso? —le preguntó su madre, asombrada y profundamente agradecida por la llamada.

—Sí —respondió Nadia, aliviada de que no hubiera sido peor. Ella pensó que se le caería el mundo encima, pero no había sido así.

—Estaba muy preocupada por cómo te afectaría. Me asqueaba publicarla. Por nada del mundo deseaba hacerte daño, pero me sentí bajo una tremenda presión.

—Son el tema candente. Lo hiciste con la elegancia de siempre, mamá. Estoy orgullosa de ti. Me consta que no habrá sido fácil sacar el artículo adelante sin que resulte chabacano. Es una historia cutre con la que trabajar.

Rose había estado encima de la redactora y ella misma lo había editado en varias ocasiones. Se sintió como si Nadia acabara de quitarle de encima mil kilos de peso.

—No sabes cuánto significa tu llamada para mí —dijo, agradecida.

—Solo quería que supieras que no pasa nada, que estoy bien y que te quiero.

Cada hermana reaccionó de una manera. Venetia dijo a su marido y a sus hermanas que el artículo le había parecido repugnante y que la redactora era un poco bruja. En opinión de Athena, Pascale parecía una zorra con el vestido de encaje. Y Olivia, al leer las declaraciones de Nicolas, llamó a su madre, lo tachó de «malnacido» y dijo que se avergonzaba de conocerlo. Cuando Nicolas lo leyó y vio las fotografías con Pascale, se sentó y se echó a llorar, sabiendo cómo debió de sentirse Nadia al leerlo. La única que no se lo tomó a pecho fue Nadia, porque se esperaba algo muchísimo peor y era consciente del empeño que su madre habría puesto en intentar controlarlo y mantener un tono decente y digno. Rose agradecía en el alma que Nadia no la odiase y que no hubiera sido un mal trago para ella, de nuevo. Igual que Nicolas, se echó a llorar sentada a su mesa, pero las suyas eran

lágrimas de alivio. Por nada del mundo querría hacer daño a ninguna de sus hijas, y se sintió muy aliviada de que Nadia no se lo hubiera tomado a mal.

10

Al día siguiente de leer la entrevista que tanto la había aterrorizado, Nadia sintió una extraña sensación de libertad, como si no tuviera la menor preocupación y todo fuera a salir bien. Era la primera vez que se sentía así desde mayo. Fue caminando a la oficina y llegó al trabajo con gesto risueño. Su ayudante, Agnes, también había leído el artículo la noche anterior y, ante la duda de cómo reaccionaría Nadia, no se atrevió a hacer ningún comentario. Enseguida notó su buen humor.

También se sintió bien haciendo caso omiso cuando Nicolas la llamó al móvil. De algún modo, había dado un giro, y tenía muchas ganas de que su abogado regresara. Estaba lista para dar el paso. Había tardado tres meses, pero se sentía persona de nuevo. Era consciente de que se avecinaban tiempos difíciles, pero nada como el calvario que había sufrido desde mayo, al enterarse de la noticia de la aventura en la prensa rosa y, posteriormente, de que Pascale estaba esperando un hijo de él. Por fin estaba despertando de la pesadilla.

Venetia la llamó para ver qué tal estaba y, aunque Nadia le dijo que se encontraba bien, su hermana se lo notó en la voz.

—Eres mejor persona que yo. A mí me dieron ganas de asesinarlo cuando leí la entrevista anoche —comentó Venetia, aún disgustada por ello. A Ben tampoco le había gustado y opinaba que alardear de la aventura era de mal gusto. No culpó a Rose; le echó la culpa de todo a Nicolas. Rose se hallaba al frente de una empresa, con un consejo editorial y unos propietarios a los que debía satisfacer, mientras que lo único que Nicolas tenía que satisfacer era a su ego y a su amante.

—Pobre mamá, estaba muy agobiada con esto. La llamé y le dije que me encontraba bien, y lo estoy realmente —dijo Nadia en tono alegre.

—Sé que ha estado muy angustiada por esta historia. Mientras tú estés bien, lo demás nos trae sin cuidado a todas. Y que le den —dijo

Venetia, y Nadia se echó a reír.

Nada más colgar, su ayudante le dijo que tenía una llamada, de un hombre que había telefoneado dos veces esa mañana antes de que Nadia llegara.

—Le ha dado el contacto una tal señora Archer de Londres. Ha dicho que era una clienta. Será anterior a mi llegada. —Agnes solo llevaba un año trabajando para Nadia, tras estudiar diseño de interiores en Londres y Nueva York. Inteligente, joven y dinámica, le encantaba trabajar para Nadia, aunque esta no atravesara su mejor momento en los últimos meses y el negocio se hubiera resentido—. ¿Quieres que te pase la llamada? —le preguntó Agnes—. Se llama Gregory Holland.

—Claro —respondió Nadia, con ánimos renovados—. Señor Holland, soy Nadia Bateau. ¿En qué puedo ayudarlo?

Él explicó que era un viejo amigo de una antigua clienta de Nadia en Londres, que la había recomendado. Acababa de mudarse de Nueva York para dirigir una delegación parisina de un banco de inversiones estadounidense. Dijo que había alquilado una casa en el distrito XVI y que abrigaba la esperanza de que dispusiera de tiempo para decorarla. Su amiga le había advertido que estaba muy solicitada.

—Me temo que yo no tengo ni el talento ni el tiempo —dijo con voz grave.

—¿Qué superficie tiene? —preguntó ella, empuñando una libreta y un bolígrafo para apuntar su nombre.

—Cuatrocientos metros cuadrados.

—Es bastante grande —comentó ella—. ¿Está con su familia?

—No, estoy divorciado. Sin esposa, sin hijos. Soy oriundo de Texas, me gustan las cosas a lo grande —señaló, y ella sonrió—. ¿Podríamos vernos en persona para hablar? Me alojo en el Ritz hasta que me instale definitivamente. ¿Le parece bien si quedamos a tomar algo?

Aunque tendría que avisar a la canguro de que llegaría más tarde, le pareció un candidato interesante.

—Me encantaría —respondió ella en tono comedido, pensando que ojalá se hubiera puesto algo más vistoso para ir a trabajar. Llevaba un discreto traje pantalón negro de Dior, pero su estilo sencillo y

profesional le sentaba bien.

—¿A las seis? ¿En el Bar Vendôme del Ritz? —preguntó él.

—Me parece perfecto. ¿Cómo lo reconoceré?

—Llevaré un libro y una rosa roja en la mano, e iré con un sombrero negro. —Por un momento ella temió que se tratara de un chiflado, y acto seguido él se echó a reír—. Mido uno ochenta y tres, y tengo el pelo blanco —añadió con desenfado. A ella le cayó bien incluso antes de conocerlo. Confiaba en que tuviera buen gusto, pero, de lo contrario, podría educarlo.

—Yo mido uno cincuenta y siete, tengo el pelo castaño oscuro, y llevo puesto un traje pantalón.

—He visto su fotografía en la página web. La reconoceré. Nos vemos a las seis.

Estuvo ocupada el resto de la jornada. Habló con varios de sus clientes, encargó a Agnes que revisara los pedidos pendientes ahora que las fábricas reabrían sus puertas después del verano, y consiguió un Uber a las cinco y media para que la llevara al Ritz. A pesar del denso tráfico que cruzaba hacia la margen derecha, llegó puntual, y subió la escalinata del venerable hotel. Siempre había sido su favorito de París, incluso desde su remodelación. Sabía que era el más caro, más que nunca desde que le dieron un lavado de cara, de modo que, si él se alojaba allí, lo más probable es que el presupuesto del que disponía para la vivienda fuera considerable.

Nada más entrar, echó un vistazo al bar mientras se preguntaba cómo lo reconocería si no estuviera de pie, e inmediatamente lo localizó: tenía el pelo blanco bien cortado e iba vestido con un traje azul oscuro, una impecable camisa blanca y una corbata azul marino de Hermès. Se puso de pie en cuanto ella se dirigió a la mesa; era tan alto como había dicho. A pesar de las canas, su aspecto era joven y atlético, y calculó que tendría unos cuarenta y tantos años como mucho. Tenía los ojos azules, una amplia y agradable sonrisa, y un hoyuelo en el mentón. Poseía la planta de un galán de cine.

—Gracias por quedar conmigo con tan poca antelación. Acaban de darme el contrato de la casa este fin de semana, y estoy deseando ponerme manos a la obra. La ubicación es estupenda, el edificio tiene

servicios completos de conserjería, lo cual me viene bien. En realidad, es una casa independiente en el interior de un edificio.

Nada más sentarse, un camarero se aproximó a la mesa. Nadia pidió vino blanco y él un whisky escocés. Era un estadounidense de pura cepa, lo mejor de su casta, apuesto y en magnífica forma. Daba la impresión de que iba al gimnasio con asiduidad, y es probable que tuviera uno propio. Su traje era de un corte impecable. Se trataba de una persona resolutiva, eficiente, tenía un trabajo impresionante y parecía un tipo legal. Ella percibió un tenue dejo texano, apenas perceptible, en su manera de hablar, y él quería el trabajo para ayer.

—Es una casa grande para una persona —comentó ella, mientras le enseñaba los planos y las fotos que había traído. Le parecieron interesantes.

—Me gusta disponer de un montón de espacio, y a menudo recibo invitados por motivos de trabajo. Por cierto, necesito el nombre de una buena empresa de cáterin. —A ella le gustaba tratar con clientes como él, decididos y poco ceremoniosos. Sabían lo que querían, no se dejaban llevar por las emociones y rara vez se equivocaban.

Ella anotó el nombre de la mejor empresa de cáterin de París, junto al de otra más pequeña para cenas íntimas, y le tendió el trozo de papel. Él se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Viví en Londres cinco años —explicó él—. Estoy deseando afincarme en París. Esa es la ventaja de no tener esposa ni hijos: dispongo de libertad para moverme, me despreocupo de colegios, o de que alguien se queje de que nos mudamos. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Vivo aquí desde los veinte años. Me vine a estudiar a la Sorbona, y me quedé. Yo estaba…, he estado…, estoy —se corrigió— casada con un francés.

—Eso suena algo impreciso. ¿Pasado o presente? —dijo en tono burlón, y ella se puso como un tomate.

—Lo siento, de momento es algo impreciso. Estamos separados. —Se mostraba reacia a contarle su vida privada, lo cual era poco profesional, pero ya había incurrido en el error.

—Es una lástima. Yo me he divorciado dos veces. No es plato de

buen gusto. Por suerte, sin hijos de por medio. La primera vez me casé con mi encantadora novia del instituto, que resultó no ser tan encantadora —dijo con una sonrisa irónica—. La segunda vez fue con una figura del mundo financiero. Una mujer brillante, una esposa lamentable. Me engañó con mi entrenador. En mi opinión, eso es caer un poco bajo. De hecho, se casó con él cuando nos divorciamos. Y aquí estoy. —No parecía afectado por ello. Ella no lo puso al corriente acerca de Nicolas y Pascale—. ¿Tienes hijos?

—Dos niñas. —Sonrió—. De siete y diez. Ahora hablemos de tu casa. Descríbeme la casa de tus sueños. Si tuvieras una varita mágica, ¿qué querrías? —Le gustaba hacer realidad y mejorar los sueños de la gente.

—Todo —respondió él—. Una sala de estar enorme, que la tiene. Me gustan los muebles voluminosos, soy un hombre grande. Un dormitorio fabuloso, un gimnasio. Un comedor donde poder recibir invitados. Una gran mesa con cabida para entre diez y veinticuatro comensales. Un cuarto acogedor para trabajar en casa. La vivienda cuenta con todo lo necesario en términos de espacio, pero las habitaciones amplias pueden parecer frías si no se decoran bien. Ahí es donde entras tú.

—¿Colores?

—Azul, verde y rojo oscuros, buena iluminación para las obras de arte. —Tenía las ideas muy claras, algo que en algunos aspectos facilitaría las cosas y en otros las complicaría si no se mostraba abierto a nuevas ideas—. El gris antracita también me gusta.

—¿Moderno?

—Tradicional, clásico. —Igual que su estilo de vestir—. Me gustaría enseñarte la casa cuando tengas tiempo. Esta semana ando bastante liado. ¿Qué te parece el fin de semana?

Nadia sabía que tendría que conseguir una canguro, o tal vez Nicolas se ocupase de las niñas durante unas horas. Ahora esa era la parte más difícil de estar sola: hacer malabares entre sus compromisos laborales y sus hijas —pero ese era su problema, no del cliente, y no estaba dispuesta a endosárselo a él; no parecía el tipo de hombre dispuesto a tolerarlo—. Él esperaría que estuviese disponible cuando

él lo estuviera y, como no tenía hijos, no se compadecería de ella. Tenía otros clientes de este estilo y, siempre y cuando les entregase lo que pedían en el plazo acordado, todo iba sobre ruedas. Y le gustaba trabajar con empresarios como él; eran decididos, tenían las ideas claras y no desperdiciaban el tiempo.

A las siete en punto, tras pagar la cuenta, él le anotó la dirección de la casa y acordaron verse el sábado a mediodía. A continuación, se levantaron y salieron del Ritz. Era formal, pero a ella le gustaba. Era listo, rápido, y eficiente, y también había sido un placer trabajar con la clienta que él conocía. Dijo que había quedado para cenar directamente.

Se estrecharon la mano delante del Ritz, y mientras Gregory Holland se metía en su coche, el portero le pidió un taxi a Nadia. Holland conducía un elegante modelo deportivo Bentley negro. Estaba claro que tenía dinero, aunque no alardeaba de ello ni caía en la vulgaridad. Y siempre y cuando se le ocurrieran ideas que le gustaran, y cumpliera sus plazos, pensó que tenía un nuevo cliente. Estaba deseando ver el aspecto de esa «casa independiente en el interior de un edificio» y ponerse manos a la obra.

De camino a casa se sintió viva de nuevo. A lo largo de los últimos cuatro meses no había tenido otra cosa en la cabeza que la aventura de Nicolas. Había dejado aparcado su negocio, y por fortuna, gran parte de ese tiempo había coincidido con el parón de los meses de verano, con prácticamente todo cerrado en Francia en agosto. Se había sentido descentrada con sus hijas, deprimida debido al colapso de su matrimonio, indiferente hacia sus clientes, y ahora de repente se sentía encarrilada, lista para comerse el mundo. Gregory Holland era el preludio de una nueva etapa de su vida. Se había pasado once años casada, anteponiendo las necesidades de los demás a las suyas, cuadrando su agenda de trabajo con las de ellos, preocupándose por la carrera de Nicolas con cada libro nuevo, aconsejándole con tacto cuando leía sus manuscritos, estando disponible a todas horas, en el trabajo, en casa… Ahora solo estaban ella y las niñas. Si bien es cierto que sin la presencia de otro adulto a veces sería necesario hacer malabares, especialmente los fines de semana, también tendría una

persona menos a la que cuidar y por la que dejar todo. A veces, en particular cuando escribía, Nicolas era dependiente y exigente, casi como un niño.

Conocer a Gregory Holland había sido un soplo de aire fresco en su trabajo. Intuía que su casa sería alucinante, más aún si conseguía el encargo. De momento, no tenía ningún otro proyecto de gran envergadura. La vivienda que había decorado en Madrid en mayo fue un encargo muy ambicioso en el que el cliente se había gastado una fortuna. Esa fue la razón por la que le resultó imposible acompañar a Nicolas en el Festival de Cannes, a raíz del cual su vida en común se había ido al traste. Justo antes de eso había comenzado a decorar una casa de veraneo fabulosa en Punta Cana, en la República Dominicana, compaginando ambos proyectos durante más de un año. Pero desde lo de Madrid, se había tomado un respiro. Ahora disponía de tiempo para abordar un gran encargo y le resultaría fácil gestionarlo en el mismo París, y no en el extranjero.

Como uno de sus clientes estaba buscando una vivienda nueva y más grande en Londres, pero todavía no había encontrado lo que quería, y ella solo tenía un nuevo encargo en Londres, una pequeña segunda vivienda que no le supondría grandes complicaciones, el encargo de Gregory Holland le vino como anillo al dedo. Su trabajo siempre era barco lleno, barco vacío; o bien cinco de sus clientes se compraban casas nuevas, la mitad de ellos en ciudades diferentes, o bien tenía una racha tranquila, casi siempre breve. Su reputación la precedía, y con el tiempo y el boca a boca, fueron llegando nuevos clientes. Un proyecto especialmente lucido, para una clienta que quería sacarlo en todas las revistas, la ayudó a levantar su empresa. Le había ido de fábula en los últimos diez años, y era una de las decoradoras más jóvenes y de mayor éxito de París.

Puso a Nicolas al corriente de que tenía una reunión importante con un posible nuevo cliente, y él, mostrando buena disposición a amoldarse a ella, accedió a llevarse a las niñas a dar una vuelta unas horas el sábado, aunque comentó que tenía previsto irse a Bretaña esa

noche y quedarse allí unos cuantos días para ayudar a Pascale a instalarse. Le dijo que se había alquilado un pequeño apartamento amueblado en París esa semana. La idea no parecía entusiasmarlo, pero para ella era un alivio que la hubiera tomado en serio y que estuviera siguiendo adelante. A Nadia también le daba la sensación de tener su vida más encauzada.

Nadia llegó con cinco minutos de antelación a la cita y esperó en la puerta del impresionante edificio de piedra, con altas ventanas repujadas y puertas metálicas que requerían un código de acceso. Al asomarse al patio, vio un vigilante jurado, un aparcacoches y un guarda, todos debidamente uniformados con trajes negros, y en la entrada del patio, gigantescos maceteros de mármol con palmeras. Mientras miraba, Gregory Holland se aproximó en su coche, abrió las pesadas puertas con un mando a distancia y entró. Ella siguió a pie el coche; él desplegó sus largas extremidades para salir del vehículo y se lo entregó al aparcacoches. Era rarísimo tener esa clase de personal en un edificio residencial en París, a diferencia de Nueva York o Los Ángeles, donde era habitual.

Nada más acceder al patio, se dio cuenta de que escondía una vivienda independiente de hermosas proporciones. Gregory dio los buenos días a Nadia y se dirigió a la casa.

—¿Es esa la casa?

Se sorprendió. Solo había visto una vivienda oculta como esa en una ocasión. Era como una sorpresa mágica tras las puertas del edificio que la rodeaba. Al llegar a los escalones de entrada, él sacó la llave de su bolsillo.

—El edificio entero consta de grandes pisos de una planta. La casa es más bien un hogar. Cuenta con piscina, bodega, gimnasio, un cine en el sótano; la mayoría, espacios que no tendré tiempo de usar, excepto el gimnasio y la piscina. Es algo así como una gigantesca guarida de soltero. Hay un dormitorio principal con baño en la planta de arriba, una habitación de invitados en la de abajo, y un estudio al que sacaré mucho partido. Las salas están en la planta principal. La verdad es que me ha tocado la lotería —dijo, al tiempo que abría la puerta—. Es justo lo que necesito, y totalmente protegida en este

patio, con grandes medidas de seguridad en el edificio y cámaras de vigilancia por todas partes. Antes de venir aquí guardé algunas de mis obras de arte en un almacén, pero el edificio es tan seguro que voy a encargar que me las envíen.

En la búsqueda en internet que ella había realizado después de la reunión, descubrió que era un importante coleccionista de arte contemporáneo, pero no se citaba a los artistas. Mientras seguía a Gregory al interior de la casa, advirtió que llevaba la falda manchada de ciruela.

La planta principal de la casa tenía un inmenso vestíbulo que conducía a una enorme sala con comedor, cocina de última generación y vistas a un jardín vallado. Su inquilino podría perfectamente organizar allí una fiesta para doscientas personas, o una cena para veinte o treinta. Tal y como le había descrito, al subir la curvilínea escalera de mármol se accedía a una bonita suite para invitados, a un despacho, y al dormitorio principal, con un vestidor y una enorme bañera circular, en la última planta. La casa había sido remodelada en un estilo elegante y minimalista, casi masculino, que encajaba con él. Carecía de todos los pequeños toques femeninos que le habrían gustado a una mujer, o que tal vez la casa tuviera antes de la reforma. Le daba la razón: era la guarida de soltero perfecta y una casa de ensueño para cualquier hombre. Estaba hecha para él, encajaba con su estilo según la percepción de Nadia y lo que la experiencia le había enseñado acerca de la gente y los hogares, aunque siempre se encontrara con alguna sorpresa, precisamente lo que le gustaba de su oficio.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó después de recorrer la casa entera, incluidos la bodega y el gimnasio.

—Me parece que has encontrado una auténtica joya. He oído hablar de estas viviendas en patios, pero solo había visto una, y era pequeña y oscura. Aquí se ha llevado a cabo una magnífica reforma. —Y había tragaluces en varios sitios clave—. Es una casa francamente bonita.

—En un principio buscaba algo más pequeño. Pero cinco años es mucho tiempo y echaría de menos mis obras de arte, así que voy a encargar que me las envíen. La casa se presta muy bien al tipo de arte

que colecciono. Cuenta con todo el espacio necesario, será magnífica para recibir invitados y dispongo de un cuarto de invitados por si fuera necesario. Para ninguna de mis esposas habría tenido suficientes armarios.

Sin embargo, había dos buenos vestidores para él, con lo cual tenía de sobra. A Nadia le agradaba la personalidad de la casa y la sensación masculina y diáfana que se respiraba, sin detalles caprichosos que la recargaran o espacios sagrados que molestaban a la mayoría de los hombres, excepto si trataban de complacer a sus esposas. Dado que él había mencionado sus dos matrimonios y esposas con cierto sarcasmo, no le parecía un posible candidato para el matrimonio y tenía la convicción de que su expectativa era vivir allí solo, algo que no le disgustaba.

Para ella, todo en él personificaba al hombre de negocios estadounidense en la cima de su sector. No era un presidente de banco cualquiera: era un experto en inversiones, y estaba claro que había acertado con las suyas.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó de nuevo. Iba al grano en cualquier tema.

Ella, tras pasar toda su etapa de adulta en Europa, no estaba acostumbrada a hombres como él. Hasta sus clientes europeos más ricos e importantes eran más diplomáticos que Gregory. Y sin embargo encontraba fascinante su personalidad. Era como un misil magníficamente creado, diseñado para alcanzar el objetivo más insignificante con una precisión infinita. Nadia se dio cuenta de que no le gustaba desperdiciar el tiempo y de que deseaba que todo se gestionase de una manera expeditiva. Y le gustaba lo directo que era. Era un placer trabajar con clientes como ese.

—¿Cuál es tu visión? —preguntó, y a juzgar por su forma de decirlo, Nadia se sintió en la obligación de realizar una presentación en regla a los veinte minutos de poner los pies en la casa.

Le estaba planteando un gran reto. Sería necesario trabajar a buen ritmo, cumplir lo prometido, ajustarse a todos los plazos y aportar soluciones creativas que a él le resultaran atractivas. Le daba la impresión de no haber tenido nunca un cliente tan exigente o claro, y

que le hubiera puesto el listón tan alto. Era estresante, pero también muy emocionante, y tenía ganas de satisfacer sus expectativas y demostrarle a él y a sí misma que era capaz.

—Me gustaría tener un poco más de tiempo para pensarlo. —Le sonrió—. Pero, a bote pronto, con estos inmensos espacios abiertos en la planta principal, se me ocurre el blanco, quizá con algo en gris antracita, negro, aunque no demasiado; un comedor oscuro e íntimo con detalles que le impriman un brillo plateado moderno. Quizá alguna que otra escultura llamativa, incluso de gran tamaño, una posiblemente en el jardín, o bien alguna pieza de jade chino tallado; un contraste entre lo antiguo y lo moderno… —Le constaba que costaría un dineral—. Podríamos aportarle más esplendor, pero el blanco iluminaría en exceso. Marrones en el estudio, si te parece bien; varios tonos en chocolate o verde oscuro, ya que lo mencionaste. Un gris azulado argénteo, que invita al descanso, para el dormitorio. Podemos trabajar con varias texturas para darle relieve y colocar una gran obra de arte. En el cuarto de invitados se puede optar por tonos neutros, beis o gris, el que prefieras, tal vez un gris con un matiz berenjena. Podemos buscar una alfombra espectacular para la planta principal, o encargarla. Tengo muy buenos proveedores en India. Calculo unos seis meses, o un año en el peor de los casos. Y me gustaría ver las obras de arte que vas a traer, porque en algunos casos deberían servirnos de referencia. —Lo dijo con los ojos entrecerrados, imaginándoselo, y él la miró con creciente interés y patente admiración.

—Estás contratada. Martha tenía razón, eres increíble. Me gustan todas las ideas que acabas de proponer. ¿Aceptarías el encargo, una vez que vea una estimación de tus honorarios?

No obstante, ella tenía la clara impresión de que el presupuesto no iba a suponer un obstáculo, y según la mujer de Londres que le había dado las referencias, Nadia no era barata pero sí muy buena.

—Por supuesto que aceptaría el encargo. —Le sonrió—. Por eso estoy aquí. Me parece que será divertido trabajar contigo. ¿Para cuándo querrías la presentación? Y la acompañaré con una estimación del plazo y del presupuesto —añadió, respetando su estilo profesional

y sin rodeos.

—¿De aquí a una semana parece demasiado precipitado? —le preguntó—. Se me da mejor ocuparme de este tipo de cosas los fines de semana.

Una semana iba a ser una carrera contrarreloj para reunir todos los materiales que quería mostrarle, junto con suficientes opciones que le resultaran interesantes e inspiradoras, pero sin abrumarlo o confundirlo.

—Puedo tenerlo para entonces —respondió ella con gesto resuelto. No le iba a quedar más remedio que pedir a su canguro que trabajase unas cuantas horas más los sábados por la mañana, hasta que no fuera necesario reunirse con él cada semana.

—Estupendo. —Él le sonrió de oreja a oreja y pareció relajarse. Alargó la mano y se la estrechó con firmeza, pero su mirada reflejaba más dulzura que al principio—. Eres una máquina, Nadia. Al menos tu separación o divorcio no ha hecho que disminuyas el ritmo, por lo que veo. La primera vez me pasé dos años hecho polvo. Me sentía muerto por dentro. La segunda vez tardé alrededor de ocho meses en superarlo. Durante un tiempo, el mundo me pareció gris. —Costaba imaginar que se mostrara excesivamente emotivo y afectado por cualquier cosa. Aparentaba estar en pleno control de su vida.

—Ha sido un verano difícil —reconoció ella—, pero ya estoy mejor. —No quería que pensara que estaba derrumbándose justo cuando la necesitaba—. Todo me pilló un poco desprevenida.

—Suele pasar —dijo él, con un tenue poso de amargura en su voz—. Alguien me dijo que no conoces a la persona con la que estás casado hasta que te divorcias. Creo que es cierto. Algunas personas se dan cuenta del error desde el primer instante. Yo no fui consciente en ningún momento. Supongo que mi propia estupidez me nubló la mente. En fin, espero que tu situación sea llevadera. Seguro que, a nivel emocional, es todavía más duro con hijos de por medio. En cualquier caso, el tema económico puede ser bastante desagradable.

A ella no le extrañaba que mujeres codiciosas hubieran querido sacar tajada. Daba la impresión de que procedía de una familia pudiente, que había amasado una fortuna por sus propios medios, y

que encima tenía un gran trabajo. Era el blanco perfecto para gente que quería aprovecharse de él, lo cual no era su caso con Nicolas: no había inmensas fortunas de por medio, lo que Nicolas había heredado de sus padres le pertenecía única y exclusivamente a él, y ella no ponía objeciones. Nadia contaba con una exitosa empresa propia; el problema con Nicolas no guardaba relación con el dinero. Se imaginó que Gregory llevaba una vida solitaria en un mundo exclusivo, nada más lejos de su situación. Gregory Holland estaba centrado en los negocios.

—Tendré la presentación lista para la semana que viene —dijo ella con una sonrisa, y dieron una última vuelta para cerciorarse de que no se les pasase nada por alto. Si la contrataba, sería necesario presentarle diversas propuestas. Nadia tomó unas cuantas notas y, cuando él activó la alarma, salieron juntos. Se moría de ganas de llegar a casa para ponerse a trabajar el fin de semana. Él se metió en su coche y se marchó, mientras ella se dirigía al suyo, aparcado en la calle.

Dos horas después de salir de casa, Nadia contaba con un nuevo y ambicioso proyecto, el cual pensaba que podría salir de maravilla, sumado a un nuevo cliente. Fue al encuentro de Nicolas al parque para recoger a las niñas. Esa tarde iba a hacer recados con ellas.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Nicolas. Lo estaba pasando bien con sus hijas, correteando y dejando que le dieran alcance. Se le iluminaron los ojos al ver a Nadia. Le pareció que estaba preciosa con el jersey rojo, los vaqueros y unas botas de montar de Hermès negras, domadas en su justa medida para darle un aire chic.

—Genial. Me parece que va a contratarme. Ha encontrado una bonita casa en un patio. Es el típico hombre de negocios estadounidense, seguramente duro de pelar, pero listo, sagaz, honesto, directo, sin tonterías y con un montón de dinero.

—Los tíos así me ponen los pelos de punta.

Nicolas tenía alma de artista y llevaba escribiendo desde la niñez. En tiempos mejores, fue sensible, tierno y gracioso. Gregory Holland no era ninguna de esas cosas. Su nuevo cliente no poseía dotes artísticas a simple vista, pero en cierto modo era un alivio. No se vería

en la obligación de adular su ego o andarse con jueguecitos con él. Su única obligación era trabajar como una mula para que el interior de la nueva casa quedase bonito. Un reto, sí, pero se veía capaz de superarlo. Y la casa poseía un buen potencial. Le resultaba mucho más fácil que lidiar con el embolado en el que su marido los había metido.

En ese momento se dispuso a marcharse, y Nicolas le dijo que se pondría en contacto con ella a su regreso de Bretaña al cabo de unos días. Por lo visto no tenía pensado quedarse mucho tiempo. La casa de la madre de Pascale era diminuta, con un solo cuarto de baño, y estaban muy apretujados; Nicolas estaba acostumbrado a espacios grandes y más comodidades. Tampoco es que la mujer le cayera en gracia, pues la encontraba chillona y ordinaria, pero era útil y se había comprometido a hacerse cargo del bebé de Pascale para redimirse de los pecados que cometió en el pasado con su hija.

Nadia se puso a elaborar ideas y dibujos para Gregory Holland el sábado por la noche y, de nuevo, el domingo por la noche después de que se durmieran Sylvie y Laure. Para el lunes ya iba viento en popa y sabía qué rumbo estaba tomando. Seleccionó tejidos de los proveedores con los que le gustaba trabajar, incluyó unas cuantas fotografías de esculturas en sus cuadros de sugerencias y escaneó los dibujos y las fotografías para mostrarle cómo quedaría.

El martes, por fin, Nadia consiguió reunirse con su abogado, al que no había visto desde finales de julio. Lo puso al corriente de su intención de divorciarse y de su actual separación.

—¿Quiere iniciar los trámites de divorcio, madame Bateau, o esperar a que su marido lo haga?

Esa idea no la atraía, él volvería a tener la sartén por el mango, marcaría los tiempos. Si él se opusiera al divorcio, podría retrasarlo una eternidad o durante muchísimo tiempo. Y si su matrimonio estaba totalmente roto, deseaba cerrar esa puerta para siempre y ser libre.

—Se buscó un pequeño piso la semana pasada —le comunicó a su abogado—. No se ha llevado sus cosas, pero estoy segura de que lo hará pronto.

—Parece ser que aún tiene un pie plantado en su terreno y es probable que desee seguir así mientras se decide —señaló el abogado con buen criterio.

—Dice que no quiere el divorcio, que quiere volver. Pero sigue con su amante y van a tener un hijo.

—¿Está segura de que quiere el divorcio, madame Bateau? —le preguntó con toda la intención. Había tenido bastantes clientes que habían cambiado de parecer. A veces sencillamente era demasiado difícil soltar lazos, y él sospechaba que ella seguía enamorada de él, a pesar de que se envalentonara diciendo que estaba hasta la «coronilla».

—Creo que sí —respondió ella en voz baja—. Por lo pronto, quisiera una separación legal en la que oficialmente se reconozca que no estamos conviviendo y que no deseo que continúe en la casa, ni siquiera que finja hacerlo delante de mis hijas. Siempre tenemos la posibilidad de divorciarnos más adelante. Yo me lo planteo más bien por etapas, al menos eso es lo que me resulta más cómodo. —Ella deseaba su libertad, pero a un ritmo digno, que en su opinión también sería mejor para las niñas. Bastante conmoción habían sufrido ya todas.

—Podemos iniciar los procedimientos para una separación legal ahora. Siempre hay tiempo de formalizar el divorcio —explicó el abogado.

Nadia era consciente de que necesitaba tiempo para aclimatarse a cada paso del camino, a medida que el aire se volviera menos denso, como en el alpinismo. De momento, tenía presente que sería capaz de gestionarlo mejor sin dejarse llevar por el pánico, por etapas. Aún tenían pendientes las cuestiones económicas y la custodia, y sabía que Nicolas tampoco estaba preparado para discutir eso. Pensaba que sería más conveniente para ella abordar los temas espinosos después del nacimiento del bebé, en vez de agobiarlo más, pues ya estaba con los nervios a flor de piel por el hecho de tener un hijo con una mujer a la que apenas conocía. Según él, se había enamorado de Pascale a primera vista, pero Nadia no se lo creía. Se había quedado prendado de Pascale y la deseaba incluso embarazada. Nunca antes había visto

un cuerpo femenino tan bello, pero eso era otro cantar. Ella tenía unos modales, una mentalidad y unas ideas que chocaban con las de Nicolas, aunque él hiciera la vista gorda con tal de estar con ella. Para Nadia, su relación con Pascale tenía más de lujuria que de amor.

Aunque la separación que ella deseaba no era la panacea, se sintió mejor después de su cita con el abogado. Iba por buen camino, avanzando despacio, pero no obstante era un pequeño y definitivo paso adelante hacia la disolución de su matrimonio.

Esa noche sintió una extraña paz, y por la mañana retomó la propuesta en la que estaba trabajando para Gregory Holland. Fiel a su extraordinaria ética del trabajo, Nadia tenía todo a punto para el sábado siguiente, cuando se reunió con él en la casa. Llevaba una propuesta magníficamente perfilada, con suficientes opciones, pero no demasiadas para no abrumarlo. Poseía un buen instinto para saber dónde se hallaba el límite de la mayoría de sus clientes, en especial de los hombres, incapaces de aguantar demasiadas opciones decorativas, pues se aturullaban y rechazaban todo con tal de evitar tomar decisiones.

A Gregory Holland no le daba miedo tomarlas, lo hacía a diario en su despacho. Nadia le entregó la carpeta y se sentaron en las escaleras que conducían al dormitorio y al estudio. Él hizo muy pocas preguntas y no dijo nada mientras la ojeaba. Había muestras de tejidos pegadas por todas partes, cartas de colores de pintura y fotografías de acabados que en opinión de la interiorista le darían un toque más interesante a las habitaciones y le aportarían textura. Cuando terminó, él la miró y se la devolvió. Por un momento, ella no entendió el significado del gesto, si estaba rechazando su propuesta de plano o si se sentía demasiado confundido como para decantarse por algo.

—Fabuloso —comentó, al tiempo que se sentaba más cerca de ella en las escaleras.

—¿Qué parte? —le preguntó ella.

—Todo. Eres un genio. —Y había echado un vistazo al presupuesto estimado sin poner ninguna pega.

—¿Podemos elegir algunas opciones? —le preguntó ella con tacto, y le tendió la carpeta de nuevo. Repasaron punto por punto mientras él

seleccionaba su alternativa favorita para cada propuesta. El proceso fue rápido, sencillo y eficaz, y en varios casos le encantaron todas las propuestas. Era el cliente más fácil con el que había tratado hasta la fecha. Terminaron en menos de media hora, incluidas las explicaciones del porqué ella opinaba que algunas de las elecciones funcionarían bien. Y a él la habitación de invitados en gris con un matiz berenjena le pareció el epítome de la elegancia. Hasta eligió varios muebles tapizados, grandes sofás para la sala de estar, enormes sillones de cuero verde oscuro para su estudio y una mesa de comedor con capacidad para treinta comensales. Con las opciones escogidas, la casa tendría un aire decididamente masculino, acorde con él. Le había enviado por correo electrónico imágenes de las obras de arte que le iban a traer desde Nueva York, todas de artistas de primer orden, como Rothko, Pollock, Warhol y un impresionante Picasso que iban a colgar en la sala de estar.

—Creo que nunca he conseguido terminar esta parte del proceso tan deprisa —comentó ella, sonriéndole mientras salían de la casa—. Es fabuloso. Haré todos los pedidos el lunes.

No se lo había prometido a él, pero sí a sí misma, tener la casa lista para Navidad, a solo tres meses vista. Le había dado una fecha más tardía con el fin de que no se desilusionara si no llegaban todos los pedidos con la rapidez que ella esperaba, o si surgían imprevistos o retrasos.

—Eres una máquina, Nadia —dijo con admiración—. ¿Tienes tiempo para comer?

Era un sábado lluvioso y las niñas estaban por ahí con unos amigos. Había empezado a organizarse los sábados para sus reuniones matinales.

—La verdad es que sí —respondió enseguida.

—¿Te gusta Costes?

Era moderno y popular, muy frecuentado por modelos y gente del mundillo de la moda, con buena comida y una terraza ajardinada cubierta todo el año. Estaba situado a una manzana del Ritz, en un pequeño hotel con encanto. Casi siempre estaba de bote en bote, en particular durante cualquiera de las semanas de la moda. Era muy

entretenido observar a la gente allí.

—Me gusta mucho.

Se podía tomar cualquier cosa, desde una ensalada hasta una comida en toda regla, y, como la cocina era más internacional que estrictamente francesa, a los estadounidenses les encantaba.

Cuando llegaron al hotel, había música en directo en el vestíbulo que conducía al restaurante. El jardín tenía un aspecto luminoso y alegre bajo el toldo y las estufas caldeaban el espacio al aire libre, mientras decenas de camareras jóvenes y sexis iban de acá para allá en minifalda atendiendo las mesas. A petición de Gregory, el metre los condujo a una mesa tranquila en el rincón. Comparado con la mayoría de restaurantes populares, no era demasiado ruidoso para lo concurrido que estaba, de modo que se podía conversar.

Gregory pidió un Bloody Mary y, para comer, rollitos de primavera y ensaladas. Sonrió al reclinarse en el asiento y mirarla.

—Es curioso, Nadia, a mí me pareces muy francesa. Se me olvida que eres estadounidense. ¿También tienes orígenes franceses?

—Mi madre es mitad inglesa y mitad italiana, lo cual es un pelín contradictorio. Es increíblemente organizada y, al mismo tiempo, muy creativa. Creo que lo he heredado de ella.

—¿También se dedica al diseño de interiores?

A juzgar por lo competente que Nadia era, no cabía duda de que contaba con años de experiencia, a pesar de que aparentaba ser muy joven.

—Mi madre es la directora de *Mode Magazine* —respondió con un ápice de orgullo—. Se le da increíblemente bien su oficio. —Se le iluminó la cara al decirlo, y él sonrió.

—Eso he oído. No sabía que fuera británica.

—Yo he vivido aquí toda mi etapa de adulta, incluida la época universitaria, así que supongo que también he perdido gran parte de mis orígenes. He de reconocer que a estas alturas no me siento muy estadounidense. Siento como una especie de desarraigo. Mi marido era…, es… francés, igual que mis hijas. Aquí me encuentro como en casa. Ahora, cuando viajo a Estados Unidos, siempre me siento un poco fuera de lugar.

—¿Vas a menudo? —Tenía interés en ella, en quién era, en qué pensaba y qué hacía que tuviera tanto talento, porque para él estaba claro que lo tenía.

—Unas cuantas veces al año —respondió ella—. Tengo tres hermanas allí. Dos en Nueva York y una en Los Ángeles. Estamos muy unidas, aunque somos como la noche y el día, o nos parecemos «como la tiza y el queso», como dicen los británicos. Nadie diría que somos de la misma familia. Una de ellas, Venetia Wade, es diseñadora de moda; la que la precede es jueza de un tribunal superior de justicia; y la que vive en Los Ángeles es chef televisiva y gurú gastronómica.

Le hizo gracia.

—Menuda mezcla. Debió de ser divertido crecer en vuestra casa. ¿A qué se dedicaba tu padre?

—A las finanzas, y nos educó a todas. Había un montón de energía femenina bajo el mismo techo. Él lo gestionaba muy bien y fue un gran apoyo para la profesión de mi madre. Cuando nos juntamos las hermanas, nos lo seguimos pasando de fábula. Dos de ellas han venido en agosto con sus familias. Mi hermana mayor, la gourmet, tiene perros en vez de hijos.

Él se echó a reír.

—Una chica lista.

—Me da que los niños no te vuelven loco. —Le intrigaba eso. Él había hecho algún que otro comentario negativo acerca de los niños y del matrimonio.

—Yo no diría tanto —comentó él, y se quedó pensativo unos instantes mientras les servían los platos—. Simplemente nunca he querido tenerlos. —No era una persona cariñosa o afectuosa, pero indudablemente era muy listo, algo que ella encontraba interesante. Era rápido en sus respuestas y procesos mentales—. Me crie en un ambiente familiar científico. Mi padre era investigador y trabajaba para una gran compañía farmacéutica en Texas. Mi madre era médica. Querían que yo estudiase Medicina también, pero a mí siempre me ha atraído el mundo de los negocios. Las inversiones me resultan fascinantes y me encantan las iniciativas empresariales. ¿A qué se dedica tu exmarido, si no es mucho preguntar?

Nadia dio un respingo al oírle referirse a Nicolas como su exmarido, pero se dio cuenta de que no tenía más remedio que acostumbrarse a ello, dado que lo iba a ser.

—Es escritor, novelista.

A Gregory le picó la curiosidad.

—Debe de haber sido muy interesante. ¿De *bestsellers*?

Asintió con la cabeza.

—Es muy conocido aquí. Por lo demás, es una historia bastante aburrida. Se han hecho varias películas basadas en sus libros. En la última, tuvo una aventura con la protagonista. La típica basura sensacionalista. Van a tener un bebé dentro de un par de semanas.

Su cliente hizo una mueca de dolor.

—Vaya, apuesto a que eso dolió. Me figuro que pedirías el divorcio.

—Estoy en ello. Acabo de empezar el proceso. He tardado varios meses en recobrar el aliento.

—Lo siento, Nadia. Debe de haber sido muy desagradable sobrellevarlo. Mi último divorcio fue una minucia en comparación con eso, aunque para mí tampoco fue plato de buen gusto encontrármela en la cama con mi entrenador. Me fui de casa esa noche. Le di el apartamento. Ya ves por qué no soy demasiado partidario del matrimonio. Al final lo superas, pero te deja cicatrices.

Ella asintió con la cabeza, plenamente consciente de que las suyas todavía estaban abiertas, aunque se sintiera mejor.

—Aquí la gente tiene escarceos cada dos por tres. Es el único aspecto de la cultura francesa que me sigue chocando. No le encuentro sentido a estar casado y ser infiel.

—¿Cómo lo llevan tus hijas?

—Vamos tirando. Es un cambio. Y no les hace mucha gracia lo del bebé. Es un varón, lo cual será una tremenda alegría para mi marido, puesto que es francés.

—Debes de haberlo pasado muy mal —dijo él con dulzura, y le tocó la mano. Al hacerlo, ella se sorprendió, lo miró desde el otro lado de la mesa y sonrió.

—Gracias. Ha sido duro, y todo fue un *shock*. No habría sido capaz de sobrellevarlo sin mis hermanas. Querían quemarlo en la hoguera.

Todavía tengo que mantener relación con él, es el padre de mis hijas.

—Esa es otra razón para no tener hijos. Te atan al cónyuge indeseado para siempre. Más vale cortar por lo sano y cada uno por su lado. Lo único que perdí con el divorcio, aparte de dinero, fue un perro. Lo echo de menos, pero es feliz con ella. Siempre puedo hacerme con otro perro. Igual me decido aquí.

No parecía atado emocionalmente a nadie ni a nada. Era muy distinto a los hombres que ella conocía, muy desapegado y libre de responsabilidades, y daba la impresión de que le gustaba vivir así. Se preguntó si se sentiría solo, pero no tenía la suficiente confianza con él como para preguntárselo y, al fin y al cabo, se trataba de un cliente.

—¿Tienes hermanos? —le preguntó, con ganas de saber más de él también.

—No, soy hijo único.

—Igual que mi marido y uno de mis sobrinos. Es muy diferente. Mi sobrino es muy maduro para su edad, nunca se relaciona con niños excepto en el colegio.

—Así fue mi infancia también. A mí me gustaba. Pensaba que los demás niños eran tontos. Visto en retrospectiva, creo que en realidad no tuve una infancia propiamente dicha. Tal vez no sea para tanto, porque me sirvió para madurar antes. No desperdicié mucho tiempo con embudos y mangueras para la cerveza y fiestas de fraternidades. Cuando me fui a la universidad, ya era un hombre hecho y derecho.

Ahora ciertamente lo era. Ella cayó en la cuenta de que esa era su singularidad. Que, a pesar de su atractivo, no era juguetón, no tenía un lado infantil. Era un adulto de la cabeza a los pies. También le dio lástima y se preguntó qué haría para divertirse. Era muy disciplinado y estaba centrado en su trabajo. Cada encuentro tenía un propósito, incluso su almuerzo. Como era su decoradora, la finalidad era conocerla mejor; ella cumplía un cometido en su vida. Estaba segura de que, de no haber sido su diseñadora, jamás la habría invitado a comer. Tenía la certeza de que era listo para los negocios, pero le cabía la duda de que lo fuera en la vida. La diferencia entre los hombres franceses y los estadounidenses era que a los primeros les gustaba jugar y divertirse. Les encantaba conversar con los demás.

Cuando ella tenía invitados en casa, se quedaban hasta las tantas filosofando, hablando de política o acerca de la vida. No era cuestión de trabajar de día y cenar de noche sin más, en línea recta como un robot. Gregory era prácticamente como un hombre biónico muy apuesto, sin mucho derroche de fantasía. Es probable que en su tiempo libre fuera al gimnasio a entrenar, que no llamara a un amigo para quedar a tomar un café. Los hombres estadounidenses eran diferentes a los franceses —en su opinión, más cariñosos e interesantes—.

A ella le encantaba el hecho de poder conversar con Nicolas hasta altas horas de la madrugada, dándole vueltas a una idea o debatiendo acerca de un concepto abstracto. Nicolas era un filósofo, un observador de la condición humana, hasta que perdió la cabeza por Pascale. La prioridad de Gregory era el dinero, cómo conseguirlo, cómo conservarlo, cómo invertirlo y sacarle rédito. Tenía una mentalidad diferente. Por otro lado, es probable que fuera más disciplinado y digno de confianza que cualquiera de los hombres que ella había conocido. Como él decía, era un hombre hecho y derecho, y lo había sido a lo largo de toda su vida.

Tras comer tranquilamente, él pagó la cuenta, salieron del hotel y fueron caminando a la Place Vendôme, desde donde él se dirigió al hotel y ella llamó a un taxi.

—Gracias por el agradable almuerzo y el rato contigo, Gregory —dijo ella en tono afectuoso.

—Llámame Greg. Me ha encantado. Vamos a crear una magnífica casa juntos, Nadia.

—Yo también lo creo. —Le sonrió.

Se metió en el taxi para que la llevara de vuelta a la margen izquierda; él la saludó con la mano conforme se alejaba.

Como las niñas aún no habían llegado a casa, se dirigió a su estudio y se sentó a la mesa. La fascinaba lo estadounidense que era Greg. Carecía por completo de ese aire descuidado, informal, algo dejado de los hombres franceses; era pulcro y de una rectitud intachable. Nadia era incapaz de imaginarlo haciendo alguna tontería o travesura, o dando la nota. Había en él algo sexy pero rígido. Y fuera como fuera,

parecía un hombre agradable. No se imaginaba saliendo con él, ni siquiera cuando se liberase de Nicolas, ni por asomo. Le resultaba inconcebible salir con alguien y mucho menos con un cliente. De momento, al margen de lo que dijera de Nicolas para sus adentros, o de su mezquindad, aún se sentía casada y se preguntaba cuánto duraría eso. Su vínculo con él todavía la tenía atada; sin embargo, con el tiempo, las ataduras se soltarían. Esa era su misión ahora: cortar todas las ataduras con Nicolas. Ya había comenzado el proceso.

11

Nicolas no fue a ver a las niñas durante las dos primeras semanas de octubre, pues se quedó en Bretaña con Pascale, esperando la llegada del bebé. Habían dejado la casa de Ramatuelle, donde habían pasado un agradable verano, a pesar de la gente superficial que se arremolinaba en torno a ella. Eso formaba parte del estrellato. Pero ahora, en la pequeña y atestada casa de su madre, se había centrado en el asunto de su futura maternidad, y Nicolas había prometido permanecer a su lado hasta que diera a luz, pese a que se aburría como una ostra en la pequeña localidad bretona. Pascale y él se pasaban las noches jugando a las cartas o viendo la televisión. Añoraba a Sylvie y Laure y las llamaba por teléfono a menudo, pero sabía que su obligación era estar allí con Pascale, al margen de lo que sucediera después, y deseaba hallarse presente en el parto de su hijo. Sería un momento mágico, cualesquiera que fueran las circunstancias. No había tenido contacto con Nadia desde que se fue de París, consideraba que le debía a Pascale ese tiempo. Hablar con su mujer habría sido demasiado violento; ambos sabían el motivo por el que se encontraba allí.

Pascale y Nicolas salían a dar largos paseos por la orilla del mar todos los días y comían los platos campestres que su madre cocinaba. Ella se sentía más pesada ahora, e incómoda por las noches, aunque estaba tan guapa como siempre. No veía la hora de que el embarazo llegase a su fin; a veces le decía al padre de su hijo que tenía la sensación de que los extraterrestres se habían apoderado de su cuerpo. El bebé pugnaba por espacio y, finalmente, tres días después de la fecha prevista, se puso de parto. Su madre y Nicolas la llevaron al hospital. Pascale había insistido en que deseaba un parto natural, pero no estaba preparada para sufrir un dolor semejante. Cuando llegó a un punto insoportable y quiso que la sedaran, era demasiado tarde. A él

le dio lástima al oír sus gritos desgarradores. Hicieron todo lo posible por ayudarla a mantener la calma y, al final, por mucho que luchó, el bebé la desgarró al venir al mundo. Después, se quedó tumbada llorando y se negó a acurrucarlo contra su pecho. Nicolas fue el primero en tomar en brazos a su hijo; era un bebé grande y fuerte, con un vigoroso llanto, el vivo retrato de ella. La madre de Pascale había dado a luz a los dieciséis y ahora era abuela a los treinta y ocho. Nicolas se quedó pasmado al caer en la cuenta de que era más joven que él.

Por extraño que pareciera, le apenó no poder compartir ese momento con Nadia. El bebé no lo había unido más a Pascale, no creó un vínculo entre ellos, lo cual lo sorprendió. Y se compadeció del niño, porque su madre no tenía ni idea de la maternidad, ni ganas de aprender. Y él era un padre renuente. Se había dejado embaucar, arrastrar por su lujuria hacia Pascale, pero sin albergar sentimientos profundos hacia ella.

Pascale miró a su hijo como si no le perteneciera, lo cual le recordó a Nicolas que para ser madre hacía falta más que el mero hecho de dar a luz. Había que desear serlo, y no era su caso, pues quiso traerlo al mundo, pero no tenía la menor idea de lo que eso significaba; no sentía apego hacia él. Su abuela comentó que a ella le había sucedido lo mismo al traer al mundo a Pascale. No eran mujeres maternales, sus hijos no habían sido fruto del amor hacia sus respectivas parejas —como era el caso de las hijas de Nicolas con Nadia—. La actriz quería librarse del bebé y recuperar su cuerpo. El parto no había sido la experiencia mágica que imaginaba. Fue largo, doloroso y duro. Fue demasiado para ella. Lo único que quiso hacer después fue dormir, y se negó a darle de mamar. Su madre ayudó a cuidar al bebé en el hospital, igual que Nicolas. Sin embargo, la situación era muy diferente a la que había vivido con Sylvie y Laure. Nadia y él habían compartido la tarea con entusiasmo, mientras que su hijo había venido al mundo con una madre que todavía era una cría y un padre que se sentía culpable cada vez que lo miraba. Este quería al bebé, pero no formaba parte de su familia; era una entidad separada. Cuando a Pascale le dieron el alta y se marchó a casa de su madre, Nicolas pasó

unos días con ellas, sintiéndose como un extraño, y luego regresó a su piso de alquiler en París. Su único deseo era poner tierra de por medio; sabía que su lugar no estaba en Bretaña con ellas. Tenía ganas de ver a sus hijas, de enseñarles fotos de su hermano. Lo entristecía el futuro del niño, con Pascale y su madre. Nicolas iba a hacerse cargo de su manutención, y ya lo hacía, pero para criar a un hijo se precisaba algo más que dinero, y él no tenía intención de estar constantemente presente en la vida de su hijo. No podía.

Habían posado para que la madre de Pascale les hiciera unas fotografías, Nicolas con el bebé en brazos, y en cuestión de días, salieron en la prensa rosa. Nicolas tenía la certeza de que se las había vendido a los medios. Él aparecía vestido con la indumentaria sanitaria, sonriendo a la cámara mientras sostenía a su hijo. Cuando los diarios sensacionalistas anunciaron el nacimiento del bebé, confió en que el interés por la noticia acabara ahí. Proporcionó un cierre a su historia de amor, no un final de cuento de hadas. Le pusieron Benoit, el nombre que la joven madre deseaba. Nicolas, que lo reconoció legalmente otorgándole su apellido, tenía intención de sufragar su manutención con generosidad. Ya lo había dispuesto todo, y Pascale contribuiría a que Benoit viviese con desahogo con su madre. Pero, comoquiera que fuese, el crío no le parecía tan suyo como Sylvie y Laure porque no quería a la madre de la criatura de la misma manera. Al final, Nicolas fue consciente de que existía una diferencia. Después de dos semanas en Bretaña, fue un alivio regresar a París. Su estancia allí le pareció surrealista, a pesar de la llegada de su hijo. El bebé no estaba integrado en su vida y nunca lo estaría.

A su regreso, se llevó a las niñas al castillo el fin de semana. En otoño, el entorno era precioso y, mientras llenaba sus pulmones del aire puro de Normandía que tan familiar le resultaba, pensaba en el crío que había dejado en Bretaña y que no tenía cabida en su vida parisina, lo cual lo entristecía.

A pesar de que el mar estaba picado y hacía fresco, fue con las niñas a la playa. Le daba la impresión de que habían dado un estirón y se habían hecho mayores en un abrir y cerrar de ojos. No pararon de contar anécdotas sobre el colegio y sus amigos. Había visto a Nadia al

recogerlas, que lo había saludado con la mano de lejos. Andaba ocupada. Según las niñas, estaba realizando un gran proyecto para un estadounidense.

A su regreso, había encontrado una carta del abogado de Nadia en la que se le pedía que reconociese su separación legalmente. Y ese año, cuando ella organizó la tradicional cena de Acción de Gracias como todos los años, para que sus hijas conservaran sus raíces estadounidenses, no lo invitó. No es que él esperase que lo hiciera, pero en cualquier caso se sintió decepcionado. Habían acordado repartirse las vacaciones con las niñas. Ella se las quedaría la semana de la Nochebuena hasta el día de Navidad. Él las recogería entonces y las tendría hasta el día de Año Nuevo. Había planeado llevarlas a esquiar a Val-d'Isère, donde conservaba muchas amistades. Aún no sabía qué planes habría hecho Pascale, o cuándo regresaría a París. Él le había dicho por teléfono que pasaría la Navidad con sus hijas, pero a ella no pareció importarle. Daba la impresión de que tenía menos interés en pasar tiempo con él ahora que el bebé había nacido, que tenía planes por su cuenta. Según dijo, se iba a St. Barth con unos amigos a tomar un poco el sol, pero no le propuso que la acompañara, cosa que a él le habría resultado imposible de todos modos.

Cuando el bebé cumplió un mes, su madre lo dejó con la abuela en Bretaña, tal y como tenía previsto, y se fue a París. No había indicios de que hubiera dado a luz. Había recuperado la figura e iba a empezar su nueva película en enero.

También había recuperado su vida, su libertad de movimiento y su independencia; Nicolas ya no ocupaba una parte tan importante en su vida como antes. Pasaba una noche con él en su nuevo piso, pero todo era diferente. La magia había desaparecido, estaba claro que su apasionado y ardiente romance era agua pasada. Él, un hombre con el que había tenido un hijo, era consciente de que ya no estaba tan enamorada. Ella le había conquistado y estaba lista para seguir adelante. Y lo que él sentía hacia ella se había apagado; su corazón seguía perteneciendo a Nadia, no a Pascale. Era necesario que asumiera las consecuencias de sus actos. Y no quería que su hijo pagara el precio de su mala cabeza.

Nadia, aunque lo felicitó al verlo unas semanas después de que naciera el bebé, mostró una actitud fría y distante, y él le dio las gracias en tono cortés. Las niñas no pidieron conocer a su medio hermano. Tras ver sus primeras fotografías, no volvieron a mencionarlo. Sabían fuera de toda duda que no les había arrebatado a su padre, lo cual era su única preocupación; estaba claro que él las quería igual que siempre. Nicolas tampoco sacaba a relucir el bebé. No deseaba disgustarlas.

A instancias suyas, Pascale y él iban a disponer una especie de régimen de visitas para cuando Benoit fuera mayor. La pensión alimenticia que él estaba pagando era suficiente para cubrir todos los gastos de Benoit con creces —entre ellos, una niñera que ayudaba a su madre—. Había asumido el coste de su educación. Y, según la legislación francesa, dado que Nicolas había reconocido a Benoit legalmente, este heredaría la finca a partes iguales con sus medio hermanas algún día. Ahora era cuestión de acordar todos los pormenores. Pero en el día a día, el niño en realidad no formaba parte de su vida ni de la de Pascale, lo cual era motivo de preocupación para Nicolas, pero a Pascale le daba igual. Él no iba a Bretaña y el bebé era demasiado pequeño como para llevarlo a París.

No lo sorprendió ver en la prensa rosa a Pascale, poco después de que esta regresara a París en noviembre, con un nuevo hombre, el protagonista masculino de la película que iba a empezar a rodar en enero. Era un joven actor francés de veinticuatro años guapo a rabiar. A partir de ese momento, Nicolas dejó de llamarla, y ella tampoco lo hizo. Su relación estaba rota, pero el vínculo que los unía a través de su hijo acababa de crearse.

—¿Todavía estás con ella, papá? —le preguntó Sylvie un día en el castillo. Este se quedó pensativo y negó con la cabeza. No lo estaba, y hasta ese momento no lo había exteriorizado. La situación le resultaba muy embarazosa, sobre todo en lo relativo a ellas.

—No —respondió en voz baja.

Su aventura había durado menos de un año, el tiempo justo para que naciera el bebé, que se criaría con su abuela, con visitas esporádicas de su padre y una madre que era una estrella de cine.

Nicolas tenía intención de ir a verlo, pero al vivir separados seguramente su relación con Benoit nunca llegaría a ser tan estrecha como con Sylvie y Laure, lo cual lo afligía. No era el destino que habría deseado para su hijo, pero, dadas las circunstancias, así eran las cosas. Le proporcionaría una vida desahogada y las comodidades de las que de otro modo habría carecido, pero como padre no lo acompañaría en el día a día a medida que creciera. Era el fruto de la pasión y autoindulgencia de ambos. Nicolas se arrepentía de ello cada vez que lo pensaba y quería hacer todo cuanto estuviera en su mano por Benoit para resarcirse.

En diciembre recibió una carta del abogado de Nadia en la que se le comunicaba que el divorcio seguía su curso. Su mujer solicitaba la manutención para las niñas y nada para ella. Quería que el piso se pusiera a nombre de las niñas, y a ella en usufructo, lo cual era obligatorio según la legislación francesa. No iba a obtener ningún beneficio del matrimonio. El castillo pertenecía a Nicolas y en un futuro pasaría a manos de las niñas, a partes iguales con Benoit. Las exigencias de Nadia en el divorcio fueron muy comedidas y al escritor le parecieron muy razonables, sin ningún ánimo de codicia ni deseo de venganza por el sufrimiento que le había causado. Era una mujer de una integridad intachable. Todo cuanto deseaba era poner fin al matrimonio de la manera más discreta y equitativa posible, lo cual era muy propio de ella e hizo que Nicolas se sintiera peor si cabe por cómo se había comportado. Ahora no tenía más remedio que cargar con ello. Ella prácticamente ni le dirigía la palabra, salvo cuando era necesario hablar de sus hijas.

Fue un invierno sombrío para él, en el que se dedicó a escribir a todas horas, siempre que no estaba con las niñas. Estaba enfrascado en un libro acerca de una pasión que había arrasado con todo y con todos a su paso, y destruido un matrimonio. Mientras lo escribía, aprendió mucho sobre sí mismo y sobre lo egoísta que había sido. Añoraba a Nadia cada día, pero no se sentía con derecho a importunarla. Bastante daño le había hecho ya.

Una semana antes de Navidad, Nadia logró aquello por lo que tanto había trabajado: concluir finalmente el proyecto de decoración de la casa de Greg Holland. No le permitió que fuera a ver la casa los últimos días y colocó todo donde habían acordado. El resultado era espectacular. Antes de entrar, le pidió que cerrara los ojos y, cuando los abrió, casi se le saltaron las lágrimas de lo bonita que había quedado, tal y como él deseaba. Ella sonrió de oreja a oreja mientras lo observaba.

—¿Te gusta? —Había estado tan ajetreada que llevaba semanas sin verlo.

—¡Oh, Dios mío!, ¡es increíble! ¿Cómo has conseguido decorarla tan rápidamente?

—Magia.

Ella se echó a reír. Él se dirigió a la planta de arriba a ver su dormitorio y luego a la planta donde se ubicaba el cuarto de invitados gris y su estudio, con sillones de cuero verde oscuro, una mesa y una chimenea. Se lo imaginó trabajando allí a altas horas de la noche. Cada centímetro de la casa era justo como él había imaginado.

—Voy a organizar una fiesta de inauguración después de las vacaciones, Nadia. No puedes faltar.

Se había gastado una fortuna en la casa, y ella había ganado una sustanciosa suma, pero había valido la pena. El Picasso de la sala de estar era impresionante. El diseño de toda la estancia giraba en torno a él: la iluminación, los cómodos sofás, las texturas, los colores… Hasta había encontrado la alfombra perfecta para la sala, y el inmenso espacio central albergaba los sofás blancos y la alfombra que él quería. Parecía la portada de una revista, y algún día lo sería, con Nadia en los créditos del diseño.

Él tenía previsto pasar las vacaciones en su casa, en Texas, y ella ir a Nueva York a ver a Venetia, a su madre y a Olivia entre el día de Navidad y Año Nuevo, mientras las niñas estaban esquiando con su padre. El sueño de un cuarto hijo se había cumplido para Venetia, pues se había quedado embarazada durante su estancia en el castillo en agosto. Ahora estaba en su cuarto mes de gestación. Sabían que era otra niña, precisamente lo que ella deseaba; así tendrían dos niñas y

dos niños.

Greg viajaría al día siguiente. El proyecto había terminado justo a tiempo y, para lograrlo, habían sido necesarias interminables horas de trabajo por parte de Nadia.

—Ahora no quiero marcharme —comentó, y le pasó el brazo alrededor del cuello. Se habían hecho amigos mientras Nadia realizaba el trabajo, pero él en ningún momento había rebasado la línea de la amistad ni ella le había dado pie. Físicamente era tremendamente atractivo, pero no sentía la menor atracción hacia él; no se sentía atraída por ningún hombre. Era consciente de que Nicolas la había inmunizado. Se contentaba con sus hijas y su trabajo. Sabiendo como sabía lo mal que podría ir todo, y lo devastador que podría ser, no echaba en falta a un hombre en su vida. Había salido muy malparada como para que de momento le apeteciera tener una relación.

—Cuando vuelva te voy a invitar a cenar por ahí para celebrarlo. Nadia, has hecho realidad todos mis sueños. Has creado un verdadero hogar para mí. Qué ganas de instalarme a la vuelta.

Greg le había comentado que no había salido con nadie desde su traslado a París, que no había tenido tiempo. Ahora contaba con un verdadero hogar. Hasta Nadia pensaba que a la casa le hacía falta un toque femenino para suavizar sus líneas masculinas. Mientras estaban de pie en la sala de estar, contemplando el Picasso, él se volvió y la besó. Ella no sintió nada, pero cómo iba a decírselo. Todavía se encontraba demasiado rota por dentro como para desear a nadie, y él lo intuyó enseguida.

—¿Demasiado pronto? —le preguntó. Ella negó con la cabeza.

—No, puede que demasiado tarde. —Deseaba sentir algo más por él, pero no era así e ignoraba si volvería a sentirlo alguna vez. Ahora le faltaba una pieza. No se sentía desconsolada, sino vacía; sabía que Nicolas le había arrebatado la pieza que le faltaba y que la había perdido en alguna parte. Era como si su corazón se hubiera hecho añicos hasta descomponerse.

Tomaron asiento en el sofá de terciopelo gris perla de la sala de estar, y Greg la apretó contra sí. Ella se sintió a gusto, solo que no

sabía qué le quedaba para poderlo compartir. La casa que había diseñado para él era el reflejo de su afecto.

—Me encanta estar contigo —dijo Nadia con delicadeza—, lo que pasa es que no sé hasta qué punto me resulta posible conectar con alguien ahora mismo. Creo que él rompió algo en lo más profundo de mi ser.

—Así es como yo me sentí después de lo de Sharon —dijo Greg en voz baja—. Los sentimientos vuelven. Simplemente son diferentes.

—Me gustaba más mi anterior versión —admitió ella—. Ahora me siento viva con mis niñas y mi trabajo. El resto de mí está muerto, o anulado, o enterrado en alguna parte. Parece ser que no consigo encontrarlo, encender la chispa.

—Lo harás —afirmó él con convicción—. Yo no voy a irme a ninguna parte. Nunca he conocido a una mujer como tú, y no pienso perderte, Nadia. Lo que has hecho con mi casa es un regalo extraordinario.

Aunque había pagado por ello, le constaba que el cariño y el talento que ella le había puesto eran impagables. Se había entregado a él a través de todos los detalles que había tenido en mente, los toques que había incorporado y que tan agradables le resultarían a él durante años. Quería compartirlo con ella. Sabía de buena tinta que era una mujer que bajo ningún concepto lo engañaría como habían hecho otras, que era una persona íntegra hasta la médula.

—Gracias por tus elogios a la casa.

Le sonrió y se acurrucó junto a él para seguir contemplándola.

—¡Qué menos! Eres una mujer extraordinaria y un verdadero encanto. Lamento que te hiciera tantísimo daño. Algún día lo superarás.

Y, de no ser así, ella ya no estaba tan segura de que le importara. Estaba contenta. Se sentía realizada. Tenía su trabajo, a sus hijas y a sus amigos. Había dejado de sufrir. Le bastaba con el hecho de ver la expresión de Greg ante su nuevo hogar. De momento no necesitaba, ni siquiera deseaba, nada más que eso.

Salieron de la casa juntos, agarrados de la mano. La acompañó a su piso y luego él regresó a su nueva casa para pasar la noche. Ella había

encargado que le hicieran la cama con sábanas Porthault de estreno por si le apetecía dormir allí antes de marcharse a Texas. Ahora era su reino, su territorio. La interiorista era consciente de que con su trabajo proporcionaba a los demás la alegría de disfrutar de un hogar soñado. No se le ocurría nada mejor que poder ofrecer, ni nada que le gustase más hacer.

Le dio un beso en la mejilla antes de salir del coche, y él, con buen criterio, no intentó besarla de nuevo. Se despidió con la mano al bajar del coche y Greg la observó mientras entraba en el edificio. A continuación, regresó a la casa que ella había convertido en un lugar mágico para él. Nadia era la maga, y su amiga.

Después de entregarle la casa a Greg, Nadia se tomó cuatro días libres para estar con sus hijas. La Nochebuena fue cálida e íntima. Las echaría de menos durante la semana que pasarían fuera con su padre, pero se moría de ganas de ver a sus hermanas en Nueva York. Athena iría en avión con Joe, durante un parón en la emisión del programa. No había nada como Nueva York en Navidad, excepto tal vez París, y se sentía dichosa de disfrutar de ambas ciudades en su vida. A las niñas, que ya habían estado en Nueva York, también les chiflaba en esa época del año, pero lo pasarían de fábula esquiando esa semana en Val-d'Isère. Nadia propició que el ambiente fuera distendido, alegre y divertido antes de su partida. Sería la primera Nochebuena que pasarían sin su padre; preparó la cena solo para las tres. Había declinado todas las invitaciones a fiestas de Navidad que había recibido, pues todavía no se sentía preparada para ver a sus amigos. La aventura había tenido demasiada visibilidad pública, con enormes efectos colaterales, y el bebé había sido el golpe de gracia. Volvía a sentirse muy bien, pero no preparada para reunirse con personas que seguían felizmente casadas o emparejadas y se compadecían de ella. La lástima que sentían le resultaba insoportable, alcanzaba a verla reflejada en sus ojos, y no le apetecía verse en la obligación de aparentar que las cosas iban de maravilla. Las cosas iban bien, por lo cual se sentía agradecida, pero no de maravilla, aún no. Es probable

que Greg tuviera razón, necesitaba tiempo. Sin embargo, no tenía tan claro que el tiempo cambiara sus sentimientos hacia él. A pesar de que se había convertido en un buen amigo mientras habían trabajado en el proyecto de la casa, curiosamente lo seguía encontrando demasiado estadounidense, demasiado carente de excentricidades y encanto galo. Había algo en los hombres franceses que la hacía sentirse mujer, o que su corazón se acelerase, como le solía ocurrir con Nicolas. Si volvía a enamorarse, quería sentir lo mismo de nuevo. O tal vez fuera demasiado tarde y esa parte de ella estuviera muerta. Se preguntaba si llegaría a descubrirlo algún día.

Nicolas llegó puntual a recoger a las niñas la mañana del día de Navidad. Ella se fijó en que estaba más delgado, y demacrado, y sabía de buena tinta que había estado escribiendo. Tenía ese aspecto cuando se pasaba días y semanas sin salir de casa, escribiendo, editando y reescribiendo. Se preguntaba quién leería ahora los manuscritos. Probablemente su editor.

—Feliz Navidad —dijo él con aire serio, y ella le sonrió.

—Feliz Navidad.

Se despidió de las niñas con un fuerte abrazo. Laure se dio la vuelta para darle un último achuchón, y acto seguido se fueron a toda prisa a coger su vuelo desde Chambéry a Val-d'Isère. Nadia se marchaba a Nueva York esa misma tarde. Les había dado a Agnes y al resto de trabajadores la semana libre y había cerrado la oficina. Se habían pasado semanas trabajando a destajo hasta altas horas de la madrugada para decorar la casa de Greg. Se lo habían ganado a pulso. De todas maneras, no surgiría nada en el periodo de vacaciones. Todos los clientes tenían compromisos y no se presentarían nuevos clientes hasta mediados de enero.

Nadia tenía una cita en enero para comparecer ante notario con el fin de ratificar su acuerdo de divorcio, ya que se estaba tramitando de forma amistosa. Como no había disputas, según la legislación reciente no era necesario acudir al juzgado, pues bastaba con realizar el procedimiento notarial. Y, a partir de ahí, se haría efectivo en dos

meses aproximadamente. Se trataba de un procedimiento sencillo siempre y cuando hubiese consenso entre las partes respecto a los términos. Nicolas por fin había cejado en su intento de volver, lo cual era un alivio para ella: había comprendido que Nadia no deseaba seguir con su matrimonio, que no permitiría que eso ocurriese. Él estaba abatido, pero no intentó hacerla cambiar de parecer. Sylvie y Laure estaban asimilándolo, igual que ella. Iba a convertirse en una mujer divorciada, lo cual desde su punto de vista hedía a fracaso. Fracaso a la hora de mantener vivo el interés de su marido, de mantenerlo alejado de la cama de otra, de evitar que dejara embarazada a una chica de veintidós años. En cierto modo, Nadia se culpaba a sí misma. Aunque él había sido el artífice, ella consideraba que seguramente ella había propiciado las circunstancias para que sucediera, tal vez por el hecho de estar demasiado atareada, de volcarse en el trabajo o de dar por sentado que él la amaría eterna e incondicionalmente. Visto lo visto, el amor era una flor frágil cuya existencia no era tan larga como uno esperaba. Para algunos sí, pero no para todos. Ellos no se contaban entre los afortunados que habían llegado hasta el final. Ahora lo asumía. Y, por respeto a ella, a Nicolas no le quedaba otra que asumirlo también.

Puso rumbo al aeropuerto una hora después que las niñas. Revisó las maletas; llevaba regalos para todos. Iban a pasar un fin de semana en la casa de Venetia; Nadia se moría de ganas de comprobar si se le notaba la tripa. Daría a luz con cuarenta y dos años, algo que a Nadia le parecía una heroicidad y a Olivia un disparate. Athena simplemente se alegraba de no estar en su piel. A Rose le preocupaba la salud de su hija y el riesgo que entrañaba dar a luz a esa edad, y no paraba de advertirle que estuviera alerta ante las señales de peligro. Acababan de realizarle una amniocentesis y todo parecía en orden. Según ella, el mayor riesgo que corría era que, si volvía a quedarse embarazada, Ben la mataría. No obstante, su anhelo de tener otro hijo había sido tan vehemente que él había cedido. No había sido fortuito. Lo habían concebido en el transcurso de la semana que pasaron en el castillo, algo que a Nadia le pareció una manera entrañable de finalizar su tenencia allí: una nueva vida concebida en el hogar que le estaba

devolviendo a Nicolas, después de haber sido tan felices en él. Pero el castillo formaba parte de la herencia familiar de este y le pertenecía. Lo habían disfrutado en periodos alternos ese verano, pero, una vez divorciados, ella perdería sus derechos sobre él. Este iría allí con las niñas y con cualquier mujer que hubiera en su vida. Los días de Nadia en ese edificio, sin embargo, eran historia. Lo aceptó, y no se permitió mirar atrás. A partir de ahora tenía que mirar hacia delante y estaba decidida a disfrutar de la vida sin él.

El vuelo a Nueva York transcurrió sin contratiempos y durmió durante gran parte del trayecto. Había trasnochado tanto trabajando que se encontraba más cansada de lo que pensaba, y se notó renovada a su llegada a Nueva York tras el largo vuelo. Durante su estancia en la ciudad se iba a alojar en el apartamento de su madre —y Rose encantada de que así fuera—. Tras la partida de Nadia, Rose tenía previsto irse a Palm Beach unos cuantos días para fin de año, a ver a unos amigos. La redacción estaba prácticamente cerrada por vacaciones y ella también necesitaba un descanso.

Nadia se topó con el tráfico habitual de entrada a la ciudad y, dondequiera que mirara, había luces y adornos navideños, árboles de Navidad en los porches y muñecos iluminados de Papá Noel enganchados en las fachadas. Le encantó la estética *kitsch* y los elegantes árboles que engalanaban las calles de la ciudad a medida que se aproximaba al domicilio de su madre.

Rose la estaba esperando en casa; esa noche fueron a cenar a casa de Olivia. Harley, con aire cansado, se hallaba en medio de un juicio que acababa de pasar a deliberación del jurado, de modo que se encontraba de guardia, a la espera del veredicto. Olivia había adelgazado y también estaba demacrada. A Nadia se le había olvidado el ritmo frenético y los estragos que causaban los meses de invierno en Nueva York. La intensidad afectaba al ánimo. Venetia y Ben llegaron rebosantes de vitalidad y salud. Venetia, a la que ya se le notaba el embarazo, llevaba puesto un vestido rojo vivo y tenía un aspecto fantástico. Se encontraba en todo su esplendor, radiante, y los dos

estaban ilusionados con el bebé.

Ambas hermanas observaron a Nadia detenidamente para ver cómo estaba y llegaron a la conclusión de que bien. Ella las puso al corriente acerca de la casa de Greg y, al enseñarles fotos en su teléfono, se quedaron muy impresionadas por lo bonita que era.

—Sé quién es —comentó Venetia—. Ben realizó una transacción con él hace unos años. ¿Qué tal como posible pareja? Me parece que es de Texas y que está forrado.

Nadia negó con la cabeza.

—Ya. Es un tío genial y somos amigos. Lo que pasa es que no tiene chispa. Le falta algo. —Que no era Nicolas, pero no se atrevió a decirlo, en vista de cómo habían terminado—. No estoy preparada para salir con nadie.

—Por favor, no me digas que estás esperando a que aparezca otro francés mujeriego —dijo Olivia con su brusquedad habitual.

—Pues a lo mejor —reconoció Nadia—. A lo mejor los estadounidenses son demasiado íntegros para mí. —Seguía tratando de averiguar qué le faltaba a Greg, y aún no lo había hecho.

Pasaron una agradable noche íntima juntos. Will se unió a ellos para cenar, charló con su tío Ben y con su abuela, y luego se levantó de la mesa antes del postre para irse a su cuarto a leer.

A medianoche, al término de la velada, Nadia se marchó con su madre. Las tres hermanas habían quedado para comer con su madre al día siguiente. Rose las iba a invitar a almorzar en La Grenouille, y Athena llegaría de Los Ángeles a mediodía. Después tenían previsto ir a la casa de Venetia y Ben en Southampton, donde Rose se uniría a ellos para pasar el fin de semana, antes de marcharse a Palm Beach para fin de año. Iba a ser una semana en familia, que es lo que todas querían; nunca se cansaban las unas de las otras. Al día siguiente, en el desayuno, Rose miró a Nadia y le dijo en voz baja mientras se tomaba el té:

—¿Estás bien? ¿Va todo bien en París?

—Estupendamente —respondió ella con dulzura.

—¿Has visto mucho a Nicolas?

—La verdad es que no. Está escribiendo un nuevo libro. Recoge a

las niñas en la planta baja y se las lleva a su casa o a cenar por ahí. Cuando nos vemos, mostramos una actitud de lo más amable.

Pero algo en sus ojos le decía a su madre que la herida por todo lo que había sucedido todavía no había cicatrizado. Se preocupó.

—¿Ve al bebé?

—Con franqueza, no lo sé. Como Pascale lo dejó a cargo de su madre en Bretaña, dudo que Nicolas lo vea a menudo. No sé si va de visita a Bretaña. Tal vez lo haga cuando crezca. —No tenía necesidad de pensar en ello y procuró no hacerlo. No era su problema, sino de él.

Las hermanas lo pasaron en grande en el opíparo almuerzo con su madre, y con Athena esa noche y al día siguiente; luego todas se fueron a los Hamptons. Nadia estaba contenta de ver que su madre se encontraba bien y con tan magnífico aspecto. Daba la impresión de que los años no pasaban por ella, y nunca aflojaba el ritmo. Eso le hizo pensar que tal vez también ella estaría estupendamente sin un hombre. Sin embargo, su madre le llevaba treinta años y había enviudado a los sesenta y dos. No había renunciado a los hombres a los treinta y seis y, por tanto, Nadia se dio cuenta de que a lo mejor se había precipitado al vislumbrar una vida de celibato, algo que Venetia le comentó cuando todas fueron a dar un paseo por la playa. A Nadia le encantaban los Hamptons en invierno; la belleza salvaje que destilaban armonizaba con su estado de ánimo.

Dos días después, Rose se marchó a Palm Beach; los demás tenían previsto pasar la Nochevieja juntos, menos Olivia y Harley, que regresaron a la ciudad para celebrar el fin de año en un cotillón con amigos. Los demás se quedaron en los Hamptons y recibieron el Año Nuevo con una deliciosa cena que prepararon Joe y Athena, acompañada con excelente champán francés. Era la última noche que Nadia pasaría con ellos, pues tenía que regresar a París el día de Año Nuevo en un vuelo que aterrizaba por la noche con el fin de que Nicolas le devolviera a las niñas a la mañana siguiente. Le había dejado pasar el día de Año Nuevo con ellas. Athena y Joe se quedarían más tiempo; ella iba a grabar un programa en Nueva York con un famoso chef antes de su regreso a Los Ángeles.

Mientras Nadia desayunaba con Venetia y Athena en la cocina el día

de Año Nuevo, antes de vestirse para irse al aeropuerto, Olivia llamó al móvil de Venetia y esta se quedó de piedra al oír lo que sea que le dijera Olivia. La bombardeó a preguntas, y, a juzgar por lo que preguntaba, a las otras dos les dio la impresión de que Will se había escapado: «¿Cuándo se fue?», «¿Lo viste salir?», «¿Sabes dónde fue?». Le prometió a Olivia que la llamaría más tarde, colgó y se quedó mirando fijamente a sus dos hermanas con gesto de incredulidad.

—Olivia se tomó unas copas de más anoche. Dice que lo que nos contó el Cuatro de Julio la ha estado reconcomiendo desde entonces y anoche le confesó a Harley lo de Will. Él se encerró a cal y canto en su estudio y se negó a hablar con ella después. Al levantarse esta mañana, se había marchado sin dejar una nota. No sabe adónde habrá ido. La ha abandonado, y ayer le dijo que jamás la perdonaría por mentirle acerca de algo tan importante, y por engañarlo…

Venetia sentía temor por su hermana, mientras las otras dos la observaban fijamente; durante unos instantes, demasiado impactadas para pronunciar una palabra.

—Oh, Dios mío —fue todo lo que Athena logró decir, al tiempo que Nadia echaba un vistazo a su reloj.

—Ay, mierda… Tengo que vestirme para irme al aeropuerto. ¿Qué va a hacer? ¿Y qué le habrá dicho a Will esta mañana?

—No tengo ni idea. Está muerta de miedo. Cree que Harley va a divorciarse de ella.

—Igual sí —dijo Athena con gravedad—. Es un tío bastante rígido. Dudo que pueda recuperarse de un golpe como este. Muchos hombres no lo harían.

Le resultaba inconcebible que él apechugara con ello. Las otras coincidían. Se quedaron sentadas mirándose las unas a las otras, hasta que Nadia subió corriendo las escaleras para cambiarse. Le fastidiaba marcharse en plena crisis, pero no tenía más remedio que volver a París por las niñas y sabía que Nicolas se iba a Londres al día siguiente a ver a su agente literario. Todo cuanto Nadia podía esperar mientras se vestía a toda prisa era que Harley digiriera la confesión de Olivia, regresase y la perdonase. Si no, Olivia también se divorciaría. En su opinión, confesárselo fue un terrible error. Ellas la habían aconsejado

que no lo hiciera. Y ahora, a saber qué ocurriría. Nadia sintió lástima de los dos, de Harley y de Olivia. No alcanzaba a imaginar cómo debía de sentirse Harley. Qué horror. Le sabía fatal, pero tenía que irse.

Llamó a Olivia desde el coche de camino al aeropuerto, pero saltó el buzón de voz. Para entonces Will estaba por ahí con sus amigos. Olivia yacía sobre su cama, después de pasar horas llorando, convencida de que Harley jamás la perdonaría. Y sabiendo lo severo e intransigente que podía llegar a ser, y lo moralista que era, todas sus hermanas temían que estuviera en lo cierto.

12

Nadia llamó a Olivia por teléfono de nuevo al llegar al aeropuerto, y esta vez respondió. Estaba llorando.

—Fui una estúpida, Naddie; no debería habérselo dicho, pero me estaba volviendo loca. Después de contároslo el verano pasado, me di cuenta de que nuestro matrimonio había sido una mentira y de que tenía derecho a saberlo. No sabes lo moralista que es. A su modo de ver, la infidelidad es tan grave como asesinar. Aunque no habla acerca de ello, es muy religioso. Me dijo que jamás volvería a sentir lo mismo por mí. Ni siquiera se dignó a hablar conmigo después. Llevo toda la mañana llamándolo y no responde. No creo que vuelva a dirigirme la palabra en la vida. Llevamos casados quince años —dijo entre sollozos—. Lo quiero muchísimo. Me moriré sin él.

—No te morirás —afirmó Nadia levantando la voz para que su hermana la oyera.

Ella no se había muerto por el hecho de perder a Nicolas. Eran cosas de la vida; la gente fallecía, rompía promesas o el corazón del ser amado, o se fugaba con otra persona. Ahora era consciente de que no se podía contar con que nada ni nadie permaneciera inalterable para siempre. Y que, pasara lo que pasara, había que superarlo. Más si cabe en el caso de tener hijos. Había que sobrevivir y seguir adelante por ellos. Era lo que ahora estaba haciendo con Sylvie y Laure. Por muy rota que se sintiera por dentro, o por muy duro que fuera, no le quedaba más remedio que mantener la entereza por su bien.

—Si tan religioso es, te perdonará.

Bueno, tal vez no. Ella no había perdonado a Nicolas y no pensaba volver con él. Pero los pecados de este eran recientes y la había humillado públicamente. Ella consideraba que eso marcaba la diferencia. Lo que a Harley le importaba era que su mujer se hubiera acostado con otro, no quiénes estaban al corriente. La transgresión de

Olivia, por el contrario, había sido su secreto más oscuro, en especial en lo tocante a él, e incluso a sus hermanas hasta ese verano. Ahora lamentaba amargamente habérselo revelado a ellas, porque a tenor de sus reacciones se había dado cuenta de que fue un error ocultárselo a él. A juzgar por la reacción de Harley, era consciente de que había hecho bien en guiarse por su primer instinto ocultándoselo. Y quince años después era demasiado tarde para confesar la mentira.

—¿Y si no vuelve jamás? —preguntó Olivia.

Nadia no quiso decirle que Harley no era tan joven como ellas, que lo más probable es que muriese antes que ella y que, llegado el momento, tendría que sobrevivir sin él. Y si Harley adoptara una postura extrema ante la confesión de Olivia, Will la necesitaría más que nunca. Pero Harley no era un hombre cruel. Nadia ponía en duda que él no llegase a perdonarla, o que rechazara a Will por los pecados de su madre. Lo quería demasiado para hacer eso, con independencia de quién fuera su padre.

—Yo creo que volverá. Dale tiempo. Es posible que necesite tiempo para asimilarlo. Ha sido un tremendo *shock* para él. Es un hombre muy conservador y serio, pero te quiere, Ollie. Seguro que él también tiene la sensación de que se morirá sin ti.

—Dice que jamás se creerá una palabra de lo que le diga. Me preguntó con cuántos hombres más me había acostado. En mi vida lo he engañado salvo en aquella ocasión.

Acto seguido se puso a llorar a lágrima viva de nuevo. A Nadia se le encogió el corazón.

—Te creo.

—Ojalá no se lo hubiera dicho.

—A la larga, es probable que hayas hecho lo correcto. —Nadia intentó consolarla, aunque ella no lo habría contado, y había tratado de convencer a Olivia para que no lo hiciera. A Nadia le había parecido demasiado arriesgado y no se alegraba de haber acertado. Harley se lo había tomado tan a la tremenda como ella se temía.

Conversaron más de una hora antes de que Nadia embarcara. Will, cuando volvió a casa después de la película, afortunadamente no preguntó por su padre y se fue a leer a su cuarto.

—Tienes que mantener la entereza por Will —le dijo Nadia—. Será mejor que no te veas en la tesitura de explicarle esto.

Era más que patente lo desconsolada que estaba. Se comportaba como si Harley hubiera muerto. Pero tal vez fuera el caso de su matrimonio. Nadia, igual que Olivia, lo consideraba una posibilidad factible.

—No, por Dios. Y Will es tan listo, el puñetero, que no se le escapa una. —Pero esta vez no era el caso. ¿Cómo iba a adivinar lo que su madre le había dicho a Harley? Era imposible.

Nadia la llamó por última vez antes de despegar. Olivia parecía más serena, aunque se regodeaba en su miseria: había llamado a Harley cada cinco minutos, además de haberle enviado mensajes. Él no había respondido a sus súplicas, disculpas y lacrimógenos mensajes.

—Te llamaré cuando aterrice —prometió Nadia.

En esa época del año, dependiendo del tiempo, el vuelo a París duraba seis o siete horas, pero sabía que Venetia y Athena también estarían pendientes de Olivia. Aún no habían puesto al corriente a su madre, con el fin de no estropear su estancia en Palm Beach. De todas formas, no había nada que ella pudiera hacer. Lo que sucediese a continuación dependía de Harley; únicamente él podía decidir el futuro de Olivia. El futuro de su matrimonio estaba en manos de su marido.

Cuando se acomodó en el asiento y el avión puso rumbo al noreste en dirección a Europa, Nadia se puso a pensar en su hermana. Ahora también tenía que centrarse en su propio futuro. Nicolas y ella formalizarían su divorcio de mutuo acuerdo ante notario pronto. Los dos habían sido razonables, y a Nadia le sorprendió lo sencillo que se había vuelto el procedimiento en los casos de divorcio no contencioso. La legislación francesa había simplificado en gran medida los trámites cuando existía consenso entre ambas partes. El abogado de Nadia le había explicado que la mayoría de los procesos de divorcio se quedaban atascados en interminables disputas económicas, arreglos de custodia o propiedades. Pero, dado que ninguno de ellos estaba adoptando una posición beligerante y que lo único que Nadia solicitaba era el uso del piso —algo a lo que él había accedido de

inmediato— y la pensión alimenticia, figuraban entre los pocos afortunados que realizarían los trámites rápidamente. El abogado había señalado que, en el caso de los bienes tangibles, a veces se tardaba años. En ocasiones, para cuando se resolvía, los hijos eran mayores de edad y se habían independizado. Mencionó un caso en el que había trabajado y que se había alargado diecinueve años, pero señaló que era muy poco habitual. No obstante, la mayoría de los divorcios no eran tan amistosos ni tan sencillos como el suyo. Según dijo, si no surgía ningún imprevisto antes de firmar el acuerdo, en uno o dos meses después de la firma podían estar divorciados. Al pensar en ello, Nadia cayó en la cuenta de que estarían divorciados antes del verano siguiente. Con esto en mente, junto con la situación de Olivia, unas lágrimas resbalaron por sus mejillas, y a continuación se quedó dormida.

Se despertó a medio camino e intentó ver una película, pero no podía concentrarse y tampoco tenía apetito. Abrigaba la esperanza de que a esas alturas Olivia hubiera conseguido localizar a Harley, hablar acerca de lo ocurrido y que este finalmente la perdonase, aunque quizá tardase mucho tiempo en hacerlo. Ella misma había descubierto que el amor no moría con la rapidez que uno pensaba, sino con lentitud, como un ser vivo al que mientras se le apagaba la fuerza vital se rebullía de tanto en tanto, se movía ligeramente de tal modo que sabías que aún estaba ahí, agonizante pero no muerto. Eso es lo que sentía Nadia respecto a Nicolas. Seguía anhelando lo que antaño fue, y el matrimonio que habían tenido, no en lo que él lo había convertido y en lo que ellos se habían convertido. Envolver los recuerdos y enterrarlos era doloroso, pero es probable que incinerarlos con el fuego arrebatador del odio fuera aún peor. Nadia todavía confiaba en que su amor por Nicolas tuviera una muerte dulce. Aún quedaba un rescoldo, no extinguido del todo, y en ese momento asumió la posibilidad de que tal vez jamás se apagara. Por desgracia, cuando pensaba en el fin de su matrimonio, recordaba lo tierno y cariñoso que siempre había sido él, los momentos felices, las cosas que tenían en común y todo lo que le encantaba de él. Sin embargo, cuando pensaba en quedarse con él, recordaba su engaño y estaba segura de que

volvería a las andadas. No dejaba mucho espacio para que alguien nuevo ocupara su lugar, pero ella tampoco lo deseaba de todas formas.

El único candidato serio que se había cruzado en su camino era Greg, pero no estaba enamorada de él. Sabía que jamás podría ser la misma que había sido con Nicolas al principio. Pero tal vez un amor como ese solo se viviera una vez en la vida. Esa era una posibilidad que también asumía. Puede que las personas a las que amara a partir de entonces fueran más bien amigos o compañeros, personas que te acompañaban en el periplo vital, por caminos paralelos, siempre a cierta distancia entre sí, pero no entrecruzados o entrelazados. Nicolas y ella habían sido parte de un único tejido, sus hilos formaban una única trama. Él había rasgado por la mitad lo que tenían, había hecho trizas su matrimonio, y lo había reducido a jirones.

Se preguntó si algún día sería capaz de amar a Greg de verdad. Era una buena persona, un hombre listo. Él no tenía interés en involucrarse con sus hijas, no interferiría, lo cual tal vez fuera positivo; Nicolas era su padre y seguiría muy apegado a ellas. Greg era un posible compañero para ella, una pareja inteligente y cariñosa con la que poder compartir su vida. Era civilizado y no se dejaba arrastrar por las pasiones. Se planteó si sería eso lo que necesitaba ahora. Sin embargo, se le antojaba como una alianza comercial más que una relación amorosa. Y cuando llegase el momento, él regresaría a Estados Unidos, Nueva York, Dallas o adonde fuera, y ella no quería vivir allí. Sería un gran cambio para las niñas. No deseaba apartarlas de su padre ahora; necesitaban verlo y tenerlo cerca. Y personalmente no se veía viviendo en Estados Unidos, marchándose de Francia.

También se preguntó qué iba a hacer Nicolas. Daba la impresión de que su relación con Pascale no continuaría ni prosperaría, incluso con el bebé. Ella era una persona superficial y se conformaba con que otro, como Nicolas, cargara con sus responsabilidades. El bebé era un capricho, un juguete para usar a su antojo. Y al parecer sentía lo mismo hacia Nicolas. Según Sylvie, habían roto. Pero, si no Pascale, con el tiempo se presentaría otra mujer en la vida de Nicolas. Él decía, siempre que tenía ocasión, que seguía queriendo a Nadia, pero ¿qué

significaba eso y cuánto duraría? ¿Cuánto tardaría en engañarla de nuevo? Dos veces en once años eran dos veces de más. Era un hombre apasionado, amaba a las mujeres y volvería a enamorarse. No dejaba que su vida sentimental se cociese a fuego lento, manteniendo pleno control en todo momento, a diferencia de Greg, que jamás dejaba que los sentimientos se enardecieran. De esa manera corría menos peligro, esa era la razón por la que actuaba así, pues había salido escaldado anteriormente.

Parte del atractivo de Nicolas era cómo se lanzaba de lleno a todo, con total abandono, entregándose en cuerpo y alma a cualquier cosa que hiciera, o a quienquiera que amara. Ella se había beneficiado de eso a lo largo de los dieciséis años de amor correspondido, mientras que Pascale había entrado en escena hacía solo unos meses. Quizá la próxima vez que lo hiciera sería para siempre o lo más duradero posible. A lo mejor era un hombre que necesitaba diferentes mujeres para diferentes etapas de su vida, para diferentes décadas. Lo cierto era que ella podía esperar que fuera el mismo hombre con cincuenta o sesenta que el que había sido con treinta y tantos, o el mismo hombre ahora, con cuarenta y dos, que el que había sido en su época de estudiantes, cuando estaba locamente enamorado de ella y se pasaban horas en la cama en vez de ir a clase. Pero, curiosamente, se lo imaginaba haciendo eso en el futuro. Se preguntaba si seguiría siendo un crío durante el resto de su vida. Greg era definitiva e indiscutiblemente un hombre maduro, hasta la médula. No tenía nada de casquivano, pero justo ese lado inocente y fantasioso de Nicolas era lo que lo había llevado por mal camino, arrojándolo a los brazos de Pascale.

Siguió reflexionando acerca de ello hasta que aterrizaron, desembarcó y se dirigió a la zona de recogida de equipajes. Fue en un Uber a la ciudad y le mandó un mensaje a Nicolas para avisarle de su llegada. Él respondió que las niñas estaban emocionadas y que tenían muchas ganas de verla. Lo había pasado de maravilla con ellas, pero ya estaban listas para volver con su madre por la mañana. Ella era su hogar. Ahora él era el extraño, y le constaba. Y más aún para su esposa.

Hacía frío en el piso a su llegada. Encendió la calefacción en su dormitorio para que estuviese caldeado por la mañana; había habido una ola de frío polar en su ausencia. La asistenta había comprado comida suficiente para que pudiera prepararles el desayuno a las niñas. Como la vuelta al colegio era al día siguiente, pasarían un día juntas. Había retomado su rol de madre, siempre anteponiéndolas a ella. Dejó la maleta en la entrada y, como estaba muy espabilada debido a la diferencia horaria con respecto a Nueva York, se puso a deambular por el piso. Se sentía orgullosa de sí misma; había sido la primera vez que no pasaba con ellas todo el periodo de vacaciones de Navidad, y lo había superado. Había disfrutado del tiempo que había pasado con su madre y sus hermanas, aunque le hubiera resultado raro estar con su sobrina y sus sobrinos sin tener a Sylvie y Laure. Se acostó tarde, después de llamar a Olivia, pero esta no respondió. Llamó a Venetia, pero tampoco tenía noticias de ella.

Nicolas llegó temprano a la mañana siguiente con las niñas, que se abalanzaron a sus brazos. Les había preparado chocolate caliente; le ofreció un café a Nicolas, que cogió la taza que le tendió con una sonrisa. Experimentó una agradable sensación, cálida y familiar, al verla. La había echado de menos. Ahora lo hacía constantemente.

Las niñas, contentas de estar en casa, se pusieron a retozar por el piso, y Nicolas se hizo el remolón durante unos minutos. Ella volvió a la cocina mientras las niñas se instalaban. Le encantaba tenerlas en casa; el piso siempre se le antojaba vacío cuando se hallaban con él.

—Laure va a ser una esquiadora fuera de serie algún día —comentó el padre con una sonrisa—. Es intrépida. Sylvie es más prudente y sensata, más como tú. Laure seguramente se lanzará por una pendiente tras otra algún día, como yo. —Tras unos instantes de vacilación, la miró con gesto serio—. Tengo presente que la cita en la notaría es dentro de una semana. Solo quería confirmarlo contigo… ¿Es eso lo que realmente quieres?, ¿el divorcio?

Ella asintió con la cabeza. Se preguntó si ahora se lo pondría difícil. Abrigaba la esperanza de que no fuera así. Quería cerrar ese capítulo,

el último de sus recuerdos dolorosos. Quería pasar página. Según Olivia, era por su propio bien y se alegraría. Nadia se preguntó cómo se sentiría ahora que Harley se había largado. Suponía que probablemente estaría dormida, pues en Nueva York era temprano. Confiaba en que a esas alturas Harley hubiera dado señales de vida.

—Sí, es lo que quiero —le confirmó a Nicolas—. No deseaba que nuestra vida tomara estos derroteros, pero es lo que hay y tenemos que afrontarlo.

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos reconducir la situación e intentar arreglarlo? —preguntó él. Nadia sabía que, si tragaba con lo que le había hecho y volvía con él ahora, se sentiría como una tonta y quedaría en entredicho delante de todo el mundo. Y no quería.

—El divorcio es lo más conveniente por muchas razones. Por encima de todo, porque nunca volveré a confiar en ti. Yo no quiero vivir así. Tú tampoco querrías. Te sentirías como un delincuente en libertad provisional —dijo en tono serio.

—Podría vivir con ello. A lo mejor algún día llegarías a perdonarme —repuso él, esperanzado.

—Lo dudo.

—¿Lo has intentado?

Ella negó con la cabeza a modo de respuesta.

—No. He centrado toda mi energía en olvidarte, no en perdonarte —respondió con franqueza.

—Eso no es muy bonito por tu parte —señaló él con aire dolido y pueril, muy típico de Nicolas. Era la faceta de él que ella adoraba, y también la que la enfurecía en otras ocasiones.

—Lo que hiciste no tuvo nada de «bonito» —le recordó ella. Nicolas asintió con la cabeza con aire avergonzado. Para ella había sido espantoso y angustioso. Demoledor.

—Pensaba que te lo tomarías más a la francesa —dijo él con tristeza, y a ella le hizo gracia. A veces decía tonterías, algo que en su época le encantaba de él.

—Pues no, mira por dónde. Yo también pensaba que era más francesa, pero no en lo que respecta a este tema. No quiero un marido con una amante, o que eche un polvete de vez en cuando para romper

la rutina de un matrimonio aburrido, o que mantenga una aventura en toda regla que me rompa el corazón.

—Yo en ningún momento me aburrí contigo —dijo él, de nuevo en tono serio. Y ella tampoco se aburrió con él en ningún momento.

—Y no fue un rollo cualquiera —le recordó ella—. Fue una aventura amorosa apasionada y desenfrenada que salió en todos los medios, y tuviste un hijo con ella. Difícilmente podría haber sido peor.

Él, sabiendo que carecía de argumentos para rebatirlo, agachó la cabeza. Se arrepentía en el alma de lo que había hecho, a pesar de que a esas alturas aparentemente era demasiado tarde para ella.

—Es que no quiero que acabemos con un divorcio —dijo él, tan apesadumbrado que a ella se le encogió el corazón. Nadia tampoco quería, pero daba la impresión de que no quedaba otra salida—. Es una solución muy desagradable, triste y definitiva.

—Me da la sensación de que no me queda otra elección.

Él se dio cuenta de que era imposible que cambiara de parecer, pues no podía perdonarlo, pero quería quemar el último cartucho antes de reunirse con ella en la notaría a la semana siguiente. De haber una mínima oportunidad de volver las tornas, deseaba intentar convencerla en sus encuentros cara a cara. Ya no tenía nada que perder, pero constató que la postura de Nadia era inamovible. La había llevado al límite y había sido demasiado estúpido, hasta insensible, con su conducta. Ahora tenía que afrontar las consecuencias, la había perdido.

No permitió que ella viera las lágrimas en sus ojos al marcharse.

Venetia la llamó a las ocho de la mañana en Nueva York para ponerla al corriente.

—Olivia ha averiguado dónde se aloja. Está en el club náutico.

—¿La ha llamado?

—No. Ella lo comprobó, y está registrado allí. Sigue sin responder a ninguna de sus llamadas y mensajes. Anoche le dio un ataque de ansiedad y tuvo que ir a urgencias. Ahora se encuentra bien, le dieron un Xanax.

—¿Qué explicación le ha dado a Will?

—Le ha dicho que guarda relación con el trabajo, que tiene un juicio importante que empieza mañana, lo cual no es cierto. Y que Harley se ha ido a Washington a un congreso que empieza mañana. Por lo visto Will lo llamó y él se lo confirmó, están hablando.

—Algo es algo. Dios, ¿qué va a hacer si la abandona? —preguntó Nadia, preocupada por ella.

—Lo superará. Tú lo has hecho —dijo Venetia sin más—. Espero que él no lo haga, pero quién sabe. Es un tío muy chapado a la antigua, trata con delincuentes todos los días y dicta sentencias y penas, así que me figuro que eso es lo que va a hacer en este caso.

—Por el amor de Dios, ella no es ninguna delincuente —adujo Nadia en su defensa—. Cometió una auténtica estupidez y, sí, mintió durante años. Pero en última instancia, ¿tanto daño le causó a él? ¿O a Will? No es un crimen que merezca la horca.

¿Por qué la vida tenía que ser tan dura y cruel a veces?

—A lo mejor para él sí lo es —señaló Venetia, y Nadia suspiró—. ¿Cómo están las niñas?

—Contentas de estar en casa. Se divirtieron con Nicolas, pero se pusieron eufóricas al verme. Yo también estoy contenta. —Sonrió—. Pero lo pasé bien contigo.

—¿Lo viste cuando las llevó a casa? —le preguntó Venetia.

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Triste. Quemó el último cartucho antes de que firmemos el acuerdo definitivo la semana que viene. Sigue empeñado en que volvamos. Yo no puedo.

—Oye, dime una cosa —dijo Venetia sin rodeos—, ¿aún lo quieres?

Nadia titubeó.

—Esa no es la cuestión. Sí, aún lo quiero. Probablemente siempre lo querré. Fue mi primer amor. Eso no se borra de la noche a la mañana, quizá nunca. Si estuviera muerto, lo seguiría queriendo. Pero nuestro matrimonio se ha ido al garete, es inviable. Probablemente volvería a las andadas.

—Pues lo abandonas de nuevo. Es que no entiendo por qué quieres

divorciarte de él si todavía lo quieres. A lo mejor podrías salvar tu matrimonio a pesar de todo.

De las cuatro, Venetia siempre era la más práctica, Athena la más compasiva e indulgente, y Olivia, con diferencia, la más dura e inflexible. Paradójicamente, ahora era esta quien se encontraba en una tesitura complicada, suplicando a su marido el perdón por sus propios crímenes, y sin conseguirlo hasta la fecha.

—¿Y qué me dices de mi amor propio? —repuso Nadia—. ¿Te das cuenta del papelón que haría? ¿Mi marido tiene la aventura más sonada de la historia reciente y un hijo con otra, y apechugo con ello? Todo el mundo pensaría que soy una idiota.

—No, pensarían que lo quieres. ¿Y qué más da lo que opine la gente? ¿Acaso te importa? Nadia, si lo quieres, tienes que reflexionar acerca de ello, por tu propio bien, no solo por el suyo.

—Tiene que rendir cuentas por sus actos —insistió Nadia. Se había endurecido desde lo ocurrido. La había hecho más fuerte, lo cual no le había venido mal. Y más decidida. Ya no era tan blanda, timorata y complaciente como antes.

—Pues oblígalo a llevar un cilicio o lo que sea, o ponle unos grilletes. Fue un buen marido durante mucho tiempo, y juntos sois unos padres estupendos. Lo que hizo estuvo fatal, pero intuyo que te quiere. Si cabe la posibilidad de arreglar esto y os queréis, deberías pensártelo. Fíjate en Olivia. Es una jueza implacable. No paró de instarte a que te divorciaras desde el primer momento. ¿Y si Harley actuara así con ella ahora? ¿Qué te parecería? ¿Crees que debería perdonarla?

Nadia permaneció en silencio unos instantes, pensativa.

—El caso de Olivia es, más que un engaño, un pecado de omisión acerca de la paternidad de Will. El pecado de Nicolas fue absolutamente imperdonable y flagrante. ¡Me puso en el más absoluto ridículo!

—¿Es eso lo que te importa, que te dejara en ridículo? —le preguntó Venetia.

—No. —Su voz sonó como un tenue gruñido quejumbroso—. Me rompió el corazón. Eso es lo que me importa.

—Y a mí. Me importas tú. Lo odié por lo que te hizo, pero los corazones pueden sanar. No siempre, pero a veces sí. Eso es lo que necesitas dilucidar antes de poner fin a vuestra relación definitivamente. ¿Puede sanar el tuyo? La única que lo sabe eres tú. Supongo que eso mismo es lo que Harley está tratando de dilucidar en este preciso instante. Los dos tenéis mucho en común.

Nadia no se lo había planteado así. Venetia siempre le presentaba las cosas de una manera que tenía sentido. Nadia abrigaba la esperanza, por el bien de Olivia, de que Harley la perdonase, porque no deseaba que su hermana sufriera. Sin embargo, la sabía culpable por haber mentido durante quince años, mientras que Nicolas no. Los dos casos eran similares y al mismo tiempo diferentes.

Prometieron ponerse al tanto mutuamente acerca de Olivia, y colgaron al cabo de unos minutos. Venetia le había dado mucho en qué pensar. No paró de darle vueltas al asunto en todo el día mientras estaba con las niñas y durante horas tendida en la cama despierta esa noche. Y por la mañana, al levantarse, supo claramente qué tenía que hacer: divorciarse de Nicolas. Era necesario que rindiera cuentas, no podía permitir que se fuera de rositas; le había hecho mucho daño. Se preguntó si Harley opinaría lo mismo acerca de Olivia.

13

Olivia se pasó tres días sin parar de llamar y enviar mensajes a Harley a todas horas. Dejó una carta para él en el club náutico en la que se abría en cuerpo y alma y le suplicaba que la perdonara. Él tampoco respondió en esa ocasión. Ella seguía sin noticias de él.

El viernes a mediodía, tras aplazar la sesión en el juzgado, se dirigió al tribunal federal situado en Centre Street. Entró en el despacho de Harley, que estaba abierto, a esperar a que abandonara el estrado en el receso para almorzar. Este se sobresaltó al entrar y verla allí sentada en silencio. Aunque su expresión era impasible e inescrutable, no parecía alegrarse de verla.

—Ya no aguantaba más. Tenía que verte. No me has respondido a nada —dijo Olivia con amargura, lívida.

—Estaba reflexionando…, deliberando. —Se sentó a su mesa, para guardar las distancias con ella. Parecía cansado y era evidente que la situación le había pasado factura. En apenas unos días había envejecido cinco años. Ella también estaba más delgada y demacrada. Que la hubiera dejado plantada era lo más terrible que jamás le había sucedido—. ¿A qué has venido? —le preguntó con frialdad.

—He venido a recibir mi sentencia, señoría —respondió ella. En circunstancias normales a él le habría hecho gracia, pero no sonrió.

—La sentencia se dicta treinta días después de la finalización del juicio, abogada. ¿O ha olvidado eso? Además de la decencia, la moralidad y la honestidad. Esperaba más de ti, Olivia.

Parecía su profesor de Derecho, y estaba claro que había sacado un dos en la asignatura de matrimonio. Ella no pudo rebatírselo. Lo había engañado con una mentira terrible.

—No tengo defensa, señoría, a excepción de mi juventud, mi mala cabeza y mi miedo. No quería hacerte daño o perderte —dijo ella, en pie frente a él, mientras contenía las lágrimas, que a simple vista no lo

ablandaron. Él se había metido en su papel de juez en todos los sentidos del término. La había juzgado y había encontrado su conducta punible.

—Pues has conseguido ambas cosas: perderme y hacerme daño. Solo que ocultándolo lo has demorado quince años.

—Probablemente no debí decírtelo bajo ningún concepto —repuso ella con amargura.

—No, deberías haber sido honesta desde el principio.

—¿Qué habrías hecho?

—Probablemente divorciarme en aquel momento. Y perderme quince magníficos años contigo. Así que tal vez hiciste bien en ocultármelo. Para mí no cambia nada en lo tocante a Will. En lo que a mí respecta, es mi hijo a todos los efectos. Pero ¿cómo voy a volver a confiar en ti? ¿Qué más mentiras hay que me estés ocultando?

—Esa es la única. No quería seguir mintiéndote. Por eso te confesé la verdad.

—¿Y qué pensaste que diría?

—Abrigaba la esperanza de que me perdonases —respondió Olivia con voz queda.

—No sé si puedo. —Ella asintió sin replicar. Él se quedó mirándola largo y tendido desde el otro lado de la mesa—. ¿Cómo has podido mirarme a la cara cada día y mentirme acerca de algo tan importante? Te tenía por una mujer honesta.

—Lo soy —le aseguró con los ojos al borde de las lágrimas—. Y no te he mentido cada día. Cometí una tremenda equivocación. Era joven y estúpida. Tal vez debería haber abortado por no saber a ciencia cierta quién era el padre, pero no quise hacerlo por si era tuyo. Después de la amniocentesis y la prueba de ADN, en realidad era demasiado tarde. Estaba embarazada de cinco meses. —Y ninguno de los dos era partidario del aborto.

—Menos mal que no lo hiciste. Will es lo mejor que nos ha pasado en la vida. Y es casi un genio. Sea quien sea su padre, quiero a Will como si fuera mi hijo. —Ella asintió. No lo dudaba—. Necesito reflexionar acerca de esto.

—Te quiero, Harley —dijo ella con dulzura—. Me figuro que eso a ti

te da igual ahora. Suplicaría clemencia, pero supongo que no la merezco.

En vista de que no iba a convencerlo, se dio la vuelta para marcharse. Le había dicho lo que necesitaba decirle, y era evidente que él no estaba dispuesto a perdonarla. De camino a la puerta, no vio las lágrimas que resbalaban por las mejillas de Harley, ni cuando se las enjugó.

—Olivia… —dijo para que se detuviera. Al girarse, lo vio levantarse y rodear la mesa en su dirección. Fue derecho hacia ella, con la toga puesta, y la estrechó entre sus brazos. Ambos se echaron a llorar fundidos en un abrazo, y ella no supo dilucidar si significaba que la perdonaba o si se estarían despidiendo para siempre—. Te quiero —dijo él con voz ahogada, estrechándola entre sus fuertes brazos—. Te quiero —repitió, y acto seguido bajó la vista hacia ella con lágrimas en los ojos—. La Biblia dice que tenemos que perdonar hasta setenta veces siete. Eso son cuatrocientas noventa veces. Te lo advierto: no me quedan cuatrocientas ochenta y nueve veces. No se te ocurra volver a mentirme o a ocultarme algo jamás.

—Te juro que no lo haré —afirmó ella con vehemencia, sonriendo y llorando al mismo tiempo—. No te he mentido desde entonces y jamás volveré a hacerlo.

—Te creo —dijo él en tono circunspecto, y se quedó pensativo durante unos instantes—. Técnicamente, según la ley, ahora debería adoptar a Will para establecer la paternidad, pero si lo hago, lo descubrirá. Tendré que seguir vivo hasta que alcance la mayoría de edad y a partir de entonces dará igual. —Llevaba días dándole vueltas a eso.

—Por la cuenta que te trae, más te vale seguir vivo mucho más tiempo. No pienso perderte después de todo esto.

Él sonrió, la besó, se quitó la toga y empuñó su abrigo.

—Salgamos a dar un paseo para tomar un poco el aire.

—Pensé que te había perdido —dijo ella al levantar la vista hacia él—. Pensé que eso me mataría.

—Te mataría yo si se te ocurriera volver a mentirme alguna vez. Te condeno a pasar el resto de tus días conmigo. Ese castigo debería ser

suficiente. —Sonrió, le sujetó la puerta para que pasara, y salieron del despacho agarrados de la mano.

Fueron a dar un largo paseo por Foley Square antes de reanudar sus respectivas sesiones. No conversaron mucho, no hacía falta. Habían superado la prueba de fuego y Harley sabía lo que necesitaba saber y debería haber sabido desde un principio. Ambos eran conscientes de lo mucho que se amaban el uno al otro. Ambos salían ganando en todos los aspectos.

Luego, de camino a la sala de audiencias, Olivia envió el mismo mensaje a todas sus hermanas: «Me ha perdonado. Gracias a Dios. Gracias por estar ahí. Os quiero. Ollie».

En el edificio del tribunal federal, Harley tomó asiento en el estrado con gesto sonriente. Cuando suspendiera la sesión al término de la jornada, iba a recoger sus cosas al club náutico para volver a casa con su mujer y su hijo.

Nadia cenó con Greg la noche antes de la firma del acuerdo de divorcio ante notario. Él acababa de regresar de Texas y estaba deseando verla. Le dijo lo mucho que la había echado de menos. Ella se alegró de verlo cuando fue a recogerla. Pensó que sería una buena distracción para no obsesionarse demasiado con la cita del día siguiente, pero estaba callada y tensa, apenas podía pensar con claridad y era incapaz de asimilar nada de lo que le decía.

—¿Estás bien? —le preguntó él. La había llevado a un bonito restaurante y prácticamente no había probado bocado.

—Lo siento, Greg. Estoy nerviosa por la cita de mañana, más de lo que pensaba.

—¿Y eso? Dijiste que todo se ha acordado de forma amistosa, que él no se opone a ninguna de tus peticiones. Será un alivio cuando esto acabe y dejes de estar casada con él. Después de lo que te hizo, has hecho bien en divorciarte. No tienes ninguna duda, ¿verdad? —Escrutó su mirada tras formular la pregunta.

—Ninguna. Es lo que deseo hacer, pero me da la impresión de que es un gran paso, igual de importante que casarse. Descasarse también

es una decisión importante.

Mientras hablaba, a él le pareció que tenía un aire muy joven y que estaba muy guapa con el vestido azul zafiro, del mismo tono que sus ojos.

—«Descasarse» es una decisión muy importante, pero necesaria a veces. Da la impresión de que tuvisteis un recorrido bastante bueno durante once años antes de que todo se fuera al garete. Eso es más de lo que muchos quisieran. Ninguno de mis matrimonios duró once años. El primero fueron tres años de amargura absoluta. Y mi segunda esposa me puso los cuernos dos días antes de nuestro segundo aniversario. Por tanto, llevas bastante ventaja, y tienes dos preciosas niñas fruto de ello. Ha sido una jugada inteligente poner tierra de por medio antes de que te salpique otro escándalo público. Nada podría ser peor que eso.

—Fue un trago —reconoció ella—. Un verdadero trago. —Había sido espantoso.

—Da la impresión de que es un tío inmaduro que piensa con la bragueta. Es una nulidad como marido, Nadia.

Era una forma de verlo, y tenía razón. Aunque hacía que todo pareciera muy sencillo, ella no lo sentía así. Para ella era duro, como si le arrancasen un brazo o una pierna. Le resultaba tremendamente doloroso y no le apetecía hablar de ello con Greg. Él se alegraba de que se divorciara. Le había dicho que no salía con mujeres casadas, ni siquiera con separadas, y había dejado claro que quería salir con ella. A ella le parecía que lo pasarían bien juntos; no obstante, no estaba buscando pareja. Había disfrutado de lo lindo estando casada con Nicolas, y de su vida familiar. Jamás volvería a ser lo mismo. No lo era ya.

Consiguió mantener el tipo hasta el final de la cena. No tenía ánimo para nada, y Greg lo notó. No intentó besarla. Le deseó buena suerte para el día siguiente y la acompañó a su casa.

Luego, se quedó despierta varias horas tumbada en la cama, pensando en Greg y en lo que había comentado acerca del divorcio. Al centrarse en Nicolas, le vino a la memoria un aluvión de recuerdos del pasado: de cuando nació Sylvie, de lo emocionados que estaban, y

Laure; de leer sus libros, y de la euforia que embargaba a ambos cuando una de sus novelas se colocaba por primera vez en el número uno en la lista de superventas; de los viajes que habían realizado; del tiempo que habían pasado juntos con sus hermanas y sus respectivas familias; de los veranos en el castillo… Finalmente se quedó dormida una hora antes de la que tenía que levantarse, y se despertó sobresaltada, con el temor de llegar tarde a la cita en la notaría.

La canguro había pasado la noche en la casa con el fin de poder llevar a las niñas al colegio. Tras despedirse de ellas con un beso, Nadia salió disparada en un Uber para no tener que aparcar. Cuando llegó, estaba hecha unos zorros. Justo cuando se disponía a entrar al edificio donde se ubicaba la notaría, se encontró con Nicolas, que se detuvo para esperarla y notó lo nerviosa que estaba, aunque él no se encontraba mejor.

—Esto es como cuando teníamos exámenes en el colegio —susurró él, y ella sonrió.

A sus respectivos abogados los sorprendió que llegaran juntos a la notaría. Una vez sentados en la sala de reuniones, el de Nadia se aproximó a ella y le preguntó:

—¿Has cambiado de opinión?

—Ni mucho menos. Simplemente hemos entrado juntos porque hemos coincidido fuera.

—A veces pasa, ¿sabes?

Ella negó con la cabeza. El notario entró con gesto serio. El divorcio se haría oficial una vez que sellara los documentos y los remitiera al juzgado para finalizar el proceso.

El notario interrogó a Nadia primero. Era la primera cita del día.

—Madame Bateau, ¿cuándo abandonó su esposo el domicilio familiar?

—Se mudó en septiembre.

—¿Y están separados?

—Sí.

—¿Han llegado a un acuerdo en lo que respecta a las cuestiones económicas?

—Sí. El castillo de Champfort pertenece exclusivamente a mi

marido, pues es una propiedad heredada. No reclamo su titularidad ni uso. Me gustaría que el piso en el que vivimos, en el Quai Voltaire, pase a estar a nombre de mis hijas, y yo tener el uso del mismo, en usufructo, a mi conveniencia. Y hemos acordado un régimen de visitas cada miércoles por la noche para cenar, los fines de semana alternos y dos viernes por la noche al mes los fines de semana que no las tenga él. En total, diez días al mes, además de un mes en verano.

Todo estaba muy bien atado. Su abogado entregó los informes financieros y el expediente al notario, un hombre serio entrado en años, que asintió mientras hojeaba los documentos. Nadia no solicitó ninguna compensación económica, pues habían acordado un importe mensual para la manutención de sus hijas.

—¿Y está usted de acuerdo con el régimen de visitas, monsieur Bateau? —preguntó a Nicolas, que respondió que sí—. ¿Y con la manutención mensual? —Nicolas también expresó su beneplácito. Era una suma generosa, puesto que Nadia no estaba dispuesta a conformarse con menos.

Como se trataba de un divorcio *à l'amiable*, amistoso, con el mutuo acuerdo de ambas partes, no era necesario añadir nada más que la rúbrica del notario para ratificarlo. No había zonas grises de conflicto, de modo que sacó un tampón y lo estampó sobre la página superior del expediente. Cuarenta minutos después de llegar, salieron de la sala de reuniones.

—Bueno, pues supongo que ya está —dijo Nicolas cuando se detuvieron en la entrada, vacilantes durante unos instantes. Nadia se sentía aturdida. Él echó un vistazo a su reloj—. Tengo que coger un tren. Me voy a Bretaña dos días, volveré a tiempo para cenar con las niñas el miércoles. —El régimen de visitas ya se había establecido formalmente en los tribunales. Aunque su esperanza había sido evitarlo, ahora que la maquinaria se había puesto en marcha era imposible detenerla, a menos que anularan el divorcio. Estaba claro que Nadia se mantenía en sus trece, lo cual había confirmado ante notario.

La besó en la mejilla, se fue a toda prisa y consiguió llegar a tiempo a la estación. Había avisado a Pascale de que iría. Según ella, que se

hallaba en Londres rodando su nueva película, no le importaba. Tenía previsto quedarse allí tres meses. La productora le había proporcionado un apartamento. Como su madre no hablaba inglés y el bebé solo tenía tres meses, había decidido que no la acompañaran a Londres, que se quedaran en Bretaña. Le resultaba más cómodo; sin su madre y el bebé, disponía de más tiempo para ir a su aire. La maternidad había resultado ser más complicada de lo que pensaba en un principio, y menos divertida.

Nicolas subió al tren y, a su llegada a Bretaña a mediodía, se fue directamente a ver a Isabelle, la madre de Pascale. Ella era con quien tenía que tratar el asunto, dado que había asumido la responsabilidad y llevaba la voz cantante. Se sentaron en la cocina a tomar café, y ella se quedó helada al oír su plan: Nicolas quería que trasladara al bebé a París dos veces al mes a pasar la noche allí con el fin de estrechar lazos con él. Lo cuadró para que no coincidiera con ninguna de las noches en las que tenía a las niñas, para que estuvieran a sus anchas. Ya tenía claro que Pascale iba a llevar la vida de una veinteañera soltera mientras su madre criaba al niño en Bretaña. Y él no deseaba presentarse allí sin más; no se conformaba con eso, deseaba incrementar su implicación con Benoit. Quería establecer un plan de visitas y que, cuando su hijo creciera un poco más, fuera con su abuela a París los fines de semana que él no tenía a las niñas. No deseaba olvidarse de su hijo ni desentenderse de él para siempre por el mero hecho de que su relación con Pascale no hubiera funcionado. Últimamente había reflexionado mucho acerca de ello y le agradaba la solución que se le había ocurrido, igual que a Isabelle. Eran de la misma generación, solo se llevaban unos años de diferencia, y a ella le parecía bien lo que trataba de hacer. Él no deseaba mandar un cheque cada mes para Benoit, sino formar parte de su vida, sobre todo conforme el niño se hiciera mayor. A Isabelle le encantó la idea de ir a París, le parecía muy glamuroso. Podría hacer lo que se le antojara cuando Nicolas estuviera con Benoit, y llevarlo al parque mientras el padre de este trabajaba. Incluso podría conocer a un hombre estando allí. Todavía era joven, solo le llevaba dos años a Nadia.

Como en el piso de alquiler había dos habitaciones de invitados

para las niñas, ella y el bebé podrían quedarse allí sin problema. El piso no era grande ni lujoso, pero no estaba mal. A Isabelle el plan le pareció excelente, y admirable que hubiera pensado en ello. Él también abrigaba la esperanza de que, cuando sus hijas tuvieran más roce con su hermano, llegarían a quererlo.

—Bueno, mi hombrecito, ¿vas a venir a París a ver a tu papá? —dijo sosteniendo al bebé en el aire mientras este sonreía y hacía gorgoritos. Se lo llevó a dar un largo paseo en el cochecito esa tarde, luego ayudó a Isabelle a bañarlo, le dio el biberón y lo acostó. A la mañana siguiente, Nicolas regresó a París. Isabelle Solon tenía previsto ir a París con el bebé a la semana siguiente. En su opinión, el escritor era un buen hombre. Lamentaba que Pascale no siguiera con él. Estaba al corriente del nuevo novio de su hija, un actor, pero opinaba que fumaba demasiada hierba y que el bebé le traía sin cuidado. Consideraba que Pascale era una tonta por no quedarse con Nicolas, pero según su hija los escritores eran unos muermos, y Nicolas demasiado mayor para ella. Por lo menos se tomaba en serio sus obligaciones como padre. La actriz había accedido de buen grado a que su madre llevara el bebé a París en semanas alternas; le parecía estupendo. Había transcurrido un año desde el comienzo de su relación en el rodaje de la película y a él lo asombraba la rapidez con la que se habían apagado unos sentimientos tan apasionados. A su modo de ver, traer un bebé al mundo había sido una tremenda equivocación, teniendo en cuenta que se conocían a un nivel muy superficial, pero ya no tenía remedio, y deseaba llevarlo lo mejor posible por su propio bien y por el del niño.

A Pascale no le parecía raro o desafortunado el hecho de tener un hijo con un hombre con el que ya no mantenía relación y al que probablemente vería muy rara vez en el futuro. Se hallaba plenamente satisfecha con el hecho de que su madre se ocupara de él. Isabelle Solon había hecho lo mismo al dar a luz a Pascale a los dieciséis años, dejándola a cargo de su madre. Pero ahora, como abuela, estaba más pendiente de Benoit de lo que había estado con Pascale, y a Nicolas le agradaba que este se encontrara en buenas manos. Le alegraba la idea de pasar dos noches al mes con el bebé y la madre de Pascale y, con el

tiempo, dos noches a la semana. Más adelante, el niño podría ir a visitarlo solo o con una niñera. Isabelle ya disponía de una niñera unas cuantas horas por semana, con el fin de hacer sus cosas. Nicolas había corrido con los gastos de Benoit desde su nacimiento.

Cuando Venetia llamó a Nadia para ver cómo había ido la cita con el notario, esta le dijo que bien, y en un tris: unas cuantas preguntas, los informes financieros, el régimen de visitas, la rúbrica del notario a lo que habían acordado, y listo.

—¿Y ahora qué?

El divorcio le parecía una pena, sobre todo si Nadia seguía queriendo a Nicolas. Ella reconocía que sí, pero no lo suficiente como para volver con él, o perdonarlo.

—En un plazo de dos meses, recibiremos los documentos por correo postal y estaremos divorciados. Tal y como lo hemos hecho, no hay dramas.

—Bueno, algo es algo.

Greg también la llamó para ver qué tal, y la invitó a cenar, pero ella puso como excusa que estaba muy atareada con un nuevo cliente y que tenía que ponerse con el anteproyecto, aunque prometió que se verían pronto. No se sentía preparada para lanzarse a los brazos de Greg recién salida de la notaría, y algo en él siempre la frenaba, aunque no sabía qué. Quizá que era demasiado impasible, o demasiado formal. Ella seguía remisa a tener algo con él, aunque le despertara interés, pero no el suficiente. Y, por extraño que pareciera, todavía se sentía casada con Nicolas, como si estuviera engañándolo. Se preguntaba cuánto tiempo tardaría en cambiar eso y en sentirse una mujer completamente libre. Puede que cuando recibiese los documentos. Sin embargo, del mismo modo que los papeles no representaban la esencia de un matrimonio —como Athena y Joe habían demostrado de sobra—, los papeles exclusivamente tampoco ponían fin a un matrimonio, como estaba comprobando Nadia.

Se había quedado trabajando hasta tarde en su primera gran propuesta para su nuevo cliente, que había comprado una bonita casa en el distrito VII y era amigo de otro cliente, cuando la llamaron al móvil. Respondió sin mirar, pues estaba examinando en su mesa un dibujo de la cocina que había diseñado con un techo de cristal que podía desplegarse sobre el jardín en días cálidos; le confería un aire campestre, no urbano. Se sobresaltó al oír la voz de Nicolas.

—¿Estás despierta? —preguntó en tono serio.

—Estoy trabajando. ¿Ocurre algo?

—Sí…, no…, no lo sé. Supongo que la respuesta ha sido sí a lo largo de este año. Estoy abajo. ¿Puedo subir?

—Mañana tengo una presentación, así que no puedes quedarte mucho tiempo. ¿No podemos hablarlo por teléfono?

Eso es lo que habría preferido. Ahora estaban prácticamente divorciados.

—No —respondió él rotundo.

—Las niñas están dormidas. No llames al portero automático, te abro. —Suspiró y soltó el lápiz. El dibujo no acababa de convencerla. Había algo recargado en él.

Instantes después, él subió recién salido de una fría noche de lluvia. Dejó su abrigo en la entrada, fue al estudio a sentarse al otro lado de la mesa y echó un vistazo a su trabajo, tal y como había hecho millones de veces anteriormente.

—Está muy cargado por la parte superior —comentó él—. Hay que aligerar el techo de cristal, igual dándole forma de pico…

Ella echó un vistazo al dibujo y se dio cuenta de que tenía razón.

—Gracias. No lograba averiguar qué era lo que no encajaba.

—La cita con el notario me pareció de lo más deprimente.

—Más deprimente sería que nos pasáramos diez años litigando. A mí me sorprendió lo fácil que fue —señaló ella.

—Demasiado fácil. ¿Es eso lo que quieres, Nadia? ¿Abrir un sobre un día cualquiera en los próximos meses y listo? ¿Se acabó? ¿Estamos divorciados? ¿Por qué no das una segunda oportunidad a lo nuestro? ¿Por qué no me pones a prueba? Castígame. Haz que me sigan. Sométeme a la prueba del polígrafo una vez a la semana.

—Yo no soy policía, ni falta que me hace. He pasado por un infierno. Ahora ha llegado la calma. No quiero volver a pasar por eso.

Se mostró categórica al respecto. Era una decisión tomada con la cabeza, no con el corazón, que le habría dicho otra cosa. Tampoco confiaba en los dictados de su corazón más de lo que confiaba en sus actos.

—He aprendido mucho de esto. ¿Acaso eso no cuenta?

Ella titubeó, sin estar segura de qué decir. Había tomado una decisión y deseaba atenerse a ella.

—Tal vez —respondió finalmente en voz queda—. Pero sería incapaz de pasar por este calvario de nuevo. No quiero correr ese riesgo. Prefiero no tener vida, conformarme con mi trabajo y las niñas, a que vuelvas a romperme el corazón. Por cierto, ¿qué hiciste en Bretaña? —Le picaba la curiosidad.

—Lo he arreglado para que el bebé venga a París dos veces al mes, para conocernos mejor.

A ella le conmovió que le importara, a pesar de que su relación con Pascale hubiera terminado y el bebé hubiera sido un accidente. Siempre le había encantado su faceta tierna, que le gustaran los críos y fuera tan cariñoso con ellos. Adoraba eso de él.

—Qué tierno.

—Yo soy tierno. —Le sonrió con gesto avergonzado—. Cuando no me comporto como un gilipollas. —Ella se echó a reír—. Nadia, por favor, no tires la toalla. No quiero que lleguen esos papeles y borren de un plumazo todo lo que teníamos.

—Eso no pasará. Conservaremos todos los recuerdos de los buenos tiempos —repuso ella con ternura y un nudo en la garganta—. Nada puede borrar eso.

—Me alegro de que pienses así —dijo él con un suspiro, y acto seguido rodeó la mesa, tiró de ella suavemente para estrecharla entre sus brazos y la besó. No sabía qué más hacer o decir. La quería, pero ella no lo creía, no le importaba o había dejado de quererlo. Pero existía tal atracción y química entre ellos que, sin darle tiempo a pensarlo, ella le correspondió al beso, que duró largos instantes. Al despegarse, ella soltó un tenue sonido quejumbroso.

—Ay, Nicolas, por favor, no…, no me hagas esto, no nos hagas esto. He intentado con todas mis fuerzas dejar atrás el «nosotros», dejar de quererte. No me tortures.

Estaba al borde de las lágrimas.

—Te quiero, Nadia. No quiero pasar página.

La besó con más pasión y ella se aferró a él con la misma intensidad que había añorado durante meses.

—Tienes que irte —dijo ella con voz ronca y sensual—. Eres un peligro —añadió con gesto risueño. Para ella siempre había sido el hombre más guapo y sexy que jamás había conocido. Le resultaba casi irresistible, pero se hacía la dura, o lo intentaba.

—¿Te lo pensarás? —le suplicó él sin oponer resistencia mientras ella lo conducía a la puerta.

—¡No!… Sí, maldita sea. Eres imposible.

—No puedes divorciarte de mí mientras me sigas queriendo. Es un disparate.

—No, ni mucho menos. Es probable que sea lo más sensato que he hecho en mi vida.

—Uno no se divorcia de quien ama —rebatió él—. Les diré que tenemos una disputa, que discrepo de tus propuestas. Retiraré los papeles.

—No puedes. El notario ya ha dado el visto bueno y los está tramitando un juez.

—Te odio. Maldita sea, no seas tan sensata. Nadia, se trata de nuestra vida, de nuestro matrimonio, no de un acuerdo comercial. Vale, a lo mejor la pifiamos, o la pifio yo, pero ¿podemos intentarlo al menos? —Mientras lo decía, a ella le vino a la cabeza su hermana, que confesara sus pecados al cabo de quince años y que Harley la hubiera abandonado. A pesar de todo, él la había perdonado. Tal vez ella también fuera capaz de perdonar a Nicolas. Era la primera vez que reflexionaba detenidamente acerca de ello y se planteaba si debían intentarlo—. Sé que no te merezco, Nadia. Pero te quiero, te quiero con locura.

—Harley y Olivia estuvieron a punto de romper hace poco. De hecho, él la abandonó y regresó al cabo de unos días.

—¿Harley? ¿Por qué? —Nicolas se quedó pasmado.

—Hizo algo que no debía hace quince años, decidió confesárselo y él se lo tomó mal. Muy mal. Pero la perdonó y lo están arreglando —explicó, pensando en ellos y en lo feliz que Olivia parecía estar ahora.

—Seguro que lo que hizo no estuvo tan mal como lo que yo hice, pero al menos él la perdonó. ¿No podrías seguir su ejemplo?

—Creo que todo se reduce al hecho de que se quieren. Y supongo que nosotros también. —Al observarlo ahí plantado en la entrada del piso con gesto de impotencia, de repente se vio incapaz de enfrentarse a él. Quizá Venetia tenía razón y, si se querían el uno al otro, al cuerno con lo que todos opinaran que debían hacer. Si las cosas se torcían de nuevo, siempre cabía la posibilidad de divorciarse, o de dejar que el papeleo siguiera su curso. De repente, volver a intentarlo no le pareció tan descabellado. Él la hacía reír. Jamás había conocido a otro hombre que supiera divertirse como él, o hacer el amor como él, algo que había tratado de quitarse de la cabeza a lo largo de los últimos ocho meses. No había hecho el amor con nadie más, ni lo había deseado. Greg era un hombre muy atractivo, triunfador, interesante, listo, con buen gusto, pero no la excitaba. Nicolas sí—. ¿Por qué no te quedas aquí este fin de semana y vemos cómo va? Mandaré a las niñas a casa de unos amigos. No quiero que se hagan ilusiones y que luego se lleven una decepción.

—Eso no pasará —le prometió él, y acto seguido tiró de ella para abrazarla con fuerza—. Oh, Dios, Nadia, gracias…, gracias… Te prometo que seré un santo durante los próximos cincuenta años.

—Pues menudo muermo. —Le sonrió con picardía. Él tenía claro qué tenía que hacer y qué no. Ahora quedaba por ver si era capaz de cumplirlo—. Como tengas otra aventura, me divorciaré de ti tan rápidamente que ni te enterarás.

—Lo sé —dijo él—. No te lo reprocharía. Jamás volverá a ocurrir.

Y entonces a ella le vino un pensamiento a la cabeza.

—¿Y vamos a tener a Pascale de visita por aquí para ver a su bebé?

—A ella no le interesa el crío —respondió él—. Lo va a dejar con su madre. Yo, si quieres, puedo ir a Bretaña a verlo, pero me gustaría que viniera de visita a París. Necesita a su padre, más aún con una madre

a la que es probable que vea muy rara vez.

—No —dijo ella con cautela—. Es tu hijo. Puede venir a vernos aquí. Lo que pasa es que no estoy preparada para una familia tan extensa.

—Yo tampoco. Creo que debería verlo, y quiero hacerlo, pero él tendrá una vida con esa familia, y vendrá a vernos si es un crío formal. Pascale irá a lo suyo. Ella, en realidad, no desea formar parte de su vida y mucho menos de la nuestra.

—Es una lástima por el niño.

—Yo miraré por él, y su abuela lo adora.

Nadia asintió. Parecía factible. Nicolas estaba tratando de encontrar un equilibrio entre una supervisión benevolente a distancia y una implicación hasta un punto que resultara cómodo, pero sin agobios, lo cual era todo cuanto podía pedirle. Habría que ver cómo se desarrollaban las cosas a medida que el niño creciera. Puede que no deseara cuentas con ellos siquiera o que encajara muy bien. Nadia respetaba lo que Nicolas estaba procurando hacer.

—Nos vemos este fin de semana —dijo ella con una sonrisa cautelosa. Estaba nerviosa ante la perspectiva, como si se tratara de una primera cita. En ningún momento había experimentado esas sensaciones con Greg, las mariposas en el estómago y las palmas sudorosas. Nicolas, en cambio, siempre le despertaba todas esas sensaciones, y más. Continuaba haciéndolo.

La besó por última vez antes de marcharse. Cuando se fue, ella se quedó en la entrada unos instantes, cuestionándose qué había hecho, si estaba loca, pero sentía que lo correcto era darle otra oportunidad e intentarlo, mucho mejor que divorciarse o empeñarse en sentir algo por Greg que sabía que no sentía ni sentiría jamás. O por otro al que quisiera menos que a Nicolas.

Volvió a su estudio para llamar a Venetia y contarle lo ocurrido, que precisamente era lo que su hermana le había sugerido al hablar del tema. Nadia pensó que se alegraría.

El teléfono le sonó en las manos cuando se disponía a llamarla. Vio que era Venetia, y se echó a reír al responder.

—Tienes telepatía. Estaba a punto de llamarte. Nicolas acaba de

estar aquí y hemos estado hablando. —Acto seguido, oyó un terrible quejido al otro lado de la línea, y de pronto se dio cuenta de que algo le pasaba a su hermana, como si estuviera dolorida—. ¿Estás bien?

—No…, puede que me haya puesto de parto. Estoy sufriendo unos dolores espantosos. Ben está vistiéndose para llevarme al hospital. No se lo digas a mamá, no quiero que se preocupe. Solo quería que lo supieras. —Con la siguiente contracción, se echó a llorar—. Me da mucho miedo perderla. Solo estoy embarazada de cinco meses. No sobreviviría.

—Tranquilízate. Ve al hospital a ver qué dicen. ¿Estás sangrando?

—Un poco.

No pintaba bien.

—Ojalá estuviera allí.

Venetia tuvo que colgar cuando Ben se acercó para ayudarla a levantarse. La llevó casi a cuestas al Uber que había llamado. Por suerte, los pilló en la ciudad.

Nadia se pasó las dos horas siguientes pendiente de recibir noticias de ella, y hablando con Olivia y Athena. No supo nada de Venetia hasta las cuatro de la mañana en París. Parecía algo aletargada; por lo visto, le habían dado algo para detener el parto y había funcionado.

—Me han dicho que guarde reposo durante un mes o dos y que ya veremos cómo va. ¿Cómo voy a dirigir mi empresa?

—Puedes hacer los diseños perfectamente en cama desde tu casa. No te queda otra —dijo Nadia rotunda.

—Lo sé.

No le salía la voz del cuerpo, estaba hecha un flan. Nadia habló con Ben después y este le dijo que, según los monitores y las ecografías, el bebé se encontraba bien, que solamente debían procurar aguantar hasta el fin de la gestación.

Venetia se quedó ingresada en observación en el hospital una semana para realizarle pruebas. Cuando le dieron el alta, Ben la llevó a casa en el coche, tumbada en el asiento trasero del SUV. Nada más llegar, cargó con ella y la condujo directamente a la cama. Como tenían una niñera interna, el cuidado de los niños estaba solucionado, pero dirigir su empresa desde la cama iba a ser complicado. Venetia

no se doblegaba fácilmente: se metía en todo, se pasaba todo el día de aquí para allá en reuniones de diseño y vigilaba de cerca a todo el mundo. Decidieron poner una cámara de vídeo en la oficina, con otra pantalla en su dormitorio, para que pudiera ver a la gente y estar presente en las reuniones. Ben la llamaba para ver cómo estaba media docena de veces al día. A ella le daba miedo pasar demasiado tiempo fuera de la cama; en cuanto lo hacía, empezaban las contracciones. Había que impedir que se pusiera de parto durante los siguientes cuatro meses. A Venetia se le antojaba una eternidad. Con tres niños pequeños y un negocio floreciente, guardar reposo iba a suponer un enorme reto.

Cuando Venetia se sintió mejor, Nadia la puso al corriente de que Nicolas y ella iban a intentar arreglar las cosas.

—No sé si saldrá bien, o si es demasiado tarde para nosotros, pero tienes razón: nos queremos. No quiero tirar la toalla todavía.

Venetia se alegró por ella. Era lo que esperaba que ocurriese desde el principio.

14

Nadia tomó un vuelo a Nueva York para pasar unos días con Venetia, que llevaba un mes en reposo. También estaba atareada, tenía varios clientes nuevos y estaba haciendo una presentación tras otra. Y de momento las cosas marchaban bien con Nicolas, que andaba con pies de plomo, aunque ambos estaban empezando a relajarse. Se lo contó a Venetia cuando le llevó comida tailandesa en una bandeja.

—No es como antes, pero todo se andará.

Todavía no había visto al bebé, y Nicolas no la estaba presionando. Él aún tenía el piso de alquiler, donde se alojaba Isabelle con el niño cuando iban de visita. A las niñas, que habían ido a conocerlo, les pareció una monada. Nadia comentó que Greg no había dado señales de vida desde que supo que Nicolas y ella iban a darse una segunda oportunidad.

Nicolas hacía gala de un comportamiento ejemplar. Nadia y él habían pasado varios fines de semana en el castillo con las niñas, y se habían ido solos a Roma otro. Él estaba escribiendo a buen ritmo de nuevo, y fluía. Los dos estaban ocupados y trabajando mucho. Y él estaba viviendo en el piso con ella y las niñas. Nadia había puesto a su madre al corriente, que se mostró optimista con ciertas reservas. Rose iba a tener que ponerlo a prueba.

A Olivia y Harley también les iba bien. Según Venetia, estaban más unidos que antes si cabe. Pero claro, en su caso la catástrofe había sido breve, mientras que Nicolas y Nadia habían pasado separados muchos meses, y el daño había sido mayor.

Para Rose fue un alivio que volvieran y abrigaba la esperanza de que llegasen a buen puerto. Todo el mundo les deseaba lo mejor.

Llevaban tres meses juntos cuando, un día, al llegar a casa de la

oficina, Nadia se puso a abrir la correspondencia que le habían colocado sobre su mesa. Dejó para el final un grueso sobre sin remitente. Se había llevado trabajo a casa y tenía mil cosas en la cabeza. Las niñas estaban en su clase de gimnasia con la canguro y Nicolas se hallaba de nuevo en la habitación donde solía escribir. Al sacar la carta del sobre, se quedó mirándola sin dar crédito. Tras sentarse a leerla detenidamente, se levantó y fue a toda prisa al despacho de Nicolas. Él estaba corrigiendo unas páginas que había escrito el día anterior en el ordenador y, al verla, levantó la vista sorprendido. Ella había entrado sin llamar a la puerta. Sin decir una palabra, se acercó a él y, al darle los papeles, se quedó mirándolos con asombro, lo mismo que había hecho ella.

—Mierda. ¿Cómo ha podido pasar esto? Hace unas cuantas semanas pensé en preguntarte si debíamos hacer algo para pararlo, pero se me pasó. ¿Y ahora qué hacemos?

—No lo sé. Me parece que es demasiado tarde para invalidarlo. Parece oficial —dijo ella, mirándolo fijamente. Estaban divorciados. El divorcio se había hecho efectivo. Habían formalizado el papeleo tres meses antes y en ningún momento habían detenido el proceso—. Oh, Dios mío, ya no estoy casada contigo.

—Eres una mujer libre.

Era una sensación algo intimidatoria, como estar en un barco que se había soltado de su amarre e iba a la deriva en mar abierto.

Los dos llamaron a sus respectivos abogados, que les dijeron lo mismo: era demasiado tarde para revertir el proceso o cancelar los trámites. Su matrimonio se había disuelto y, si no deseaban estar divorciados, la única solución era volver a casarse. Pero, de momento, estaban divorciados a todos los efectos.

Después de hablar con los abogados, se dirigieron al despacho de Nadia y se pusieron a cuchichear. No querían que las niñas, que ya habían llegado a casa, los oyeran. Nadia estaba segura de que cundiría el pánico; ella misma sentía cierto temor.

—¿Quieres casarte de nuevo? —le preguntó él, también con los nervios de punta.

—Creo que sí.

—¿Cómo que crees que sí? ¿Qué quieres decir con eso?

—¿Y si al casarnos se jode todo, o se gafa lo nuestro o algo?

Parecía agobiada. Él se echó a reír.

—Esto es absurdo. Pasamos por un infierno y estábamos casados. Ahora que hemos vuelto, estamos divorciados por accidente. A mí, personalmente, no me hace gracia. Me gusta estar casado contigo. Quiero estar casado contigo.

—Yo también. Me parece un poco ridículo decir a la gente que, como se nos olvidó anular el divorcio, ahora resulta que no estamos casados.

—Arreglémoslo. Ni siquiera hace falta comunicarlo con antelación. Podemos invitar a todo el mundo a pasar un largo fin de semana en el castillo, darles una sorpresa cuando lleguen, casarnos y listo —sugirió Nicolas.

A Nadia le sedujo la idea. Acordaron no decirle a nadie que habían recibido los papeles. Esa noche, bromearon acerca de ello en la cama.

—La verdad es que lo de hacerte el amor sin estar casados tiene un rollo que me pone. Había olvidado esa sensación.

—Vaya, pues menudo alivio, porque no podemos casarnos por lo menos hasta junio —le recordó ella.

—¿Y eso? ¿Tienes algo mejor que hacer?

—No, pero Venetia sí. No sale de cuentas hasta mediados de mayo, si consigue aguantar hasta esa fecha. Está guardando reposo y no podrá viajar hasta que el bebé cumpla un mes.

A él se le había pasado por alto.

—Muy bien. Nos casaremos en junio. Invitaremos a todo el mundo para esas fechas. Me parece increíble estar planeando una boda con mi propia esposa.

—No me explico cómo se me pasó cancelar los trámites. Creo que me daba miedo.

—¿Y ahora? —le preguntó él—. ¿Sigues teniendo miedo?

—No —respondió ella, y lo besó. Las cosas iban de maravilla entre ellos, mejor de lo que esperaba. Hasta puede que mejor que antes.

—¿Eres feliz? —le preguntó él con gesto serio.

—Sí. —Ella asintió y se acurrucó plácidamente entre sus brazos—.

No obstante, me parece increíble que estemos divorciados.

—Eso es lo que pasa cuando juegas con fuego. Tú fuiste la que quisiste divorciarte. Fue idea tuya.

—Estaba intentando deshacerme de ti —le recordó ella.

—Pues te salió el tiro por la culata, afortunadamente —señaló él, tirando de ella.

Le encantaba volver a dormir con ella y despertarse a su lado, conversar hasta altas horas de la noche y por la mañana. Las niñas también estaban contentas. Era como si la pesadilla del año anterior jamás hubiera ocurrido. Nadia era tan preciada para él que sabía que jamás volvería a serle infiel. Ella todavía tenía pendiente conocer a Benoit, pero ahora se sentía preparada. El bebé no tenía culpa de lo ocurrido. Y Nicolas ya no mantenía ningún contacto con Pascale, solo con su madre. La relación entre Pascale y él no se hallaba en malos términos; ella simplemente estaba viviendo a su aire y haciendo lo que le venía en gana. Nicolas había sido un capítulo fugaz en su vida y, para ella, el capítulo estaba cerrado. La actriz había sido una explosión para Nadia, una bomba que les había explotado. Le desagradaba pensar en ello, pero a veces lo hacía, y se maravillaba ante el hecho de que lo hubieran superado y de que hubieran sido capaces de retomar la relación.

—¿Cómo vamos a hacer esto? —le preguntó a Nicolas, refiriéndose a las segundas nupcias—. ¿Vamos al *mairie* y después a comer, como si tal cosa? —El *mairie* era el ayuntamiento de cada distrito parisino y municipio de Francia.

—Eso es un pelín frío, ¿no te parece? Podríamos celebrar la ceremonia civil en el *mairie*, y la religiosa en la iglesia al día siguiente, como la gente normal.

—No tengo muy claro hasta qué punto somos «normales». Estamos divorciados. ¿Me estás diciendo que quieres una boda como Dios manda? —Le hizo gracia.

—Creo que sí —respondió él, rumiando esa posibilidad—. ¿Por qué no? Tenemos mucho que celebrar. Podríamos matar dos pájaros de un tiro. Aún no han bautizado a Benoit, y sospecho que nunca lo harán. Podríamos bautizarlo en la boda y que pase el fin de semana en el

castillo. ¿O te parece una locura?

—Una auténtica locura. Creo seriamente que ya estamos rayando en la excentricidad. Pero me figuro que sí, siempre y cuando su madre no se presente.

—No lo hará. No se lo contaremos.

—Que no se te ocurra decirme en tu vida que sigo siendo demasiado estadounidense. Voy a casarme con mi marido, de quien me divorcié accidentalmente, al mismo tiempo que bautizamos al bebé que tuvo con su amante, que para empezar fue el motivo del divorcio. En Estados Unidos te meten en un hospital psiquiátrico por esto.

—Tampoco creo que en realidad se haga en los círculos sociales más selectos de Francia, pero me da igual. ¿Y a ti?

—La verdad es que a mí también. Qué demonios, ¿por qué no bautizar al bebé? Espero que mi madre no se escandalice por esto.

—Tu madre es bastante guay.

Entonces a Nadia se le ocurrió una idea. Quería ponerla en común con Venetia. Había reencauzado su matrimonio aún enamorada de Nicolas, pero con su identidad reforzada, más confianza en sí misma y una independencia que jamás había tenido hasta entonces. Había sobrevivido al peor revés que podía sufrir un matrimonio y había salido victoriosa, entera, fuerte y feliz. Sus hermanas también habían reparado en ello.

Llamó a Venetia a la mañana siguiente y le confió el secreto. Era la única a quien se lo iba a revelar. Quería sorprender al resto.

—¿Cómo te las apañaste para divorciarte sin darte cuenta?

—Me olvidé completamente de los papeles, me pareció más importante el hecho de retomar la relación.

—Seguramente tienes razón —dijo Venetia, muerta de aburrimiento. De día tenía un tablero de dibujo sobre la cama para poder continuar trabajando—. Bueno, ¿qué quieres que haga yo? —A Venetia le hacía gracia la situación.

—Quiero que me diseñes un vestido fabuloso, un derroche de fantasía. La otra vez llevé uno muy formal. Era bonito, pero en esta ocasión me apetece divertirme. —Se había casado con un vestido de gorgorán marfil bajo una levita de encaje con una cola de tres metros

que habían comprado en Bergdorf—. Quiero que des rienda suelta a tu imaginación.

—Bueno, podríamos optar por un rollo bucólico, o tipo Heidi, si tienes pensado celebrarla en el castillo, o romper totalmente el molde con una gigantesca falda larga de tul —sugirió a bote pronto, imaginando a Nadia con ella puesta.

—Eso suena mejor. Quiero parecerme a Cenicienta y sentirme como ella.

—Madre mía, ¿estás medicándote? Igual no sería mala idea. Tan pronto te divorcias como quieres organizar una boda de fantasía. ¿Vamos a vestir a Nicolas de Elvis o de príncipe azul?

—Él puede ponerse un traje de lino blanco. Tiene diez. Yo quiero que mi vestido sea especial, con un montón de tul en la falda. Me parece que Galliano hizo una así para Dior, en amarillo, rosa o algo por el estilo si no recuerdo mal.

—¿Nos vamos a decantar por el blanco o por un color? —Venetia, que empezaba a entusiasmarse, se puso a hacer garabatos mientras hablaban.

—Blanco. Y vestiditos coquetos de organdí blanco para las niñas.

—Me muero de ganas de que llegue esta boda —comentó Venetia, riendo tontamente—. A ver quién se me ocurre decir que ha encargado esto en mi taller. Diré que se trata de alguna leyenda del rock. Te mandaré una plantilla para que anotes tus medidas.

Hablaron acerca de ello media hora y, después, Venetia continuó mandándole mensajes de texto con preguntas, a las que Nadia respondió, acerca del estilo del canesú, si con o sin mangas, el largo de la cola, si perlas o si diminutos diamantes de imitación. Su hermana contestó: «Las dos cosas». Como no iba a llevar velo porque se casaba en segundas nupcias, Venetia pensó en una tiara. Se lo estaba pasando tan bien como Nadia, que se había sacado la espina de haber descubierto el día anterior que estaba divorciada. A pesar de que Nicolas le había restado importancia, su exmujer se sentía intranquila. ¿Y si jamás lograban volver a casarse? La idea no le hacía ni pizca de gracia.

Su exmarido y ella consiguieron reservar fecha en la pequeña iglesia

rural de las inmediaciones del castillo para el día elegido, el tercer sábado de junio. El sacerdote, que se quedó de piedra durante unos instantes cuando Nicolas le dijo que estaban divorciados, le explicó que las personas divorciadas no podían casarse en una iglesia católica, y Nicolas adujo que eso era un tecnicismo, pues serían las mismas personas las que se casarían como la primera vez.

—Ah, como una renovación de los votos.

—Exacto.

Era la breve ceremonia en el ayuntamiento la que, de hecho, los uniría oficialmente de nuevo. La boda por la iglesia era más bien una tradición religiosa, y Nicolas le mencionó que también celebrarían un bautizo.

—¿El bebé de los novios?

—En realidad mío, no de la novia.

El sacerdote decidió pasarlo por alto. Nicolas informó a Nadia de que todo estaba arreglado con la iglesia. Ella tenía que irse para reunirse con unos clientes en ese momento, apenas era capaz de concentrarse en el proyecto que tenía entre manos. De pronto, su heterodoxa y excéntrica boda se le antojaba más emocionante.

Nadia le envió a Venetia sus medidas, y esta puso en marcha el diseño del vestido. Le mandó los bocetos por correo electrónico: iban a confeccionar el canesú con seis capas de organdí blanco, en un ajustado corpiño, con mangas de gasa, y la falda de tul iba a ser, en efecto, muy voluminosa, con un miriñaque debajo para que se balanceara como una campana conforme Nadia caminara.

Esta había extendido la invitación del fin de semana a sus hermanas y sus respectivas parejas e hijos, además de a su madre. Rose le preguntó si se trataba de una fiesta por todo lo alto o de un evento familiar. Nadia le respondió que se trataba de una fiesta familiar.

—¿Qué me pongo?

—Algo veraniego y elegante.

—¿Largo o corto?

—Como quieras.

Nicolas había contratado un cuarteto local con un violinista para que interpretara música de cámara. Nadia se iba a encargar

personalmente de los arreglos florales la mañana de la boda.

Tenían todo listo para primeros de mayo, cuando Venetia la llamó a las dos de la mañana en París, las ocho de la tarde en Nueva York.

—Me he puesto de parto. Dicen que esta vez no van a intentar frenarlo, pues solo me he adelantado tres semanas. Ni siquiera me he dado cuenta, pensaba que las molestias se debían a algo que había comido, pero ahora esto va a peor.

—¿Estás bien?

—Sí, solo asustada. La que espero que se encuentre bien es la niña.

—Estará estupendamente —afirmó Nadia en tono convincente y alentador—. Has pasado por esto tres veces, ya sabes cómo hacerlo.

Venetia, que también llamó a Athena y a Olivia, siguió telefoneando a Nadia cada media hora para darle el parte, hasta que esta vio que amanecía. Para entonces era la una de la mañana en Nueva York, Venetia llevaba seis horas de parto y finalmente había dejado de llamarla. Cuando Nadia fue a la cocina a hacerse un café, a la espera de más información, Nicolas entró.

—¿Aún no hay noticias?

—Espero que ella y el bebé se encuentren bien.

—Seguro que sí. —Él sabía lo unida que estaba a sus hermanas. Siempre podían contar las unas con las otras. Olivia se hallaba en el hospital con Venetia, y Rose aguardando noticias en su casa.

Venetia por fin llamó a las ocho y media. Se había alargado más de lo previsto; habían tenido que recolocar a la niña porque estaba de nalgas y, teniendo en cuenta que había nacido prematuramente, era grande y pesaba tres kilos seiscientos. A juzgar por su voz, daba la impresión de que a Venetia le habían propinado una paliza, pero se sentía pletórica, y comentó que la niña era preciosa. Iban a llamarla Valencia. Ben le envió una foto instantes después. Como las niñas ya se habían ido al colegio, Nadia prometió que se la enseñaría luego.

—¡Felicidades! —exclamó Nadia con lágrimas en los ojos.

—Creo que me planto con la cuarta —dijo Venetia, extenuada—. Se me ha hecho eterno pasar cuatro meses en cama.

Con todo, gracias a eso tenía una criatura sana. Ben también parecía feliz. Nadia llamó a su madre y le dio la enhorabuena, ahora tenía

siete nietos.

—Estoy deseando ir a tu fiesta el mes que viene —le dijo a Nadia.

—Es solo una fiesta familiar, mamá. Pero queríamos que fuera una ocasión especial. Todos tenemos mucho que celebrar.

Que Olivia y Harley hubieran salvado su matrimonio, que Venetia y Ben hubieran aumentado la familia, y que Nicolas y ella hubieran retomado su relación después del año más fatídico y un divorcio que tenían previsto permutar por una boda, aunque nadie lo supiera todavía.

15

La elección de la fecha en junio resultó ser perfecta para todos. A Athena le dieron unos días de permiso en la cadena de televisión. A las siete semanas del nacimiento de Valencia, Venetia había vuelto a la rutina y se encontraba fenomenal; prácticamente había recuperado su peso habitual y estaba guapa. Olivia y Harley tenían planeado un viaje para justo después del fin de semana en el castillo. Nadia terminó de decorar un apartamento en Londres unos días antes. La planificación del número de septiembre había comenzado ya para Rose, pero todavía no iban con la lengua fuera. Y, en comparación con la edición del año anterior, la de este año sería pan comido.

Nicolas había alquilado dos monovolúmenes para trasladar a la familia al castillo; todos estaban muy animados a su llegada. Había mandado a su niñera habitual a Bretaña para que recogiera al niño, y había encontrado para este varios trajes de bautizo de su familia guardados en un baúl de cedro en el castillo. Eran faldones bonitos, engalanados y confeccionados a mano, y Nadia eligió uno para Benoit. Era la primera vez que lo veía; mientras lo sostenía en brazos unos minutos, él le hizo gorgoritos con gesto risueño. Conocerlo era el último obstáculo que tenía que salvar después del año que había pasado. Lo hizo con naturalidad, mientras Nicolas la observaba con el bebé en brazos.

—Gracias —le susurró él. Ella había propiciado que el bebé estuviera allí, y bautizarlo en el castillo, en un día tan especial para ellos, significaba mucho para Nicolas. Parecía un principito cuando le probaron el traje de bautizo. Era rubio, como su padre, con una fina pelusilla de melocotón en la coronilla y grandes ojos azules. Cuando Nicolas decidió llamar a Pascale para consultarle lo del bautizo, ella no puso impedimentos; dijo que no era creyente y que le daba igual. Él sí. Le pareció más respetuoso preguntárselo.

Ni Nadia ni él habían hecho ningún comentario respecto a la celebración del Festival de Cannes en mayo. Como Nicolas no presentaba ninguna película allí este año, a ninguno le apeteció ir. Les trajo malos recuerdos, cosa que probablemente siempre sucedería, del año demencial del escritor. Este llevaba encima, en el bolsillo, el certificado de matrimonio.

Fue necesario construir una caja expresamente para el vestido de Nadia y enviarlo al castillo en una furgoneta. La boda estaba programada para el sábado. Todos llegaron a la finca la víspera, pasaron un día tranquilo en la piscina y jugaron a Marco Polo con los críos. Nicolas se metió en la piscina con Benoit unos minutos, que disfrutó de lo lindo y chilló de emoción mientras Sylvie y Laure le hacían arrumacos. Como Valencia era demasiado pequeña, se quedó durmiendo en el cochecito. Esa noche, la familia al completo se reunió en la cena para celebrar el mero hecho de estar juntos. Era la primera vez que coincidían con Nicolas desde que había vuelto con Nadia, pero este enseguida recuperó su sitio en la familia. Ambos parecían relajados. Nadie supo nada de la boda hasta que Nicolas lo anunció en el desayuno a la mañana siguiente, para gran sorpresa de todos. Como a Harley le preocupaba no disponer de un traje adecuado, Nicolas se ofreció a prestarle uno, pero no hizo falta porque iría estupendamente con su *blazer* de lino azul marino y sus pantalones de lino blanco.

A Rose le hizo gracia el anuncio. Ciertamente, iban a darlo todo para forjar su vínculo de nuevo.

—O sea, que vais a renovar los votos. —Ya llevaban doce años casados.

—No exactamente —explicó Nicolas en respuesta a su pregunta—. Hace unos meses tuvimos un pequeño contratiempo administrativo. Comparecimos ante notario para firmar los papeles del divorcio y luego, cuando retomamos la relación, se nos olvidó anularlo. En abril nos notificaron que el matrimonio se había disuelto, así que hoy vamos a casarnos por segunda vez.

Hubo una algarabía de comentarios, bromas y risas. A todos, muy ilusionados por formar parte de ello, les encantó que fuera una sorpresa.

—¿Y si alguno de nosotros no hubiera podido venir? —preguntó Athena, anonadada por el plan. Desde hacía catorce años se había negado a casarse con Joe, y su hermana iba a casarse con el mismo hombre por segunda vez.

—Cuando fijamos la fecha nos aseguramos de que todos pudierais asistir —respondió Nicolas—. Si no, te habrías perdido la magnífica cena de esta noche y ver a Nadia con el precioso vestido que Venetia ha confeccionado para ella. Yo todavía no lo he visto, pero la caja en la que viene envuelto es del tamaño de esta finca.

La cháchara continuó durante la hora siguiente y se comunicó a todos que tenían que estar en el ayuntamiento a mediodía para el enlace oficial. Tenían una reserva para la una en un restaurante local. La ceremonia religiosa estaba prevista a las seis y posteriormente la cena en el castillo. Todos se apresuraron a acicalarse para no llegar tarde.

Rose los observó desfilando y sonrió. Era poco ortodoxo, ciertamente, pero lo único que le importaba era la felicidad de Nadia. Y si Nicolas volvía a engañar a su hija, lo mataría con sus propias manos.

A las doce menos diez, todos estaban apostados fuera, junto a las furgonetas, para poner rumbo a la pequeña localidad donde se hallaba el ayuntamiento. Nadia llevaba un vestido de algodón blanco muy sencillo que había encontrado en Le Bon Marché —de un diseñador al que ella no conocía, pero Venetia sí y le había dado el visto bueno—, el pelo recogido en una pulcra coleta, unas sandalias blancas de tacón alto y, en la mano, un pequeño ramo de flores blancas que Sylvie le había ayudado a coger. Llevaban los papeles consigo y el acto se desarrolló sin contratiempos, con Ben y Venetia de testigos. A las doce y media todos felicitaron a los novios en la puerta. Nicolas parecía aliviado de estar oficialmente casado de nuevo. Después de eso, el resto eran florituras.

La comida del restaurante local era típica de bistró, sencilla pero sabrosa. Sirvieron incluso un plato vegetariano a Athena. Joe, a quien

le chiflaban los platos franceses tradicionales, fue a la cocina a felicitar al chef y le comentó que él también era del gremio, igual que Athena.

A las tres y media, cuando llegaron al castillo, todos se fueron a sus habitaciones a descansar o a la piscina. Mientras una empresa local preparaba la cena, Nadia ultimó los arreglos florales.

Se dio un baño, se peinó y maquilló ella misma. A las cinco y media, sus tres hermanas y su madre subieron a ayudarla a ponerse el voluminoso vestido, que casi ocupaba la habitación. Venetia sonrió de oreja a oreja al contemplarla. A pesar de haberlo confeccionado sin pruebas, guiándose únicamente por sus medidas, le sentaba como un guante. Nadia realmente parecía Cenicienta. Sylvie y Laure se quedaron mudas de asombro al ver a su madre.

—Pareces una princesa, mamá —dijo Laure, maravillada.

—Qué va. Parece una reina —la corrigió Sylvie.

Mientras observaba la escena, Rose se dio unos toquecitos en los ojos para secarse las lágrimas, y besó a todas sus hijas. La situación era muy diferente a la del año anterior, cuando luchó por apartar a Pascale y Nicolas de las páginas de *Mode* y perdió la batalla. Ponía de relieve el espíritu humano y lo que las personas eran capaces de superar si tenían la valentía de hacerlo. Un año antes, Nadia había llorado el fracaso de su matrimonio, y ahora celebraban su renovación, más fuerte que antes, con una profundidad en su relación que no habían tenido hasta la fecha y una mayor comprensión de sí mismos y el uno del otro. Nadia había salido fortalecida y se sentía más segura de sí misma. Nicolas se había vuelto más serio y le profesaba más respeto que nunca.

Con la ayuda de Venetia, tuvieron que inclinar la falda y abrir la puerta doble para sacar a Nadia de la sala. Harley, Joe, Ben, Will y Nicolas se adelantaron al resto para esperarlos en la iglesia. Venetia se fue con sus hijos, Olivia, Athena y la niñera con Benoit en brazos vestido con el faldón de bautizo que Nicolas, a juzgar por las fotografías que había visto, se figuraba que su abuelo posiblemente hubiera llevado.

Nadia, Sylvie, Laure y Rose se marcharon en un antiguo Rolls que

tenían guardado en un almacén de la finca. Anterior a la guerra, se hallaba en perfecto estado y era una pieza de museo que había sido el orgullo del padre de Nicolas y que no solían utilizar. El jardinero, que conocía el coche, lo había limpiado, le había echado gasolina y se había puesto al volante con sus mejores galas. Sylvie y Laure, sentadas en pequeños asientos reclinables, contemplaron a su madre con admiración.

Durante el almuerzo se había discutido acerca de quién debía entregar a la novia. Todos los cuñados de Nadia se prestaron voluntarios, pero ella se lo pidió a su madre. Iban a recorrer el pasillo juntas, hombro con hombro, al encuentro de Nicolas, hasta el altar de la pequeña y antigua iglesia.

Una multitud de mujeres y niños se arremolinó alrededor de la novia mientras la creadora del vestido le ahuecaba la falda y Rose le enderezaba la tiara que Venetia había traído, un préstamo de Fred Leighton, el joyero neoyorkino. Los curiosos observaron cómo se aproximaba a la iglesia. Y por fin, la familia hizo su entrada, dejando a Rose y a Nadia fuera con sus hijas, mientras la gente se quedaba mirándola de lejos y sonreía. Jamás habían visto a una novia tan magnífica.

Laure fue la primera en entrar a la iglesia, con Sylvie a la zaga diciéndole por lo bajini que aflojara el paso, seguidas por Nadia y su madre avanzando lentamente por el pasillo central. Rose se había comprado un traje de seda rosa que le sentaba de maravilla; la falda de Nadia se movía en vaivén, tal y como estaba previsto, y ocupaba el pasillo. Al mirar hacia el altar vio a Nicolas esperándola, con lágrimas resbalando por sus mejillas. El pasado y el presente se fundieron y todo cuanto él alcanzaba a ver era a ella, a la esposa que había permanecido a su lado y que le estaba dando otra oportunidad. Se sentía rebosante de amor y gratitud.

Harley y Olivia estaban sentados con las manos entrelazadas en el banco de delante, y Ben, el padrino, se encontraba de pie junto a Nicolas. Lo habían acogido de nuevo, como al hijo pródigo que había vuelto al redil, profundamente agradecido de estar allí con todos ellos.

Rose permaneció en pie junto a su hija y, cuando el sacerdote

preguntó quién entregaba a esa mujer en matrimonio, ella respondió «Yo» y a continuación tomó asiento junto a Joe, con sus hijas a ambos lados y sus nietos en el banco de detrás. Fue una ceremonia sencilla y tradicional, más emotiva que el concurrido evento social de doce años antes, cuando el padre de Nadia y los padres de Nicolas aún vivían.

Mientras pronunciaban sus sencillos votos, prometiéndose amarse, honrarse y respetarse, a todos los miembros de la familia se les humedecieron los ojos, conscientes de lo mucho que les había costado llegar a ese instante. Cuando el amor que se habían profesado estuvo a punto de morir, lograron reavivarlo. Y Nadia y Nicolas habían descubierto que su amor era más fuerte que lo que él había hecho.

El sacerdote bautizó a Benoit al término de la ceremonia. Nadia lo sostuvo y después se lo pasó a la niñera. A continuación, mientras Nicolas y Nadia se miraban el uno al otro, el sacerdote los declaró marido y mujer. Ella estaba radiante con su espectacular vestido. Su marido no se había sentido tan orgulloso jamás en su vida. Al final, la aventura significó menos para ellos que su matrimonio. Era un nuevo comienzo para los dos.

Más tarde todos regresaron al castillo, bebieron champán y tomaron caviar, langosta, lenguado y una tarta nupcial que a Nicolas se le había ocurrido encargar en la panadería local. Estaba decorada con una pareja de novios, junto con dos niñas, lo cual hizo las delicias de Sylvie y Laure. Benoit y el bebé de Venetia durmieron plácidamente durante la celebración.

Mientras bailaban al son del cuarteto, Rose contempló a sus hijas, en especial a Nadia. Todas habían aprendido lecciones valiosas, cómo en un momento dado podías sumirte en la desesperación más absoluta y, sin embargo, estar de celebración un año más tarde. Constituía un perfecto ejemplo de lo bella e imprevisible que era la vida, de la fortaleza del corazón humano para resistir e imponerse, y del amor que todo lo hacía posible, como había ocurrido en su caso.

Un escándalo amoroso que sacude los cimiens de una familia entera

Rose McCarthy es la legendaria directora de la revista *Mode*. Tras la muerte de su esposo, ha estrechado la relación con sus cuatro hijas. Todas tienen carreras de éxito: Athena es una conocida chef televisiva; Venetia es diseñadora de moda; Olivia, jueza de un tribunal superior; y Nadia, la más joven, es diseñadora de interiores en París.

Nadia considera que su vida es perfecta: está casada con el aclamado autor Nicolas Bateau, que la adora a ella y a sus hijas. Pero todo cambia cuando un escándalo explota en la prensa: Nicolas tiene una aventura con una atractiva y joven actriz.

Con el corazón roto y humillada públicamente, Nadia se refugia en su familia mientras intenta recuperar la estabilidad. A medida que madre e hijas pasan más y más tiempo juntas, no tardan en darse cuenta de qué es lo verdaderamente importante en la vida.

La narradora favorita del mundo, Danielle Steel, nos presenta en

esta adictiva novela, ambientada entre París y Estados Unidos, un bello recordatorio de que cuando todo se desmorona los lazos familiares son más fuertes que nunca.

Danielle Steel es, sin duda, una de las novelistas más populares de todo el mundo. Sus libros se han publicado en cuarenta países, con ventas que superan los mil millones de ejemplares. Cada uno de sus lanzamientos ha encabezado las listas de best sellers de *The New York Times*, y muchos de ellos se han mantenido en esta posición durante meses.

Penguin Random House Grupo Editorial

Título original: *The Affair*

Primera edición: junio de 2023

© 2021, Danielle Steel
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier formato.
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, María del Mar López Gil, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Macmillan / Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Andreas Ortner-Trunk Archive / © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. *El copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02889-2

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Instagram: @penguinenamora
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La aventura

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Sobre este libro
Danielle Steel
Créditos